

BÁRBARA PADRÓN



# DISPARO

*al corazón*

SERIE MAFIA 

# **Disparo al corazón**

Bárbara Padrón Santana

Edición formato digital: enero 2020.

Título original: Disparo al corazón.

Copyright @ Bárbara Padrón Santana, 2020

Diseño de portada: Bárbara Padrón Santana.

Corrección:

Maquetación: Bárbara Padrón Santana.

Prohibida la reproducción parcial o total sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajos las sanciones establecidas por la ley.

*Para todos aquellos que me apoyan.*

## Índice

[Disparo al corazón](#)

[Prólogo.](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[29.](#)

[30.](#)

[31.](#)

[32.](#)

[33.](#)

[34.](#)

[35.](#)

[36.](#)

[37.](#)

[38.](#)

[39.](#)

[40.](#)

[41.](#)

[42.](#)

[43.](#)

[44.](#)

[45.](#)

[46.](#)

[47.](#)

[48.](#)

[49.](#)

[50.](#)

[51.](#)

[52.](#)

[53.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos.](#)

## Prólogo.

Leo estaba frente al vehículo donde se encontraba Byanca acompañado de Saulo. Ella tenía las manos atadas al volante con una brida y no dudó en sacar la navaja para cortarla y así el mafioso le quitara el cinturón.

Cuando la sacó del coche y la instó a correr ella cayó de rodillas al suelo.

—No puedo correr, Saulo. Me torcí el tobillo cuando salvé a mi hermana.

—No importa, yo te llevo en brazos —dijo él agachándose junto a ella.

—¡No! No pondríamos suficiente distancia.

Saulo la abrazó.

—No voy a permitir que mueras.

—Moriríamos los dos y tu familia te necesita, vete, por favor —Byanca miró a Leo—.

Llévatelo, Leo, te lo ruego.

—No voy a dejarte sola, Byanca —dijo Saulo tomando su rostro entre las manos—, si vamos a morir, al menos lo haremos juntos.

La joven negó mientras las lágrimas escapaban sin control por sus mejillas.

Leo los observó y luego miró al vehículo. Decidido se subió en este.

Ambos lo miraron con asombro.

—¿Qué haces, Leo? —preguntó Saulo.

—Es la única solución, yo no tengo nada ni nadie por lo que luchar, nadie me echará de menos.

—No digas eso —dijo Byanca intentando levantarse, pero con pocos resultados.

Leo sonrió con tristeza.

—Estaré bien sabiendo que eres feliz, Byanca, no queda mucho tiempo —dijo mirando el dispositivo que había a su lado indicándole que le quedaba apenas cinco minutos—. Sed felices, os lo merecéis.

—No, Leo, no lo hagas —dijo Byanca.

—No te sientas culpable, vive por mí, te lo suplico —dijo y luego miró a Saulo—. Cuando la bomba estalle, llama a los españoles, ellos se encargarán de todo.

Este asintió, entonces Leo pisó el acelerador a fondo y se alejó de allí a toda velocidad.

—¡No, Leo! —oyó el grito de Byanca.

Cerró los ojos unos segundos. Aquella era la mejor solución. Cuando los españoles le contaron todo, pensó que era una broma, pero hablaban totalmente en serio y le habían ofrecido pertenecer a aquella organización. Para ello debía cortar todo lazo que lo uniera a su existencia.

Cuando se subió en el coche, tuvo claro que lo haría, porque Byanca no merecía, ella tenía que vivir.

Cogió el móvil e hizo una llamada rápida a Pablo para decirle que iba en el furgón y que saltaría antes de que explotase. También que aceptaba pertenecer a dicha organización.

Al colgar, miró a su lado donde estaba el dispositivo de la bomba fijándose que solo quedaban unos segundos para saltar, así que, sin dejar de acelerar, abrió la puerta mirando al exterior. La caída iba a ser monumental, pero no se paró a pensarlo.

Saltó y salió rodando justo en el momento en el que el coche explotaba.

Un dolor lacerante se instaló en su hombro cuando cayó un trozo del vehículo que se envolvió en llamas.

En ese momento acababa de dejar de existir para el mundo. Acababa de convertirse en una sombra.



## 1.

Pablo y Pérez no tardaron mucho en llegar al lugar de la explosión tras la llamada de Saulo y la del propio Leo. Junto a ellos llegó otro vehículo de dos compañeros más de la organización.

Cuando llegaron se acercaron corriendo al policía que se retorció de dolor debido a la quemadura que tenía en el hombro a pesar de haber logrado quitarse el trozo ardiendo rápidamente, no fue suficiente para que lo hiriese.

—Eh, ya estamos aquí —dijo Pérez ayudándolo a incorporarse—. Tenemos que sacarte de aquí antes de que vengan los de la comisaría.

Cuando lograron incorporarlo, Leo gritó de dolor. Este no le dejaba pensar con claridad, solo quería acabar con aquella agonía.

—Será mejor que os lo llevéis y aviséis a la organización para que alguien lo cure —habló Pablo cuando, a lo lejos, empezó a oír sirenas—. Nosotros nos haremos cargo de todo. Lo importante es sacarlo de aquí cuanto antes.

Los dos hombres lo alejaron de la escena a paso lento hasta uno de los coches de color oscuro. Entró dentro y dejó caer la cabeza hacia atrás respirando agitadamente.

Sintió a los dos hombres subirse al coche y salir de allí a toda velocidad por el lado contrario por el que él había ido. Uno de ellos hablaba por el móvil pidiendo que hubiese un médico listo para que lo atendiera.

Cerró los ojos para no pensar en el dolor, pero a su mente acudieron los últimos momentos junto a Byanca y Saulo. Sabía que ella estaba en buenas manos porque ese hombre la quería tanto como para arriesgarse a morir con ella junto al coche bomba.

No supo si en algún momento perdió el conocimiento, pero parecía haber pasado muy poco tiempo desde que salieron del medio de la nada para acabar en un barrio de clase media, delante de un edificio de varios pisos.

Volvieron a ayudarlo a bajar del coche, se sentía sin fuerzas, y lo llevaron al interior subiendo a uno de los últimos pisos de aquel edificio.

—Vas a quedarte en este sitio hasta que te asignen una misión y te recuperes —dijo uno de ellos. Un tipo alto y corpulento, de piel oscura y ojos igual de oscuros que su piel. El pelo lo llevaba rapado—. Ya te espera el médico de la organización para que te cure esa quemadura.

Leo ni siquiera contestó, simplemente se dejó arrastrar hasta la entrada de un piso que ya tenía la puerta abierta y lo esperaba un hombre maduro, de pelo y barba canosa. Sus ojos verdes estaban ocultos bajo unas gafas de montura al aire.

—Dejadlo sobre la cama en la habitación del fondo —dijo el hombre, que, al parecer, era el médico que iba a atenderlo.

Los cuatro entraron en la habitación y ayudaron a Leo a sentarse en la cama. El médico dejó un maletín al lado del policía y lo abrió para sacar primero unos guantes que se puso rápidamente para coger unas tijeras y romper la camiseta que llevaba. La zona tenía ampollas y estaba bastante enrojecida.

Cogió una botella de suero y lavó la herida haciendo que el policía gruñese de dolor mientras agarraba las sábanas con fuerza entre sus manos conteniendo las ganas de gritar.

—Esto va a requerir más curas —sentenció el médico—. Tienes suerte porque me han contado que fue una buena explosión.

Desde que habían acudido a por él, no abrió la boca más que para gruñir de dolor. La verdad es que no tenía ganas de hablar con nadie. Debía asumir que estaba muerto para todos los que alguna vez significaron algo en su vida.

Él era el responsable de su propia decisión, pero era la mejor opción para alejarse de Bianca. Sus sentimientos aún no habían cambiado con respecto a ella a pesar de todo lo ocurrido desde que empezó a trabajar en la empresa de Graziani y aunque firmara la paz para rescatarla, él seguía enamorado de ella.

Al pensar en todo aquello dejó de prestar atención al dolor de su hombro, el que tenía en su corazón era superior.

El médico le curó la herida con mucho cuidado, aunque él parecía estar abstraído de la realidad y ya no se quejaba por el dolor. De todas maneras, cuando acabara le daría algo por si este aparecía y volvería más tarde para hacerle una nueva cura.

Cuando le vendó la herida, volvió a su maletín quitándose los guantes para buscar algún calmante que pudiese darle.

—Necesitas tomarte esto, te aliviará el dolor momentáneamente. Volveré de nuevo para realizarte una nueva cura, ahora deberías descansar y no realizar movimientos bruscos, te va a molestar mucho.

Leo levantó la mirada hacia el tipo y asintió sin decir nada mientras cogía la pastilla que le daba.

El médico recogió todo el material usado y salió de la habitación dejándolo solo. Tras la salida de este, se incorporó y se acercó hasta la ventana para ver los alrededores de aquel piso a donde lo habían llevado.

Miraba sin ver lo de fuera. Parecía haberse sumido en un mutismo del que no quería salir, al menos de momento. Era extraña toda aquella situación y no sabía muy bien cómo lidiar con ello.

Le iba a costar asumir lo ocurrido. No poder ver a nadie de los que le importaban. No ver más a Clairee, a Salvatore, a Bianca...

Cerró los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás a la vez que suspiraba. Sentía que cometía un error, pero ya no había marcha atrás.

Pasó algunas horas allí, sin moverse apenas a pesar de sentir que la adrenalina se iba para dejar paso a un dolor sordo en la zona quemada. Debía tomarse la maldita pastilla que le había dado el médico, pero sabía que aquello lo iba a dejar noqueado y no quería dormir en ese momento. Siguió observando el exterior. Sintió una vibración en uno de los bolsillos de los vaqueros que llevaba y con el ceño fruncido sacó el móvil cuya pantalla estaba destrozada, pero parecía funcionar perfectamente.

Abrió la galería de fotos donde encontró varias fotos de Bianca sola, con él mismo, en alguno de los viajes que habían hecho. Volvió a suspirar mientras salía de los álbumes para no verla.

¿Era necesario desaparecer para todos? Volvió a guardar el móvil en el bolsillo para dar vueltas por la habitación.

Estaba acostumbrado a estar solo, sobre todo en rondas de vigilancia a gente que tenían bajo el punto de mira, pero en esos instantes se sentía ahogado. Necesitaba hablar con alguien, pero ¿con quién? Todos lo creían muerto y no podía hablar ni con Pablo ni con Pérez porque estaban encargándose de lo de la explosión.

—Maldita sea —dijo mientras se sentaba de nuevo en la cama con frustración.

Sin pensar bien lo que hacía sacó su móvil y tras desbloquearlo buscó un número que jamás pensó marcar de nuevo. La sucesión de tonos se le hizo insoportable hasta el punto de pensar que no iban a contestar y cuando estuvo a punto de colgar la llamada contestaron.

—¿Diga? —se oyó la voz al otro lado.

Leo volvió a mirar hacia la ventana. Pensaba que no iba a contestarle y ahí estaba Saulo Graziani al otro lado de la línea telefónica.

—Soy yo —fue lo único que atinó a decir en aquel momento. Inspiró hondo antes de volver a hablar—. Estoy vivo.

Otro silencio se instaló entre ellos. La verdad que confesar algo así a alguien que sabía que había visto cómo se alejaba con el coche y explotaba era algo difícil. Imaginaba que asimilarlo tampoco iba a ser fácil para el mafioso.

—Pero... no puede ser.

Saulo Graziani se solía sorprender poco y en ese momento parecía estar demasiado sorprendido como para decir algo más.

—Por favor, Saulo, nadie puede saber de esta llamada ni que estoy vivo, pero necesitaba hablar con alguien de todo esto —dijo él de forma desesperada.

—¿Cómo es posible que estés...? ¡Joder! ¿Sabes lo mal que está ella por esto?

—Es mejor así, Saulo. Voy a llevar una nueva vida y debo desprenderme de todo lo anterior. No puedo decirte más, pero debo estar muerto para todos.

—No es justo para Byanca.

—Pero sí lo mejor. Me olvidará y será feliz a tu lado. Es la mejor opción. La conozco y sé que no podría vivir bien si sabía que yo seguía ahí sufriendo por lo que hubo y ya no habrá. Debe avanzar.

—Va a ser muy difícil, ella te apreciaba mucho. No sabes cómo se puso cuando sentimos la explosión.

Leo cerró los ojos con pesar. Byanca debía seguir adelante con su vida. Sabía que haber llamado a Saulo era un error, pero él sería la única persona que podría ir contándole cómo lo llevaría ella con el paso del tiempo.

—No le digas nada, Saulo, por favor. Es lo mejor para todos.

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro.

—De acuerdo. No diré nada.

Leo se sintió aliviado ante aquellas palabras.

—Gracias.

—No me gusta mentirle a Byanca más de lo que ya lo he hecho. Solo espero que esto no nos pase factura a nadie.

—No lo hará. Yo estoy muerto para el mundo.

De repente sintió que alguien abría la puerta de entrada. Miró a través de la de la habitación para ver quién era y se apresuró a despedirse de Saulo.

—Tengo que dejarte, te llamaré de nuevo.

No esperó una despedida, ya que colgó rápidamente y soltó el móvil en algún lugar de la habitación.

Esperó con paciencia a los que habían entrado en el piso, entonces vio entrar en la habitación a Pablo y a Pérez, tenían la ropa manchada de ceniza. El primero parecía afectado por algo.

—¿Todo bien? —preguntó Leo—. Bueno, quiero decir...

—Nos hemos encargado de todo, pero no hemos podido evitar que llegaran varios de tus

compañeros y se han quedado bastante afectados —dijo Pérez mientras Pablo se quitaba la chaqueta de cuero que llevaba puesta con aire ausente—. Por lo que veo el médico ya te ha curado.

—No es grave —expresó Leo encogiendo el hombro sano, ya que el otro le tiraba—. Imagino que en unos días estaré bien.

—Sí, tenemos un médico excepcional en nuestras filas —aseguró Pérez—. Cuando te des cuenta ya estarás en condiciones óptimas.

Mientras ellos hablaban, Pablo se había puesto a mirar por la ventana y recordando el momento en el que le contó a Clairee todo lo ocurrido con el coche y la explosión.

Al oír todo aquello, ella exclamó.

—¡No!

Sin pensar lo que hacía se dirigió hacia la salida de la comisaría, pero Pablo la sujetó de la cintura con fuerza.

Ella luchó con todas sus fuerzas para que la dejara con muy poco resultado por lo que comenzó a golpearle los brazos.

—¡Suéltame! —gritó.

—¡No, Clairee!

—¡Leo estaba dentro de ese coche!

Pablo la atrajo más hacia sí, abrazándola con fuerza mientras apoyaba la cabeza en el hombro de ella.

—No se pudo hacer nada.

Ella negó con la cabeza mientras las lágrimas comenzaban a escapar de sus ojos.

—No. No es cierto. ¡No!

Las fuerzas le fallaron y se dejó caer mientras Pablo la mantenía entre sus brazos a la vez que ella negaba una y otra vez.

—Lo siento, Clairee.

Ella se cubrió el rostro dejando salir el llanto sin control alguno mientras Pablo seguía abrazándola intentando consolarla, pero sabía que no había consuelo alguno para alguien que había perdido a la persona que amaba con todo su corazón, aunque esa persona realmente estuviese vivo.

Verla en ese estado le hizo sentirse mal por ella. No se merecía semejante engaño. Le había roto el corazón, pero era la mejor forma de que Leo fuese a formar parte de la organización.

Se pasó una mano por el pelo sin poder evitarlo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Leo suspicaz al percatarse del humor de Pablo.

Este se giró hacia el policía y negó con la cabeza. No creía que fuera adecuado contarle la reacción de Clairee. Bastante mal debía estar pasándolo al saber que todos lo creían muerto, igual que él mismo, al que le había costado muchísimo hacerse a la idea de que no existía para nadie, salvo para la organización.

—No —negó simplemente—. Solo que es momento de que conozcas cuál va a ser tu misión a partir de ahora en la organización.

—Deberíamos esperar a que se recupere y descanse un poco. Ha sido un día largo para todos. Voy a llamar para pedir unas pizzas. Es curioso el tiempo que llevo en Italia y aún no he odiado la pasta. Espero no hacerlo nunca porque adoro la pizza —dijo Pérez queriendo destensar un poco el ambiente por lo ocurrido.

Señaló hacia la puerta y salió de allí dejando a Leo y a Pablo solos en un silencio algo incómodo en los que apenas se miraron.

—Siento que tengas que pasar por algo así para pertenecer a nuestra organización —dijo Pablo de repente—. No es fácil asimilar que estás muerto para el resto del mundo y hablo con conocimiento de causa.

—Lo superaré —contestó Leo meditabundo.

—No va a ser fácil. Mucho menos lo será la misión que se te ha encomendado.

—¿Puedo saber qué es?

Ambos hombres se miraron fijamente.

—Debes meterte en las filas de Zanetti como infiltrado para informarnos de todos los pasos que se dan dentro, en especial de la trata de blancas.

## 2.

No era nada fácil estar presente en tu propio entierro. Podía ver a casi toda la comisaría en el cementerio, alrededor de una caja que estaba vacía, pero con miles de flores rodeándola.

Varios de sus compañeros decían algunas palabras sobre él y luego el comisario se acercó con una caja cuadrada de color azul que colocó sobre el ataúd. La medalla al honor. Una que realmente no se merecía porque ni siquiera estaba muerto. Se sentía como un traidor por dejar que hicieran semejante pantomima.

No queriendo ver más, se dio la vuelta para marcharse de allí antes de que alguien lo viese. Se subió las solapas de su chaqueta y bajó la cabeza lo suficiente para pasar desapercibido. Sabía que no podía salir demasiado del piso en el que lo habían alojado hasta que pudiese entrar en las filas de Zanetti.

Saber que tenía que meterse en la boca del lobo lo llenó de una rabia inusitada hacia el mafioso, porque podría ser su oportunidad de acabar con su mísera existencia por lo que le había hecho a Byanca, pero, aunque las ganas de matarlo eran inmensas, sabía que no podía hacerlo si querían salvar a las chicas que han sido secuestradas y vendidas como objetos a prostíbulos, sobre todo, rusos.

Nada deseaba más que atrapar a ese maldito y hacerle pagar por aquellos crímenes. Jóvenes con una vida por delante destruidas por alguien que solo quería ganar dinero a costa de explotarlas sexualmente.

Debía esperar instrucciones de su superior. Alguien a quien había conocido a las pocas horas de la llegada de Pablo y Pérez a su piso para ver cómo se encontraba tras ser atendido por el médico que siguió visitándolo para ir mirando la evolución de la quemadura.

Un hombre serio, de porte regio y con altas dotes de mando. Le dio un informe detallado de lo que iba a tener que hacer cuando se infiltrara y no era algo que le hiciera especialmente ilusión porque iba a estar mano a mano con todo el trabajo más complicado de aquella repugnante cadena.

Quizás había cometido un error al aceptar aquella propuesta. No sabría si tendría aguante para lo que se iba a encontrar allí. Solo debía esperar una llamada para poder empezar y estaba nervioso. El más mínimo error lo podría conducir a su verdadera muerte porque podrían descubrir su infiltración.

Pero no podía pensar en ello ahora mismo. Lo que realmente debía hacer era volver al piso y seguir leyendo el informe a la espera del aviso para prepararse.

Se subió en un coche de alta gama oscuro que le habían dado para su uso y volvió al lugar en el que ahora residía. Lejos de aquellos que lo conocían. Entró en la vivienda y se dejó caer en el sofá cerrando los ojos queriendo olvidar lo que acababa de vivir en el cementerio.

Clairee se abrazaba mientras veía el féretro descender lentamente. Sus ojos estaban ocultos por unas gafas de sol para que no apreciaran sus ojos rojos e hinchados. Perderlo había sido un duro mazazo y no sabía si podría superarlo alguna vez.

El comisario había entregado la medalla al honor y se la entregaron a los familiares de Leo que no parecían muy afectados. La verdad que él nunca le había contado nada de ellos y a veces llegó

a pensar que no tenía familia, pero verlos allí y ver su indiferencia le hacía pensar que hubo algún tipo de roce que hizo que no estuviese unido a ellos.

Ella hubiese preferido quedarse con esa medalla y con cualquier cosa que le hubiese pertenecido, pero solo era su compañera de patrulla. Alguien a quien veía como una amiga, nada más.

En esos momentos solo podía sentir rencor contra Bianca Marchetti. Ella fue la causante de todo y ni siquiera había aparecido por el entierro. No tenía suficiente con hacerle daño al irse con otro hombre que después de que Leo arriesgara su vida, ni siquiera estaba allí, dándole el último adiós.

Cuando vio que empezaban a cubrir el ataúd con tierra, se cubrió la boca para ahogar un sollozo lleno de dolor. Ahora sí que lo estaba perdiendo. Ver caer la tierra en aquel pequeño espacio le hizo ver con claridad que ya nunca más volvería a verlo sonreír, gastar bromas, ponerse serio o acabar con el mal que existía en Florencia.

Alguien se colocó a su lado y la abrazó con fuerza mientras ocultaba su rostro en su pecho para soltar todo aquel llanto que había intentado contener desde hacía rato.

—Lo he perdido para siempre, Pablo... —dijo en un quedo susurro para que solo lo oyera él en medio de los sollozos—. Se ha ido...

El policía español no dijo nada, solo siguió abrazándola, sirviéndole de apoyo en aquellos momentos mientras Clairee se aferraba a las solapas de su chaqueta de cuero.

—Lo siento mucho, Clairee —susurró él mirando hacia los hombres que daban paladas cubriendo el ataúd que él sabía que estaba vacío—. Deberíamos irnos ya.

Ella negó a la vez que se apartaba y miraba hacia la tumba.

—No. No voy a dejarlo solo ahora...

—No es bueno que sigas aquí en este estado, Clairee. Vamos. —Pablo la agarró del brazo con delicadeza.

—Ella no vino... murió por su causa y no ha venido a su entierro... Es muy injusto para él —dijo cerrando los puños con fuerza mientras sentía la rabia crecer—. Ella tiene la culpa de que él esté ahí.

—No digas esas cosas. Él no hubiera querido verte llena de odio.

—¡Leo nunca quiso nada, vivía por y para Bianca después de todo lo que le hizo! —espetó.

Cuando los hombres terminaron de palear, se fueron tras una silenciosa despedida con la cabeza hacia Clairee y Pablo.

Ella miró de nuevo la tumba mientras sentía nacer el odio hacia Bianca Marchetti.

—Leo, aunque me cueste la vida, voy a vengar tu muerte acabando con todos los que han tenido algo que ver en ella, te lo juro.

Sin esperar, salió del cementerio seguida por Pablo, el cual trató de detenerla sin éxito. La vio subir en su coche, pero no le dio tiempo a meterse en el lado del copiloto para ir con ella y maldijo interiormente.

—Ahora mismo está muy afectada, Pablo. Debe aprender a sobrellevar el dolor por la pérdida —dijo Pérez a su espalda.

—No piensa con claridad ahora mismo.

—Necesita un tiempo a solas. Cuando se calme será todo de otra manera.

Pablo miró hacia el lugar por el que había desaparecido Clairee pensando que, probablemente, ella no se calmaría ni olvidaría tan fácilmente.

Ambos hombres se dirigieron a su coche para volver a su piso. De momento no podían hacer

mucho más, salvo esperar instrucciones.

Mientras tanto, Clairee corría con el coche sin pensar en nada. Solo quería llegar a algún lugar alejado en el que dejar salir todo el dolor, pero al no poder soportarlo más, se detuvo a un lado de la carretera y gritó y golpeó el volante a la vez que lloraba sin control.

Nadie podía entender su dolor en ese momento. Leo no merecía aquella muerte y mucho menos para salvar a alguien que ni siquiera había acudido a su entierro.

Cuando logró calmarse volvió a incorporarse a la carretera para ir a su casa. Por un momento pensó en ir a la casa Graziani a echarle en cara a Bianca el no haber acudido al entierro de Leo, pero estaba tan cansada que no tuvo fuerzas para ir hasta allí y ver a esa mujer, así que se dirigió a su propia casa.

Al entrar fue directamente a su habitación para tenderse en la cama sin siquiera cambiarse de ropa, abrazándose y volviendo a dejar salir las lágrimas. Por más que intentara contenerlas le resultaba imposible. Él había significado tanto para ella cuando empezó en el cuerpo de policía que se enamoró de él casi en el mismo instante en que lo conoció.

Aún recordaba la sonrisa con la que la recibió el día que ella empezó a trabajar en la comisaría y como pronto llegó a ser inspectora trabajando codo con codo con él. Habían compartido muchos momentos en el trabajo; unos que jamás olvidaría.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando sintió que su teléfono sonaba en el salón. Hundió el rostro en la almohada, no queriendo oír aquel sonido. No tenía ganas de hablar con nadie, solo quería estar sola para dejar salir todo el dolor.

El aparato volvió a sonar y con gran esfuerzo se incorporó. Algo le decía que iban a seguir insistiendo. Se acercó hasta el salón arrastrando los pies y tomó el aparato.

—No quiero hablar con nadie —fue su respuesta inmediata, dicha casi con rabia.

—Clairee —se oyó al otro lado de la línea.

El auricular casi se le cayó al suelo al oír la voz de la persona que más odiaba en ese momento.

—¿Qué haces llamándome? No mereces ni que te escuche.

—No cuelgues, por favor.

—¿Y por qué debería hacerte caso? —Se le ocurrían miles de reproches para hacerle y estaba a punto de comenzar cuando la otra empezó a hablar.

—Me merezco tu odio. Ahora mismo yo también me odio por no poder haber evitado su muerte.

—Si con eso pretendes que sienta pena, estás muy lejos de la realidad, Bianca Marchetti —dijo Clairee dolida.

—Nada más lejos de mi intención.

—¿Entonces para qué has llamado?

El silencio en ambos lados se prolongó cerca de un minuto.

—Quería saber cómo estabas. No debe ser fácil perder a alguien a quien quieres demasiado...

Clairee se puso tensa al momento al oír aquello. No podía explicar bien lo que sintió, era como si Bianca supiese lo que ella sintió por Leo, y que aún sentía.

—Era mi compañero de patrulla, normal que esté mal —dijo ella rápidamente.

—No me refiero a eso, Clairee. Por favor, hablemos claro. Sé desde hace tiempo que sentías algo más por... —Bianca se detuvo, decir su nombre le costaba demasiado— por Leo. No te lo reprocho, él merecía ser feliz después del daño que le hice. Yo no quería esto para él. —Un sollozo apagado se oyó al otro lado de la línea telefónica—. Te juro que intenté impedirle que



subiera en ese coche, traté de detenerlo, pero no pude hacerlo.

—Él solo tenía ojos para ti, Byanca. No tenía ninguna posibilidad, tanto te amaba que arriesgó su vida por salvarte y tú ni siquiera acudiste a su entierro —dijo la policía con reproche mientras las lágrimas se deslizaban sin control por sus mejillas.

—No tuve fuerzas para ir a despedirlo... yo... yo no quiero creer que ya no esté... No debí haberlo metido en todo esto... pensé que iba a poder con Zanetti y lo único que hice fue cometer un error tras otro.

Clairee pudo oír el llanto desgarrador de la *hacker* y se sintió un poco culpable. Para ella no debía ser fácil sobrellevar una muerte en su conciencia, sobre todo de alguien a quien había querido mucho.

No supo decirle palabras de consuelo porque ella entendía cómo se sentía y no existía nada para aliviar el dolor que las dos soportaban. En mayor o menor grado, ambas habían perdido a una parte importante de sus vidas.

La joven policía se dejó caer al suelo mirando a la nada sin apartar el auricular de su oreja.

El que ambas dejasen salir el dolor a la vez suponía un pequeño alivio, pero no era suficiente.

Cuando ambas se calmaron lo justo para poder hablar, Clairee fue la primera en hacerlo.

—Recibió la medalla al mérito... su familia no parecía muy afectada por su muerte... —dijo mientras se limpiaba el rostro con la mano libre.

—Nunca tuvo mucho apego a ellos. No sé muy bien la razón, pero casi no tenían ni trato. Imagino que estaría casi toda la comisaría allí para despedirlo...

—Sí, estaban todos muy afectados desde el mismo momento en que nos comunicaron lo que había ocurrido.

—Era muy querido —dijo Byanca con nostalgia—. Siempre me contaba anécdotas que vivía en la comisaría y me consta que él apreciaba mucho a todos sus compañeros. Al menos estuvo bien arropado en su último adiós...

Clairee le dio la razón y estuvieron un buen rato hablando, recordando cosas de Leo. Quizás no se forjase una nueva amistad, pero al menos tenían la comprensión de una a otra. Comprendían el dolor que sentían y lo compartían.

Cuando la policía colgó, se dirigió a prepararse algo de comer. Llevaba muchas horas sin probar bocado y sabía que debía ser fuerte si quería destruir a la persona que tuvo que ver en la muerte de su compañero.

El dolor y la rabia se unían en ella clamando venganza por lo que pasó. Leo no merecía morir.

Pero Fabrizio Zanetti pagaría las consecuencias de lo que había ocurrido. Solo él era el culpable de todo empezando por secuestrar a chicas inocentes para venderlas al mejor postor en prostíbulos rusos y luego, por haber perpetrado una muerte que al final se convirtió en otra mucho peor.

—Esto no va a quedar así, Zanetti. Si para poder llegar hasta ti tengo que meterme de lleno en tu mundo haré lo imposible por hacerlo. Y cuando te tenga frente a frente haré que te arrepientas de lo todo lo que has hecho.

Su decisión era tan firme que nada ni nadie le iban a impedir vengar la muerte de su compañero de patrulla.

Tras comerse algo rápido, se dirigió a su habitación y en la cómoda encontró el ordenador portátil que tomó para sentarse en la cama.

Era el momento de comenzar su plan de introducirse en el oscuro mundo de la mafia.

### 3.

La quemadura ya estaba prácticamente curada. Había cicatrizado bien y solo le quedaría una marca como recuerdo del momento en el que su vida dio un drástico giro.

El día en el que dejó de existir para el mundo. Le estaba resultando muy difícil sobrellevarlo porque no podía salir mucho a la calle, cuando él había pasado mucho tiempo fuera por su trabajo. Si salía debía ir lo más oculto posible con gorras, gafas de sol, sudaderas con capucha que cubrieran su rostro.

Hacia unos días volvió al cementerio donde pudo ver a Byanca de lejos acompañada de Saulo para despedirlo en su tumba. Fue muy duro verla allí, pero debía asumir la realidad. Ya no estaba vivo para todos sus conocidos.

Aquella misma noche iba a entrar a formar parte de los hombres de Zanetti. Ya tenían todo listo y él, prácticamente, estaba casi irreconocible con la barba que se había dejado crecer y que ocultaba parte de sus facciones para no ser reconocido, sobre todo porque su cara aparecía en varios medios de comunicación.

Sabía bien lo que iba a encontrarse, pero no se veía lo preparado para afrontar la crueldad que iba a presenciar. Chicas secuestradas en manos de tipos sin corazón que las venderían a burdeles rusos, principalmente.

Había otro compañero de la organización que ya estaba dentro desde hacía meses y fue quien intercedió para que él entrara. Tenían muy vigilada la entrada de cualquiera. Lo vería esa noche. Él sería quien lo llevaría hasta uno de los lugares donde escondían a las chicas.

La noche anterior había preparado un petate con lo más esencial porque no iba a volver a aquel piso. Tendría que buscar otro una vez comenzase a «trabajar» en las filas de Zanetti.

Las horas de espera se le hicieron realmente lentas hasta que recibió el aviso en su nuevo móvil, ya que el otro quedó destrozado. Apagó todas las luces y salió de allí para dirigirse al coche oscuro que lo esperaba en la entrada del edificio.

Se introdujo en él y tras los saludos de rigor, el vehículo puso rumbo a su nuevo destino. Durante el trayecto, su compañero le fue dando algunas directrices y advertencias que debía cumplir para que no lo descubriesen. La tensión se palpaba entre los hombres de Zanetti después de la detención de Cyrano y desconfiaban de todos.

—Tienes que tratar de mantener la calma en todo momento. Intentarán hacerte caer en alguna trampa para ver si eres de confianza. Va a ser difícil.

Leo no decía nada, solo le dejaba hablar y de vez en cuando asentía con la cabeza. Intentaba hacerse a la idea del lugar en el que iba a entrar.

Se dirigieron a las afueras hasta llegar a una casa perdida en medio de la nada, de la que probablemente nadie tendría conocimiento, salvo los hombres de Zanetti y si alguien pasaba y la veía a lo lejos, podría pensar que estaba abandonada.

Era una casa muy parecida a la que habían ido cuando secuestraron a Byanca.

Sintió las manos sudorosas por los nervios. Tenía asumido lo que se iba a encontrar, pero no creía estar preparado.

El coche se detuvo más rápido de lo que esperaba y tuvo que bajarse haciendo un gran esfuerzo

por mostrar un rostro de indiferencia para así dar una imagen que realmente no era la que sentía.

Su acompañante lo condujo dentro encontrando lo que podría ser un salón cocina decorada de forma austera. Las paredes tenían la pintura, de un color claro, desconchada. Los muebles parecían viejos y que en cualquier momento se rompería.

A un lado había unos sofás desvencijados. Justo en el centro de la estancia una mesa donde tres hombres jugaban una partida de cartas.

—¡Eh! —saludó su compañero a los otros que levantaron la mirada y posaron sus ojos sobre Leo—. Traigo al nuevo.

Uno de ellos se levantó. Era bastante alto, con el pelo rapado castaño y ojos oscuros. Se acercó a Leo sin dejar de mirarlo a los ojos, lo que hizo que el policía se pusiese tenso, solo relajó la postura cuando vio que le tendía la mano para saludarlo.

—Ya me dijo Angelo que venías hoy.

Leo no supo qué contestar y miró a Angelo por unos segundos antes de volver la vista hacia el tipo dándole la mano mostrando una leve sonrisa.

—Es un hombre de pocas palabras —dijo su compañero sonriendo levemente—. Una vez que tome confianza será otro, Diego.

El tipo asintió y lo instó a seguirlo.

—Te presento a Carlo y a Gael.

Los dos tipos sentados a la mesa hicieron un saludo con la cabeza y Leo les contestó igual.

Una vez hechas las presentaciones lo invitaron a sentarse a la mesa en la que los otros siguieron con su partida de cartas y comentaban que esa misma noche iban a traer nuevas chicas. Las últimas habían salido hacía menos de veinticuatro horas hacia su nuevo destino.

Leo pudo oír todo tipo de comentarios en referencia a todas ellas, no eran grupos numerosos, pero el hecho de escuchar lo que decían le provocó arcadas. ¿Cómo podían hablar así de chicas inocentes? Era terrorífico.

—La rubia sí que estaba buena, era inglesa y tenía un culito tremendo —dijo Carlo soltando una carta en la mesa.

—No, la mejor era la pelirroja. Era tan estrecha que solo de pensarlo aún se me pone dura —dijo Gael con una sonrisa.

Leo miró a Angelo que se había dirigido a la cocina para preparar algo de comer y este le hizo un gesto para que no dijera nada. Se le podía ver el asco en los ojos, pero se limitaba a mirar lo que hacía sin intervenir.

El sonido de un móvil interrumpió la conversación y Diego sacó su móvil del bolsillo de los vaqueros. Contestó a la llamada, dejando sus cartas sobre la mesa, momento que aprovecharon los otros dos para ver cuál era su mano e intercambiar cartas en las suyas, para ir a su favor.

Unos minutos más tarde, Diego volvió a la mesa. Se sentó y recogió todo lo que habían apostado los tres.

—Os he visto, imbéciles. No sabéis hacer trampas sin que os pesquen. De todas formas tenemos trabajo. Una furgoneta se dirige hacia aquí con cuatro chicas, así que ya sabéis lo que hay que hacer —dijo mirando a los otros para luego dirigir la mirada a Leo—. Aquí viene tu prueba de fuego, amigo.

Parecía ser que Diego no se fiaba mucho de él y era el momento de demostrar que no era un topo. Solo esperaba poder tener el aguante suficiente para sobrellevar lo que se venía.

Poco rato después llegó el furgón que había dicho Diego. Este era de color oscuro y cuando aparcó ante la casa todos salieron y vieron bajar del vehículo a dos tipos que tras saludar al

hombre y al resto abrieron la puerta trasera donde se encontraban tres chicas inconscientes.

Los hombres se acercaron para cogerlas y llevarlas al interior bajo la atenta mirada de Angelo y Leo que luego siguieron al resto tras despedir a los del furgón.

Una vez dentro, ambos hombres fueron al interior de la habitación donde habían colocado a las tres chicas y ataban sus manos con bridas.

—No tardarán mucho en despertar —dijo Gael mirándolas a las tres—. Cada vez son más guapas.

Leo las observó y no pudo evitar estremecerse, eran casi unas niñas. Un instinto se apoderó de él y sin poderlo evitar se llevó la mano a la parte trasera del pantalón en busca de su pistola, pero al instante recordó que no tenía ninguna por lo que apretó los puños.

Ver aquello le producía mucha rabia y ver que no podía hacer nada lo hacía sentirse frustrado.

Diego se agachó frente a una de ellas y la sujetó por la barbilla para observarla. La joven tenía unos rasgos muy finos aunque buena parte de estos se cubrían con una mata de pelo castaño.

—Esta le puede gustar al jefe —meditó el tipo—. Es muy del estilo que le gusta.

—¿No le gustaban las rubias? —preguntó Carlo.

—La última vez cogió a una de pelo castaño. —Diego miró a Leo—. Al jefe siempre le gusta jugar con alguna de estas chicas. No sabemos qué ocurre con ellas luego, pero tampoco nos importa, nosotros aprovechamos cuando las tenemos aquí.

La sonrisa que mostró le revolvió el estómago.

—Entiendo —se vio obligado a decir.

—En cualquier momento puedes venir y darte el gusto. No te lo impediremos.

El tipo se incorporó y le dio un par de golpecitos en el hombro antes de salir con los demás.

«*No voy a poder soportar esto*», pensó sin dejar de mirar a las chicas tiradas en el suelo.

Salió de allí hacia el lugar donde estaban todos reunidos que volvieron a su partida sin siquiera inmutarse. Él se sentó en el sofá sin decir nada más. Había tenido días para hacerse a la idea de lo que iba a encontrarse y algo le decía que aquello no sería lo único que vería en los que durase su misión entre los hombres de Zanetti.

Lo que no se imaginaba era que muy pronto iba a comprobar la crueldad de aquellos hombres.

Como había vaticinado Diego, las chicas no tardaron mucho en recuperar el conocimiento y empezaron a gritar asustadas. Los tipos parecieron no inmutarse al principio mientras Leo se retorció las manos con fuerza mirando hacia la puerta.

—Ya se cansarán —dijo Diego haciendo un gesto desdenoso con la mano—. No les suele durar mucho los gritos al ver que no obtienen respuesta. El problema llega cuando se ponen rebeldes, entonces tenemos que aplicarles un pequeño correctivo para que no sigan molestando y sepan cuál es su lugar.

Al cabo de un rato, el volumen de los gritos había bajado, pero aún había una de ellas que no dejaba de gritar y golpear la puerta en un intento de escapar de allí.

El policía volvió a mirar hacia la puerta donde estaban las chicas encerradas. Saber que esa chica estaba luchando por escapar y que no tenía posibilidad alguna le provocaba un hondo dolor, sobre todo al no poder hacer nada por ella ni por las otras dos.

De repente Diego se incorporó con rapidez, tirando la silla con el movimiento sin dejar de mirar hacia la puerta donde se seguían oyendo los gritos y golpes.

—Me parece que esta chica quiere que le den una lección —dijo mientras se dirigía con paso firme hasta la habitación.

Leo se incorporó mirándolo mientras los otros permanecían impassibles, incluso Angelo,

aunque se le podía apreciar la tensión en sus mandíbulas apretadas. Él ya sabía lo que iba a ocurrir, pero, al igual que Leo, tampoco podía hacer nada o se descubrirían y sería mucho peor.

Diego dejó la puerta abierta y pudo ver a una de las chicas, de largo cabello oscuro, retroceder con el terror reflejado en el rostro. Las otras dos miraban igual de aterradas al hombre que acababa de entrar en la habitación con actitud amenazadora.

Leo lo vio agarrar a la chica del pelo y arrastrarla lejos de las otras, pero no lo suficiente para que vieran lo que estaba a punto de hacerle.

—¿Quieres gritar? —preguntó Diego mirándola—. Pues ahora lo harás con ganas.

Dicho esto, le rompió de un solo tirón la blusa que la joven llevaba y esta soltó un grito.

—Se acerca espectáculo —dijo Carlo soltando las cartas para frotarse las manos mientras se acomodaba en su asiento igual que Gael.

Leo miró a Angelo y le vio negar levemente con la cabeza, apesadumbrado. Volvió la vista hacia la habitación donde Diego le había roto toda la ropa a la chica que no dejaba de retorcerse y gritar mientras sus mejillas se empapaban de lágrimas.

—Esto te va a enseñar —dijo Diego colocándose entre las piernas de ella mientras se desabrochaba el cinturón y se bajaba la cremallera a la par que la joven seguía retorciéndose en un vano intento por escapar.

—¡Déjame! ¡No! ¡Auxilio!

—Ahora sí que quiero oírte gritar de verdad. —La sonrisa maliciosa de Diego le heló la sangre al policía.

Este quiso cerrar los ojos para no ver lo que estaba a punto de pasar, pero algo se lo impedía y se estremeció cuando el tipo penetró con violencia a la joven y esta gritó con una mezcla de dolor y agonía que puso los pelos de punta.

Las otras dos chicas se acurrucaron mientras veían tan tétrico espectáculo entre lágrimas y gemidos lastimeros, pensando que eso podría pasarles a ellas si no se quedaban calladas y quietas.

Leo sintió cómo la bilis le subía por la garganta mientras la chica gritaba y lloraba sin consuelo siendo violada sin piedad alguna.

—Lo que yo decía —dijo Carlo—, todo un espectáculo.

—Me ha puesto cachondo con sus gritos —expresó Gael.

Leo cerró los puños.

—Contrólate —indicó Angelo en apenas un susurro a su lado.

Quería salir de allí corriendo para no seguir viendo semejante espectáculo, pero hacerlo podría delatarlo y solo era su primer día allí. ¿Quién iba a pensar que presenciaría algo así en tan solo un par de horas que llevaba en aquella casucha perdida en medio de la nada? Pensar en todo lo que le quedaba por delante le hacía estremecerse.

Diego soltó un gruñido al acabar y se apartó de ella dejándola en el suelo desmadejada y llorando sin consuelo alguno. Se incorporó a la vez que se abrochaba los pantalones y luego salía cerrando la puerta con una sonrisa satisfecha en el rostro, una que Leo deseó tumbar de un solo puñetazo.

—Ahora no gritará más —dijo mientras volvía a la mesa para seguir con la partida.

## 4.

Clairee acababa de llegar a la comisaría con una mano vendada, un labio partido y una herida en la sien cubierta por un apósito. No era la primera vez que llegaba con algún golpe.

Desde la muerte de Leo trabajaba sin cesar, acudía a todos los operativos poniendo en riesgo su vida y la de sus compañeros por hacer cosas que no debía. No se ponía el chaleco antibalas, se enfrentaba a los malhechores...

Muchos de sus compañeros habían presentado quejas al comisario por sus actos y cuando llegaba a la comisaría todos la miraban con algo de rabia y decepción, ya que aquella mujer no era la policía que solía ser. Era una que ponía en peligro su vida y la de los demás sin pensar en las consecuencias.

Pablo estaba en el despacho que había ocupado Leo hablando con el nuevo inspector que iba a sustituir a su compañero, un tal Gatti con el que ella no había tenido mucho trato, tampoco es que le interesara. Ahora iba por su cuenta, sin la compañía de nadie. Era mucho mejor así.

El policía español al verla le dijo algo a Gatti y salió de allí para ver su estado.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? ¿Qué ha ocurrido esta vez? —preguntó agarrándola de los brazos.

Ella lo miró por unos segundos y de un brusco movimiento se soltó.

—No es nada, estoy perfectamente ¿no lo ves? —preguntó con voz indiferente para dirigirse a su propio despacho.

Pablo la siguió y no dejó que Clairee cerrara la puerta.

—Por Dios, no puedes seguir así ¿cuántas van ya? No haces más que poner en riesgo tu vida y la de los de tu alrededor.

—Me importa una mierda la vida de los demás —dijo ella sentándose para ponerse en su ordenador.

Pablo la obligó a girarse para que lo mirara a los ojos.

—Clairee, Leo está muerto, así no vas a conseguir que vuelva a la vida... debes continuar adelante.

—Eso es lo que hago ¿o no es así?

—No lo estás haciendo. Simplemente te dejas llevar por algo, no sé el qué... y te haces daño a ti misma, mírate —dijo él señalando sus evidentes heridas y moratones viejos—. No puedes seguir así, Clairee.

—Ya te he dicho que estoy bien, Pablo. Ahora tengo trabajo pendiente, así que, por favor, déjame sola.

El policía se pasó una mano por el pelo con frustración. De repente, por la puerta apareció el comisario que miró a Clairee con muy mala cara.

—¡Pisano! ¡A mi despacho ahora mismo! —dijo el comisario antes de girarse para salir de allí.

Pablo miró a Clairee durante unos segundos cuando el comisario desapareció y negó con la cabeza. Podía imaginarse la razón por la que había sido llamada y no era nada bueno.

Ella se incorporó sin decir nada y salió de allí bajo la atenta mirada del policía español.

Todos los que allí se encontraban la miraron dirigirse al despacho del comisario. Al llegar, entró, ya que estaba la puerta abierta.

El señor Cantoni estaba de espaldas a ella con las manos cruzadas detrás y cuando la sintió entrar se giró con gesto serio. Clairee no se dejó afectar por ello. Parecía indiferente a todo.

—Pisano, llevo varios días recibiendo quejas sobre su comportamiento en cada uno de los operativos a los que va. No hace más que poner en peligro su vida y la de sus compañeros.

—Nadie más ha muerto —expresó ella—. Todos están bien.

El comisario suspiró.

—Clairee —dijo acercándose a ella—. Estamos preocupados por ti. No eres la misma desde la muerte de Ruggeri y no te hace bien. No puedes ponerte en riesgo de esa forma. Hoy ha sido unas heridas y una mano vendada, pero mañana puede ser un disparo. Debes seguir adelante. Siempre perdemos compañeros, pero no podemos dejarnos llevar por el dolor.

Ella se apartó un paso.

—Usted no lo entiende. Éramos compañeros de patrulla, hemos compartido muchas horas juntos, muchas cosas.

—Lo sé, Clairee, pero él no hubiera querido verte en este estado.

—¡Nadie sabe lo que él hubiera querido! —estalló la policía—. Nadie lo conocía realmente. —Se cubrió la cara mientras el comisario suspiraba a la vez que negaba con la cabeza—. Nadie lo entiende...

El comisario volvió a dar un paso hacia ella y posó una mano en su hombro.

—Lo que no puedo entender es esta actitud que estás teniendo y no puedo permitir que pongas en peligro a toda la comisaría incluyéndote a ti.

Clairee apartó las manos y lo miró. Algo dentro de ella intuía lo que venía a continuación, pero no podía siquiera pensar que iba a ocurrir.

—¿Qué quiere decirme con eso?

El señor Cantoni apartó la mano para volver junto a su escritorio y mirarla a la cara.

—Me gustaría que te tomaras un tiempo para recuperarte. Es obvio que no puedes trabajar en este estado sin poner en peligro a los de tu alrededor.

—¿Me está echando?

—No. Cuando regreses volverás a tu puesto, pero entiende que no puedes trabajar así. Me apena muchísimo hacer esto porque te considero una excelente policía y no quiero ver cómo te destruyes por la muerte de tu compañero. Así que, por favor, deja tu placa y tu arma sobre la mesa.

Clairee miró al comisario, dolida. Si dejaba de trabajar, sería muchísimo peor para su estado anímico. Su trabajo hacía que mantuviese la mente en blanco y no pensara en él, en lo sola que se sentía...

Apretó los puños sin hacer movimiento alguno mientras el comisario esperaba con paciencia a que obedeciese.

—No puede hacerme esto, señor Cantoni.

—A mí más que a nadie le duele tener que hacerlo, Pisano. Por favor, obedece.

La rabia la inundó y con brusquedad sacó el arma de su lugar al igual que su placa y la depositó sobre la mesa con fuerza. Miró al hombre conteniendo las lágrimas para luego salir de allí sin siquiera decir nada.

Una vez fuera miró a todos los que había considerado sus compañeros y salió corriendo de allí.

Pablo quiso seguirla, pero Pérez lo detuvo. Tenían trabajo que hacer y no podía ir tras ella. Ambos habían visto desde el exterior lo ocurrido.

—Déjala, necesita estar sola y asimilar lo ocurrido. Tiene que meditar lo que ha estado haciendo.

—Dejarla sola es mucho peor que lo que ha pasado.

—No, Pablo. Ahora mismo es lo mejor. Se siente rabiosa y podría pagar contigo algo que sabes que ha hecho mal.

—No, Pérez. No puedo dejarla ir sola.

Se soltó del agarre de su compañero y siguió a Clairee al exterior de la comisaría. Una vez fuera miró en ambas direcciones, pero no la vio por ningún lado.

Cerró los ojos unos segundos y casi al instante pudo intuir hacia dónde se dirigía por lo que no dudó en coger el coche y dirigirse al lugar al que ella podría estar dirigiéndose en ese momento.

La vio a medio camino, entre las tumbas, y corrió hacia ella para sujetarla del brazo, pero Clairee se soltó con brusquedad.

—¡Déjame en paz! —gritó.

—Para, Clairee.

Ella se giró hacia él y Pablo pudo ver las lágrimas correr por sus mejillas y la ferocidad en sus facciones.

—¿Para qué?! ¡Nadie entiende cómo me siento! —gritó—. Encima me quitan algo que me ayuda a mantener la mente ocupada. ¡Dejadme en paz, joder!

Se llevó las manos al rostro y Pablo sintió deseos de abrazarla para aliviar aquel dolor que desprendía, pero no se acercó al saber que iba a ser rechazado.

—Clairee...

Ella no respondió, solo siguió llorando.

—Nadie me entiende... nadie...

Pablo dio un paso hacia ella y se arriesgó a abrazarla. Ella se dejó y apoyó la cabeza en el pecho de él soltando el dolor que le desgarraba. Dejó que ella se desahogara sin decirle nada, solo abrazándola. Pasaron mucho rato allí, sin moverse.

Clairee, luego, se apartó limpiándose el rastro de lágrimas y se giró para ir hacia la tumba de Leo. El policía la siguió sin hablar.

Ambos observaron la tumba con un ramo de flores colocado sobre esta. Clairee se arrodilló justo al lado y acarició la lápida.

—Tengo que vengar tu muerte, Leo. Ahora que no estoy en el cuerpo puedo hacer lo que quiera y voy a hacer que descanses en paz. Aunque me hayas dejado sola, no pienso permitir que el culpable siga en la calle sin pagar por lo que hizo.

—Clairee... —volvió a decir Pablo.

La policía se giró hacia él y negó con la cabeza.

—No, Pablo. Nadie va a convencerme de lo contrario. Te agradezco que quieras protegerme, pero no puedo dejar esto así.

—Es una locura. No tienes los medios para poder hacerlo.

—Sé buscarme la vida, lo he hecho durante años, esto no va a ser menos.

Pablo maldijo internamente, pero no se atrevió a decir nada más. Solo con el tiempo la haría olvidar su propósito.

Ella se levantó para volver por donde había venido. En su mente ya tenía claro que iba a buscar la venganza que Leo merecía y nadie iba a convencerla de lo contrario.



—Te acompaño a tu casa —propuso Pablo.

—No. Necesito estar sola ahora. No soporto que estén encima de mí todo el tiempo, Pablo —dijo ella deteniéndolo al ver que la seguía hacia su propio coche. Al ver la decepción en sus ojos, reculó—. No quería decir eso, pero... ahora mismo no quiero tener a nadie cerca, por favor.

Él no pudo evitar posar sus manos en las mejillas de la joven policía.

—Prométeme que vas a ir a tu casa. —Ella asintió sin decir nada—. Tienes mi número de teléfono, solo tienes que realizar una llamada si me necesitas.

Clairee sonrió levemente.

—Lo sé. Estar aquí ha hecho que me tranquilice un poco —mintió.

Él también sonrió y le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura del labio. Sus sentimientos por ella iban en aumento y sus ansias de protegerla lo estaban volviendo loco.

Clairee se apartó y se metió en su coche tras despedirse, pero durante el camino hizo una llamada a una persona que quizás podría ayudarla a cumplir su misión.

—¿Clairee? —preguntaron al otro lado de la línea.

—Me gustaría que nos viéramos, ¿habría alguna posibilidad de encontrarnos en un lugar lejos de la casa Graziani? —preguntó con el manos libres activado sin dejar de conducir.

—Podría intentarlo —dijo Byanca.

—Bien, te mandaré la ubicación para encontrarnos. Quiero hablar contigo de algo importante.

—De acuerdo.

—Nos vemos ahora.

Sin decir nada más, colgó y se dirigió a la cafetería más cercana que había encontrado en su camino. Estacionó el coche y se metió dentro tras mandar la ubicación a Byanca.

Se sentó al fondo de la cafetería y un camarero se acercó a ella para tomarle nota. Pidió un café y el hombre, tras asentir, se dirigió a la barra a prepararlo. Sacó su móvil del bolsillo de los vaqueros y lo desbloqueó.

Abrió la galería de fotos, en ella había una foto que se había sacado con Leo antes de que todo en su vida se complicara. Ambos sonreían y él hacía el gesto de la victoria.

Trató de evitar llorar, pero no pudo hacerlo, una lágrima traicionera había escapado de sus ojos y corría por su mejilla. Con rapidez se la limpió cuando vio que el camarero se acercaba con su pedido y él le sonrió levemente cuando dejó el platillo con la taza para luego volver a sus quehaceres. Si se había dado cuenta de su pena no dio muestras de ello.

La cafetería no estaba muy llena por lo que cuando Byanca entró no le fue muy difícil encontrar a Clairee al fondo de esta. Se sentó frente a ella sin decir nada.

Vestía unos sencillos vaqueros y una camisa estilo leñador de cuadros roja y negra.

La policía dejó el móvil a un lado y miró a Byanca, la cual le hizo una señal al camarero para que le trajera lo mismo que tenía ella en su taza.

—Me sorprendió mucho tu llamada —dijo cuando el camarero asintió—. No esperaba que me citaras.

Clairee cerró los ojos unos segundos.

—Estoy fuera del cuerpo durante un tiempo. El comisario me ha echado hoy. Dice que pongo en peligro a todos con mi actitud suicida. Son unas simples heridas y una mano vendada, a nadie le ocurrió nada.

—Sí le ha ocurrido a alguien, Clairee —dijo Byanca. La policía levantó la mirada hacia ella—. A ti. Te has hecho daño y supongo que es normal que estén preocupados.

—Yo estoy bien, esto no es nada. Lo que de verdad me duele es que nadie haga nada para

atrapar al culpable de todo.

Byanca bajó la mirada mientras se retorció las manos. Era prácticamente imposible atrapar a Zanetti.

—Sabes que no es fácil cazarlo. No hay una acusación directa ni nada que lo incrimine.

—Por eso te necesito.

El camarero apareció con la taza de café de Byanca, la cual no apartó la mirada de la policía.

—¿Para qué?

—Voy a vengarme por la muerte de Leo y para eso, debo entrar en el mundo de la trata de blancas —dijo la policía completamente convencida.

## 5.

Byanca, que había tomado la taza en sus manos, la volvió a dejar sobre el plato abriendo los ojos exageradamente.

—¿Qué?

—Creo que lo he dicho bastante claro.

La *hacker* negó con la cabeza.

—¿Tú te estás oyendo? ¿Acaso sabes lo que sufren esas chicas en ese mundo? No puedes hacer algo semejante.

—Es la única forma de llegar a Zanetti.

—¡No! —exclamó incorporándose.

Clairee también se levantó al ver que las pocas personas que se encontraban en la cafetería las miraban.

—Por favor, Byanca, siéntate y escucha lo que tengo que decirte. Tú sabes mejor que nadie que la única forma de llegar hasta él siendo mujer es entrando en ese mundo.

Ambas volvieron a sentarse.

—Existen otras maneras, Clairee. No puedes hacer eso. Tú misma pudiste ver con tus ojos a mi hermana. Ha sufrido tres años de cautiverio donde lo único que ha conocido es el lado oscuro del ser humano. No quiero que nadie más a mi alrededor pase por algo semejante.

Byanca temblaba con solo pensar en las consecuencias que podría tener aquello para la policía. Cada día veía a su hermana Chiara más apagada y las pesadillas eran constantes. Oír la gritar por las noches era un suplicio porque no podía hacer nada para aliviarla de aquel tormento, ya que se negaba a ver a un psicólogo que la ayudase a superarlo.

Negó con la cabeza sin dejar de mirar a Clairee. No podía hacerlo.

—No puedo, no puedo hacerlo.

—Byanca, yo ya no tengo nada que perder.

—Perderás la cordura.

La policía sonrió con tristeza.

—Creo que ya ni me queda cordura... Solo quiero vengar la muerte de Leo y que descanse en paz. Se lo merece.

—Yo también quiero que descanse en paz y quiero vengar su muerte, pero no así. Es peligroso. Si te descubre podría ser tu sentencia de muerte.

—Ya te he dicho que no tengo nada que perder. Si muero, haré que él muera conmigo. Creo que es la mejor manera.

—Podemos buscar otras opciones. Seguro que hay otras formas de acercarte a Zanetti sin tener que pasar por el calvario que pasó mi hermana.

Clairee suspiró exasperada.

—Dime alguna, entonces.

Byanca pareció meditar durante unos segundos las opciones.

—Conquistarlo, volverte una policía corrupta que quiere ayudarlo. Ya uno de vuestros compañeros lo hizo, tú podrías hacerlo. No debería ser difícil hacerte la interesante a ojos de

Zanetti. Ahora que no tiene a nadie en la policía que controle los pasos de los demás, es la mejor baza.

La policía cruzó los brazos.

—Te recuerdo que ahora mismo no estoy en el cuerpo.

—No importa, Clairee, eso no tiene por qué saberlo. Es la mejor opción. No quiero que pases por lo mismo que Chiara. —Byanca alargó la mano hacia los brazos de la policía con afecto y con la preocupación pintada en su rostro—. Buscaremos toda la información que podamos sobre él y todo lo que necesites para estar preparada, pero no te pongas en el ojo de esos malnacidos de la peor manera.

La joven pareció meditar las palabras de la *hacker* durante unos instantes. El dolor no le había hecho pensar en diferentes posibilidades de llegar a aquel malnacido y parecía que aquella opción que le daba Byanca era una que podría salir mucho mejor que la dejarse atrapar por sus hombres, ya que podría no encontrarse jamás con él y acabar lejos de Italia sin posibilidad de cumplir lo que más anhelaba.

La esperanza de hacer recapacitar a Clairee iluminó los ojos de Byanca esperando que no cometiese una locura. Ella mejor que nadie sabía lo que esas chicas podían sufrir a manos de esos hombres que trabajaban para Zanetti y no era agradable. Solo tenía que mirar a su hermana para imaginar el daño no solo físico sino psicológico que causaba en las chicas secuestradas.

—¿No será peligroso que alguien me vea haciendo esto? Hay muchos policías detrás de las investigaciones referentes a la mafia, Byanca.

—Encontraremos la manera de que nadie lo sepa. Si queremos ver a Zanetti sufrir por lo que le hizo a Leo, puedo enviar pistas falsas a la policía para que se alejen de él en el mismo momento en que empieces a poner en marcha el plan. No será difícil.

Clairee tomó una amplia bocanada de aire sopesando las opciones. En realidad, era una buena idea y el acercamiento con Zanetti sería mucho más eficiente.

Al final asintió.

—Sí, creo que tu opción es mucho mejor que la que yo había pensado. Es la mejor forma de acercarme a él sin sufrir como tú dices.

Byanca sonrió levemente y asintió.

—Ya verás. Lo planearemos todo bien y al fin podremos vengar la muerte de Leo, para que no quede en vano.

Clairee asintió.

Ambas se tomaron en café sin decir mucho más y tras acabar, cada una se marchó en dirección a su casa.

Clairee llegó a la suya soltando las llaves. Iba a quitarse la pistola, pero maldijo al darse cuenta de que ya no la tenía. Se quitó la ropa a medida que se dirigía al baño. Allí abrió el grifo y esperó a que saliera el agua caliente.

Se miró al espejo que le devolvió la imagen de una mujer destruida, con ojos rojos de llorar, ojeras bajo estos de apenas dormir y con marcas del último encontronazo que tuvo y que fue el pistoletazo de salida para que la echaran temporalmente del cuerpo.

Se pasó una mano por el pelo a la vez que le daba la espalda al espejo y se metía dentro de la ducha dejando que el agua caliente desentumeciera sus articulaciones, hasta el momento tensas debido a todo lo ocurrido en aquel largo día.

Cerró los ojos al echar la cabeza hacia atrás para que el agua le cayera en el rostro.

Necesitaba pensar en una buena estrategia para acercarse a Fabrizio Zanetti. Llegar a él no iba

a ser fácil, pero seguro que lo conseguiría. Todo era cuestión de estar en el lugar y el momento adecuado.

Sabía que se exponía demasiado, pero todo era poco para poder cumplir su venganza contra ese hombre, ese secuestrador y asesino.

Cerró el grifo y agachó la cabeza unos segundos antes de salir de allí para envolverse en una toalla tras secarse. Se dirigió a su habitación para ponerse el pijama, un pantalón largo de cuadros rojos estilo escocés y una camiseta de tirantes color blanco para luego volver al salón y de ahí a la cocina a prepararse algo para comer, aunque hacía días que no comía en condiciones.

Se hizo un sándwich y cogió una lata de cerveza de la nevera para volver al salón y sentarse en el sofá a comérselo mientras le daba más vueltas a lo que había hablado con Byanca hacía tan solo un rato.

—Nadie me va a parar, juro que vengaré la muerte de Leo, aunque sea lo último que haga.

Saulo se encontraba en el despacho de su oficina dando vueltas, preocupado por el estado de Byanca, llevaba unos días un tanto extraña. Tenía un comportamiento que no iba con ella.

Desde que había salido a verse con Clairee mantenía un serio mutismo con respecto a lo que hablaron en esa reunión. No quería pensar mal, pero se temía que pudieran estar planeando algo contra Fabrizio y eso podría traer serias consecuencias después de todo lo ocurrido.

Iba a tener que vigilarla bien para ver sus movimientos. No permitiría que se pusiera en peligro de nuevo. Bastante miedo había pasado cuando se entregó para que ni a él ni a su hermana les ocurriese nada.

Cada vez que recordaba la imagen de ella atada al volante del furgón con una bomba a su lado a punto de explotar se le crispaban los nervios y le hacía sacar su lado más sanguinario.

Él más que nadie tenía ganas de atrapar al maldito de Zanetti y hacerle pagar todas y cada una de las cosas que había hecho. Su *vendetta* personal llegaría en algún momento y nadie le iba a quitar la satisfacción de ser él quien acabara con su vida, porque no merecía ir a la cárcel, lo que merecía era morir dolorosamente, suplicando por su vida.

Pero el muy maldito se había escondido bien. Llevaba unos meses buscándolo sin descanso, aunque parecía haberse evaporado. Se escurría como el agua entre los dedos.

Ni siquiera Leo, que seguía infiltrado entre las filas de los hombres de Zanetti había logrado verlo. No solían hablar mucho. Las escasas ocasiones que eso ocurría era para preguntar por el estado de Byanca y alguna banalidad, pero nada relacionado con lo que hacía en donde quiera que estuviese. Apenas daba detalles, sino contaba cosas muy generales y que él ya sospechaba que hacía.

Sacó su móvil del bolsillo de los pantalones de color gris que llevaba ese día y miró la pantalla. De fondo tenía una foto que Byanca les había sacado antes de que se entregara y aunque no le trajera muy buenos recuerdos, era de las pocas fotos que tenía juntos, una donde se les veía despreocupados de todo, donde no existía nada más allá que ellos dos: Saulo y Byanca, un hombre y una mujer con los sentimientos a flor de piel, que se amaban más allá de todo. A pesar de las trabas que les había puesto el destino, como la relación que ella mantenía con Leo o su propio secreto.

La mafia era algo que mucha gente no comprendía, para poder hacerlo debías estar dentro y ver todo lo que se podía mover y las luchas de poder entre las diferentes familias. La rivalidad entre los Graziani y los Zanetti se remontaba hacía muchos años, pero se recrudeció aún más cuando ellos decidieron secuestrar y torturar a Saulo.

Solo él sabía todo lo que había tenido que pasar cuando ocurrió, se ensañaron con su cuerpo cubierto de cicatrices como claro recuerdo. Por suerte logró escapar y se tomó la venganza por su propia mano matando al hermano mayor de Fabrizio, el instigador de todo aquello.

Desterró aquellas imágenes de su mente y recogió sus cosas. Salió de su despacho viendo a la nueva secretaria que se había visto obligado a contratar, una joven de mediana altura, con unos enormes ojos y cabello oscuro con unas mechas fucsia que habían llamado su atención el día de la entrevista. A pesar de su aspecto, era una secretaria eficiente y que cumplía con su cometido a rajatabla por lo que no tenía de qué preocuparse.

Se subió en su coche y puso rumbo a la mansión Graziani. Durante el trayecto recibió una llamada de su abogado y amigo, Maurizio, descolgó la llamada por Bluetooth.

—Dime —dijo Saulo sin dejar de mirar hacia la carretera.

—Me preguntaba cuándo podríamos vernos, tienes un asunto bastante urgente que resolver y me ha llegado al despacho esta mañana.

—¿De qué se trata?

—El famoso cuadro de la fiesta donde casi te cae una lámpara encima. Existe un pequeño problema con él.

—¿Es importante que esté presente para solucionarlo?

—La verdad es que no, pero me gustaría verte la cara que hace tiempo que no nos vemos, aunque sé que espías mis redes sociales.

Saulo negó con una sonrisa.

—Maldito Salvatore. La verdad es que llevo una temporada un tanto desequilibrada. Tras lo ocurrido con Byanca han cambiado muchas cosas y no he podido prestar toda la atención a mis otros negocios —remarcó las últimas palabras—. Te prometo que en cuanto pueda me pasaré por tu despacho y nos vemos para solucionar el tema de ese cuadro. ¿Alguna cosa más?

—Si yo te contara...

—Me refiero a mis negocios, Maurizio, tu vida privada no me interesa ahora mismo.

—Ahora entiendo cuando dice Salva que no eres nada empático —dijo el abogado con un deje burlón.

Saulo suspiró justo en el momento en el que llegaba a la mansión.

—Tengo que dejarte.

—Espero tu llamada.

—Sí.

Tras esto colgó y aparcó el coche. Se bajó de este y se dirigió al interior del edificio en busca de Byanca, a la que encontró en la habitación que ambos compartían.

La encontró sentada en la cama con algo en las manos y la cara congestionada, como si estuviese llorando. Al acercarse se percató de que así era, sus mejillas estaban mojadas.

—¿Byanca? —Ella levantó la vista hacia él—. ¿Ocurre algo?

La *hacker* asintió y se cubrió la boca con una mano a la vez que se le escapaba un sollozo.

Saulo se sentó frente a ella y le acarició con suavidad las mejillas para limpiar el rastro de las lágrimas. Le estaba preocupando su estado por lo que trató de sonreírle con un poco de calidez, infundiéndole un poco de valor.

—Sea lo que sea estoy aquí contigo, Byanca. ¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Chiara? ¿A mi hermana? —Ella negó—. ¿Entonces?

Byanca le mostró lo que tenía en la mano sobre su regazo. Se trataba de una prueba de embarazo.

Saulo apartó las manos de la cara de ella para coger aquel objeto y mirarlo detenidamente, antes de volver la vista hacia Byanca, la cual sonrió asintiendo a la muda pregunta del mafioso.

No hubo necesidad de más palabras porque enseguida comprendió el mensaje claro que le daba aquello y la sonrisa de su mujer, así que lo único que supo hacer fue incorporarse para luego cogerla a ella y abrazarla con fuerza justo antes de darle un beso cargado de amor y de felicidad.

Iban a ser padres y eso le llenaba de una enorme alegría que no iba a poder ocultar.

## 6.

### *Meses más tarde.*

Pablo iba en el lado del copiloto en dirección a la casa de Clairee. Pérez conducía en silencio, roto por el sonido de la música de los Chichos. El agente encubierto tenía unos gustos peculiares en cuando a música, esto ponía nervioso a su compañero más de lo que ya se encontraba.

Sentía pavor al pensar en la reacción de la policía cuando supiera quiénes eran en realidad, sobre todo porque él había intentado ser todo lo sincero que su trabajo le permitía.

El camino hacia la casa de ella se le hizo más largo de lo que esperaba. Pérez conducía como los viejos y aquella música lo estaba sacando de sus casillas. Cuando llegaron, Pablo ni siquiera esperó a que aparcara para bajarse del vehículo.

—¿Tienes prisa? —preguntó cuando se bajó del coche tras dejarlo bien aparcado.

—No soporto esa música.

—Eh, son un clásico de la música española, un hito.

—Lo que tú digas, pero no puedo con ellos.

—El problema no son los Chichos, el problema es que tienes miedo por la reacción de Clairee ante lo que le vamos a contar.

—Es para estarlo. Vamos a hacer que se meta en la boca del lobo, a que le hagan daño.

Pérez posó una mano en el hombro de su compañero con comprensión.

—El amor te hace temer, pero ella es muy fuerte y no se dejará hacer sin luchar. Anda —dijo caminando hacia el portal del edificio donde vive la chica—, no hay tiempo que perder.

Pablo siguió a su compañero que tocó el telefonillo justo en el botón de la casa de Clairee.

—¿Quién es? —se oyó la voz de ella a través del altavoz.

—Somos Pablo y Pérez, ¿nos puedes abrir? —preguntó el segundo.

—Eh... sí —dijo ella dándole paso al interior del edificio tras apretar el botón de apertura.

Los dos se dirigieron al ascensor para subir al piso de la joven. Esta los esperaba en la puerta sorprendida por la visita de ambos. Tenía los ojos ojerosos, ya que había pasado la noche en vela, observando toda la información que le había conseguido Byanca sobre Zanetti.

Desde la última reunión en aquella cafetería habían unido sus fuerzas en buscar una forma de acercarse al mafioso y vengar la muerte de Leo por lo que la *hacker* le conseguía todo lo relacionado con él y ella se encargaba de estudiarlo con detenimiento para buscar la mejor forma de acercarse a él.

Cuando los policías aparecieron los dejó pasar al interior y los invitó a sentarse en el sofá mientras ella se dirigía hacia la cocina que estaba separada por una barra.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó.

—Agua está bien —dijo Pérez acomodándose.

Pablo, en cambio, miró alrededor hasta que se topó con un papel que había tirado en el suelo. Lo cogió y lo leyó con detenimiento.

Cuando Clairee llegó con el agua de Pérez se puso pálida. Pensaba que había recogido todos



los papeles. Pablo la miró mientras negaba con la cabeza.

—¿Estabas investigando por tu cuenta? —preguntó.

Ella dejó el vaso sobre la mesa baja y le arrebató el papel al policía.

—¿Vas a detenerme por hacerlo?

—Debería para que no hagas una estupidez.

—¿Desde cuándo eres mi padre para vigilar todo lo que hago o dejo de hacer? —preguntó a la defensiva.

—Desde que te has vuelto una inconsciente —dijo él incorporándose—. Esto es peligroso ¿acaso no lo comprendes? —preguntó volviendo a coger el papel—. No sabes a lo que te enfrentas.

—¿Y tú sí?

Pérez se incorporó para tratar de detener la discusión.

—¡Sí! —exclamó Pablo—. ¡Yo trabajo para investigar todo esto!

Tanto Clairee como Pérez lo miraron con asombro. Ella por su brusca respuesta y él por haber soltado la bomba así sin más, así que decidió intervenir.

—Clairee, será mejor que te sientes. Tenemos muchas cosas que explicar, sobre todo para que entiendas lo que ha querido decir Pablo.

El aludido soltó el papel y comenzó a dar vueltas por el salón mientras ella lo miraba incrédula.

—¿Qué...? ¿Qué significa todo esto?

—Si te sientas te lo explicaré todo —dijo Pérez sentándose para que ella lo imitara, haciéndolo en el sillón que había justo al lado—. Verás, Clairee, nosotros no llegamos a la comisaría por casualidad. Nada tenía que ver la chica española que encontrasteis, pero nos puso las cosas fáciles.

Clairee parpadeó confusa.

—No entiendo. ¿No sois policías?

—Lo fuimos —dijo Pérez con una sonrisa nostálgica—. Al menos hasta hace un par de años.

Una alarma saltó en la mente de la policía la cual se incorporó.

—Si no sois policías...

Pérez la agarró de la muñeca con suavidad.

—Tranquila, estamos en el bando de los buenos. Pablo y yo pertenecemos a una organización mundial contra el crimen organizado.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Nosotros llevamos mucho tiempo investigando sobre la trata de blancas. Que llamarais a la policía española nos dio la excusa perfecta para venir.

—Pero ¿por qué me contáis esto? No, no lo entiendo. ¿Cómo lo hicisteis?

—Tenemos contacto con todos los países y cuando la situación trasgrede la jurisdicción de la región, nosotros intervenimos.

Clairee dio una vuelta por el lado contrario a donde lo hacía Pablo para luego mirarlos.

—¿El comisario lo sabía? ¿Sabe que sois...?

—Sabe lo justo y necesario. Estamos para acabar con esa lacra.

La policía negó con la cabeza y volvió a dar vueltas.

—¿Por qué me lo estáis contando? Y más después de tanto tiempo, engañándonos.

—Era necesario que nadie lo supiera.

—¿Y por qué ahora?

—Porque la organización quiere reclutarte para ayudarnos a acercarnos a Fabrizio Zanetti. Pablo la miró cruzando los brazos, decepcionado.

—Pero parece que ya estabas haciendo las cosas por tu cuenta. ¡Ibas directo a la boca del lobo! —le reprochó.

Clairee también cruzó los brazos.

—Esto es personal y nadie iba a hacer justicia por Leo. Todos lo olvidaron en cuanto acabó el entierro. ¿Crees que me iba a quedar de brazos cruzados? Deben pagar por lo que han hecho.

—¡Arriesgando tu vida! —exclamó Pablo.

—¿Y con vosotros no pongo en riesgo mi vida también?

—Maldita sea, Clairee, no es lo mismo.

—Ah claro, es que con vosotros voy a tener una alfombra roja que me lleve hasta las entrañas de este maldito caso.

Pérez se incorporó de nuevo para parar aquella discusión.

—¿Queréis parar de una maldita vez?

Ambos lo miraron y él se pasó una mano por el pelo con frustración, no estaba acostumbrado a perder los nervios, pero la discusión de esos dos lo volvía loco.

Volvió a sentarse y tomó el vaso de agua para bebérsela.

—Parecéis dos adolescentes. Ahora mismo nos concierne saber si aceptas entrar en la organización y agilizar el trabajo que estabas haciendo o simplemente negarte. Pablo puede decir lo que le salga de las pelotas, pero aquí quien decide eres tú y si quieres ir por tu cuenta a hacer justicia nadie te lo va a impedir porque es tu vida y no le debes explicaciones a nadie —dijo mirando hacia su compañero.

Luego bebió con tranquilidad y la miró por encima del borde del vaso.

—Con nosotros estarías protegida de todo, siempre habría alguien de los nuestros cerca por si lo necesitaras. De las dos opciones es la que menos me desagrada.

Pérez volvió a dejar el vaso sobre la mesa baja y miró a su compañero.

—No puedes decidir por ella, lo sabes ¿verdad? Solo Clairee puede elegir una de las dos opciones —dijo incorporándose y volviéndose hacia ella—. No es necesario que nos des una respuesta inmediata, tienes nuestros números, puedes preguntarnos todo lo que quieras, pero piénsalo bien y cuando tengas claro lo que quieres hacer nos avisas. Nadie va a presionarte.

Clairee solo pudo asentir ante estas palabras y vio cómo Pérez se dirigía a la salida mientras que Pablo se quedaba quieto en el sitio, mirándola con los brazos cruzados.

Los descruzó y se acercó hasta ella con paso pausado para tomar su cara entre sus manos.

—Clairee, piénsalo bien. Yo no quiero que te hagan daño, ni siquiera quería que te reclutaran porque no estás bien anímicamente.

La policía apartó las manos de él y se alejó un paso algo indignada.

—¿Acaso no me ves capacitada?

Pablo negó con la cabeza.

—No es eso. La muerte de Leo te ha afectado y solo has hecho estupideces desde ese día, solo quiero protegerte porque ir a por Zanetti no te va a dar la satisfacción que quieres.

—No me conoces, Pablo. No sabes nada de mí, así que no eres quien para pensar en lo que es bueno o malo. ¿Sabes qué? Acepto —dijo girándose hacia la puerta donde esperaba Pérez—. Quiero entrar a formar parte de esa organización e ir a por Zanetti.

Pablo se pasó una mano por el pelo con frustración mientras Pérez volvía al interior de la casa cerrando la puerta.

—Es una decisión precipitada, deberías pensarlo bien.

Ella negó con la cabeza.

—No hay nada que pensar, Pérez. Quiero ver a ese hombre sufrir por haber destruido tantas vidas.

—Podrías arrepentirte. Podría superarte la situación. Aún no sabemos muy bien cómo será tu misión y podría ser dura.

—No sé qué habrán pensado en esa organización, pero llevo meses investigando y tengo un buen plan para acercarme a él. He ido madurando la idea inicial, creo que es una opción muy buena.

Se giró para ir a buscar los papeles que había escondido, pero Pérez la sujetó del brazo con delicadeza.

—Clairee, hablo en serio.

—Y yo también. Con mi información y la que tenéis vosotros podremos acercarnos a Zanetti con facilidad.

—Si pasas a formar parte de la organización, debes dejar todo atrás, ¿podrás soportarlo? En España ya no existimos como tal, vivimos en las sombras...

—Nadie me espera y nada me ata a mi actual existencia.

—Puede que ahora no, pero cuando pase el tiempo y veas que no puedes volver a hablar con aquellos que significaron algo en tu vida, por nimio que fuera... Es duro, Clairee. Yo he tenido que dejar a mi familia allá y Pablo está muerto para nuestro país. Estás haciendo justicia, sí, pero ¿a qué precio? Por eso me gustaría que lo pensaras. No va a ser fácil. De ahí que te dijera que podías preguntarnos todo lo que quisieras.

El silencio en aquel salón se hizo intenso. Nadie habló durante unos minutos, pero ella se soltó.

—Voy a buscar la información que tengo —dijo ella dirigiéndose a su habitación.

Pérez negó con la cabeza y miró luego a Pablo con reproche.

—Has acabado precipitándolo todo. Tú que no querías que se metiera en esto y la has provocado. Dijimos que yo me encargaría de todo, pero claro... no podías estarte callado para poder explicarle mejor lo que conllevaba meterse en esta mierda. —Al ver que Pablo iba a hablar, puso una mano delante para detenerlo—. No, no digas nada.

Casi al instante apareció Clairee con una carpeta en la que había varios documentos, los cuales mostró a los dos hombres justo antes de sentarse y colocar todo sobre la mesa tal y como lo había tenido antes de su llegada.

En ellos había muchísima información, algunas cosas ni siquiera habían podido conseguir ellos mismos a pesar de haber realizado un arduo trabajo cibernético.

Pérez se acercó y se sentó al lado de la joven para observar con detenimiento toda aquella cantidad de papeles. Cogió algunos y los leyó atentamente, descubriendo unos datos que ni ellos habían podido recopilar en todo ese tiempo.

—¿Cómo has conseguido todo esto? —preguntó agitando los papeles—. Es un trabajo muy bien realizado.

—He tenido un buen ayudante, pero no te diré su nombre. Lo importante aquí es todo esto. Llevo mucho tiempo investigando y voy a acercarme a Zanetti como una policía que se va a dejar llevar por la corrupción. Es la mejor manera de acercarse a él porque si me secuestraban, era muy probable que no lo viese, yendo a otro país, vendida como una esclava sexual.

Pablo no intervenía en la conversación, solo se limitaba a escuchar todo lo que ella iba contando. De nada serviría hacerle cambiar de opinión. Estaba más que dispuesta a asumir

cualquier riesgo con tal de vengar la muerte de alguien que ni siquiera estaba muerto, aunque ella no lo supiese. Maldijo a Leo una y mil veces.

Se dirigió a la ventana y allí permaneció el tiempo que duró el intercambio de información del que Pérez y Clairee disponían.

Solo esperaba que ella no se arrepintiera de la decisión que había tomado a la ligera.

## 7.

Abrió la puerta del piso que había alquilado hacía tan solo unos meses y encendió la luz para dar paso a una habitación con muy escaso mobiliario, ya que no solía pasar mucho tiempo allí y se había limitado a lo más esencial. Todo estaba junto en aquel lugar, solo había otra habitación que hacía la función de lavabo.

Sacó la pistola que llevaba en la sobaquera y la dejó sobre la isla de la cocina para tomar de la nevera una cerveza. Estar en aquel maldito lugar lo estaba carcomiendo por dentro. No era fácil ver cómo llevaban a cabo los secuestros de chicas tan jóvenes, con toda una vida por delante que les quitan de un solo plumazo, sin posibilidad alguna de escape.

Él había intentado en varias ocasiones evitarles ese futuro, pero al final, por una cosa o por otra no había cumplido su promesa y a esas alturas ya no las hacía. Bastante decepcionado se sentía consigo mismo como para decepcionarlas a ellas.

Con el paso de los días había tenido que ir endureciendo su corazón para evitar cometer una locura que lo delatara y temía estar perdiéndose en la oscuridad en la que no quería entrar.

¿Cómo podía Angelo soportar todo aquello? A él su instinto de policía le hacía querer acabar de una vez por todas con esa situación.

Se terminó la cerveza y se dirigió al lavabo. Necesitaba un baño para despejar la mente, para no pensar en nada. Se quitó la ropa y se metió dentro de la ducha accionando el agua caliente que no tardó mucho en salir. Dejó que cayera por sus hombros y descendiera por todo su cuerpo.

Movió la cabeza hacia atrás para que el agua empapara su pelo y su rostro en un intento de borrar de su mente las imágenes que tenía que ver cada día, aunque sabía que era imposible olvidarlo. Convivía con ello desde hacía meses y no sabía qué esperaba la organización para hacer algo. ¿Qué más debían esperar? ¿Que se llevaran a todas las chicas de Italia?

La rabia que sintió le hirvió la sangre y golpeó con fuerza la pared de azulejos blancos, haciéndose daño en los nudillos. Apartó la mano para pasársela por el pelo. Finalmente cerró el grifo y salió envolviéndose en una toalla.

Se dirigió al armario donde cogió unos pantalones de deporte negro y una camiseta sin mangas del mismo color. Tras vestirse, se dirigió a la cama en la que se tendió mirando al techo.

En esos momentos de soledad en los que intentaba sacarse de la mente a las pobres desgraciadas que habían tenido la mala suerte de caer en las manos de los hombres de Zanetti, solo acertaba a pensar en Byanca.

Hablaba con Saulo de vez en cuando para saber su estado. Se alegraba por ambos porque eran felices, pero su corazón no opinaba lo mismo. Le dolía recordar que lo había dejado por él y que iban a ser padres.

¿Por qué se había torcido tanto todo? ¿En qué momento exacto? Se querían, se amaban, pero todo cambió de repente y él se quedó solo.

Cuando ella fue en busca de ayuda para proteger a Saulo intentó ser cruel para alejarla. No era justo para él que fuera a buscarlo para eso. Desde ese mismo momento, miles de cosas se sucedieron hasta llevarlo a conducir aquel vehículo con una bomba que serviría para fingir su muerte, aunque si no hubiese saltado en el momento adecuado, ahora estaría enterrado en aquella

tumba que tenía su nombre.

Se llevó una mano al hombro donde conservaba la cicatriz de la quemadura que se había hecho cuando el coche explotó. Un recuerdo de que seguía vivo, aunque para el resto no era así.

En momentos como ese se arrepentía de haber aceptado pertenecer a la organización.

El sonido el móvil aún dentro de los vaqueros que había dejado sobre una silla lo sacó de sus pensamientos. Se incorporó y se dirigió a cogerlo. Observó la pantalla durante unos segundos. Se trataba de Angelo, por lo que descolgó la llamada.

—¿Qué ocurre?

—He recibido una llamada de la organización.

—¿Y?

—Hay novedades, pero no quiero contártelas por teléfono así que ¿me abres?

Leo se movió hasta la ventana y vio a su compañero en la calle haciéndole un saludo con la mano.

—¿Cómo has...?

—Te he seguido —dijo Angelo sonriendo—. Aún te queda mucho por mejorar. Bueno, ¿me abres o no?

Leo suspiró y volvió al interior para dirigirse al telefonillo.

—Sube.

Colgó y abrió la puerta de la vivienda a la espera de su compañero que no tardó en aparecer. Subió las escaleras en un santiamén gracias a las piernas largas que tenía haciéndole destacar en altura, sobre todo cuando estaba en lugares pequeños como su casa ahora mismo. Parecía ocupar casi todo el espacio.

Lo vio mirar alrededor con sus grandes ojos azules y negó con la cabeza.

—Esto es un nido.

—Para lo que sirve está perfecto.

Angelo se encogió de hombros y se sentó en la cama mientras Leo iba hacia la nevera y sacaba dos cervezas para tenderle una a su compañero.

—También es verdad. Pasas más tiempo en las casas de fuera de la ciudad que aquí y eso tampoco es bueno.

—¿Cómo puedes soportarlo? —preguntó Leo.

Angelo se pasó una mano por la barba de pocos días castaña, igual que su pelo para luego darle un sorbo a la bebida.

—Uno nunca se acostumbra a esto, pero debemos sobrellevarlo lo mejor que podamos. Es difícil, sé que quieres ayudarlas a todas, pero no podemos hacer nada hasta que llegemos a la cabeza de todo esto.

Leo también tomó un sorbo de la cerveza pensando que no era suficiente, sobre todo porque eran demasiadas chicas, pero se abstuvo de decir nada más con respecto a eso.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho la organización?

Angelo dejó la cerveza a un lado y se incorporó.

—Parece que han reclutado a una mujer que va a acercarse a Zanetti ganándose su confianza y así poder conseguir nuestro propósito.

—¿Una mujer?

Angelo asintió.

—Sí, la carne es débil. Un hombre como él no puede resistirse a una mujer seductora y hermosa. No será muy difícil, lo que no entiendo es por qué no lo habían hecho antes.

—¿Y no podría sospechar? Que de repente aparezca una mujer que se le acerque...

—No sé si es una mujer a la que le gusta el riesgo —dijo Angelo sonriendo—. Hay muchas a las que les encanta seducir a hombres peligrosos.

—Zanetti es más peligroso de lo que nos podemos imaginar, Angelo.

—Lo sé, he podido ver su maldad con las mujeres en primer plano y te aseguro que no es plato de buen gusto. Espero que esa mujer tenga nervios de acero o no lo resistirá.

»La próxima semana dará una fiesta privada en la que estaré dentro del dispositivo de seguridad, la organización va a intentar conseguir una invitación para ella. No sé cómo lo harán, pero ahí va a estar y espero que pronto acabe esta pesadilla.

—Yo también espero que acabe pronto.

«No sé cuánto tiempo aguantaré sin dejarme llevar por la oscuridad», pensó para sí apesadumbrado. Y era cierto, cada día sentía que perdía lo bueno que había en él y se volvía un ser más oscuro, llegando a tener miedo de sí mismo.

Por más que se mirase en el espejo no se reconocía. No era la Clairee de siempre. Cierto que había cambiado mucho desde la muerte de Leo, pero ese cambio que le habían hecho la hacía parecer otra mujer.

Cuando murió su compañero perdió peso y sus facciones se habían afilado, pero su nuevo color de pelo era algo que aún trataba de asimilar. Ahora lo llevaba mucho más claro, rubio claro lo que acentuaba aún más sus facciones.

Le dio la espalda al espejo para dirigirse a su habitación donde vio colgando en su armario el vestido que llevaría al día siguiente en la fiesta privada que iba a dar Fabrizio Zanetti. Un largo vestido de color rojo, con espalda descubierta, encaje en la parte delantera y una larga raja en un lado que llegaba hasta medio muslo.

Habían aprovechado los días anteriores para planear bien su misión, pero a falta de unas horas para el encuentro con el hombre que asesinó a Leo, los nervios hacían mella en ella.

El timbre sonó y se dirigió al telefonillo para ver quién era.

—Clairee, soy yo, ¿puedes abrirme? —se oyó la voz de Pablo al otro lado.

—Pasa —dijo ella pulsando el botón de apertura.

Cuando tocó en la puerta, ella le abrió y lo dejó pasar.

Para él, verla de ese modo la hacía ver diferente, sí, pero seguía siendo la misma Clairee. La mujer a la que no había dejado de querer desde el primer momento en que la vio en la comisaría.

—Te ves... —La miró de arriba abajo, deteniéndose en su rostro—. Diferente.

—Sí —dijo ella tratando de sonreír—. Es una imagen a la que no estoy acostumbrada, pero no me queda mal ¿verdad?

—Te ves preciosa de cualquier manera.

Pablo se acercó y le acarició la mejilla con los nudillos. Clairee frunció el ceño ante aquel gesto.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella algo nerviosa.

El policía tomó la cara de ella entre sus manos y la miró fijamente a los ojos.

—No vayas mañana, por favor. No vayas a esa fiesta, te lo pido.

—¿Qué? —La joven se apartó sin comprender las palabras de él—. ¿Qué estás diciendo? Llevamos días planeando todo esto.

Pablo se pasó una mano por el pelo con frustración. Tenía que contarle cómo se sentía y hablarle de sus sentimientos por ella. Pero, en vez de decirlo con palabras, simplemente volvió a

tomar el rostro de Clairee entre sus manos y la besó en los labios sorprendiéndola en el acto.

Cuando él se separó de ella para apoyar luego la frente contra la de ella y cerrar los ojos.

—No quiero que te hagan daño, Clairee, te has convertido en algo muy importante para mí y no soportaría ver cómo te consume toda esta situación. Zanetti es peligroso, no dudará en hacer lo que está en su mano para hacerte sufrir si descubre quién eres. No lo soportaría.

—¿Qué significa todo esto, Pablo?

Él abrió los ojos y la miró fijamente.

—Te quiero, Clairee. Me juré no decírtelo porque sé que tus sentimientos por Leo eran demasiado fuertes y que aún perdura en ti, pero saber que te puede pasar algo me carcome por dentro, por eso he tratado muchas veces de evitar que te reclutaran y de que cometieras una locura. Sé que no vas a sentir lo mismo que yo, pero déjame protegerte por una vez y desiste de esta idea, te lo ruego.

Clairee se apartó negando con la cabeza.

—No me puedes pedir algo semejante. Llevo meses planificando todo esto porque se lo debo a Leo. No vas a hacerme cambiar de idea.

—Comprende que es peligroso para ti, ¿qué pasaría si Zanetti descubriera quién eres realmente? Va a investigarte, una vez te conozca mañana va a investigar todo sobre ti.

—Todo eso está bien atado, lo sabes muy bien —dijo ella sentándose en el sillón—. Nada va a salir mal. Confía en mí, Pablo. Por una vez déjame hacer las cosas porque necesito hacerlo. No solo por Leo, también por todas esas chicas que han sido despojadas de todo por estar en el momento y lugar equivocados.

—Hay más formas de llegar a él.

—Esta es la mejor, lo sabes tan bien como yo y no podemos perder esta oportunidad. No puedes protegerme entre algodones, no soy una muñeca de cristal que se va a romper al más mínimo roce, soy policía.

Pablo se acercó y se agachó frente a ella para tomar sus manos entre las suyas.

—Sé que eres una mujer valiente y que puedes enfrentarte a todo lo que se te ponga por delante, pero no contra él. Zanetti es peligroso.

—Lo sé. Sé cómo funciona la mafia, hemos investigado durante muchos meses a todas las familias metidas en este mundo. No sigas con esto, Pablo. No vas a lograr convencerme —dijo ella apartando las manos y levantándose para dirigirse a la ventana—. Pensé que me apoyarías, que estarías de mi lado, pero no has hecho más que intentar convencerme de que no haga nada y no puedo, no soy así. Me hice policía para proteger a la gente de los malos, puedo hacerlo mejor o peor, pero es mi deber, tú mejor que nadie puedes entenderlo —dijo girándose hacia él—. Aunque ya no ejerzas fuiste policía ¿no querías lo mismo que yo?

—Claro que sí, pero esto es diferente, Clairee.

—No, no lo es. Voy a salvar a La Toscana de un ser sin escrúpulos, que no siente reparo en separar a chicas jóvenes de sus familias para venderlas a prostíbulos de mala muerte lejos de su tierra. Es razón más que suficiente para arriesgarlo todo. Así que si no estás de acuerdo conmigo y no me apoyas, será mejor que te vayas de mi casa —dijo ella con voz firme.

Ambos se miraron fijamente, Clairee con determinación y Pablo, dolido. No queriendo decir nada más porque sabía que no iba a lograr su objetivo, se giró y se marchó de la casa sin siquiera despedirse.

Una vez en el pasillo, golpeó con fuerza una pared al sentirse frustrado por no haber podido convencerla de lo contrario. Se pasó las manos por el pelo y descendió las escaleras. Se



mantendría alejado de ella porque no soportaría ver cómo le hacían daño.

## 8.

Estaba nerviosa, muy nerviosa. No paraba de retorcerse las manos durante todo el trayecto hasta la mansión Zanetti. Iba en el coche de Pérez que oía una música española que para sus oídos era bastante extraña y que la estaba poniendo más nerviosa de lo que ya se sentía.

—Tranquila, todo va a salir bien —dijo Pérez intentando calmarla.

—Yo no estaría tan segura... quiero vomitar —expresó llevándose las manos al vientre.

Pérez posó una mano en la rodilla infundiéndole apoyo y ella lo miró. Ni siquiera recordaba lo que tenía que hacer una vez llegara a aquella mansión, no recordaba cómo podría acercarse a Fabrizio Zanetti. Iba a meter la pata antes de tiempo.

—No vas a vomitar, está todo en tu mente, vamos, respira hondo. —La joven obedeció y tomó aire con los ojos cerrados—. Mucho mejor, sigue respirando tranquilamente, cuando lleguemos vas a entrar ahí y llamarás la atención de ese hombre, ya lo verás.

—Confías demasiado en mí.

—Sé que lo harás bien, llevas meses trabajando en esto, piensa en todo ese tiempo invertido, en todo lo que has averiguado y por quién lo haces. Todo eso te dará la fuerza necesaria para hacerlo.

Clairee meditó las palabras del policía y sintió la fuerza suficiente para ir allí y dar lo mejor de sí misma para acabar con un secuestrador y un asesino. Leo le daría la fuerza donde quiera que estuviese para cumplir su venganza.

Cuando se dio cuenta se vio ante la mansión. Se colocó la larga melena a un lado y miró a Pérez que le sonrió con confianza, dándole ánimos.

Ella sonrió también y abrió la puerta del coche para bajarse, pero antes de hacerlo, volvió la vista hacia el policía.

—Pablo... ¿está muy enfadado?

—Se le pasará —dijo Pérez—. Cuando vea que todo sale a pedir de boca se dará cuenta del error que ha cometido al intentar detener todo esto. A diferencia de él, yo confío en ti y sé que podrás con ese hombre.

—Gracias. —Mostró una leve sonrisa justo antes de salir y dirigirse con paso firme a la entrada de la mansión Zanetti.

Habían pensado la posibilidad de que se pusiera un micrófono, pero aquel vestido impedía llevar uno lo suficientemente discreto para pasar desapercibido. Confiaban en que todo saldría bien, que no ocurriría nada grave por lo que temer.

En la entrada la esperaba un tipo al que entregó aquella invitación que había conseguido con muchísimo esfuerzo, ya que fue algo realmente complicado.

Cuando entró en la mansión no pudo evitar fijarse en todo lo que la rodeaba. Su instinto policial la hacía observar todos los detalles. Nunca se sabía cuándo le podía hacer falta.

Se dirigió al salón donde se oía una suave música, probablemente de un cuarteto de cuerda contratado para la ocasión.

Una vez allí pudo ver que las personas asistentes pertenecían a muchos ámbitos: famosos, futbolistas, políticos, abogados, jueces... ¿Cómo podía acudir toda esa gente a la casa de un

secuestrador, un camello y un asesino? La rabia la inundó y cerró las manos en puños.

Se adentró y cuando un camarero pasó por su lado tomó una copa de champán. Miró a su alrededor buscando a su objetivo en medio de aquella pequeña multitud. Lo halló en la otra punta del salón hablando con una mujer de pelo largo oscuro al igual que sus ojos. Si no se equivocaba, era la hija de una de las familias más importantes de La Toscana después de los Graziani y los Zanetti.

Le dio un pequeño sorbo al champán. De repente se había puesto más nerviosa de lo que ya estaba al sentir que muchos la miraban; como si la conociesen y en realidad podía ser así, los abogados y los jueces trabajaban mano a mano con la policía y ella no podía ocultar lo evidente. Se encontraba en una fiesta de las altas esferas.

A punto estuvo de salir de aquella sala, pero su misión era lo que más ocupaba su mente, así que se irguió y siguió adentrándose. Entre aquellas paredes podía respirarse la corrupción y lo más vil del ser humano, ya que había escuchado algunas conversaciones indiscretas que, si salieran a la luz, sería un gran escándalo para la región.

Finalmente se colocó en un rincón del salón, cerca de la puerta, nadie le prestaba atención y allí seguía observando a Zanetti, pero, entonces, lo perdió de vista.

—Maldita sea —susurró para sí mirando alrededor, sin suerte.

De repente, alguien la sujetó de la cintura a la vez que cubría su boca para que no gritara y la arrastraron fuera del salón.

Asustada, comenzó a patear haciéndole perder los zapatos en el trayecto. El que la agarraba era grande, duro y fuerte, no tenía nada que hacer, aunque ella fuera más ligera y rápida. Cerró los ojos rezando para poder escapar en cuanto tuviese la oportunidad.

La llevaron a una bodega donde el tipo la obligó a sentarse en una silla y antes de tener siquiera la más ínfima posibilidad, este esposó sus manos detrás del respaldo. Volvió a dar patadas con los pies cuando el tipo se puso ante ella, pero este los cogió y los ató a las patas de la silla.

—¡Suéltame! Como yo lo haga te vas a enterar —dijo ella amenazadora moviendo las manos, aunque sabía que era imposible.

El tipo la miró unos segundos antes de salir y dejarla sola en aquel húmedo lugar.

Intentó por todos los medios soltarse, pero no tenía nada que pudiese servirle para abrir las esposas. Un plan que había empezado bien ahora se iba al traste de aquella manera. Debía pensar rápido para salir de aquel atolladero. Para colmo se encontraba sola, ya que le había dicho a Pérez que se fuera para no llamar la atención.

Pensó en Pablo y por un momento se culpó de haber discutido con él.

El sudor empezó a correr por su espalda al igual que por su cara, el aire en aquel lugar estaba viciado y hacía un calor espantoso a pesar de la humedad. No sabía lo que le tenían preparado y debía asumir que no iba a ser bueno tal y como la habían dejado.

Miró al techo.

—Leo, no dejes que me pase nada, solo yo puedo vengarte, por favor.

No supo el tiempo que pasó allí, solo recordaba haberse dejado vencer por el cansancio en algún momento.

La despertó un fuerte bofetón que casi la tira al suelo. La policía parpadeó varias veces para verse ante unos cuantos tipos como el de hacía horas y comenzó a luchar por soltarse ante el terror repentino que se le instaló en el centro del pecho.

Los miró a todos y de repente el movimiento leve por parte de uno de ellos la hizo detenerse.

¿Quién era ese hombre? ¿Sería alguien de la organización? Entonces la puerta se abrió y por ella apareció Fabrizio Zanetti vestido con el pantalón oscuro que llevaba la noche anterior y la camisa blanca abierta. En una de sus manos llevaba un vaso con un líquido ambarino, probablemente fuera whisky.

Clairee lo miró fijamente mientras el mafioso sonreía.

—Jamás pensé ver a una policía en una de mis fiestas. ¿Pensabas que no te reconocería? Te he visto en demasiadas ocasiones como para olvidarme de tu cara.

—Me gusta saber que soy inolvidable —respondió Clairee con una valentía que no sentía.

—Lo eres, querida, lo eres. Tienes una belleza especial. —Fabrizio se acercó y le acarició la mejilla con los nudillos allí donde le habían golpeado, aún podía notarse la marca de la mano del que la golpeó—. Estoy seguro de que me darían muchísimo dinero por ti y más al saber que eres policía, nuestro enemigo natural, aunque no me quedaría sin probarte. Siempre me ha puesto violar a una mujer policía... atarla con sus propias esposas a la cama y oírla gritar mientras me meto dentro de ella.

Clairee sintió un escalofrío al oír las palabras del mafioso. ¿De verdad pensaba hacer algo semejante? Maldita sea, tenía que traerlo a su terreno y hacerle ver que podían trabajar juntos para que se confíe.

—Yo no he venido a detenerte, venía a proponerte algo —dijo ella dejándose acariciar por él a pesar del asco que sentía en su interior.

Zanetti se detuvo unos instantes y la miró a los ojos al igual que la joven lo miraba a él.

—Déjame oír tu propuesta, puede que me interese o puede que no. Todo depende de lo que tengas que decir.

El tipo se apartó lo justo mientras ella sentía la mirada de aquel hombre que le había hecho un gesto antes de que Zanetti entrara. Estaba nerviosa, sentía el cabello pegado a la frente y a su espalda. Le dolían los brazos de la postura forzada a la que habían sido sometidos.

Clairee se mojó los labios que sentía resecos.

—¡Vamos! ¡No tengo todo el día! —exclamó de repente Fabrizio haciendo que la policía diera un brinco—. Odio que me hagan esperar, eso me enfada mucho.

—Quiero venganza... —dijo Clairee.

Zanetti enarcó una ceja y cogió el vaso que había dejado olvidado para tomar un trago saboreando el elixir como si fuese un dios tomando ambrosía.

—Venganza... ¿y qué tiene que ver conmigo?

—Porque se trata de Bianca Marchetti —dijo Clairee esperando que la creyese—. Sé que tú odias a Saulo Graziani y creo que podríamos hacer un buen tándem para acabar con ellos.

Fabrizio se pasó la mano por la barbilla meditando.

—¿Qué razón te ha llevado a odiar a Bianca Marchetti? No logro ver la conexión.

—Por su culpa, mi compañero de patrulla está muerto y juré ante su tumba que vengaría su muerte.

El mafioso se quedó callado unos segundos antes de prorrumpir en carcajadas ante la confesión de la policía.

Se limpió las lágrimas y posó sus manos en las mejillas de ella.

—Estabas enamorada del poli que murió en la explosión y por eso quieres *vendetta*. Me gusta. El amor y el odio cuando van de la mano pueden ser un arma letal, pero no es suficiente para esta unión que propones.

Clairee tragó saliva al oír aquellas palabras. ¿Cómo que no era suficiente? ¿Qué más quería?

—¿Qué... qué quieres decir?

—Quieres vengarte y yo quiero acabar con Saulo, eso es cierto, pero quiero garantías de que esto no es un vil engaño, que no estás aquí como agente encubierta...

Ella contuvo el aliento. Zanetti era muy perspicaz y no se iba a dejar engañar fácilmente.

—¿Qué clase de garantías?

La sonrisa del mafioso le produjo escalofríos. Algo le decía que no le iba a gustar nada de lo que pudiera proponerle.

—Serás mía el tiempo que dure nuestra *vendetta*. Mi mujer, mi amante, mi zorrita ardiente... creo que me estoy explicando bien ¿no?

El cuerpo de Clairee comenzó a temblar mientras ella asimilaba las palabras. ¿Iba a tener que prostituirse exclusivamente para él? Aquello no entraba en sus planes. Ella había pensado ser alguien como Cyrano. Pero era su última oportunidad de acabar con el asesino que Leo...

Inspiró hondo antes de mirarlo a los ojos y pronunciar unas palabras que sentían que se había convertido en una sentencia para ella.

—De acuerdo. Seré tuya el tiempo que nos ocupe vengarnos de Graziani y Marchetti.

Zanetti sonrió de lado y se bebió el resto de la bebida de su vaso antes de girarse hacia sus hombres.

—Entonces empecemos ya mismo, mi amante de esta noche me ha dejado bastante insatisfecho ¿te parece? —preguntó girando la cabeza para mirarla. Clairee solo pudo asentir, no le salía la voz—. Perfecto. Angelo, suéltala y llévala a mi habitación, yo iré en un rato, tengo un pequeño asunto que resolver.

—Sí, señor —dijo el tipo acercándose a la silla donde estaba atada Clairee y se agachó para desatarle los pies mientras el resto de hombres salía de aquella bodega. Sin siquiera levantar la mirada comenzó a hablar—. Te has metido en la boca del lobo...

—¿Quién eres? —preguntó ella mirándolo.

—Soy Angelo, pertenezco a la misma organización que tú, aunque llevo más tiempo aquí. Tenían que haberme pasado tu contacto para poder estar atento a tus movimientos. Zanetti te ha reconocido y ahora debes hacer lo que él diga.

—Es la única forma de conseguir lo que quiero —se defendió ella al verlo levantarse e ir a su espalda para quitarle las esposas.

—A costa de tu cuerpo. Él no se iba a conformar con menos... había muchos flecos en tu plan. No entiendo cómo la organización te dejó venir sin un plan B al que recurrir en un caso como este.

Cuando Angelo le quitó las esposas ella dejó caer los brazos unos segundos antes de levantarlos para frotarse las muñecas.

—Sé cuidarme sola, no soy un objeto de cristal al que proteger. No tengo nada por lo que vivir, solo me mueve la venganza por la muerte de mi compañero y si para ello tengo que convertirme en su puta, lo haré... —dijo mientras se incorporaba con cierta dificultad debido a las horas de inmovilidad que había pasado.

Angelo la agarró del brazo con suavidad.

—No puedo dejar que hagas algo semejante. Es una locura.

Clairee lo miró a los ojos, su mirada mostraba tal serenidad que al mismo Angelo le hizo retroceder.

—Te pido, por favor, que no te metas en esto. Es momento de que empiece mi venganza y ni siquiera tú o la organización me lo va a impedir. Ahora, llévame a la habitación de Fabrizio Zanetti.

## 9.

Angelo condujo a Clairee por toda la casa hasta llegar a la habitación de Zanetti. Ella lo seguía en silencio, serena, como si no estuviese a punto de ocurrir algo que podría marcarla de por vida.

No podía quedarse quieto ante aquello, pero ¿qué podía hacer si ella no se iba a dejar ayudar?

Llegaron ante la puerta de la habitación de Fabrizio y posó una mano en el pomo de esta para volver a mirarla.

—¿Estás segura de querer hacer esto? Aún puedes escapar y olvidarlo todo.

Clairee negó con la cabeza.

—No. Es mi misión y nadie va a hacerme cambiar de opinión. Si me tengo que convertir en una vulgar prostituta para acabar con ese hombre, lo haré. Ha hecho mucho daño y se merece una muerte lenta y dolorosa, que sufra. Así que abre esa puerta y déjame entrar, lo esperaré ahí.

Angelo la miró fijamente antes de suspirar a la vez que abría la puerta. La policía pasó por su lado sin decir nada y una vez dentro, se giró hacia él.

—Te agradezco que quieras ayudarme, pero esto solo me atañe a mí, no intervengas, aunque te lo pidan en la organización.

—Me ordenaron velar por tu seguridad y es lo que pienso hacer.

Clairee sonrió con tristeza.

—Seguro que Pablo está detrás de esto... Me gustaría solucionar esto yo sola, por favor.

—No puedo dejarte sola...

—Podrás, vamos, cierra la puerta. Estaré bien.

Angelo se debatía entre dejarla y sacarla de allí. Él bien sabía lo que iba a ocurrir en cuanto Zanetti entrara por la puerta de su habitación y, aunque Clairee parecía fuerte, convertirse en la amante del mafioso no iba a ser algo fácil de digerir.

La miró una vez más y ella asintió transmitiéndole con la mirada que iba a estar bien. Apartó la mirada para luego cerrar dejándola dentro.

Clairee se abrazó y miró alrededor. La habitación era amplia, en ella podía caber perfectamente su apartamento. Un gran armario ocupaba una de las paredes, justo en frente se encontraba unas ventanas desde las que se podía ver el exterior. En el centro se encontraba la cama de enorme tamaño cubierto por una colcha negra y varios almohadones del mismo color.

Se dirigió a la ventana y miró hacia fuera. Trataba de asimilar lo que iba a pasar desde el momento en el que Fabrizio Zanetti entrara por la puerta. Estaba segura de que no iba a volver a ser la misma de antes, pero sabía que era la única forma de acercarse a él y obtener lo que más anhelaba en estos últimos meses.

La espera se le estaba haciendo eterna y solo deseaba acabar con aquello cuanto antes.

De repente, la puerta se abrió y por esta apareció la persona que más odiaba en el mundo, ese al que deseaba matar con sus propias manos para compensar la muerte de Leo.

—Veo que no has salido huyendo... —dijo Zanetti dejando el vaso que llevaba en la mano sobre un mueble que había junto a la puerta.

—Te dije que iba a ser tuya el tiempo que durara nuestra venganza —contestó ella aun mirando por la ventana. Intentaba mantener la compostura ante él porque sentía que si lo miraba iba a

desmoronarse y echar por tierra su plan.

—No sabes lo que me gusta oír algo semejante, querida. —Zanetti se acercó con paso pausado hasta colocarse tras ella y oler el cabello de Clairee antes de acercar su nariz al cuello para oler su piel—. Hueles tan bien... casi podría emborracharme con el perfume que desprende tu cuerpo.

Clairee sintió asco al oír aquellas palabras y sentirlo tan cerca no mejoraba su situación, pero aguantaba estoicamente por Leo. Sabía que él le daría la fuerza necesaria para soportar lo que estaba por venir.

—Me halagas... —susurró ella.

Zanetti sonrió contra su cuello antes de depositar un beso allí donde latía el pulso acelerado de la policía.

—Yo puedo ser muy halagador si me lo propongo.

Las manos del mafioso se posaron en su cintura para subir por los laterales muy lentamente, provocando un escalofrío de asco en la joven y que él intuyó que era por la anticipación de lo que estaba por venir.

—Ya lo veo —contestó ella.

Él le dio un pequeño mordisco en el hombro aún cubierto por el vestido lo que le hizo dar un respingo.

—Dejemos la conversación para otro momento, lo que más deseo ahora es meterme dentro de ti y follarte como si no hubiese un mañana —dijo a la vez que bajaba la parte superior dejando al descubierto sus senos cuyas cúspides se erizaron debido al frío que sintió al no tener la tela cubriendo su torso.

Sus manos los cubrió y los masajeó. Clairee cerró los ojos. No quería hacer aquello, estaba a punto de alejarse y rechazarlo, en especial cuando sintió el miembro erecto de Zanetti en su trasero. Tenía las manos cerradas en puños y lo único en lo que pensaba era en la venganza, debía aguantar, aquello sería rápido y volvería a su apartamento.

La giró con cierta brusquedad para quedar frente a frente y así poder atacar sus pechos casi con violencia.

«Por favor, Leo, haz que acabe pronto...», suplicó mentalmente Clairee sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos, pero se negó a dejarlas escapar.

Iba a comenzar a quitarle el resto del vestido cuando alguien tocó en la puerta. Trató de ignorarlo, pero al ver la insistencia, maldijo en voz alta.

—¿Se puede saber qué pasa?! —preguntó mientras se dirigía a la puerta para abrirla con brusquedad.

Clairee se cubrió mientras observaba al hombre que se había atrevido a tocar la puerta y la había salvado, al menos de momento, de tener que acostarse con Zanetti.

—Señor, acaba de recibir una llamada de... ya sabe usted dónde —dijo el tipo mirando hacia ella que terminaba de colocarse el vestido—. Ha vuelto a intentarlo...

Zanetti se pasó una mano por el pelo con rabia.

—Estoy rodeado de incompetentes... díles que ya voy para allá.

El tipo asintió y se alejó con rapidez mientras él volvía al interior de la habitación lanzando el vaso al suelo haciendo que se rompiera en mil pedazos.

Clairee lo miró.

—¿Ocurre algo? —preguntó con cautela.

—Lo que ocurre es que todos los que trabajan para mí son unos incompetentes que no saben hacer nada, eso es lo que ocurre —dijo él con rabia—. Ahora tengo que resolver unos asuntos y

no podemos acabar lo que hemos empezado, pero quiero verte aquí mañana por la noche. Angelo te acompañará a tu casa y luego él mismo pasará a buscarte para nuestro encuentro.

—¿Mañana?

—Sí —fue su escueta respuesta mientras abría el armario y sacaba una chaqueta de color negro—. Ponte guapa... más de lo que ya estás —dijo mientras se giraba hacia ella y la miraba de arriba abajo.

Sin esperar una respuesta, salió de la habitación. Clairee perdió las fuerzas y cayó al suelo de rodillas. Había escapado por poco a tener que compartir cama con Zanetti.

Poco después la puerta se abrió y apareció Angelo, que, al verla en ese estado, corrió hacia ella y se agachó para tomar su rostro entre las manos.

—¿Te ha hecho daño? —Ella negó con la cabeza lo que le hizo suspirar—. Menos mal...

Se incorporó y le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. Al observarla vio que las manos le temblaban por lo que se las tomó con delicadeza haciendo que lo mirara.

Él sonrió levemente intentando brindarle fuerza y sosiego que pareció relajarla y que dejase de temblar.

—Mis zapatos... —dijo ella.

—No sé dónde están, es muy probable los hayan escondido. Debes salir de aquí cuanto antes.

Clairee suspiró.

—Me he librado hoy, pero tengo que volver. Esto es solo una tregua.

—Busca la manera de no volver, mírate. Hasta hace unos minutos estabas temblando como una hoja. ¿Crees que vas a poder soportar que Zanetti te toque o te folle? Tu cuerpo no piensa lo mismo que tu mente.

—Pero debo hacerlo.

—¿A costa de tu cordura? Créeme que no va a ser considerado, Fabrizio es muy violento. Olvida esta idea tuya de venir a que te folle para vengarte de él.

—No eres nadie para ordenarme lo que tengo que hacer.

Angelo cerró las manos en puños y se dio la vuelta para salir de la habitación sin esperar por ella, que, igual de enfadada, lo siguió. Tenía suerte de no toparse con nadie en esos momentos en el trayecto hasta la salida de la casa donde ya la esperaba el hombre junto a un elegante coche oscuro.

Le abrió la puerta con cierta brusquedad y cuando ella entró, la cerró de un portazo que le hizo dar un brinco. Clairee lo vio subir al asiento del conductor para luego poner rumbo hacia su casa.

La primera parte del trayecto se hizo en absoluto silencio, momento que sirvió a Clairee para poner en orden sus pensamientos y pensar en su siguiente paso con respecto a Fabrizio Zanetti, pero estaba completamente bloqueada, sus manos tocando su cuerpo le habían hecho sentir asco, sabía que aquellas manos estaban manchadas de sangre y solo de pensar en lo que podría haber ocurrido la ponía enferma.

No quería pensar en cómo se sintió, solo quería vengarse y acabar con aquello cuanto antes.

—Todos los días tengo que ver cómo violan a chicas inocentes y no poder hacer nada me frustra... —dijo Angelo de repente sin dejar de mirar hacia la carretera—. Por eso me enfado al ver que vas a hacer algo que no quieres.

Clairee levantó la mirada hacia él. Tenía la sensación de que él escondía algo más que no quería contar. Su mirada no solo reflejaba rabia, también se podía apreciar un deje de tristeza que no pasó desapercibido para el ojo de la policía.

—¿A quién buscas?



Angelo la miró por el retrovisor.

—¿A qué te refieres?

—Dudo que entraras a la organización por propia voluntad.

Hubo unos segundos de silencio hasta que él suspiró pesadamente.

—Busco a mi mujer. La secuestraron hace cuatro años delante de mis narices y no pude hacer nada.

—Pero, tú eres...

—Fui policía en Roma. Hice la denuncia y la buscamos por todos lados, pero jamás apareció. La investigación nos llevó a la trata de blancas, a Zanetti, pero algo ocurrió que no pude seguir investigando. Buscaron la manera de echarme del cuerpo hasta que lo lograron.

»Estaba desesperado. No sabía qué más hacer para dar con ella. Me sentía como si no valiera nada, que no merecía vivir porque no supe proteger lo que más quería en el mundo y me dirigí a Livorno, después de que mi propia investigación me trajera hasta La Toscana. Tenía todo preparado para quitarme la vida.

Clairee miró con asombro al tipo. Su aspecto no evidenciaba el dolor que había padecido. Ella, en cambio, se miraba en el espejo y se sentía como un adefesio.

—¿Qué ocurrió?

—La organización me encontró. Estaba a punto de lanzarme al mar cuando alguien me detuvo. Evité por todos los medios que me quitara la vida y la conversación surgió de repente. Me desahogué, dejé salir todo mi dolor en forma de lágrimas y lamentos.

»Entonces me llevó a conocer al cabeza de la organización. Desde ese día trabajo para ellos y tras mucho tiempo he logrado ascender tanto como para estar lo más cerca posible de Zanetti y a un paso de recuperar a mi mujer.

»Mi comienzo aquí no fue fácil. He tenido que presenciar muchas violaciones y solo de pensar que ella pasó por lo mismo me llena de rabia. Por eso no quiero que te arriesgues de esa manera. He tenido que ver la cara oscura de la humanidad y no es agradable. Aguantar y no dejarte llevar por esa oscuridad no es fácil.

—Pero tengo que hacerlo, Angelo. Necesito vengarme de Zanetti.

—Estoy seguro de que puedes encontrar otra forma.

—No existe ninguna forma, ya viste lo que ocurrió en aquella bodega, es mi única opción.

—No te resignes, algo se te puede ocurrir para escapar de ese destino. Tienes tiempo para pensarlo hasta que vuelva a buscarte mañana por la noche.

Angelo se giró hacia atrás para mirar al rostro. Clairee ni se había dado cuenta de que había llegado a su casa. ¿Cómo había averiguado dónde vivía?

Él sonrió levemente.

—La organización me tenía informado, tu dirección se encontraba dentro de lo que me contaron.

Clairee asintió y acercó la mano al manillar para abrir.

—Gracias por traerme —respondió, estaba bastante cansada.

—Piensa en lo que te he dicho, Clairee.

La joven asintió y salió del coche para meterse en su edificio. Antes de entrar se giró y con una leve sonrisa le dijo adiós a Angelo con la mano. Este asintió a modo de despedida antes de alejarse de allí.

Una vez sola, se dirigió a su piso en donde, tras cerrar la puerta, se dejó caer en el suelo. Se había salvado por muy poco, pero aquella tregua no iba a durar mucho y no sabía cómo iba a

reaccionar cuando volviera a estar frente a Zanetti.

Por un lado, sabía que era lo que debía hacer para poder ganárselo, pero por otra tenía miedo a no saber enfrentar aquello.

Cerró los ojos unos segundos para luego mirar hacia arriba.

—Leo, dame las fuerzas que necesito para poder enfrentarme a esto, hazme fuerte porque si no, será mi perdición.

Tras un rato, se incorporó y se dirigió al baño para darse una ducha y eliminar el tacto que había dejado Zanetti en su piel.

## 10.

Fabrizio salió de la habitación con un enfado bastante grande. Estaba a punto de probar el cuerpo de aquella policía cuando lo habían interrumpido. Nadie osaba cortarlo y no pagar las consecuencias, pero esta vez, a pesar de ser una causa mayor, no pensó que su rabia aumentaría tanto.

Maldita la hora en que todo se había complicado en su familia. Si solo hubiesen sido su hermano y él..., pero no, tenía que haber nacido aquella niña estúpida que iba en contra de la naturaleza de su familia. Había sido un gran incordio en su vida y una vez que su hermano y sus padres habían acompañado al señor de la Muerte, él pasó a ser el cabeza de la familia Zanetti, haciéndose cargo de una hermana a la que no quería.

Una hermana que solo buscaba la forma de escapar del influjo de su apellido por lo que se vio obligado a armar una treta en la que un psiquiatra la declararía incapacitada mentalmente y así encerrarla en un manicomio.

¿Por qué no la había matado? Porque había perdido a mucha familia en muy poco tiempo y quizás podría servirle de algo en un futuro. Nunca descartaba las opciones que trabajaba su mente.

En ese momento lo que deseaba era darle una buena paliza por haber logrado interrumpir su momento con la policía.

No pudo evitar sonreír con malicia al pensar en ella. Pudo notar la tensión de su cuerpo cuando la tocó. Parecía un corderillo asustado y esa era la forma en que más le gustaba tener a las mujeres con las que se acostaba. Le gustaba que le temieran, que se imaginaran lo peor, él podría ser mucho más de lo que sus mentes podían llegar a imaginar si quería.

Tenía muchas cosas pensadas para esa mujer y no iba a desaprovechar el tiempo, por eso mismo iba hacia el hospital donde estaba su hermana. Aquella iba a ser la última vez que lo interrumpía, si tenía que meterla entre las chicas que enviaba a Rusia, lo haría, pero no iba a permitir que siguiera resistiéndose al destino que había elegido para ella. Aquello era mejor que la muerte o con estar en un prostíbulo.

Su mente volvió otra vez a la policía que se había atrevido a entrar en su fiesta privada. Le gustó mucho que accediera a ser su puta solo por querer venganza contra la mujer de su enemigo. Le parecía bastante lógico que buscara venganza si por culpa de Bianca Marchetti el policía había muerto si ella estaba enamorada de él, pero no podía fiarse del todo de ella.

Hablaría con uno de sus hombres de confianza para que la vigilara de cerca y a la mínima señal de traición por parte de ella, la mandaría directa a Rusia, allí pagarían una buena suma por estar con una policía.

Miró por la ventanilla percatándose de que estaba muy cerca de los terrenos del hospital psiquiátrico donde estaba su hermana pequeña. Se llevó una mano al puente de la nariz para masajearse. A ver qué nueva cosa ha hecho para que tuviesen que llamarlo.

El vehículo se detuvo en la entrada y él se bajó cuando le abrieron la puerta. En la entrada del hospital se encontraba la directora del psiquiátrico. Una exuberante mujer vestida con falda de tubo negra y chaqueta a juego, debajo llevaba una camisa rosa pálido. El pelo oscuro lo llevaba recogido en un tirante moño.

—Espero que me haya llamado para algo importante o de lo contrario me enfadaré mucho, estaba muy ocupado y he tenido que interrumpirlo.

La mujer lo miró con altivez. Llevaba aquel psiquiátrico con mano de hierro y ninguno de sus pacientes se rebelaba como lo hacía la estúpida de Zanetti. De no ser porque su hermano le pagaba mucho dinero ya hubiera pedido el traslado a otro hospital.

—Su hermana ha vuelto a intentar escapar y ha atacado a uno de mis enfermeros en el proceso.

—Al menos tiene el carácter de los Zanetti —dijo Fabrizio entrando en el edificio como si fuese el dueño y señor de aquel lugar.

La directora lo siguió.

—Esta situación es insostenible para el hospital y lo sabe.

—Si hicieran las cosas bien, mi hermana no intentaría escapar.

—Usted sabe que debemos restringir el uso de tranquilizantes. Los usamos en casos extremos y su hermana no tiene ningún tipo de problema mental. Si esto sigue así, me veré en la obligación de darle el alta o enviarla a otro hospital.

Zanetti se giró hacia ella una vez entraron en el despacho enarcando una ceja.

—He invertido mucho dinero en este lugar, ¿estaría dispuesta a perderlo?

—Si no me queda más remedio lo haré —dijo la mujer sentándose tras el escritorio a la vez que cruzaba los dedos—. Su hermana nos ha dado demasiados problemas últimamente.

Fabrizio se sentó frente a ella cruzando una pierna y apoyando un codo en uno de los reposabrazos del asiento.

—¿Cuándo te has vuelto tan correcta, Francesca? Tu obsesión siempre ha sido el dinero y yo te proveo de ello en grandes cantidades. Te pago más que cuando te acostabas conmigo.

La mujer apenas mutó su gesto.

—Empiezo a hartarme de tu actitud, Fabrizio. No quiero tener a tu hermana en mi hospital.

Zanetti levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, puedo llevármela, pero ¿qué pasaría si la policía viniera con una orden de registro y se entera de que tenías a una joven encerrada en contra de su voluntad? Mi pobre hermanita, tanto tiempo buscándola y resulta que tú la tenías encerrada en este terrible lugar... —dijo esto último con tono lastimero y una mano en el corazón.

Francesca se incorporó apoyando las manos sobre la mesa.

—No te atreverías.

—Pensé que me conocías —dijo él incorporándose también para mirarla a los ojos—. Tú decides, o mi hermana sigue aquí sin que nadie lo sepa o yo mismo me encargaré de hundirte en la miseria y llevarte a la cárcel. Está en tu mano.

El rostro de la mujer se transformó a medida que las palabras de Fabrizio calaban en su mente. El miedo y la rabia se mezclaban entre sí, pero no dijo nada lo que le confirmó a él lo que iba a hacer ella.

Se estiró la chaqueta y se sacudió las mangas.

—Veo que lo has entendido. Ahora, me gustaría ver a mi querida hermanita.

Francesca cerró las manos en puños.

—Ya sabes dónde está —dijo ella con los dientes apretados.

Fabrizio sonrió y salió del despacho para ir hasta la habitación donde se encontraba su hermana. Cuando llegó ya tenía la puerta abierta, Francesca no había tardado en avisar a sus enfermeros para que tuvieran todo preparado.

Entró con paso pausado fijándose en su hermana que se removía en la cama buscando la forma

de soltarse de las ataduras que la mantenían unida a esta.

—¿Otra vez intentando escapar?

La joven se detuvo y dirigió la mirada hacia él. Su largo cabello oscuro ocultaba parte de su rostro, pero sus enormes ojos azules lo miraban con rabia, casi parecía que aquel color se transformaba.

—¡Sácame de aquí! ¡Yo no estoy loca! —gritó ella moviéndose frenéticamente.

—Tranquilízate, Patrizia. Sabes que aquí te tienen bien cuidada —dijo él colocándose al lado de la cama.

—Yo no estoy loca, Fabrizio.

Zanetti le acarició el pelo con ternura, pero ella se apartó soltando un gruñido rabioso.

—Me duele tanto verte en ese estado... —dijo con tono lastimero—. Te afectó tanto la muerte de nuestro querido hermano que he tenido que meterte en este lugar para que te traten.

—¡No estoy loca! ¡Me has encerrado para deshacerte de mí!

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó con fingido asombro—. Yo estoy buscando el bien de tu salud mental.

—¡Mientes! ¡Sácame de aquí!

Fabrizio tomó la barbilla de su hermana con delicadeza al principio para luego hacer presión mientras sus ojos cambiaban su expresión.

—Será mejor que empieces a comportarte, mi loquita hermana, o entonces sí que me desharé de ti como debí haber hecho hace mucho tiempo ¿entiendes?

Ambos hermanos se miraron a los ojos y ella, con rabia, lo escupió.

Zanetti se limpió el rostro con lentitud, preliminar de un estallido descomunal contra su hermana que no se hizo esperar. La agarró del cuello y ejerció presión.

—Que sea la última vez que haces algo semejante ¿me has entendido?

La mirada cristalina de Patrizia reflejaba mucho odio a pesar de no poder respirar bien. Prefería morir a seguir allí encerrada donde lo único que hacían era darle narcóticos y mantenerla encerrada entre aquellas cuatro acolchadas paredes.

—Ni lo sueñes... —logró decir con la voz ahogada—. Un día saldré de aquí... y no podrás detenerme...

Fabrizio la soltó con brusquedad y ella inspiró hondo para recuperar el aire perdido.

—No te hagas ilusiones, querida mía. Jamás saldrás de aquí, yo mismo me encargaré de ello —dijo mirando hacia la cámara que había instalada allí e hizo una señal con su mano.

Al poco tiempo apareció un enfermero con una jeringuilla llena de líquido. Fabrizio la tomó y presionó levemente el émbolo para que saliese el aire y unas pocas gotas del contenido de esta.

La joven se removió en un vano intento de soltarse con muy poco éxito y gritó pidiendo ayuda a pesar de saber que nadie acudiría en su ayuda.

Su hermano sujetó su brazo con fuerza evitando que hiciera movimientos bruscos e introdujo la aguja muy lentamente, haciendo de aquello una agonía para Patrizia. Luego fue introduciendo el líquido muy despacio, sin dejar de observar el rostro de esta que muy poco a poco fue cambiando.

La debilidad se apoderó de ella que no pudo evitar sentir cómo su mente desconectaba de la realidad para sumirse en un profundo sueño a la vez que una lágrima escapaba por la comisura de uno de sus ojos.

—Te odio... —dijo antes de caer dormida.

—Todos lo hacen, hermanita —dijo Fabrizio mientras entregaba la jeringuilla al enfermero y salía de la habitación.

No pensaba demorar más su estancia en aquel lugar porque tenía asuntos más importantes que atender. Al llegar a la salida del edificio se encontró con la directora que no dijo una sola palabra, pero se podía imaginar todo lo que pululaba por su mente.

Con paso pausado se acercó hasta ella y le pasó un dedo por la mejilla hasta llegar al mentón mientras se miraban a los ojos.

—Deja esas ansias que tienes porque he encontrado un nuevo juguetito y tú ya no me complaces como antes. Quiero más de lo que me ofrecías.

—Maldito seas, no sabes cuánto te odio.

—Como mismo le dije a mi querida hermana, no eres la única. Sé que hay mucha gente que me odia, al igual que hay gente que me adora. Me pregunto si sientes eso que dices... porque antes de que te dejara tirada estabas dispuesta a todo por complacerme.

Ella lo agarró de la camisa.

—Sabes perfectamente que hubiese hecho lo que fuera, pero me dejaste como un trasto viejo.

—Me cansé de ti.

—¿Qué debo hacer para llamar tu atención de nuevo?

Fabrizio sonrió.

—Nada en ti podría llamar mi atención otra vez. Mis ojos están puestos en un juguetito mucho más succulento y que puede darme cosas que tú no pudiste en su momento, así que no intentes nada que no vas a lograrlo.

La mujer se apartó con cólera.

—Ojalá te dure mucho el juguetito porque pienso vengarme por esta afrenta.

Fabrizio la sujetó del brazo.

—Como se te ocurra hacer algo que no debes, no habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte. Te buscaré y te haré pagar cualquier afrenta que hayas hecho, así que ten mucho cuidado.

Los ojos de la mujer se abrieron de forma desmesurada al escuchar la amenaza de Fabrizio. Sabía que él no hablaba en broma y podría hacer cualquier cosa para quitarla de en medio.

Él, en cambio, se sintió pletórico. Ver el terror en los ojos de una mujer lo excitaba hasta límites insospechados, pero no iba a darle el gusto a ella. Simplemente la soltó y salió del lugar mientras se recolocaba el miembro hinchado y duro.

Se metió en el coche para poner rumbo a Florencia.

Tenía cosas que hacer, pero las expectativas con respecto a la policía crecían porque le había dado tiempo suficiente para pensar en lo que iba a ocurrir. Una vez acabado el plazo y la volviera a tener delante, iba a dar rienda suelta a sus instintos más bajos disfrutando del cuerpo de aquella mujer.

Si se le ocurría no acudir, las consecuencias podrían ser nefastas. No solo se ensañaría con ella, violándola hasta hartarse, si no que haría disfrutar a sus hombres primero antes de venderla a un gran precio.

Una mujer policía era un bocadito succulento que le daría muchísimo dinero.

Solo de pensar en lo que tenía planeado para ella, se le ponía aún más dura de lo que ya se encontraba y sonrió.

De momento se iba a tener que conformar con alguna de las muchas chicas que tenían retenidas en las casas de las afueras. Le dijo a su chófer que cambiara de dirección.

Había una de ellas no muy lejos de donde se encontraban así que tardó muy poco en llegar.

Se iba a dar un buen festín con alguna de aquellas chicas que lo miraban con terror y lloraban

desconsoladas por su terrible destino.

## 11.

Clairee seguía bajo el agua dejando que esta limpiara la horrible sensación que había dejado las manos de Fabrizio Zanetti en ellas. Apenas se percató de cuando dejó de sentir el agua caliente. Su cuerpo temblaba, pero no quería salir de allí hasta sentir que desaparecía el tacto de aquel hombre.

¿Cómo iba a soportar de nuevo sentirlo? De saber que esta vez no había nada que lo detuviese, que no salvase un nuevo giro del destino.

El sonido del timbre la sacó de sus sombríos pensamientos, pero no quería abrir. No quería ver a nadie en ese momento. Del timbrazo pasó a los golpes en la puerta.

Cerró los ojos unos segundos antes de cerrar el grifo y ponerse el albornoz.

—¡Clairee! ¡Sé que estás ahí! ¡Abre la puerta! —La voz de Pablo llegaba amortiguada por la madera.

La policía se acercó con paso pausado y tomó el pomo para abrir con un hondo suspiro. Ya podía imaginarse lo que había venido a hacer allí.

Lo vio entrar como una tromba deteniéndose en el salón con las manos en la cabeza.

Clairee cerró la puerta y se dirigió al salón sin decir nada, sabía que iba a estallar la tormenta, si hablaba podría ser peor.

—Pero ¿tú estás loca? —preguntó bajando las manos para mirarla fijamente—. ¿Cómo se te ocurre arriesgarte tanto? ¡Maldita sea, Clairee! ¿Pretendes prostituirte por una absurda venganza?

—No es una absurda venganza, Pablo. Estamos hablando de la muerte de Leo.

Pablo cerró las manos en puños. Nada deseaba más que contarle toda la verdad para que dejara aquel absurdo plan que tenía de vengarse de Zanetti. Aquello iba a ser su perdición.

—No puedes hacerlo, Clairee. Déjalo ahora que estás a tiempo, podemos protegerte si él te busca. —Se acercó a ella para tomarla de los brazos con delicadeza sin dejar de mirarla a los ojos—. Te lo pido, no lo hagas.

Ella apartó la mirada por unos segundos.

—No lo entiendes. Necesito hacer esto por él. Ya no tengo nada que perder.

—¡Claro que tienes! —exclamó zarandeándola—. ¡Joder, Clairee! ¡Me tienes a mí!

La policía volvió la vista hacia él sin comprender sus palabras hasta que Pablo posó sus labios sobre los de ella que abrió los ojos con sorpresa. No se había esperado aquella reacción y cuando se apartó, no supo qué decir.

Se apartó de él llevándose la mano a los labios. Pablo, en cambio, se pasó la mano por el pelo mientras la otra la mantenía en la cintura.

Había sido un arrebato, pero no pudo resistirlo al saber lo que iba a hacer. Angelo había llamado a Pérez, que era con quien tenía contacto directo y le contó todo lo ocurrido desde que él la había dejado en la fiesta hasta que el mismo agente encubierto la dejó frente a la casa. Él oyó todo y no dudó ni un segundo en ir a hablar con ella para hacerla desistir de su plan.

Zanetti podía hacerle un daño irreparable. Si era capaz de secuestrar, violar y vender a jóvenes a burdeles rusos, era capaz de hacer cualquier cosa con Clairee y no podía dejar que le hiciese daño. No lo merecía y menos cuando Leo no había muerto como ella creía. ¿Por qué había tenido



que complicarse todo en tan pocos meses?

Le dio la espalda mientras ella trataba de asimilar aquella acción.

—¿Qué...? —comenzó preguntando ella, pero no supo qué decir.

—Desde el primer momento en que aparecí en la comisaría haciéndome pasar por policía de España, me sentí atraído por ti —dijo sin volverse—. Sabía que no tenía oportunidad contigo porque saltaba a la vista que estabas enamorada de Leo, lo supe al instante, pero no perdí la esperanza de que lo olvidarás y te fijaras en mí. Iluso de mí —soltó esto último con una carcajada—. Incluso no estando aquí sigues queriéndolo, tanto que estás dispuesta a arriesgar tu integridad por vengarlo.

»No soporto ver cómo vas a destrozarte y lo único que se me ha ocurrido para evitarlo es besarte, mostrarte mis sentimientos, abrirme a ti... —Se giró de nuevo para quedar frente a frente—. No quiero ver cómo te hundes por querer que Leo descansa en paz. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para evitar que vayas mañana a ese encuentro con Zanetti.

Clairee se abrazó ante la confesión de Pablo. Quería complacerlo, pero sus sentimientos por Leo no habían cambiado ni un ápice a pesar del tiempo que llevaba muerto.

—Yo...

Él se acercó para posar las manos en sus hombros.

—Dame una oportunidad, Clairee, dame la oportunidad de hacerte olvidarlo, él no va a volver y quiero que seas feliz.

Subió sus manos hasta abarcar ambas mejillas sin dejar de mirarla a los ojos. Clairee los cerró y se apartó.

—No puedo, Pablo. Lo siento.

—Sí que puedes, solo danos una oportunidad, estoy seguro de que funcionaría.

Ella negó con la cabeza.

—Mis sentimientos no van a cambiar tan rápido, Leo se metió en mi ser y no voy a poder sacarlo tan fácilmente. No puedo darte lo que quieres, Pablo. Juré ante su tumba que iba a vengarlo y si para ello tengo que perder mi dignidad lo haré, pero Zanetti tiene que acabar entre rejas o bajo tierra, no puedo permitir que siga viviendo como si nada hubiese pasado.

Él cerró los ojos a la vez que negaba. Estaba obcecada y sabía que no iba a desistir de su idea.

—No puedo dejarte ir, Clairee, no voy a permitirlo.

—¿Y cómo piensas impedirlo? Soy libre de hacer lo que quiera. Es mi venganza y que esté de por medio la organización no me importa lo más mínimo. ¿Os pongo en riesgo? Bueno, es tan fácil como dejarme sola, ya estoy dentro de este mundo ¿qué más da? Olvidaos de mí como agente de la organización y listo.

—Es una locura —dijo volviendo a mirarla.

—Es mi locura, así que no tienes nada más que decir, será mejor que te vayas de aquí, tengo cosas que hacer. Necesito un vestido para mañana —dijo con toda la frialdad que pudo.

En el fondo necesitaba esa protección porque estaba aterrada por lo que pudiera ocurrir con Fabrizio, pero no podía inmiscuirlos o su plan de acabar con él se iría al traste. Se encontraba entre la espada y la pared.

Pablo no podía entender que su corazón solo iba a pertenecer a Leo, aunque estuviese muerto.

Sin esperar ninguna respuesta por parte de Pablo se dirigió a la puerta y la abrió.

—Me gustaría que te marcharas, por favor.

El dolor se reflejó en la mirada de Pablo. No podía marcharse y dejarla sola. Estaba cometiendo un error. Se dirigió con paso pausado. Antes de salir quedó frente a ella en un último

intento de convencerla, pero Clairee decepcionándolo por lo que salió de allí sin siquiera despedirse.

Ella lo vio marchar y volvió al interior cerrando la puerta. Era mejor así. Aquella situación debía enfrentarla sola, no le quedaba más remedio.

Se dirigió a su habitación donde se puso unos vaqueros y una camiseta de manga corta para ir a comprarse un vestido para la noche siguiente, para su encuentro con Fabrizio Zanetti.

El silencio solo roto por el sonido del teclado invadía el despacho de Saulo. Había estado todo este tiempo actualizando el trabajo atrasado de la empresa y de sus otros negocios gracias a la ayuda de Maurizio.

Tenía mucho trabajo pendiente.

Faltaba unos minutos para tener una reunión con algunos de sus hombres. Hacía rato que despidió a su secretaria por ese día para que no hubiese interrupciones.

Tocaron en la puerta y él dejó de teclear para dar paso a sus hombres que permanecieron de pie ante la mesa. Saulo se incorporó abrochándose el botón de la chaqueta azul que llevaba puesta y los miró a todos.

—Necesito un informe detallado de las últimas ventas de la droga y cómo va el negocio de la compra de la estatua de los japoneses.

Uno de los hombres da un paso y empieza a hablar.

—Desde la desaparición de Zanetti, las ventas de la droga han ido en aumento y las negociaciones con los japoneses no está yendo como deberían. Están muy reacios a vender esa estatua. Dicen que es una oferta generosa, pero no están dispuestos a desprenderse de ella.

—Se hacen de rogar, como siempre. Si siguen negándose, recuerda lo que hay que hacer. Que dejen el honor a un lado y enfrenten que es un buen negocio. Hay mucho dinero en juego.

El tipo asiente.

—Haremos todo lo posible por no llegar al extremo.

—Así lo espero, confío en vosotros. Podéis marcharos.

Los hombres asienten y se van dejándolo solo de nuevo. Cuando uno ha convivido toda su vida dentro de la mafia, la inactividad hace echar de menos todo lo que conlleva y a pesar de su ausencia, todo ha continuado gracias a sus hombres que no habían dejado su trabajo de lado.

Se sentó de nuevo desabrochándose el botón y miró la pantalla del ordenador mientras apoyaba el codo sobre el reposabrazos de su asiento meditando.

Habían pasado muchas cosas desde que Leo decidió meterse en el coche bomba para alejarlo de Bianca y de sí mismo. Su mujer llevaba mejor la desaparición de este gracias al embarazo, pero existían momentos en la que podía notar su tristeza al recordarlo.

A menudo deseaba contarle la verdad para no verla sufrir, pero respetaba la decisión de Leo de no decirlo. Él siempre decía que era mejor así, que en algún momento llegaría a olvidarlo, pero Saulo dudaba mucho que ella lo superase. Había estado ayudando a Clairee hasta hacía unos meses.

Muchas cosas cambiaron en ese periodo de tiempo y mucho se temía que más iban a cambiar. Solo esperaba que las cosas fueran a mejor.

Con esos pensamientos apagó el ordenador, se incorporó y tomó su maletín para marcharse de la empresa. Estaba ansioso por estar con su mujer.

Justo cuando salía y ponía rumbo al ascensor, una terrible explosión hizo que cayera al suelo mientras todo el piso vibraba y trozos de cascotes y cristales caían a su alrededor e incluso

encima de él.

Saulo estaba tirado con los brazos cubriendo su cabeza, aunque no pudo evitar que algún que otro cristal le hiciese algunos cortes. Empezó a toser mientras el polvo le impedía la visión.

A duras penas se movió hasta encontrar algo en lo que apoyarse e incorporarse. Le dolía todo el cuerpo debido a los golpes recibidos por los cascos y la fuerza de estos al impactar contra todo lo que había alrededor.

—Maldita sea... —se quejó entre toses a la vez que con la manga de su chaqueta intentaba apartarse el polvo que cubría su rostro.

Miró a su alrededor para comprobar que la explosión se había producido en su propio despacho. Si hubiese permanecido un par de minutos más dentro, lo hubiera cogido de lleno y no estaría ahí para contarlo.

Sintió la puerta del ascensor abrirse para ver aparecer a los de seguridad que corrieron hacia él.

—¿Se encuentra bien, señor Graziani? —preguntó uno de ellos agachado frente a él.

Saulo asintió mientras trataba de levantarse obteniendo ayuda del otro tipo de seguridad.

—Deberíamos llamar a emergencias.

—Sí —dijo el mafioso mientras se apoyaba contra una mesa volcada y se pasaba una mano por la frente antes de volver a toser.

El polvo estaba convirtiendo la estancia en un lugar irrespirable, necesitaba salir de allí, pero sabía que no iba a poder moverse hasta que la policía viniera y le tomara declaración.

Por suerte no había nadie más salvo él en aquella planta lo que le quitaba un peso de encima. Su secretaria y sus hombres se fueron antes de que ocurriera.

¿Quién haría algo semejante y no darse cuenta? La respuesta era muy fácil: Fabrizio Zanetti.

Solo él podría hacer algo tan retorcido a la par que brillante. La cuestión era saber cómo lo había logrado. En aquel despacho solo entraba su secretaria y sus hombres...

Alguno de ellos tuvo que haber dejado el dispositivo que hizo explotar su despacho, pero ¿quién? Iba a tener que investigar bien quién lo había traicionado porque iba a pagar bien caro su traición.

Su círculo de confianza cada vez se iba estrechando más, ya no podía confiar en muchos.

Su móvil empezó a sonar poco después y lo sacó del bolsillo del pantalón para mirar la pantalla. Era Byanca.

—Mi amor —dijo él con voz calmada.

—¡Saulo! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Dime que estás bien, por favor, maldita sea ¡acabo de ver la explosión! —dijo la *hacker* con voz alterada.

—Byanca, Byanca, estoy bien, estoy hablando contigo, no me ha pasado nada. Un par de heridas, pero nada grave. —La sintió llorar al otro lado de la línea—. Eh, no llores, todo está bien, no es bueno que te alteres así. Piensa en nuestro bebé.

—¿Cómo quieres que no me altere? ¡Tu despacho ha explotado!

—Sí, pero no estaba dentro, me dirigía a los ascensores para volver a casa. Un momento... ¿cómo que has visto la explosión? —Saulo sintió a su mujer sorber, aunque los sollozos eran incontrolables—. Byanca, ¿cómo pudiste ver la explosión? Las cámaras se encuentran en un sistema cerrado del que muy pocos tienen el control.

—¡No lo sé! Me llegó un correo de la empresa y al abrirlo me llevó al sistema de cámaras... ¡Por Dios! ¡Podría haberte matado! ¡No soportaría otra muerte más!

—Cálmate, mi amor, estoy bien, mis hombres de seguridad ya han avisado a la policía para

hacer constar lo ocurrido, desde que me tomen declaración voy para casa ¿entendido? No te muevas de ahí, que te conozco.

—Pero...

—Piensa en nuestro hijo, no te expongamos ¿me has entendido?

—Sí, sí...

—Intenta calmarte, desde que solucione todo aquí, volveré a casa ¿entendido?

—Te quiero —dijo ella.

—Y yo también, te veo en un rato.

Sin decir nada más, colgó. Iba a tener mucho que investigar, muy poca gente podía acceder al circuito cerrado de cámaras. Aquello lo iban a pagar muy caro.

## 12.

Ya estaba lista. Ya casi era la hora en la que Angelo debía recogerla.

Se miró en el espejo de la habitación. Aquel vestido era lo más provocativo que había logrado encontrar. Era negro con transparencias, emulaba un entramado de flores y hojas que cubría lo más importante, con un escote que llegaba casi hasta el ombligo. Los tirantes eran apenas unos hilos que sostenían el vestido.

Se sentía sexy, pero a la vez... sucia.

El pelo lo llevaba suelto cayendo por uno de sus hombros.

Los zapatos eran unas sandalias de tacón fino de color rojo y un pequeño bolso del mismo color.

Esta vez las ganas de vomitar eran más intensas, no había probado bocado y se sentía demasiado nerviosa. Quería huir, pero debía enfrentarlo.

Miró el reloj y al ver que era la hora, salió de su casa para esperar en el exterior del edificio. No tardó mucho en ver aparecer el coche que la había traído a casa desde la de Zanetti.

Este se detuvo a su lado y ella entró sin querer pensar más.

En el asiento del conductor estaba Angelo que la miró por el espejo retrovisor.

—Aún estás a tiempo de dejarlo todo —dijo en un intento de convencerla.

Ella cerró los ojos negando con la cabeza.

—Arranca, por favor —pidió tratando de sonar serena.

Angelo no dijo nada más, solo se incorporó al tráfico para llevarla hasta la mansión Zanetti donde él ya la esperaba.

¿Por qué no había salido huyendo? No se veía preparada para lo que sabía que iba a ocurrir, pero era la única forma de llegar al mafioso y vengarse de él.

El trayecto se le hizo más corto que al regreso y cuando quiso darse cuenta se encontraba ante la mansión. Angelo se bajó primero y le abrió la puerta para que ella saliera.

El corazón le bombeaba frenético, se acercaba el momento y solo quería esconderse en un rincón para que no la viera, pero debía asumir las consecuencias de lo que había hecho, así que salió del vehículo bajo la atenta mirada de su compañero de organización y la de Fabrizio que estaba en la puerta elegantemente vestido con un traje de color blanco y camisa negra.

—Pensé que ibas a echarme atrás, querida —dijo Zanetti que la observó con gula.

—Hicimos un trato ¿no? —preguntó Clairee acercándose, mostrando una templanza que no sentía.

—Debo decir que me sorprende, pero me agrada que hayas venido, me quedé con muchas ganas de probar tu cuerpo y hoy estás tan o más espectacular que en la fiesta.

Ella fingió una sonrisa ante su halago y extendió una mano para que la invitara a entrar. Él aceptó y la tomó dándole un beso en el dorso como si fuera un caballero, algo que distaba mucho de la realidad.

Juntos entraron en la mansión y sin preámbulos la llevó a su habitación.

Toda ella temblaba de terror. Estaba segura de que esta vez no tendría escapatoria.

Entraron en la habitación del mafioso y ella se dirigió al centro mientras él cerraba la puerta.

Luego se dirigió a una mesa que contenía una cubitera con un par de botellas y unas copas.

—¿Te apetece un vino? —preguntó él mientras cogía una de las botellas y la abría.

—Depende de lo borracha que quieras que esté —dijo ella mirándolo.

Fabrizio soltó una carcajada.

—Vamos a llevarnos bien tú y yo.

Sirvió la bebida en sendas copas y le dio una a Clairee que la tomó y le dio un buen trago.

¿Por qué retrasaba aquella agonía? ¿Por qué no la lanzaba en la cama ya para así largarse cuanto antes?

—Tranquila, queda mucha noche por delante, no te lo bebas todo tan rápido.

Zanetti se acercó más a ella y tomó un mechón de su pelo mientras bebía un sorbo de su copa. Luego sus ojos recorrieron todo el cuerpo de la policía provocando en ella un estremecimiento, ya que la hizo sentir desnuda.

Él, en cambio, sonrió complacido pensando que su toque la excitaba, pero nada más lejos de la realidad.

La policía volvió a beber hasta que Zanetti le arrebató la copa de las manos.

—Ya basta, quiero tenerte lúcida y en todas tus facultades. Ahora quiero ver tu cuerpo —dijo dejando la copa junto con la de ella y llevando las manos a los dos tirantes del vestido para dejarlos caer por los hombros con lentitud.

Clairee cerró los ojos.

«Por favor, que pase rápido. Que acabe pronto».

—No cierres los ojos —exigió Fabrizio.

Los abrió para encontrarse con los fríos del mafioso que mostraban una enorme codicia y hambre de ella.

El vestido fue cayendo lentamente a medida que él iba bajando los tirantes, dejando al descubierto su torso desnudo.

—Maravillosa —dijo Fabrizio admirándola—. Quitatelo todo —le dijo mientras volvía a coger su copa para beber de nuevo.

Ella se quedó petrificada ante aquella petición, pero se obligó a reaccionar rápido para terminar de dejar caer el vestido lo que dejaba al descubierto sus bragas de encaje negro.

Zanetti se pasó la lengua por los labios, parecía saborear ya aquella piel sedosa que ella le mostraba, casi parecía babear con aquel espectáculo.

—Los zapatos —dijo él—, quiero ser yo quien te arranque esas bragas.

Clairee respiró hondo y se agachó para desabrochar los zapatos y quitárselos. Los dejó a un lado para incorporarse. Por unos instantes sus manos estuvieron a punto de cubrir sus pechos donde el frío de la habitación había logrado erizar los pezones.

Él se acercó un poco más y metió dos dedos en su copa que tras sacarlos empapados del líquido carmesí lo dejó caer sobre el valle entre sus pechos haciendo que un hilo de la bebida circulara por su piel haciéndola estremecer una vez más.

—Mírame —ordenó él tomándola de la barbilla para obligarla a cruzar sus miradas—. Va a ser una noche que no vas a olvidar en tu vida.

Le pasó la lengua por la mejilla antes de bajar hacia aquel hilo carmesí que recorría su abdomen para saborearlo.

Clairee se mordió el labio sintiendo deseos de apartarse. Aquello le estaba produciendo mucho asco. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, pero se negó a dejarlas escapar, debía ser fuerte, debía soportarlo de la mejor forma posible.

«Piensa en otra cosa, Clairee, piensa en otra cosa», se repetía una y otra vez mientras sentía cómo la lengua de Fabrizio llegaba hasta su ombligo. Se incorporó para volver a mirarla.

Volvió a dejar la copa para agarrar las bragas entre sus manos y de un brusco tirón las rompió, dejándola así completamente desnuda.

—De rodillas —le dijo él. Ella lo miró por unos segundos sin hacer nada, por lo que él posó las manos en sus hombros para hacer que se arrodillara frente a él—. Saca mi polla de los pantalones...

Clairee miró hacia la entrepierna de Zanetti y tragó saliva antes de cumplir lo que él le ordenaba.

Bajó la cremallera y aflojó el botón para dejar al descubierto un bóxer de color oscuro que bajó para poder sacar el miembro erecto del mafioso.

—Chúpamela.

Ella levantó la mirada unos segundos. No iba a poder hacerlo. Era demasiado para su temple. Era una humillación. Se mordió el labio mientras apoyaba las manos en los muslos de Zanetti.

Sin querer pensar más, lo hizo. Empezó a lamer a pesar de lo sucia que se sentía por hacerlo con alguien que solo merecía una muerte lenta y dolorosa. Sentía ganas de vomitar. Para más humillación, él la tomó del pelo para guiar sus movimientos siendo estos más bruscos, casi arrebatándole el aliento a Clairee.

Cuando él se cansó, la apartó y la agarró del brazo para llevarla hasta la cama en la que la empujó. Ella se apoyó en los codos mirando lo que hacía. Se acercaba el peor momento y no estaba lista. No iba a poder soportarlo.

«Piensa en otra persona, piensa en él...», pensó para evadirse de aquella realidad que le esperaba.

Zanetti se estaba quitando la ropa y a pesar de tener un cuerpo bien formado, ella no sentía nada al verlo. Temía el momento más que a nada, temía que se diese cuenta de que estaba actuando y sería su perdición.

Vio cómo se subía a la cama para posicionarse sobre ella con una sonrisa que más que seducirla, le inspiró temor. Entonces sintió las manos de Fabrizio recorrer sus costados, subiendo hasta llegar a sus pechos para masajearlos, aunque era un poco rudo.

El tacto de aquellas manos, de tacto suave le producía mucho asco.

—Vas a disfrutar como nunca antes —dijo Zanetti altanero mientras una de sus manos descendía hasta tocar su clítoris para estimularla.

Clairee no pudo evitar gemir cerrando los ojos. No quería mirarlo, necesitaba distraerse y no ver el rostro del hombre que iba a follarla. Sin poder evitarlo, en su mente recreó la imagen de Leo, imaginando que era él quien la estaba tocando, como tantas veces soñó.

Pensar en otro hizo que el toque de Zanetti la calentara lo suficiente como para humedecerse y sentir cómo invadían su interior de una sola estocada.

Las penetraciones se fueron sucediendo con cierta rudeza, pero Clairee estaba abstraída con su imaginación para sobrellevar aquello y solo supo gemir.

De repente sintió una de las manos pellizcando con violencia sus pezones mientras la otra se dirigía a su cuello y presionaba ligeramente impidiéndole respirar con normalidad.

Como un acto reflejo, Clairee llevó sus manos a la muñeca de Zanetti para apartarla, pero él era mucho más fuerte que ella. Entonces sintió que posicionaba su cara junto a su oído para susurrarle.

—Déjate ir, ríndete a mis deseos...

¿Cómo se iba a rendir a sus deseos si estaba intentando asfixiarla? Movi6 la cabeza a los lados mientras seguía sus intentos de apartar la mano que cubría su cuello.

A su vez sentía cómo las penetraciones aumentaban de velocidad, pero no le reportaban ningún placer. Quería escapar de allí, necesitaba huir cuanto antes, pensó que iba a poder soportarlo, pero era demasiado. Las lágrimas empezaron a correr por sus sienes.

Finalmente, él acabó con un gruñido y la soltó. Clairee se colocó de lado mientras tosía y se masajeaba el cuello.

Fabrizio se incorporó con una sonrisa satisfecha en el rostro para dirigirse al lugar donde había dejado la copa. Ella lo miró.

—¿Pretendías matarme? —preguntó con voz enronquecida.

—Si quisiera matarte lo habría hecho de otra manera.

—Ni siquiera me has dejado acabar.

Fabrizio se encogió de hombros.

—Una lástima.

Clairee se incorporó mientras se limpiaba los ojos.

—Necesito ir al baño.

Él señaló una puerta que había un poco más allá mientras se terminaba el contenido de su copa que no era mucho ya para volver a servirse.

—Todo tuyo, pero no tardes.

Como pudo, Clairee se dirigió al baño y una vez dentro cerró la puerta para llevarse una mano al vientre, sin pensarlo corrió al retrete para vomitar, pero al no haber comido apenas nada, solo pudo echar bilis.

Le dolía el cuello debido a la presión que había ejercido cuando estaban en la cama.

Intentó limpiarse las lágrimas que escapaban sin control de sus ojos. Se sentía sucia y dolorida. Aún podía notar cómo las manos de Zanetti recorrían su cuerpo y eso le daba más arcadas aún.

Era un sacrificio para su meta, pero jamás pensó que iba a ser tan duro de soportar, mucho menos cuando había presionado su cuello hasta casi dejarla sin respiración. Podía haberla matado si hubiese apretado solo un poco más.

Debía seguir por Leo y por todas aquellas jóvenes que vivían prisioneras siendo esclavizadas sexualmente lejos de allí.

Se incorporó para lavarse la cara, cuando cerró el grifo, levantó la mirada para verse en el espejo y la imagen que reflejó la asustó. En su cuello ya comenzaba a verse la marca que había dejado la mano de Zanetti y también algunas marcas en sus pechos.

Su rostro reflejaba parte del maquillaje corrido en sus ojos y ya apenas quedaba pintura de labios en ellos.

Tocaron en la puerta y ella dio un brinco llevándose una mano al corazón.

—No me gusta esperar... —dijo él al otro lado.

Clairee negó con la cabeza. No podía salir ahí y volver a sufrir semejante humillación. A pesar de haberse metido en la boca del lobo, no podría soportar de nuevo el toque de ese hombre en su cuerpo.

¿Por qué no hizo caso y buscó otra manera de acercarse a él? Había sido una de las peores decisiones de su vida, pero ahora que ya estaba tan cerca, no podía echarse atrás o sería su perdición.

Inspiró hondo varias veces, tratando de serenarse. Quizás si él bebía demasiado, no tendría



suficiente fuerza para continuar y podría dejarla tranquila. Debía instarlo a beber, pero ¿cómo?  
Zanetti volvió a tocar la puerta.

—Ya salgo —dijo ella.

—No me obligues a aplicarte un correctivo, me encanta castigar a chicas malas.

Clairee sintió arcadas al escucharlo.

No queriendo pensar y con el firme propósito de emborracharlo agarró el picaporte de la puerta suspirando antes de abrir y salir bajo la atenta mirada del mafioso.

## 13.

Clairee entró en su casa a la mañana siguiente a paso lento, como si le pesara el cuerpo. Una vez cerró la puerta se dejó caer en el suelo mientras se abrazaba. Se sentía tan sucia...

Ni siquiera tenía lágrimas que derramar.

Lo único que quería era quitarse aquella ropa y expulsar el tacto de Zanetti de su piel, pero no tenía fuerzas para ello, estaba derrotada. Con cierta dificultad se incorporó para poner rumbo al cuarto de baño y entonces, al pasar por el salón, se fijó en su teléfono móvil. Lo había olvidado el día anterior y vio que parpadeaba.

Se acercó a este y lo cogió para encontrar una gran cantidad de mensajes de Pablo, entonces vio la conversación que había mantenido con Byanca hacía unos meses sobre la investigación que habían hecho entre las dos.

Entonces fue a la lista de contactos y la llamó. Al segundo tono sintió la voz de la *hacker*.

—¿Clairee?

—¿Podrías venir a mi casa? —preguntó la policía con voz temblorosa.

—Sí, claro, mándame la ubicación de tu casa, pero ¿ocurre algo?

—Yo... —No sabía qué decir—. Solo ven, te lo pido, no quiero estar sola.

Nunca imaginó verse pidiendo ayuda de esa manera, siempre había sido una mujer práctica y que la vida le hizo fuerte, pero lo ocurrido le acababa de demostrar que era débil, que necesitaba un hombro en el que apoyarse.

—De acuerdo... en un momento estaré ahí, tan solo mándame la ubicación.

—Sí.

Sin esperar respuesta colgó y le mandó a Byanca la ubicación de su casa, indicándole también cuál era su piso.

Volvió a abrazarse mientras se dirigía a la ventana para mirar al exterior. A su mente venían imágenes de la pasada noche y su cuerpo temblaba de asco. Sentir las manos y los labios de Zanetti recorrerla entera... sus penetraciones...

Se llevó las manos a la cabeza, tenía que lograr olvidarlo, fijarse solo en su meta, pero por mucho que se lo dijera, su cuerpo no opinaba lo mismo, reaccionaba mal ante las órdenes de su cerebro.

No se percató del paso del tiempo hasta que sintió el telefonillo sonar. Se dirigió a este para abrir. Esperó junto a la puerta a que tocaran.

Una vez abierta, Byanca la observó durante unos segundos antes de acercarse y tomarle la cara entre las manos.

—Dios mío, Clairee, ¿qué te ha pasado?

El aspecto que veía la *hacker* era el de una mujer destrozada, el pelo algo revuelto, maquillaje corrido en sus ojos y una fea marca en el cuello.

Clairee levantó la mirada para mirarla a los ojos. A pesar de tener claro lo que quería decirle, parecía atascado en su garganta. Se mordió el labio. ¿Por qué no podía desahogarse?

Byanca pareció ver algo en ella, que enseguida se giró para cerrar la puerta y dirigirse al interior de la vivienda. Sin saber muy bien dónde iba, abrió todas las puertas que encontró hasta

dar con el baño.

La dejó en medio del cuarto en lo que iba a la ducha para abrir el grifo para que saliera el agua caliente, volvió junto a ella y la ayudó a quitarse el vestido, percatándose ahí de algunas marcas que tenía.

Clairee se dejaba hacer, no tenía fuerzas para quejarse ni decir nada.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Byanca mientras se agachaba para quitarle los zapatos.

Pero Clairee no contestó, era como si se hubiese quedado muda de repente. Fue arrastrada hasta el interior de la ducha y cuando sintió el agua caer sobre su cuerpo cerró los ojos unos instantes.

Miles de *flashes* de lo ocurrido la pasada noche hizo que finalmente se rompiera y empezaran a rodar las lágrimas que se confundieron con el agua que caía sobre su rostro.

Byanca la miraba preocupada, sobre todo cuando la vio dejarse caer de rodillas mientras se abrazaba y sollozaba sin control, aunque no podía verla, ya que el pelo cubría su rostro.

Acabó cerrando el grifo y la ayudó a incorporarse para salir mientras Clairee seguía desahogándose. La envolvió en una toalla secándola con suavidad, no quería hacerle más daño en aquellas marcas que había visto, al igual que en su cuello. Luego la llevó hasta la habitación.

La dejó en la cama y abrió el armario buscando algo de ropa cómoda. Sacó un pantalón de chándal y una camiseta sin mangas que dejó sobre la cama para buscar la ropa interior.

Aquella mirada la había visto antes y no le estaba gustando el cariz que estaba tomando sus pensamientos ahora mismo.

—Vístete, iré a la cocina a ver qué encuentro y te preparo algo.

Clairee asintió mientras se limpiaba las lágrimas y se desprendía de la toalla que la cubría para vestirse a la vez que Byanca salía de allí para ir a la cocina. Abrió la nevera y todos los armaritos que encontró. Cogió varias cosas y empezó a prepararlo.

La policía no tardó mucho en salir. Sobre la camiseta, se había colocado una sudadera.

—¿Piensas alimentar a un ejército? —preguntó Clairee intentando mostrar un poco de humor con muy poco éxito.

Byanca se giró.

—Aunque luego pueda vomitarlo todo, ahora mismo como por dos y el no saber qué te pasa me ha puesto nerviosa, así que he acabado haciendo desayuno para diez comensales por lo menos...

Clairee se acercó y la tomó del brazo.

—¿Estás...? —preguntó. Byanca se llevó una mano al vientre mientras sonreía. La policía también, aunque la de ella no llegó a los ojos—. Felicidades.

Byanca la miró y posó una mano sobre la que ella tenía en su brazo.

—Si no me cuentas lo que te ha pasado, voy a saquear tu nevera y después tendré que hacerte la compra... me preocupa esa mirada que tienes... es... —No pudo acabar la frase.

Clairee suspiró pesadamente mientras se apartaba para ir al salón. Byanca la siguió de cerca y ambas se sentaron en el sofá. La policía empezó a retorcerse las manos mirando a la nada hasta que Byanca tomó una de ellas para apretársela en señal de apoyo.

Ambas mujeres se miraron unos segundos y Clairee empezó a hablar:

—Hace unos días conseguí una invitación a una fiesta privada que daba Fabrizio Zanetti, iba decidida a cumplir mi misión de vengarme de él, tal y como hablamos en su momento. Al principio todo iba bien, yo estaba valorando el terreno en el que me estaba moviendo, pero de repente algo se torció y uno de sus hombres me arrastró hasta una bodega donde me ató a una silla y me tuvo allí toda la noche.

»Cuando me despertaron, estaba él allí, mantuvimos una conversación en la que tuve que decirle que quería vengarme y que por eso había acudido a la fiesta. Le dije que quería vengarme de ti... —dijo Clairee avergonzada apartando la mirada.

Byanca la tomó de la barbilla para que la mirara.

—Era una estrategia para acercarte a él.

—Lo sé, pero no parecía muy convencido y me hizo una propuesta para probar mi lealtad...

La *hacker*, al escuchar estas palabras, empezó a negar al ir encajando las piezas de ese puzle en su lugar.

—Clairee, dime que esto no te lo hizo él... ¿te dejaste...?

Ella solo pudo asentir antes de subir las piernas para abrazárselas.

—Era la única forma de poder estar cerca de él para poder cumplir mi venganza...

Byanca se levantó.

—¿A costa de qué? Clairee, te has dejado violar por un demente, ¿él te ha dejado esa marca en el cuello? —La policía asintió por lo que Byanca se cubrió el rostro—. ¿Crees que Leo hubiese querido esto para ti? Podría haberte matado...

—Él ni siquiera se daba cuenta de mi existencia, Byanca, Leo solo tenía ojos para ti, ¿qué más da lo que me ocurra?

—¡No! Él te apreciaba y no hubiese querido que hicieras esto. Cuando entré y vi tu mirada supe que algo andaba muy mal... no quiero ver cómo te conviertes en alguien sin vida. No quiero verte como mi hermana... —dijo Byanca mientras se cubría la boca y contenía un sollozo.

Clairee se encogió aún más en el sofá. Sabía que aquello era lo peor que le podía pasar a una persona. Ella había visto las caras de algunas chicas que habían padecido algo parecido en contra de su voluntad. Ahí radicaba la diferencia, ella se prestó a ello, aunque su cuerpo se negara a aceptarlo.

—Debo hacerlo, Byanca, alguien tiene que acabar con él.

La mujer se agachó frente a la policía posando sus manos en las rodillas para mirarla a los ojos.

—No quiero que acabes como Chiara. No sabes lo que es oír todas las noches sus gritos desgarradores por las pesadillas. No quiere que nadie se le acerque demasiado, vive con miedo a salir. Apenas sale de su habitación y yo no sé qué hacer para que avance e intente olvidar el infierno que ha tenido que vivir durante tres años.

Las lágrimas rodaban sin control por las mejillas de Byanca.

—A tu hermana se lo hicieron en contra de su voluntad, yo me he prestado a ello.

—Pero no querías, al igual que ella. Ví cómo llorabas dentro de la ducha hace unos instantes, las lágrimas de una persona que han roto.

El labio inferior de Clairee empezó a temblar.

—Yo... yo no puedo dejarme caer, yo... tengo que hacerlo.

Byanca posó sus manos en las mejillas de Clairee para limpiarle las lágrimas que descendían por ellas, lágrimas de las que apenas se percató.

—Tiene que haber otra forma y la encontraremos —dijo Byanca sonriendo levemente.

Hubo unos segundos de silencio antes de que Clairee hablara de nuevo.

—¿Me puedes abrazar, por favor?

La *hacker* se sentó a su lado y la abrazó con fuerza mientras ella lloraba silenciosamente hasta que el cansancio la venció. La recostó en el sofá mientras sentía en su interior que aquella situación se había dado en parte por su culpa, no solo por la muerte de Leo, si no por su propuesta

de hacer que ella se acercara y lo conquistara.

Se paseó por el salón evitando hacer ruido para no despertar a su amiga mientras meditaba todo ello. Tenía que buscar otra forma de que ella no tuviera que pasar de nuevo por el calvario que había tenido que pasar la pasada noche.

Con un suspiro se dirigió a la cocina y sin poderlo evitar, tomó algo de lo que había preparado.

—Maldito Zanetti... no sabes el odio que te tengo... —susurró mirando a la nada.

El furgón se dirigía a la frontera de Italia, en el habitáculo iban dos chicas que debían entregar a unos rusos que los esperaban con otro vehículo igual.

El primero iba conducido por una sola persona. Llegó a la hora acordada y allí vio a un tipo apoyado en un lateral de su vehículo. Otro de ellos se encontraba en el interior y al verlo llegar, se bajó portando un arma de largo alcance.

Los hombres quedaron frente a frente y el italiano le hizo una señal a uno de los rusos para que lo siguiera a la parte trasera del vehículo para que comprobara que allí se encontraban las dos chicas inconscientes tendidas en el suelo de este.

El ruso sonrió frotándose las manos pensando en lo que disfrutaría durante el camino de regreso. La sonrisa que lucía su rostro pronto desapareció cuando notó el cañón de una pistola en su cabeza.

—Será mejor que no hagas nada sospechoso o te vuelo la tapa de los sesos...

El tipo empezó a hablar en ruso rápidamente y alertó a su compañero que se asomó por un lateral del coche apuntando con su arma, lo que hizo que el italiano agarrara al ruso por el cuello, colocando la pistola en la sien del tipo.

—Harías bien en que dejaras esta locura —dijo el ruso del arma con un marcado acento.

—¿Y por qué? Tu amigo es mi escudo contra cualquiera de tus disparos.

—¿Quién eres? ¿Por qué traicionas a tu jefe?

—¿Quién dice que trabajo para ese hijo de puta? —La voz destilaba odio—. ¿Cómo podría trabajar para un tipo que secuestra chicas para convertirlas en esclavas sexuales?

El ruso se pasó una mano por el pelo con una sonrisa.

—Eres un puto poli. Un maldito poli.

—Te equivocas. Yo soy un jodido cadáver en la lista de Zanetti como lo seréis tú y tu amigo en mi lista —dijo con una casi siniestra sonrisa.

Dicho esto, alargó el brazo hacia el tipo del arma que pilló desprevenido y sin dudar ni un segundo, le disparó alcanzándole en el centro del pecho, acabando con su vida al instante.

El otro ruso vio a su compañero caer al suelo sin poder hacer nada por lo que empezó a rogar por su vida, aunque el otro no lo entendiera.

El italiano lo empujó haciéndolo caer al suelo frente a él y lo vio arrodillarse con las manos unidas en señal de súplica. Solo pudo sentir asco al ver sus pantalones mojados.

—Tan valiente para violar a una chica inocente y luego eres un cobarde que se mea encima cuando suplica por su vida —espetó alargando el brazo de nuevo, apuntando al ruso a la cabeza—. Reza todo lo que sepas, hijo de puta, púdrete en el infierno.

El tipo cerró los ojos, pero no sintió disparo alguno, ya que varios coches se detuvieron alrededor de ellos. Por un momento pensó que se había salvado y dio gracias al cielo, aunque nada más lejos de la realidad.

—Detenedlo y tú, Leo, baja el arma —dijo una voz profunda de hombre que se bajaba de uno de los vehículos que habían llegado.

## 14.

Leo no se movió del sitio, aún seguía con el arma apuntando al ruso, así que el hombre que había empezado a dar órdenes se acercó a él y tomando su muñeca le obligó a bajar el brazo.

—Basta, Leo.

Este apartó la mirada del ruso que ya esposaban y se lo llevaban a un furgón para interrogarlo. Guardó su arma y se alejó unos pasos.

Pudo ver cómo un par de mujeres se dirigían al interior de su furgón, para hacerse cargo de las chicas que estaban dentro, inconscientes, por si despertaban que no se asustaran demasiado.

—Leo, esto no puede seguir así —dijeron a espaldas de este que, enseguida, se giró.

—Así ¿cómo? —preguntó a su jefe.

—Acabas de matar a un hombre a sangre fría.

—Se lo merecía y podría haber matado al otro también.

—No, Leo. Estos hombres son vitales para atrapar a la mafia rusa ahora que tenemos a Zanetti controlado.

—No va a hablar, prefiere morir a delatarlos.

—Esa fidelidad no existe si puedes librarte de una condena.

—Ya, claro —ironizó—. A ellos les importa una mierda la condena, saben que los matarán en cuanto abran la puta boca y luego no habrá testigos ni nada. Deja de soñar. Los rusos son peores que los italianos. No dudarán en matar a este que acabáis de llevaros, yo podría haberle ahorrado el sentimiento, pero bueno, yo solo me limitaré a cumplir con mi deber ¿no?

—Te estás saliendo bastante de lo que es tu misión. Te estás dejando llevar por el odio y te advertí que para esto debías tener nervios de acero.

Leo enarcó una ceja.

—Lo he demostrado con creces, ya no actúo como al principio.

—Cierto, pero te has tomado muchas libertades y estoy planteándome sacarte de la investigación. He perdido a muchos hombres como tú en misiones como esta. Se han dejado llevar por la oscuridad y han traicionado a la organización.

Leo lo señaló con la rabia saliendo por todos sus poros.

—No vas a sacarme del caso, he sacrificado mucho para estar aquí, he abandonado el mundo de los vivos para esta misión, así que, si lo haces, no dudes que trabajaré por mi cuenta para acabar con esos hijos de puta ¿me entiendes?

—No me estás dejando otra opción, Leo.

—¿Opción? No me estés jodiendo, me has metido tú solo en la boca del lobo, ¿me dejas llevar por la oscuridad? Piensa que es únicamente por tu culpa por haberme infiltrado en las filas de Zanetti, métetelo en la cabeza. No voy a parar solo porque tú me lo digas, lo que empiezo lo acabo y esto aún no ha terminado.

Sin esperar respuesta, se dirigió al vehículo que ya se encontraba vacío, lo puso en marcha y se alejó del lugar para volver a Florencia.

Estaba muy enfadado con el jefe de la organización, no podía sacarlo ahora del caso así como así. Como le había dicho, él había abandonado su vida para acabar con la lacra que suponía la

mafia en La Toscana y ni él ni nadie iba a impedirle cumplir su misión.

Había tenido que dejar atrás muchas cosas, entre ellas a Byanca y a todas las personas a las que apreciaba, toda su vida entera. Ahora era como un fantasma en aquel mundo, dado por muerto y sin que nadie sepa de su existencia más que el hombre que ahora hacía feliz a la que aún considera la mujer de su vida.

Ella era una de las pocas cosas que hacía que no se dejara llevar por esa oscuridad que realmente empezaba a invadirlo. Comenzaba a ser un hombre insensible que no dudaba en matar a los que lo merecían, como aquel ruso y si no hubiese llegado la organización a tiempo, también lo habría hecho con el otro.

No sentía remordimiento alguno, se lo merecía por ser partícipe de una de las acciones más atroces del ser humano: jugar con la vida de seres inocentes para esclavizarlos sexualmente.

Personas que se prestaban a ello solo merecían la muerte. Las caras de todas las chicas de las que había presenciado sus violaciones sin poder hacer nada lo carcomían por dentro y solo esperaba encontrar el momento de vengarlas y acabar con la escoria que trabajaba para Zanetti, para luego ir a por él.

Después de varias horas conduciendo llegó hasta la casa de las afueras donde debía dejar el furgón y entró. Allí estaba Diego bebiendo una cerveza. Lo miró. Parecía estar esperándolo.

—Vaya, has tardado en venir.

Leo lo miró enarcando una ceja.

—¿Ahora eres mi madre?

Diego le dio un trago al botellín para dejarlo de nuevo sobre la mesa.

—Me preocupo por ti, ¿acaso los rusos se pusieron pesados o quizás...? —Se incorporó para acercarse lentamente para dar una vuelta alrededor de Leo—. ¿Sabes? Desde que has venido se han ido al traste muchos de los repartos de chicas a los rusos, al igual que las cargas de droga...

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Leo sin inmutarse ante las palabras del tipo.

—No sé, es muy raro todo y empiezo a pensar cosas que no quiero. Fíjate que desde que has llegado, eres el único que no ha follado a ninguna de las chicas que nos han traído.

—¿Tiene eso algo de malo?

—Me hace pensar algunas posibilidades, la verdad. O la tienes pequeña, o no se te levanta, eres un marica o eres un jodido poli infiltrado... —dijo acercándose para susurrárselo al oído.

Leo soltó una carcajada sarcástica. Ese mequetrefe no iba a descubrirlo por mucho que sospechara, antes se haría cargo de él.

—Tienes demasiada imaginación, Diego.

—Ya ves, son muchas horas que pasamos aquí y me da por pensar.

—Vaya, entonces utilizas el cerebro, pensé que solo sabías usar la polla. Cada día me sorprendes más.

Diego lo agarró del cuello de la camiseta y ambos se miraron a los ojos fijamente.

—Pienso descubrir la verdad, Leo, y cuando lo haga, me encantará ser el que torture hasta que pidas que te mate ¿me oyes?

Lo soltó con brusquedad y salió de allí dando un portazo.

Leo se colocó la camiseta mirando hacia la puerta con rabia. Ni él ni nadie iba a descubrirlo. Antes acabaría con todos ellos.

Días después de la explosión, las oficinas de la empresa de Saulo Graziani no estaban del todo reparadas, pero no podía dejar el trabajo a medias. Tenía responsabilidades en varias ciudades

que circundaban el Mediterráneo y no podía faltar a su palabra de enviar la mercancía.

Cuando llegó a su planta, se topó con su secretaria que parecía tensarse al verlo, aunque lo disimuló rápidamente, pero no pasó desapercibido para el mafioso.

—Señor Graziani —dijo la secretaria con una sonrisa—. Su despacho aún no está listo.

—Lo sé, Isabella, me pondré a trabajar en la sala de juntas que parece estar en buenas condiciones.

—Pero... su ordenador...

—Tengo mi portátil con todo lo que había en ese ordenador, todo está sincronizado, me aseguro de hacer una copia de seguridad.

—Oh, hace bien, hay muchos pedidos pendientes.

—Lo sé, ahora iré a la sala de juntas.

La secretaria asintió y lo vio entrar en la sala para sacar su portátil del maletín para ponerse a trabajar.

Saulo cogió su móvil para llamar a Byanca. La actitud de Isabella no le había gustado nada y mucho se temía que algo tenía que ver con la explosión.

—¿Saulo?

—Byanca, ¿puedes entrar en el sistema de vigilancia y ver los movimientos de mi secretaria el día de la explosión?

—¿Sospechas de ella?

—Ha actuado muy raro al verme aparecer aquí.

—¿Y si es ella? ¿Qué piensas hacer?

Hubo unos segundos de silencio hasta que Saulo habló.

—Justicia. Nadie me ataca y sale indemne de esto.

Esta vez el silencio se produjo al otro lado de la línea hasta que se oyó un suspiro.

—De acuerdo, voy a entrar al sistema de vigilancia.

—Avísame con lo que encuentres.

—Sí.

La pareja se despidió y Saulo se pasó las manos por el pelo. Si esa mujer había traicionado su confianza iba a tener que pagar, pero no iba a ser capaz de torturarla como hacía con los hombres de Zanetti. No era tan cruel.

Solo esperaba que no fuera ella.

Volvió a mirar el móvil. Hacía días que no hablaba con Leo, pero prefería esperar al día acordado como siempre para ver si le cogía la llamada. Llevaba un tiempo sintiéndolo extraño, como ausente y las conversaciones eran cada vez más cortas.

No tenía suficiente con Leo que ahora Salvatore también tenía problemas relacionados con Giulia y su hija. Un peligro que aún perduraba, ya que seguían sin saber quién fue la persona que había secuestrado a la que había sido la mujer de Lucio.

Casi una hora más tarde recibió la llamada de Byanca.

—Dime —contestó Saulo casi al instante.

—Acabo de ver las imágenes de toda la planta, Saulo.

—¿Y?

—Antes de que hagas una estupidez pregúntale por qué lo hizo —dijo la *hacker*. El mafioso parpadeó varias veces, confuso—. Esa mujer no quería hacerlo, no me preguntes cómo lo sé, pero vi algo en su cara que me ha llevado a esa conclusión. Habla con ella antes.

Saulo se presionó el puente de la nariz con cansancio. Una traición era una traición y se debía



pagar.

—Si la dejas marchar me perderán el respeto. —El orgullo habló por él.

—Saulo... tus hombres jamás te perderán el respeto cuando haces las cosas con justicia.

Él suspiró y tras despedirse colgó para salir de la sala de juntas hasta llegar a la mesa de Isabella.

Ella levantó la mirada y al ver la de su jefe comenzó a temblar.

—Sígueme —dijo simplemente.

La mujer se incorporó y lo siguió hasta la sala de juntas donde la hizo sentarse mientras él daba vueltas hasta que se detuvo para mirarla de frente.

—Vayamos directo al grano, no pienso andarme por las ramas. Dame una sola razón para no llamar a mis hombres para que te lleven a uno de mis almacenes a torturarte por traicionarme.

Realmente no pensaba hacer algo semejante, pero era una buena manera de hacerla hablar.

Vio como su secretaria se estremecía y el labio inferior le temblaba antes de arrodillarse en el suelo juntando sus manos en señal de súplica.

—¡No lo haga! Se lo suplico —dijo llorando desesperada—. Le diré lo que quiera, pero no me haga daño, soy su salvación... solo yo puedo salvarla...

Byanca tenía razón, aquella mujer no quería hacer lo que hizo. Se acercó hasta ella para tomarla de los brazos e incorporarla, pero la mujer se cubrió y retrocedió sin dejar de sollozar.

El terror se reflejaba en su rostro por lo que él se agachó frente a ella.

—Dime la verdad, Isabella, prometo no hacerte daño.

—Yo no quería, por primera vez tenía un trabajo estable con un jefe que me trataba bien, pero... —Saulo la instó a seguir—. Nunca he sido un digno ejemplo para mi hija. Yo... era una vulgar prostituta, era lo único que conocía y mis estudios eran muy básicos.

»Un día quise cambiar, veía en la mirada de mi hija la vergüenza que sentía y quise darle un futuro mejor. Estudié para poder conseguir un puesto de trabajo más adecuado hasta que usted me contrató.

»No llevo mucho tiempo, pero me ha dado mucho... ahora puedo ser esa madre que mi hija deseaba, una de la que no se avergonzase cuando hablaba con sus amigas.

—Eres una buena madre, Isabella, querer cambiar tu vida para darle algo mejor te hace una gran mujer, pero... ¿por qué has hecho esto?

—Porque tienen a mi hija... la secuestraron y me han amenazado con enviarla como esclava sexual a otro país —dijo cubriéndose el rostro dejando escapar el llanto—. Solo tiene dieciséis años... es una niña... No quiero que me separen de ella. Lo siento mucho, señor Graziani. Yo no quería hacerlo, tiene que creerme.

Saulo posó sus manos en los hombros de Isabella para obligarla a mirarlo.

—Tus lágrimas dicen mucho de ti y te creo cuando dices que no querías hacerlo. Cuando los nuestros están en peligro somos capaces de hacer hasta lo indecible.

—Entonces... ¿no me hará daño?

Saulo negó con la cabeza.

—No podría hacerle daño a alguien que actúa bajo coacción. Es más, voy a ponerme ahora mismo con tu problema, vamos a salvar a tu hija.

La esperanza nació en los ojos de la mujer y sin pensar se abrazó a él llorando.

—Gracias, señor Graziani. Muchas gracias.

—No tienes nada que agradecer, ahora perteneces a la familia Graziani y yo protejo a mi familia. Vamos a recuperar a tu hija y seguirás siendo la buena madre que has sido hasta ahora.

La mujer se apartó y asintió mientras se limpiaba las lágrimas totalmente agradecida. Al fin podía ver una luz al final del túnel en el que se encontraba.

## 15.

Las embestidas eran cada vez más fuertes, le dolía cada vez que entraba en ella por la falta de lubricación. Quería parar y trató de decírselo, pero justo cuando fue a hablar, él volvió a presionar su cuello privándola de aire.

Luchó por apartarlo, pero se le estaba escapando las fuerzas y solo podía sentir las lágrimas escapando de sus ojos mientras sentía como se le iba la vida a cada segundo. No podía defenderse y eso parecía gustarle.

Lo vio acercar su rostro al de ella para susurrarle:

—Disfruta en el infierno.

Él presionó aún más y cuando supo que iba a morir, gritó.

—¡No! —exclamó incorporándose en la cama.

Estaba cubierta de sudor y se abrazó al recordar la pesadilla que acababa de tener.

Había pasado unos días desde aquel primer encuentro y no ha habido noche en la que no tuviera la misma pesadilla. Podía sentir la presión, la falta de aire como si fuera real.

Cada vez que se miraba en el espejo podía ver la marca de la mano que Zanetti había dejado en su cuello y que había tratado de ocultar cada vez que salía a la calle.

Pablo no había vuelto a llamarla después de no responderle todos los mensajes que le dejó y solo Pérez se acercó para saber cómo estaba y cómo había ido todo. No dio detalles, solo contó por encima su acercamiento al mafioso. A él también le había ocultado la marca del cuello.

Aquel secreto solo lo sabían Byanca y Angelo, al que pidió que no contara nada a la organización y parecía haber cumplido su palabra. No sabía muy bien por qué, pero lo había hecho y lo agradecía. No quería dar explicaciones de lo que hacía y le ocurría.

Aún era de madrugada, pero al haber perdido el sueño salió de la cama para prepararse un café. Cuando estuvo listo, se sirvió una taza y se dirigió al salón para sentarse en el sofá con las piernas encogidas.

De repente vinieron a su mente las noches de guardia en la comisaría con Leo. Acompañados por miles de informes y varias tazas de café, deseando tener una excusa para salir a la calle a patrullar.

Una sonrisa triste asomó a sus labios. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquello? Más de los que seguro podría recordar. Desde que su compañero murió había entrado en un limbo temporal donde no sabía ni qué día ni qué hora era. Como si el tiempo no corriese, en vuelta en una dolorosa rutina donde empezó a arriesgar su vida conllevando a ser sacada del cuerpo.

En cambio, ahora el tiempo parecía correr. Ese mismo día iba a tener un nuevo encuentro con el asesino de Leo, aquel que dejó una marca en su cuello. ¿Cómo iba a poder soportar de nuevo que tocara su piel? ¿Que la penetrara? ¿Se rompería? ¿O acaso ya lo estaba y ha perdido ya la capacidad de sentir dolor?

¡Sí! Aún sentía dolor. Y sabía que le iba a doler lo que ocurriese ese día. Ella no pensó en acabar así, ella solo quería seducirlo, pero dejarlo con la miel en los labios, pero al final había obtenido toda la miel junta sin pensar en nada más.

Todo por pensar que no iba a reconocerla, pero parecía tener buena memoria.

Solo quería matarlo con sus propias manos y ni siquiera sabía cómo lo haría si cada vez que iba a su encuentro acababa desnuda. ¿Dónde podría esconder un arma de esa manera?

El amanecer la pilló allí sin apenas moverse del sitio, con un café ya frío y con unos pensamientos demasiados sombríos. No sabía qué hacer para escapar de aquella situación.

Entrada la mañana se incorporó para darse una ducha, debía estar lista para que Angelo la llevara de nuevo a la mansión Zanetti. Esta vez iban a almorzar primero, aunque dudaba que le entrara algo en el estómago sabiendo lo que vendría después.

Se tomó su tiempo bajo la ducha, necesitaba que el agua aliviara sus nervios y destensara sus músculos. Lo único que deseaba era que no volviera a intentar ahogarla o acabaría rompiéndose y lo que menos quería era que la viese llorar. Tenía que ser fuerte. Esa situación no podía durar mucho tiempo.

Cuando salió del baño, abrió el armario para coger un vestido entallado, remarcando todas sus curvas de color rojo. Luego se puso unos *stilletos* de color negro con un bolso pequeño a juego.

Esta vez usó un maquillaje mucho más sencillo, muy natural y bajó a la calle para esperar a Angelo que iría a recogerla a la hora acordada.

No tardó mucho en aparecer y parar justo delante de ella que se subió en la parte trasera, como la última vez.

Tras el saludo de rigor, ella miró al exterior mientras él volvía a poner en marcha el vehículo.

Él la observaba atentamente pensando en lo que leyó en la ficha que le había dado la organización, conocía al dedillo todo sobre ella, pero aún seguía sin comprender el porqué de dejarse hacer lo que le hacía Zanetti. Es cierto que buscaba venganza, bien claro que se lo había dejado al mafioso y no dudaba de esa veracidad, lo vio en su mirada, pero soportar lo que ella estaba soportando era algo a lo que no le encontraba sentido. ¿Tan especial era esa persona de la que quería vengarse? ¿Quién sería?

Por una vez la curiosidad ganó a la discreción y volvió a mirar por el retrovisor.

—La persona por la que haces todo esto debe valer mucho, porque muchas a estas alturas ya hubieran buscado otra manera de hacerle pagar a Zanetti o huiría.

Clairee suspiró antes de mirar hacia el espejo por el que los ojos claros de Angelo la miraban.

—Él era una persona íntegra y murió injustamente. Era un gran policía... —El pesar se palpaba en la voz de la joven.

—Estabas muy enamorada de él... —especuló, aunque no había más cómo lo describió—. Al menos esa es la sensación que das al arriesgar tanto por él.

Clairee cerró los ojos unos segundos. Angelo pretendía darle conversación hasta llegar para que no pensara en lo que estaba por venir y la verdad es que lo agradecía porque pensar solo iba a volverla loca. Quizás hablar de Leo le venía bien. Jamás había podido compartir con nadie hasta hace muy poco lo que ella sentía por él, ya que trató de ocultarlo lo mejor posible.

—Yo acababa de salir de la academia, con muy buena puntuación y me lo asignaron como superior. Al verlo pensé que era muy serio, pero también que era muy guapo.

»Al parecer, según los rumores, era muy bueno en su trabajo y había ascendido muy rápido a inspector, solamente llevaba un año en la comisaría y todos lo admiraban.

»Nuestra primera misión era algo sencillo, nos tocaba vigilar a unos tipos que iban a entregar un cargamento de droga a diferentes camellos para repartir en las diferentes discotecas. Teníamos una confesión que nos dio el lugar y la hora de la reunión, así que prácticamente teníamos el trabajo hecho.

»Me daba bastante miedo su actitud seria, pero mientras esperábamos empezó a hablar y ahí

me di cuenta de que era un buen tipo... De repente, él se bajó con el arma en la mano y yo lo seguí. Mi torpeza de iniciada nos delató y fuimos descubiertos. Nos apuntaron con sus armas y comenzaron a disparar.

»Me quedé paralizada, no podía moverme por lo que Leo me arrastró hasta escondernos...

Angelo dio un frenazo al oír el nombre y ella lo miró mientras posaba la mano en el cabecero del asiento delantero. Miró con sorpresa al agente que miró por el espejo retrovisor.

¿Había dicho Leo? ¿Sería el mismo que trabajaba ahora para la organización? Si resultaba ser el mismo, aquello era una terrible casualidad y estaría haciendo algo innecesario por alguien que no estaba muerto...

—¿Ocurre algo? —preguntó Clairee sin comprender la razón de aquel frenazo y más cuando no había nadie a la vista, ya que casi habían llegado a la zona donde se encontraba la mansión de Zanetti.

No podía decirle nada. ¿Cómo podía revelar algo así? Pero no podía dejar que volviera a estar en las garras de Fabrizio por cumplir una venganza de alguien que no estaba muerto. Estaba seguro de que era la misma persona, su intuición se lo decía.

—Joder... —murmuró por lo bajo.

—¿He dicho algo malo? —preguntó ella confusa.

—No, es solo que... necesito mirar una cosa en el motor. No te muevas de aquí —dijo accionando un botón para que el capó se abriera.

Salió del coche y levantó la tapa para luego pasarse una mano por el pelo.

Si era la misma persona ¿por qué nadie impidió que hiciera esto? ¿Por qué no sabe que Leo está vivo? ¿Qué clase de personas hay en la organización que dejan que Clairee se deje hacer lo que le hace Zanetti para conseguir una venganza que está lejos de hacer descansar a alguien que no se encontraba muerto?

Aquello era cruel hasta para él. La joven policía lloraba por alguien que estaba en el mundo de los vivos.

Tenía que buscar una solución para ese problema, no podía dejarla tirada de esa manera ni tendérsela a Zanetti en bandeja de plata conociendo la verdad, pero ¿qué iba a hacer?

¿Retrasarla? ¿Provocar una avería en el coche? No parecía una solución demasiado factible porque podrían enviar otro coche estando tan cerca como estaban.

No. Tenía que contarle todo. Ella no debía volver allí. Sin darle más vueltas, cerró el capó y se metió en el coche para ponerlo en marcha y dar la vuelta bajo la atenta mirada de Clairee.

—¿Qué haces?

—Voy a llevarte de nuevo a tu casa.

—¿Por qué? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Porque no voy a permitir que vuelvas a pasar por lo mismo con Zanetti.

—Ya te dije que era problema mío lo que ocurriera o no. Da la vuelta ahora mismo.

—No puedo permitirlo.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? Zanetti está esperándome ¿quieres hacerlo enfadar?

—Que se enfade todo lo que quiera, no voy a dejar que hagas esto, Clairee. No es justo para ti.

—¿Por qué intentas detenerme? Esto no te concierne, es mi problema y solo yo puedo acabar con esto.

—Pues lo vas a hacer, tu venganza no tiene sentido.

—¿Qué? —preguntó indignada—. ¿Pero quién eres tú para decirme algo que solo yo he decidido?

—Por favor, Clairee, hazme caso. Cuando llegue el momento te contaré la verdad, pero haz lo que te digo. No puedes volver allí.

—¡No! Quiero saber por qué has cambiado de idea. ¿Qué dije cuando te contaba el primer caso que tuvimos Leo y yo? No entiendo tu repentina actitud.

Pero Angelo no dijo nada más. Simplemente condujo hasta llevarla de vuelta a su casa mientras ella insistía una y otra vez en que le explicara la razón por la que había dado la vuelta.

Sabía que tenía que contarle la verdad, pero debía hacerlo en un lugar seguro. Era mejor decirle las cosas en su casa, allí podría hablar con tranquilidad, aunque mucho se temía que no se iba a tomar bien la noticia.

—Como no me digas lo que ocurre, buscaré la forma de acudir a la cita, Angelo.

Clairee estaba realmente enfadada, ella siempre cumplía su palabra y tenía que acudir a la casa de Zanetti para seguir adelante con su plan de venganza contra él.

Angelo no tardó mucho en llegar hasta el portal del edificio donde vivía la chica que, al ver que se detenía, se bajó rápidamente para llamar a un taxi. Este la imitó y la agarró del brazo para arrastrarla al interior del complejo, pero ella se resistió.

No quería volver al interior, tenía que acudir a su cita. Después de haberse preparado mentalmente para ello, él no podía echar por tierra sus planes. Se estaba comportando como Pablo, impidiéndole hacer lo que quería.

—¡Suéltame, Angelo!

—¡Maldita sea, Clairee! —espetó enfadándose—. ¡Haz el favor de subir conmigo!

—¡No!

—¡Joder! —Se pasó la mano libre por el pelo con frustración—. Lo estoy haciendo por tu bien, por favor, subamos. Tienes que saber la verdad.

Clairee parpadeó confusa. ¿Verdad? ¿De qué verdad estaba hablando Angelo?

Dejó de luchar por escapar y lo miró sin comprender lo que acababa de decir.

—¿Qué verdad debo saber?

Él la soltó y se dirigió al portal.

—Hablémoslo en un lugar privado.

Clairee lo siguió y juntos subieron hasta el piso donde ella vivía. Una vez dentro, lo invitó a pasar al salón mientras se quitaba los zapatos e iba descalza hasta la cocina.

Estaba nerviosa y necesitaba servirse un vaso de agua para templar sus nervios. Una vez que se lo bebió, se dirigió al salón donde Angelo se había sentado con los codos apoyados en las rodillas mirando a la nada.

Clairee inspiró hondo antes de sentarse frente a él.

—Habla —dijo ella.

Angelo la miró a los ojos fijamente.

—Tu venganza no es tal, quieres vengar la muerte de alguien que realmente no lo está. —Ella lo miró parpadeando varias veces—. Ese hombre se llama Leo Ruggeri ¿verdad?

Una punzada se adueñó de su corazón.

—Sí, era mi compañero de patrulla y el hombre del que me enamoré, pero... no te entiendo.

Angelo suspiró de nuevo y agarró las manos de Clairee para mirarla a los ojos y confesarle la verdad.

—Leo no está muerto, Clairee, él está infiltrado en las filas de Zanetti.

## 16.

Clairee miró a Angelo mientras asimilaba lo que le acababa de decir. Le estaba diciendo que Leo estaba vivo, pero... ella vio el coche arder, vio su féretro, vivió su entierro, ha llevado flores a su lápida.

Negó con la cabeza antes de incorporarse.

—No, eso es mentira...

Angelo también se levantó.

—Siento que te enteres de esta manera, pero como ya te he dicho, no puedo permitir que te rebajes ante Zanetti por alguien que no está muerto.

—Pero yo vi el coche quemándose... vi su tumba... —dijo llevándose las manos a la cabeza sin comprender nada.

Él la agarró de los brazos.

—Mírame, Clairee, sé que no nos conocemos demasiado, apenas unos pocos días, pero no podría mirarte a la cara sabiendo lo que sé. Por un momento pensé que hablabas de otra persona y cuando me contaste tu primera misión policial y lo nombraste, no me cupo duda de que se trataba de la misma persona.

»Leí la ficha de Leo antes de llevarlo yo mismo a una de las casas donde mantienen a las chicas que luego se llevan a Rusia. Sabía que era policía, pero no pensé que ambos fueran de la misma comisaría... la organización no me dijo nada...

Ella se negaba a creer lo que le decía Angelo.

—No. Él está muerto. Todos me lo aseguraron, las llamas consumieron el coche... estuve ante su féretro —Las lágrimas escaparon sin control de sus ojos—. Vi cómo lo enterraban. ¡Le dieron la medalla al honor!

Angelo trató de limpiarle el rastro húmedo de sus mejillas, sin embargo, al ver que no existía consuelo alguno, la atrajo hacia sí para abrazarla.

—Lo siento, Clairee.

La policía se aferró a la camisa de Angelo durante mucho rato. Él intentó transmitirle palabras de consuelo que no surtían efecto. Había sido engañada durante meses y no era justo para nadie que le mintieran sobre una persona por la que estaba dispuesta a dejarse humillar.

Aún no comprendía cómo permitieron algo semejante. Podría haber encontrado otras formas de que ella se acercara a Fabrizio Zanetti y no llegar a este punto en el que ya había sido violada y vejada de la forma en la que el mafioso lo hizo.

El silencio se mantuvo durante un buen rato mientras ella se desahogaba silenciosamente. Finalmente se apartó limpiándose el rostro con las manos intentando mostrarse fuerte, como si no le afectase.

Sin decir nada se dirigió a su habitación bajo la atenta mirada de Angelo que no se movió del sitio. Al poco rato la vio aparecer vestida con un simple pantalón deportivo y una camiseta de manga corta.

—¿Estás bien? —preguntó Angelo mirándola.

Ella asintió.

—Sí...

—Clairee...

—¿Por qué nadie me dijo nada? Pablo y Pérez podían habérmelo dicho cuando les ofrecí entrar en la organización. Ellos sabían de primera mano mis planes para con Zanetti y no fueron capaces de decirme la verdad. ¿Por qué, Angelo? —La policía estaba frustrada.

—No tengo una respuesta para darte, solo ellos pueden explicártelo.

Ella se abrazó mientras trataba de pensar una sola razón para que la engañaran de esa forma.

De repente el móvil de Angelo empezó a sonar, este lo sacó del bolsillo de sus pantalones y al ver quién era en la pantalla le hizo un gesto a Clairee para que no hablara.

—¿Jefe? —preguntó el hombre mirándola.

Ella se puso tensa al saber de quién se trataba y los nudillos se le quedaron blancos de tanto apretar las manos.

—¿Se puede saber dónde estás? —preguntó Zanetti desde el otro lado de la línea. Hablaba tan alto que hasta Clairee podía escucharlo.

Ambos se miraron durante unos segundos.

—Estábamos de camino a la mansión, pero, de repente, la chica empezó a encontrarse mal... tuve que parar a mitad de camino para que vomitara. La he traído de vuelta a su casa y estoy aquí a ver si mejora, aunque creo que ha cogido un virus...

—¿Un virus? Pues que no aparezca por aquí hasta que este recuperada, no quiero que me contagie a mí. Quiero que la controles estos días y una vez esté bien que venga a la mansión.

—Así lo haré, no lo dude.

—Perfecto.

Sin decir más, Zanetti colgó la llamada y Angelo guardó el móvil de nuevo en el bolsillo.

—Esto nos ha dado un poco de tiempo para solucionar tu situación. No puedes volver a esa mansión. Era lo único que se me ocurría y debemos aprovecharlo en nuestro favor.

Clairee sonrió levemente.

—Gracias por querer ayudarme, Angelo. Podías haberme dejado tirada, pero aquí sigues y has sido el único que me ha contado la verdad, aunque no sé por qué lo haces.

—Porque he visto el sufrimiento en tu mirada, no solo hoy, también la vi el otro día, cuando volvíamos después de que pasaras la noche en la mansión Zanetti. Vi cómo intentabas cubrirte el cuello sabiendo que era imposible. Me vi obligado a ignorarlo porque eres orgullosa. Llevo mucho tiempo viendo cómo esos hombres hacen lo que quieren con chicas jóvenes y no poder ayudarlas de alguna manera me hace sentir inútil. Déjame al menos hacerlo por ti.

Clairee se acercó y lo abrazó. En Angelo parecía haber encontrado a alguien en quien confiar y con el que poder hablar con libertad de lo que estaba haciendo en aquella misión.

—Algún día lograremos salvar a todas esas chicas, solo tenemos que acabar con Zanetti y llegar hasta los rusos que las tienen prisioneras...

—Va a ser una ardua tarea..., pero lo más importante ahora es mantener la mentira que le he contado a Zanetti. No puedes salir de la casa bajo ningún concepto o nos descubrirán y podría ser nuestra perdición. No dudes que pondrá vigilancia para ver si es verdad.

Clairee se apartó y asintió.

—No me moveré de aquí.

Angelo asintió con una sonrisa mientras la acariciaba de manera fraternal, como si fuese su hermana, no podía haber más allá, ya que su corazón estaba ocupado.

—Lo mejor sería que descansaras un poco, tienes aspecto de haber dormido poco —dijo



instándola a moverse hacia su habitación—. Tranquila que no me moveré de aquí.

Una vez que ella se fue y cerró la puerta de su habitación, Angelo se sentó en el sofá intentando buscar una solución a lo que estaba ocurriendo con aquella policía.

Chiara observaba por la ventana pasar a la gente y los coches. Todos parecían felices, ajenos al sufrimiento de otros. Ella había sido así, una joven despreocupada que no ponía atención al resto de seres humanos de su alrededor.

A veces recordaba a la joven que fue y un enorme peso se instalaba en su corazón porque ya nunca podría volver a serlo. Ahora solo era un cascarón con el aspecto de aquella chica que un día fue, ni siquiera se podía mirar al espejo sin sentir asco por sí misma.

Cuando se metía en el baño, pasaba horas metida dentro de la bañera llena de agua buscando una forma de borrar la huella que todos aquellos hombres habían dejado en ella durante sus tres años de cautiverio, pero nunca lo lograba, aún podía notar en su piel el tacto de todas las manos que la tocaron mientras ella solo podía resignarse a lo que quisieran hacerle sin poder defenderse.

A veces se preguntaba si alguna vez podría llegar a ser feliz como lo era su hermana y luego se negaba esa posibilidad. Para poder aceptar a otros en su vida debía volver a aceptarse y sabía que jamás lo lograría.

Se abrazó y volvió al interior de la habitación para acostarse en la cama. Cerró los ojos en busca de un sueño que viniera cargado de cosas alegres y no las pesadillas de cada noche.

A veces venía a su mente recuerdos de aquella vez que iban a llevarla a una fiesta privada y Arkadiy la salvaba. Alguien con dotes de mando que no dudaba en dar una orden sin vacilar y que jamás la trató como lo hacían los demás. Ni siquiera su mirada mostraba pena por lo que había tenido que pasar.

Los recuerdos de la inmensa mansión llegaron a ella en tropel, aún podía recordar cada detalle que decoraba aquella enorme casa. La habitación en la que la había dejado alojarse los pocos días que pasó antes de ir hacia el aeropuerto. Aquel ataque de ansiedad que sufrió al mirarse al espejo después de tanto tiempo y unos ojos negros que enseguida le transmitieron sosiego.

A pesar de que su apariencia evidenciaba todo lo contrario, su comportamiento con ella fue muy bueno, inspirándole incluso algo de la confianza que perdió en aquel tiempo de cautiverio. Le había dicho que tarde o temprano saldría del oscuro pozo en el que se encontraba, que volvería a ser fuerte, pero ella empezaba a dudarle después de todos los meses que llevaba en Italia.

Había sido el único que la miraba a los ojos, ni siquiera Bianca era capaz de hacerlo, y el único hombre que la había tocado después de ser rescatada a pesar de su propia reticencia a que fuera siquiera rozada. Todos a su alrededor mantenían una distancia prudencial.

Por inercia, llevó la mano a su hombro, allí donde él la había tocado, recordando el calor que desprendía y el frío que sintió cuando se apartó. La primera vez que no sintió asco por el toque de una persona.

Se comportó de forma muy amable y cuando ocurrió lo del aeropuerto...

Verlo caer al suelo, perdiendo la conciencia... estaba segura de que al despertar comenzaría a odiarla por todo lo que había pasado allí. Probablemente la hubiese olvidado y no querría saber nada más de lo que le ocurriera, a fin de cuentas, su cometido era llevarla hasta el aeropuerto para que volviera a Italia y de una forma u otra lo había cumplido por lo que su trabajo había finalizado, nada lo ataba a un recuerdo agradable de una joven que solo sabía encogerse al más mínimo roce y gritar en medio de las pesadillas.

Salvatore le recetó unas pastillas para dormir, pero había empezado a odiarlas porque le

recordaban a las drogas que le administraban para que fueran dóciles con los que pagaban para violarlas a su antojo.

Se obligó a sacar esos pensamientos de su mente antes de dejarse llevar por los recuerdos. Necesitaba despejarse, quería buscar algo que la entretuviera, pero ¿qué?

De repente tocaron en la puerta y ella le dio paso mirando hacia allí.

—Hola... —saludó Byanca desde la puerta, en sus manos llevaba un ordenador portátil—. ¿Puedo pasar?

—Claro —dijo Chiara acercándose a la cama donde se sentó al igual que hizo su hermana a la cual ya se le empezaba a notar la barriga de embarazada—. Tú dirás.

La joven vio que su hermana dejaba el portátil a un lado y le agarraba las manos.

—Sé que soy una pesada, pero me tienes muy preocupada y lo único que quiero es ayudarte, Chiara. He intentado todo lo que está en mi mano para hacerte ver que necesitas ayuda, pero lo único que he conseguido es que te encierres aún más en ti misma.

—Ya te dije que no era la misma Chiara de hace tres años, tienes que aceptar esto que soy.

Byanca negó con la cabeza.

—Sé que en el fondo aún queda algo de esa chica, hay ciertas cosas en ti que no han cambiado, entre ellas, esa manía tuya de morderte las uñas —dijo mientras le mostraba sus manos con una leve sonrisa.

—Por favor, Byanca, no sigas. Te agradezco que quieras ayudarme, pero no puedo... ellos... nadie que haya pasado por esto puede entenderlo y no pretendo que lo entiendas, simplemente déjalo estar.

Chiara intentó sonreír, pero era como si hubiese perdido esa habilidad. Tres años habían hecho mucho daño a todo su ser.

La joven desvió la mirada hacia el portátil durante unos segundos y lo señaló.

—¿Estás trabajando en algo importante?

—No. Pensé que te gustaría tener uno para lo que quieras, no sé, conectar con el mundo, aunque sea a través de la pantalla, ya que no quieres salir de aquí, al menos que sepas lo que ocurre fuera de estas cuatro paredes.

Chiara negó.

—No lo necesito, estoy bien así.

La joven lo cogió para entregárselo a su hermana, pero esta la detuvo y lo empujó hacia ella a la vez que negaba.

—Por favor, no me niegues al menos esto, necesitas despejar tu mente para no pensar en el pasado. Sé que lo haces a menudo, tu mirada habla por ti y no estoy dispuesta a verte enloquecer recordando cosas que deberías alejar de ti misma.

—¿Para qué voy a querer un ordenador?

—Lo que quieras, tienes internet, hay muchas páginas de series que están muy bien, también las hay de juegos para entretenerte, las redes sociales... no llegué a borrarlas, era una forma de pensar que pronto volverías a usarlas porque ibas a volver a mi lado...

Chiara miró el portátil. ¿Sería capaz de volver a entrar en sus redes sociales? No. Esa chica había desaparecido y no iba a volver. Ella ya no era la misma y no iba a serlo jamás. Si entraba en ellas sería para cerrarlas definitivamente.

Ella misma había pensado que debía distraerse para no pensar en el pasado, pero ese ordenador estaba conectado con la actualidad y no soportaría ver noticias sobre secuestros de chicas para ser enviadas lejos de sus casas, como ella.

Por un momento pensó en darle el gusto a su hermana y quedarse con el portátil, cerraría sus redes y luego lo dejaría sobre el escritorio que tenía la habitación.

Inspiró hondo y asintió.

—De acuerdo. Me lo quedaré.

Byanca sonrió y sin pensarlo la abrazó. Era de las pocas personas que podía hacerlo y, aunque no quería atosigarla, a veces venía bien un abrazo.

## 17.

La echaba de menos. Hacía días que no se había acercado a la casa de Clairee para verla y hablar con ella. Había puesto distancia porque no podía soportar que fuera a meterse de lleno en la boca del lobo. Lo que pretendió hacer era una locura.

Pérez le contó todo desde el momento en que la había llevado a la fiesta, hasta la última vez que la vio. El antiguo policía era muy suspicaz y tenía la firme sospecha de que algo había ocurrido entre ella y Zanetti, pero no tenía forma de averiguarlo, así que decidió ir él mismo a averiguar qué.

Se detuvo ante el portal del edificio de la policía y dudó antes de tocar el telefonillo.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina al otro lado.

Pablo frunció el ceño al reconocerla.

—¿Angelo? ¿Qué haces ahí? —preguntó frunciendo el ceño.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo suficiente para escucharla... abre la puerta.

—No. Podrían estar vigilando.

—Abre la jodida puerta, Angelo, o llamaré a cualquier vecino para que me la abra.

Angelo soltó una maldición. Tenía razón, si él no se la abría, lo haría cualquier vecino alegando ser policía por lo que pulsó el botón de apertura.

Pablo no tardó mucho en llegar al piso de Clairee donde ya lo esperaba su compañero en la puerta. Una vez frente a frente, Angelo lo agarró del brazo y lo metió dentro de la vivienda para luego cerrar.

El español se dirigió al salón y con los brazos en jarras miró al otro que volvió sobre sus pasos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Dónde está Clairee?

—Está descansando... —dijo Angelo.

—Tú deberías estar en la mansión Zanetti, no entiendo qué haces aquí.

—Es parte de mi misión —comentó mientras recogía una lata de refresco que había sobre la mesa baja del salón para ir a la cocina a tirarlo.

—No, tu misión es estar pegado al culo de Zanetti.

Angelo se giró y lo miró cruzando los brazos.

—Justamente por estar tras el culo de Zanetti es que me encuentro aquí. No entiendo cómo habéis podido dejar que Clairee hiciera esto.

Pablo frunció el ceño.

—¿Hacer qué? Solo tenía que acercarse a ese tipo, nada más.

—¿De verdad? —preguntó el otro enarcando una ceja.

Ambos hombres se miraron de manera desafiante.

—¿Qué estás tratando de decir? —preguntó Pablo acercándose peligrosamente a su compañero —. ¿Qué le ha hecho ese hijo de puta a Clairee?

—Nada que sea de la incumbencia de nadie. —La voz de ella se oyó a espaldas de Pablo que se giró rápidamente para observarla.

La visión de la policía lo impactó. La había visto en momentos muy bajos tras enterarse de la muerte de Leo, pero ahora parecía otra persona. Bajos sus ojos se podía apreciar la marca violácea de la falta de sueño, estaba pálida, salvo por una fea marca que tenía en su cuello.

Al verla, se acercó y la tomó de las mejillas, pero ella se apartó mientras se abrazaba.

—¿Qué te ha hecho ese malnacido? Por Dios, Clairee, ¿intentó matarte?

Ella que había desviado la mirada, la volvió hacia él con una inusitada rabia.

—¿Por qué te preocupas ahora? ¿Qué más da lo que le pase a la pobre Clairee? Total, está haciendo un trabajo que nunca nadie había logrado hacer: estar cerca de Zanetti —dijo ella con mordacidad—, dejarse violar por ese malnacido solo para conseguir un objetivo y aprovecharos de mis deseos de venganza.

Pablo la miró reflejando la sorpresa en su mirada.

—¿Qué?

—¿De qué te sorprendes? ¿Qué esperabas que pasara? ¿Que nos pusiéramos a jugar a las cartas? Fui a esa fiesta con la intención de acercarme a él y me descubrió, tuve que ceder a su chantaje... —dijo ella con tanta tranquilidad que incluso Angelo empezó a temer por su salud mental.

Pablo se negaba a creer lo que ella le estaba contando.

—Dime que no es verdad, Clairee, dime que no te ha violado.

La policía le puso un dedo en el centro del pecho con rabia.

—Deja de fingir que albergas algún tipo de sentimiento hacia mí, Pablo. Vamos a quitarnos las máscaras de una vez. La organización me ha utilizado y vosotros habéis sido los causantes de ello. —Clairee se dirigió a la ventana del salón para mirar unos segundos al exterior con los brazos cruzados—. Jugasteis con mi dolor y todo por atrapar a Zanetti.

Pablo se acercó a ella.

—Te equivocas, yo nunca estuve de acuerdo con todo esto. Te pedí miles de veces que no lo hicieras, pero no me hiciste caso, estabas obcecada con tu maldita venganza.

Ella se giró para mirarlo.

—Sí, quizás estuve obcecada con esa venganza, porque nadie me dijo nunca la verdad. — Pablo retrocedió un paso y ella lo dio hacia él—. ¿Qué? ¿Vas a negarme que Leo está vivo y coleando? ¿Vas a negarme que habéis estado engañándome durante todo este tiempo? Cuántas veces os habréis reído a mi costa.

Pablo la agarró por los brazos.

—Nunca me reiría de ti. Jamás.

Clairee sonrió cínica.

—Ahora vas a decirme que tú intentaste protegerme... permíteme dudar, Pablo. Si de verdad hubieses querido ayudarme me hubieras contado la verdad en el mismo instante en que la organización quiso que entrara a formar parte de ellos, pero te quedaste callado, al igual que Pérez. Si ese es el aprecio que me tenéis, preferiría que no lo tuvierais.

—¿Cómo supiste que Leo estaba vivo?

Clairee miró a Angelo que no se había movido del sitio, mirándola con preocupación. Pablo se giró para mirar a su compañero.

—Alguien que realmente se ha preocupado por mí y me ha protegido de todos. Una persona que prefiere arriesgar su puesto a favor de la verdad. El mismo que ha impedido que estuviese de nuevo en la cama de Zanetti porque sabía que mi venganza era en vano. Una venganza de la que tú y Pérez tenían constancia.

El policía español no podía decir nada, solo podía mirar a Angelo y a Clairee alternativamente. ¿Por qué no se lo había dicho él mismo? Por egoísmo. Por intentar tener una mínima oportunidad con ella, por eso le ocultó la verdad, aunque no iba a poder perdonarse el hecho de que Zanetti se había atrevido a violarla.

Saberlo le hacía sentir rabia por no haberla protegido de las garras de ese mafioso, por haberla dejado sola en su peor momento, por no haber evitado su dolor.

Había sido un egoísta y ahora pagaba las consecuencias. Se volvió hacia ella que seguía con los brazos cruzados.

—Clairee...

Ella negó con la cabeza.

—Será mejor que te marches, Pablo. Ya has hecho bastante daño. Angelo, acompáñalo a la puerta, por favor.

Él asintió y salió de la cocina para acercarse a Pablo que miró una vez más a Clairee en un último intento de hacerle ver que él no había querido hacerle daño, pero ella le dio la espalda volviendo a mirar hacia la calle.

—Perdóname.

Ella cerró los ojos.

—Vete, Pablo. No quiero volver a verte nunca más. Olvídate de mí y díselo a la organización también, a partir de ahora trabajaré sola.

Aquellas últimas palabras le habían herido demasiado, pero, en el fondo, se lo merecía. Bajó la cabeza y siguió a Angelo hasta la salida del piso.

Una vez fuera, se giró hacia su compañero.

—Por favor, no dejes que le pase nada.

—Eso jamás. Puedes estar tranquilo.

Pablo sonrió con tristeza.

—Gracias por hacer lo que nadie había hecho por ella.

—Te perdonará. Solo dale un tiempo.

Él asintió y sin más se marchó del edificio.

Mientras, en el interior, Clairee veía desde la ventana cómo Pablo se alejaba de su casa, probablemente para no volver jamás y así esperaba que fuera, porque no quería saber nada de él ni de la organización.

Angelo la observó en silencio y ninguno de los dos habló durante un par de minutos. Ella, a pesar de ocultarlo, parecía sentir pena por lo que acababa de ocurrir. Apreciaba realmente a Pablo y estaba dolida porque le habían ocultado toda la verdad dejando que arriesgara su cordura.

Finalmente, ella se giró y le sonrió levemente antes de ir a la cocina para preparar algo de comer. Necesitaba tener la mente ocupada para no pensar en lo que acababa de ocurrir. Le había dolido lo que tuvo que hacer, pero era necesario. Odiaba las traiciones y las personas en las que creía confiar se la jugaron y le ocultaron la verdad.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Angelo acercándose.

Ella negó con la cabeza mientras empezaba a cortar un tomate en rodajas.

—Me gustaría estar sola un rato.

Él asintió.

—Me voy a dar una ducha entonces, no te importa si uso tu baño.

—Eres libre de usarlo cuando quieras —dijo ella mostrando una leve sonrisa.

Él también sonrió levemente y se dirigió al baño, mientras ella preparaba la comida.

El grito provocado por el orgasmo sonó en aquella habitación de lujo de hotel. Él salía del interior de la mujer para recostarse a su lado jadeando al igual que lo hacía ella, que cuando se recuperó lo suficiente, se giró hacia él y posó una mano sobre su torso pasándola suavemente hasta que él la sujetó con fuerza para apartarla.

—No me toques... —advirtió el hombre—. Sabes muy bien que no me gusta que me toquen, Francesca.

La mujer se apoyó en un codo para mirarlo a los ojos.

—Eres un insensible.

—Soy como soy y no vas a cambiarme a estas alturas. Es algo que debería haberte quedado claro desde la primera vez que nos acostamos.

—Fabrizio... no puedes controlar el deseo que las mujeres sentimos por ti, las ganas de tocar tu cuerpo —dijo Francesca a la vez que se incorporaba para colocarse encima del hombre.

Este, en cambio, la agarró con fuerza y la giró para quedar encima.

—Todas me desean, eso no te lo niego, pero odio que intenten ir por encima de mí. Aquí mando yo, vosotras obedecéis y me complacéis a mí. Puedes dar gracias de que os deje llegar al orgasmo...

Francesca enarcó una ceja.

—¿Nunca te has enamorado de una mujer? —preguntó sin dejar de mirarlo a los ojos.

Zanetti la cogió por el cuello con cierta fuerza cortándole levemente la respiración.

—Eso no es de tu incumbencia.

Sin darle tiempo a pensar, la penetró de una embestida fuerte y dura. Ella se arqueó mientras agarraba las sábanas entre sus puños e intentaba coger aire, pero la mano de Fabrizio se lo complicaba bastante.

Soltó las sábanas para agarrar la mano de él en un intento de apartarla de su cuello, le costaba bastante respirar y como siguiera así la iba a asfixiar.

Por suerte él no tardó mucho en acabar al igual que ella que a pesar de sentir miedo por lo que estaba haciéndole, se corrió abundantemente. Fabrizio volvió a recostarse a un lado antes de incorporarse para vestirse.

Aquella maldita mujer policía lo tenía bastante caliente. Probarla la primera vez había sido apoteósico. Jamás pensó que tendría a alguien como ella a su merced y nada deseaba más que probarla de nuevo.

—¿Te vas? —preguntó Francesca masajeándose el cuello.

—Sí, lo que venía a hacer ya lo he hecho.

Fabrizio se puso los zapatos y miró a su alrededor encontrando la camisa casi en la entrada de la habitación. Se dirigió allí para cogerla y ponérsela sin abrochar.

Sin esperar una despedida salió de la habitación hacia el salón de la suite donde cogió la chaqueta después de haberse abrochado la camisa. Una vez fuera del hotel, lo recogió su coche para poner rumbo a la mansión Zanetti.

No tardaría mucho en llegar allí y pediría un informe completo de los hombres que habían estado vigilando la casa de la policía.

Se dirigió a su despacho para avisar a su hombre de confianza que no tardó demasiado en entrar. Fabrizio se dejó caer en su sillón y tras cruzar la pierna, apoyó un codo en el reposabrazos para luego apoyar la cara en su mano antes de mirarlo.

—¿Y bien? ¿Qué sabemos de la chica? —preguntó.

—No ha salido de la casa en ningún momento.

—¿Y Angelo?

—Él sí ha salido, pero poco. Para comprar alguna cosa que necesitan y luego vuelve a la casa, aunque hoy han tenido una visita.

—¿Quién?

—Por lo que hemos averiguado, es un policía español que colabora con la policía italiana por el tema de los secuestros. Parecía bastante alicaído cuando salió.

Fabrizio enarcó una ceja, pensativo mientras cruzaba los dedos.

—Interesante... ¿alguien más ha pasado por allí?

—No, señor.

—Muy bien, seguid vigilando. Algo me dice que aquí hay gato encerrado y mi intuición no suele fallarme.

El hombre asintió y sin decir nada más, salió del despacho dejando al mafioso solo que se incorporó y se sirvió una copa.



## 18.

Corría sin cesar para llegar a tiempo hasta aquel furgón donde se encontraba Byanca atada. Podía oír perfectamente el sonido de la cuenta atrás de la bomba que tenía ella a su lado.

Cuanto más corría, más lejos parecía estar el vehículo por lo que no pudo evitar la explosión que se produjo con la mujer que había querido dentro de él.

Se incorporó rápidamente en la cama con el cuerpo empapado en sudor y la respiración agitada. Las imágenes de aquel sueño tan vívido aún podía verlas pasar ante sus ojos como si de una película se tratase. Se frotó la cara para tratar de apartarlo y se incorporó para ir al baño.

Se apoyó en el lavamanos antes de mirarse en el espejo para ver el rostro de alguien ya desconocido para él. Ese no era el mismo Leo que empezó una misión para la organización.

Aún le sorprendía tener sueños de ese tipo, de sentir el corazón acelerado por el miedo... Él mismo creía haber perdido la capacidad de tener algún tipo de sentimiento que no sea el enfado y las ganas de matar a aquellos que estaban metidos de lleno en algo tan sucio como la trata.

Llevaba una época en la que apenas contactaba con Saulo, salvo unos días que habían estipulado y a veces ni siquiera quería contestar.

Le dio la espalda al espejo mientras se quitaba la camiseta blanca sin mangas para luego quitarse el pantalón de chándal para meterse en la ducha. Activó el agua fría para despejar la mente y no volver a pensar en aquel sueño que había tenido. Apoyó las manos en la pared mientras dejaba que el agua le cayera encima.

No tardó mucho en salir y secarse. Se dirigió a la habitación y tomó un nuevo chándal que se puso con una camiseta y una sudadera oscura. Se calzó unas deportivas y tras colocarse la capucha salió del piso dispuesto a correr un rato.

Empezó con un trote suave que poco a poco fue subiendo de intensidad. La respiración era acelerada, podía notar en sus oídos el latir de su corazón junto a cada jadeo que soltaba.

Se movía con agilidad a pesar de todo, se detuvo para descansar un poco y tomar aire antes de continuar. Apoyó las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento.

Entonces, no muy lejos de él, oyó una risa que se le hizo familiar. Su cuerpo se puso en tensión y rápidamente levantó la vista. Justo en frente vio salir a Byanca de una tienda de vestidos de novia junto a la hermana de Saulo. El mafioso le había dicho algo sobre la boda de Fabiola, así que imaginaba que estaban con los preparativos de esta.

Hacía meses que no la veía. Ahora se encontraba diferente a como era. Muchas cosas habían cambiado desde que conoció a Graziani. Recordaba sentir rabia contra ella por todo lo que había sucedido, pero ahora... lo que sentía en ese momento era añoranza por los buenos tiempos vividos.

Como si ella se hubiese sentido observada levantó la mirada hacia él que, de repente, se había quedado paralizado. No podía reconocerlo, debía seguir muerto para todos, así que bajó la cabeza y volvió a ponerse en marcha, alejándose lo más rápido que podía sin emitir sospecha de algún tipo.

No se detuvo hasta llegar a su piso. Se apoyó en la puerta mientras se quitaba la capucha de la sudadera.

Hacía tiempo que no sentía su corazón latir como lo hizo al ver a Byanca. Se pasó las manos por el pelo en un gesto frustrado. Aún había sentimientos por ella que creía haber eliminado, pero aún estaban ahí, haciéndole daño.

Con rabia pegó un puñetazo a la pared a su lado. Ella era feliz con Saulo, para Byanca ya Leo Ruggeri no existía, estaba muerto. Él ya no podía albergar ese tipo de sentimientos por nadie, era una simple sombra, pero, entonces, ¿por qué su corazón no dejaba de latir acelerado?

Se pasó una mano sobre el pecho como si aquel gesto pudiese evitar que dejara de sentir lo que sentía por la mujer que había significado tanto en su vida.

Negó con la cabeza. Debía dejar a un lado los sentimientos. Tenía una misión que cumplir y cumpliría. Para eso tuvo que dejar el mundo de los vivos para esconderse entre las sombras.

Sin querer pensar más en Byanca, volvió al baño a darse otra ducha, esta vez para relajar los músculos después de la carrera que se había pegado, pero justo antes de meterse en la ducha, su móvil.

Miró la pantalla y descolgó. Era una llamada de los hombres de Zanetti, un nuevo cargamento estaba en camino y se dirigían a la casa en la que él vigilaba junto a Diego y los otros.

La rabia le inundaba cuando se referían a aquellas pobres chicas como mercancía, como si no valiesen nada.

Se dio otra ducha, antes de vestirse con unos vaqueros, una camiseta negra y su chaqueta de cuero.

No tardó mucho en llegar a aquella casucha, a la que, a su vez, llegaba el furgón con un pequeño grupo de chicas que enseguida bajaron. Aún estaban inconscientes por lo que no podían defenderse hasta que ya era demasiado tarde.

Diego lo miró unos segundos cuando lo vio bajar del coche y le hizo un gesto para que sacara a una de las chicas.

Sin decir nada, se acercó hasta la parte trasera y cogió a una de ellas en brazos. La joven tenía el pelo negro, como la hermana de Byanca y tenía rasgos muy parecidos. Le tranquilizaba saber que no era, ya que en la última llamada que tuvo con Saulo, este le había comentado que la joven no quería salir a ningún lado, le daban ataques de pánico.

Pero no pudo evitar recordar cómo descubrió el secreto mejor guardado de Byanca, ese que nunca le contó en los dos años de relación que habían tenido. Nunca confió en él y eso le había dolido porque él se entregó en cuerpo y alma en aquella relación que ella pareció no valorar lo suficiente.

Quizás esa acción le serviría para dejar de sentir lo que aún sentía por ella.

Cuando entró dejó a la chica en el cuarto donde siempre las retenían hasta que tenían destino. Podía ver cómo los hombres con los que compartía esas horas las miraban con lujuria.

Las ganas de reventarlos a balazos inundaban todo su ser y a punto estuvo de sacar su arma, pero se contuvo en el último segundo.

Y la organización no se comunicaba con él para darle algún tipo de instrucción. ¿Acaso se habían olvidado de él?

No podía ser que después del altercado con los rusos se hubiesen olvidado de él. No iba a pasar el resto de su vida metido en ese lugar viendo cómo secuestran y se llevan a chicas sin poder hacer nada.

Si los próximos días no recibía noticias de la organización, iría por su propia cuenta a resolver lo que hacía mucho que debía haber hecho la policía italiana y la propia organización, sobre todo cuando llevaban tiempo con gente infiltrada allí.

Una llamada al móvil de Angelo hizo que ambos miraran el aparato que estaba sobre la mesa baja del salón.

Estaban viendo una película tranquilamente, pero cuando ella vio el nombre que aparecía en la pantalla, no pudo evitar tensarse, ha pasado la semana que supuestamente le había durado su mal de estómago y estaba segura de que Fabrizio llamaba para una nueva cita en su habitación.

Él la miró y con una leve sonrisa, tomó el móvil y descolgó.

—Jefe.

—Quiero que traigas a la mujer esta noche a la mansión Zanetti.

—Pero, señor...

—Imagino que estará mejor ¿no? En una semana ha tenido tiempo suficiente para recuperarse.

Angelo miró a Clairee que, a pesar de su gesto tenso, asintió. No le quedaba otro remedio si quería estar cerca de ese malnacido para acabar con él. Ya no había necesidad de vengarse por Leo, pero sentía que debía hacer algo por todas aquellas chicas que ha secuestrado y que sufren en otro país que no era el suyo.

—Sí, sí, ella está mejor...

—Perfecto, pues que se prepare que esta noche nos volveremos a ver —dijo sin esperar a que Angelo terminase de hablar.

—De... de acuerdo.

Dejó el aparato sobre la mesa tras colgar a la vez que ella se levantaba.

—Debería ir a prepararme.

—No lo hagas, Clairee, ya no tienes nada que vengar. Buscaré una forma de ayudarte a salir de esto.

—No quiero ponerte en riesgo, Angelo, te aprecio mucho como para dejar que te hagan daño siquiera. Esta vez lo haré por todas las chicas que ese maldito ha secuestrado. Iré a vestirme.

Se dirigió a la habitación donde cerró la puerta y apoyó la espalda en esta. Decirlo era muy fácil, pero en el fondo estaba completamente aterrada, vivir una vez la violación era terrible, pero tener que vivirla de nuevo iba a matarla.

Intentó no pensar en nada para dirigirse a su armario de donde sacó el vestido que llevaba puesto la última vez que no llegó a su destino. Necesitaba maquillarse, así que fue hasta el baño donde se maquilló de manera natural.

Angelo se acercó y desde la puerta la observó.

—Quieres seguir adelante con esto a pesar de todo... no lo entiendo, Clairee.

Ella dejó la brocha con la que se aplicaba colorete y lo miró a través del espejo.

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Desparecer de su vista.

—Sabes que me buscará hasta dar con mi paradero, no habrá un lugar donde esté segura. La organización me ha condenado a esto y ahora debo vengar a esas chicas. Aún no sé cómo, pero Fabrizio Zanetti pagará por todo el daño que ha hecho a miles de familias de buena parte de Europa.

Angelo cerró los ojos con pesar.

—No sabes cómo lo siento.

Clairee se acercó hasta él y lo abrazó.

—No lo sientas, has sido el único amigo de verdad que he tenido desde la muerte de Leo y eres un pilar fundamental en mi vida. Eso jamás lo olvidaré. No pienses más en lo que pueda

pasarme, sigue tu misión que yo continuaré con la mía.

—No puedo dejarte sola en esto —dijo él apretando su abrazo, pero ella se apartó.

—Angelo, si algo sale mal, prefiero pagar sola las consecuencias, no quiero que pagues por mis errores. Nadie debe saber que eres un agente infiltrado entre las filas de Zanetti. Por favor. No podría vivir con la culpa de que te hicieran daño por mi causa. Entiéndelo.

—No puedes estar pidiéndome esto —dijo mientras se pasaba una mano por el pelo con frustración—. Maldita sea, daría lo que fuera para cambiar tu destino.

—No se puede hacer nada, déjalo pasar, Angelo, es lo mejor.

Sin decir nada más se volvió hacia el espejo para terminar de maquillarse. No quería seguir hablando del tema, solo quería que pasara, que pasara lo más rápido posible.

Volvió a la habitación para vestirse y hacerse un peinado sencillo. Cuando estuvo lista salió de allí hacia el salón donde la esperaba Angelo que no dijo nada más. Se podía apreciar la decepción en sus ojos, pero no soltó ni una palabra más. Ambos se dirigieron a la salida en absoluto silencio, uno que mantuvieron el resto del camino.

Ese momento lo aprovechó Clairee para coger fuerzas para lo que estaba por venir.

Lo vio esperarla en la puerta, como si fuese un galán, pero nada más lejos de la realidad. Aquel vil ser no tenía escrúpulos de ningún tipo y jamás sería lo que aparentaba.

Cuando el coche se detuvo, miró por última vez a Angelo antes de bajarse sin soltar ni una sola palabra. No era necesario decir más. Nadie iba a impedir lo que iba a ocurrir, no quería poner en peligro a alguien a quien apreciaba.

Levantó la cabeza con toda la dignidad que pudo y se encaminó a la entrada donde Zanetti extendió la mano para que ella extendiera la suya y depositó un beso sobre el dorso de esta sin dejar de sonreír.

—Tienes buen aspecto, querida, cualquiera diría que has estado enferma —dijo Fabrizio con un pequeño deje irónico.

Ella se encogió de hombros y trató de sonreír con falsedad.

—No hay nada que un buen maquillaje no sepa ocultar.

Zanetti también sonrió y la hizo pasar dentro de la mansión. Una vez dentro, se pegó a ella por la espalda para acercarse lo suficiente a su oído a susurrarle.

—Te he echado mucho de menos en mi cama, querida.

Aquellas palabras hicieron que un escalofrío recorriera la espalda de Clairee que rápidamente se apartó. Al ver su error, se giró hacia él.

—¿De verdad? No resultas ser un hombre de una sola mujer.

—Digamos que me gusta variar de vez en cuando —dijo mientras se pasaba una mano por la barbilla—, pero debo reconocer que ninguna me pone tanto como tú. Ya sabes... eres una policía corrupta que está dispuesta a todo por venganza... —Se acercó de nuevo a ella para pasar sus dedos con suavidad por la curva de su mejilla hasta bajar por su cuello centrándose allí donde latía su pulso algo acelerado—. Eres un bocadito apetecible para alguien como yo. Me encanta corromper a la gente.

—El dinero y el poder junto con tu encanto consigue corromper hasta el alma más pura ¿no?

Zanetti amplió su sonrisa.

—Créeme que sí. He podido comprobar con mis propios ojos lo que un poco de esas cosas ha corrompido hasta gente que dicen ser honrados, pero todos tenemos esa parte que con un poco de motivación nos hace ser crueles con el resto del mundo. Es como encender un interruptor... solo que hay que saber encontrar el adecuado —dijo él muy cerca de los labios de Clairee—. Quiero

encontrar el tuyo, aunque creo que voy por buen camino... vamos.

Fabrizio la agarró de la mano para llevarla a un lugar con más privacidad.

## 19.

Clairee pensó que la llevaría a la habitación de nuevo, pero se equivocó en sus suposiciones. No subieron las escaleras, sino que se dirigieron a lo que parecía ser el comedor de la mansión. Allí habían preparado dos juegos de cubertería y cristalería sobre la amplia mesa.

La policía frunció el ceño.

—Imagino que aún no habrás cenado ¿verdad? —preguntó Zanetti con falsa amabilidad dirigiéndose a una de las sillas para apartarla invitándola a sentarse.

—La verdad es que no, pero no tengo mucha hambre, el estómago lo tengo un poco revuelto —dijo a la vez que obedecía y se sentaba.

Él se dirigió a su asiento, el que presidía aquella mesa.

—Tranquila, he pensado en eso, será una cena ligera, no me gustaría que te pusieras mal cuando estemos en la habitación... —dijo él mostrando una leve sonrisa.

Clairee se congeló en el sitio. Sabía que tarde o temprano iba a pasar por la habitación de Zanetti, pero que él se lo recordara a cada momento no lo hacía mejor, al revés, cada vez se sentía peor, con ganas de mandarlo todo al diablo y salir corriendo de aquella mansión lejos, muy lejos.

Sin más preámbulos, Zanetti dio permiso a los criados para que sirvieran la cena. De primero les sirvieron un carpaccio de pescado y de segundo un risotto con mariscos, todo ello acompañado de un buen vino blanco. Finalmente, como postre, tomaron panacota acompañada de frutos rojos.

Clairee quiso rechazar el segundo plato y el postre porque sentía que se le revolvía el estómago, pero hizo de tripas corazón para comer al menos un poco de todo antes de apartar el plato y beber un buen trago de vino.

No quería estar lúcida cuando la llevara a la habitación.

Fabrizio la observó detenidamente sin dejar de comer. Podía notarse de lejos lo tensa que se encontraba, no podía disimularlo. Sonrió para sí al saberse dominante de la situación.

Algo le decía que ella había fingido su mal, que la ponía nerviosa con su sola presencia, parecía tenerle miedo y eso le gustaba. Que ella lo temiese era algo que le ponía frenético, duro.

Lo que no entendía era la razón de Angelo para ayudarla a fingir una enfermedad que estaba casi seguro que no había tenido. Quizás debería vigilarlo bien, algo le decía que ese hombre al que confió su seguridad no era tan confiable como había pensado en un principio.

Clairee dejó la copa sobre la mesa.

—¿Has acabado? ¿O quieres más postre? —preguntó Zanetti cruzando los dedos sin dejar de mirarla.

Ella levantó la vista. Aquella pregunta tenía doble intención, lo sabía, el tono con que lo había preguntado se lo decía. Inspiró hondo.

—Estoy llena, aún no estoy recuperada del todo —logró decir uniendo las manos bajo la mesa con tensión.

—Imagino que eso no te impedirá brindar conmigo ¿no? —dijo mientras cogía su copa de vino y la alzaba instándola a ella a imitarlo—. Brindemos porque al fin algunas cosas van saliendo bien. Justo hoy, en vez de una boda, se debe estar celebrando un funeral.

—No te entiendo.

—Hoy se celebraba la boda del año, querida. La hermana de Graziani se casaba hoy, pero a estas horas ya debe de estar muerta.

Clairee no pudo contener su reacción. Si aquello era verdad, era una verdadera desgracia, pero ¿cómo saber si era verdad? Hacía días que no sabía nada de Byanca. No había querido comunicarse con ella durante los días de supuesta convalecencia por si la vigilaban.

Zanetti soltó una carcajada al ver la cara de la policía.

—Yo estoy cumpliendo parte de mi venganza, no sé de qué te sorprendes. Saulo Graziani mató a mi hermano y yo me estoy cobrando esa muerte con su querida hermana.

—Ya veo.

—Yo jamás dudo en cumplir mis venganzas, no me gusta dejar ningún cabo suelto. En mi vida prima el ojo por ojo, aunque imagino que lo entenderás, eres policía y entiendes lo que ocurre dentro de la mafia. —Se incorporó y se acercó a ella para tomarla de la barbilla obligándola a mirarlo a los ojos—. Como sé que entiendes lo que puedo llegar a hacer, espero que estos días no hayas estado fingiendo porque no dudaré en aplicarte un castigo de tal magnitud que no lo olvidarás jamás.

Clairee sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. Fabrizio sospechaba que todo había sido una burda mentira, pero tenía que seguir con su plan.

—¿Y por qué debería fingir? Ya te he dicho que quiero vengarme y habíamos llegado a un acuerdo...

La presión en su barbilla se intensificó hasta hacerle soltar un gemido de dolor.

—Lo único que te digo es que si descubro que me engañas, pagarás las consecuencias. Las traiciones en la mafia se pagan caro y yo soy un experto en hacer pagar a los que me engañan.

—Yo no te estoy engañando —dijo ella tratando de aparentar seguridad, intentando mostrar en sus palabras que no tenía miedo de lo que él podía hacer.

—Eso está aún por demostrar, querida. Si me mientes lo sabré tarde o temprano, así que, yo en tu lugar hablaría ahora, puede que tu castigo sea menor.

Clairee se levantó sin dejar de mirarlo a los ojos. Él no podía descubrirla por nada del mundo, era su misión personal y no iba a fallar ahora que había llegado tan lejos, ahora que lo tenía tan cerca.

—¿Y qué piensas hacer para que confiese? Como bien has dicho, soy policía y estamos preparados para jamás desvelar nada, pero también somos agentes de ley que vamos con la verdad por delante. Tuya es la decisión de creerme o no, pero que voy a conseguir vengarme es una verdad inevitable.

Metida en su papel de mujer herida, apartó la mano de Zanetti de su barbilla y se dispuso a alejarse. Rezaba porque no la detuviera o no soportaría una nueva sesión de sexo como aquel primer día... y a saber si haría algo más por tamaña afrenta.

Cuando estaba a punto de salir del comedor, Fabrizio la agarró del brazo y la giró con brusquedad para quedar frente a frente.

—Otra de las cosas que no me gustan es que me reten de esta manera, Clairee. Aquí solo mando yo y podrás irte cuando yo quiera, no cuando tú decidas por el simple hecho de hacerte la ofendida. Me gusta que me obedezcan.

—¿Y debería quedarme después de llamarme mentirosa? —preguntó ella.

Sabía que no debía contestarle de esa manera, pero su mecanismo de defensa se había activado y lo único que quería era huir de aquella mansión, lejos de ese hombre que sabía que le haría

daño. Sabía defensa personal, pero eso solo empeoraría su situación.

Zanetti le acercó a sí, presionándola contra su cuerpo. Clairee quiso golpearle para que la soltara, pero con un solo brazo había inmovilizado su cuerpo entero.

—Deja de desafiarme... —dijo empezando a mostrar su faceta más oscura—. Estoy seguro de que no querrás comprobar lo que puedo llegar a hacer.

Clairee no pensaba, solo quería marcharse de allí, estaba empezando a sentir miedo de verdad, su mirada prometía provocarle dolor y no quería seguir con aquello.

Intentó zafarse, pero el brazo del mafioso parecía de hierro. Sabía que con levantar la rodilla podría hacerle daño, pero las consecuencias podrían ser terribles. Se delataría y sería mucho peor. ¿Qué podía hacer?

Tragó saliva mientras lo veía sonreír. La soltó por unos instantes para luego cogerla del brazo y arrastrarla fuera de allí. Le hizo subir las escaleras y allí supo que no tenía escapatoria, iba a ser violada de nuevo.

—Me estás haciendo daño —dijo Clairee mientras subía a trompicones, ya que Fabrizio no le daba opción alguna a ir a su propio ritmo.

—Y más puedo hacerte si no me obedeces.

Tenía que salir de aquella situación como fuese, pero no había nadie a su alrededor que pudiese ayudarla. Sabía que nadie lo haría, ninguno se pondría en contra de Fabrizio Zanetti por alguien como ella.

Al ver que no tenía escapatoria, decidió ser un poco más sumisa, quizás así no le hiciera el daño que prometía su mirada. No se quejó más hasta que llegaron a la habitación del mafioso donde él cerró la puerta después de soltarla bruscamente haciéndola caer al suelo.

Él se quitó la chaqueta, para luego desabrocharse los puños de la camisa y subírselas mientras ella se incorporaba con temor. Si la primera vez había sentido miedo, aquello era mucho peor. Si decidía cumplir sus amenazas no quería imaginar cómo quedaría ella.

—Fabrizio... —comenzó diciendo ella retrocediendo a la vez que él se acercaba.

Las manos de él estaban cerradas en puños lo que evidenciaba su musculatura y haciendo que el tatuaje con forma de diamante que tenía en el antebrazo destacara.

—Desnúdate —exigió. Ella negó con la cabeza lo que hizo que él alzara el puño—. He dicho que te desnudes ¡ahora!

Clairee miró a su alrededor, no tenía salida salvo saltar por la ventana, pero de un segundo piso, la caída sería grande y no le daría tiempo suficiente a escapar.

—Fabrizio, por favor, tranquilízate. Me alteré porque no me gusta que me llamen mentirosa, pero ya está. No hay necesidad de hacer daño —dijo ella, rogando que el mafioso se calmara, pero no parecía surtir efecto alguno.

—O te desnudas o yo mismo rompo ese vestido... —amenazó Zanetti.

Clairee se envalentonó y avanzó un paso.

—No. Nuestro acuerdo no iba ligado a este comportamiento por tu parte. Me acostaré contigo porque es parte del trato, pero no voy a permitir que me trates así cuando debería ser yo la indignada, me has tratado de mentirosa.

Zanetti la agarró del pelo para pegarla a él. Clairee lo miró a aquellos fríos ojos mientras posaba las manos en su pecho para tratar de apartarse, aunque las posibilidades eran pocas cuando la tenía bien agarrada.

—Ten por seguro que estoy siendo más suave de lo que suelo ser cuando me hacen enfadar, así que será mejor que me obedezcas o conocerás mis verdaderas intenciones. Voy a ser benevolente



porque hoy es un día de celebración gracias a la boda de sangre de la pequeña Graziani, no me lo fastidies.

—De... de acuerdo... pero suéltame.

—Entonces obedece.

—Sí, sí —dijo ella intentando apartarse hasta que él la soltó haciéndola trastabillar.

Lo miró unos segundos antes de empezar a quitarse el vestido. A su vez, Zanetti se desabrochaba la camisa, pero sin llegar a desprenderse de ella, mirándola fijamente.

Clairee dejó caer el vestido a sus pies con mil y un pensamientos en su cabeza. ¿Sería verdad lo que le estaba contando acerca de la hermana de Saulo? Acompañado a este también estaba la maldición que se echaba a sí misma por haber pensado que su plan iba a salir bien sin perjudicarse no solo física sino también anímicamente.

Ella levantó la mirada hacia él que ya se había desabrochado los pantalones y él le hizo una señal para que terminara de quitarse todo, cosa que hizo a pesar de la negativa que mandaba su cerebro a su cuerpo.

—A la cama —dijo Zanetti.

Clairee se movió hasta esta con paso lento, alargando el momento, pero el trayecto fue más corto de lo que imaginaba. Se subió en esta mientras sentía la mirada del mafioso sobre su cuerpo y sentía cómo la ropa de él iba cayendo al suelo.

En apenas segundos, él la empujó contra el colchón para quedar encima mirándola con frialdad. Entonces empezó a tocarla sin delicadeza, como la primera vez que había estado en aquella habitación.

Quiso pensar en otra cosa, pero tenía la mente en blanco. Pensar en Leo le hacía sacar fuerzas, pero tras conocer la verdad no podía pensar sin sentirse traicionada.

Intentó soportar su rudeza, pero cada toque en sus pechos era doloroso y no podía evitar gemir dolorida. Entonces Zanetti le agarró una mano y se la colocó en su miembro.

—Tócame.

Clairee tragó saliva a la vez que cerraba los ojos moviendo la mano por toda la longitud del miembro de Zanetti sintiéndolo endurecerse aún más.

Rogaba mentalmente estar lista para lo que iba a ocurrir a continuación, sobre todo cuando él le apartó la mano y se posicionó en su entrada. Cerró los ojos con fuerza.

Cuando él la penetró quiso gritar de dolor, pero se mordió el labio con tanta fuerza que logró hacerse sangre. Las lágrimas escaparon por las comisuras de sus ojos ante aquella invasión tan dolorosa.

Zanetti no le dio la más mínima importancia al dolor que estaba sintiendo y simplemente siguió entrando y saliendo de ella. Parecía disfrutar con ello.

Las embestidas fueron aumentando su velocidad hasta que, al fin, Zanetti acabó y salió de ella para tenderse a su lado mientras ella se colocaba de lado totalmente dolorida sin dejar de llorar.

Lo sintió levantarse y vestirse en silencio para salir de allí. Antes de cerrar la puerta de la habitación la miró.

—Ya puedes largarte. En unos días volveré a avisarte para que vengas a complacerme.

Sin esperar respuesta cerró la puerta y entonces Clairee escondió la cara contra la almohada mientras descargaba todo el dolor en forma de llanto desconsolado.

## 20.

Después de un buen rato, Clairee se incorporó y se vistió haciendo muecas de dolor al realizar ciertos movimientos. Salió de la habitación con paso pausado. Al final de las escaleras la esperaba Angelo que la miró compungido, pero no dijo nada.

Con toda la dignidad que pudo reunir, salió de la casa, seguida por el agente encubierto hasta el coche en el que había llegado. Se pusieron en marcha en absoluto silencio. No había nada de qué hablar, pero cuando él vio los gestos de molestia que ponía ella, se preocupó.

—¿Estás bien? —Clairee solo asintió lo que hizo suspirar a Angelo—. Si te hizo daño deberías ir a un hospital.

—¿Y que se den cuenta de todo? No puedo arriesgarme.

—Avisaré al médico de la organización, entonces.

—No quiero nada que venga de ellos.

—Por Dios, Clairee, el más mínimo movimiento te duele, se te ve en la cara, deja que te vea un médico.

Clairee inspiró hondo.

—Estoy bien, se me pasará.

—No, no se te pasará hasta que te vean, por favor, Clairee, deja que te vea un médico.

La policía no contestó, solo giró el rostro para mirar por la ventanilla, lo que le valió a Angelo una afirmación y no dudó en realizar una llamada al médico que trabajaba para la organización.

Una vez en la casa de ella, ambos subieron al piso y esperaron por el médico que no tardó mucho en llegar. Angelo esperaba que nadie los hubiese seguido para ver entrar al hombre.

Decidió salir de la casa para llamar por teléfono, necesitaba hablar con la organización. Al instante contestaron al otro lado.

—Angelo, me sorprende tu llamada. ¿Ocurre algo?

—¿Por qué habéis dejado que Clairee hiciera lo que hizo?

—Era una buena forma de acercarse a él, no solo estarías tú cerca de él, sino una mujer que podría haberse convertido en su debilidad.

Angelo se pasó la mano por el pelo.

—La habéis condenado, jugasteis con ella.

—Nosotros no jugamos con nuestros agentes.

—Pero con ella sí, estoy seguro de que sabíais su anhelo de venganza contra Zanetti por Leo, que, para colmo, está vivo. Si eso no es jugar con Clairee, explícamelo porque no lo comprendo —dijo a la vez que movía la mano libre con efusividad—. Ni siquiera le contasteis la verdad. No es justo para ella.

—Angelo, estás metiendo los sentimientos de por medio y sabes que para este trabajo hay que dejarlos de lado.

—¿Y tener que ver a una mujer sufrir en silencio las humillaciones a las que la somete ese mafioso? Pues échame de la organización, no tengo nada que perder, estoy muerto para el mundo, como todos.

Se oyó un suspiro al otro lado.

—No podría perder a uno de mis mejores hombres.

—Pues busca una solución a lo de Clairee, he tenido que avisar al médico para que le echase un vistazo. Ella no entró para esto.

Angelo daba vueltas en un lugar donde creía que nadie podría oírlo, pero no se percató de que alguien lo vigilaba de cerca escuchando la conversación que estaba teniendo.

—Quiero que el médico me informe de lo que tiene y depende de lo que diga actuaremos o no ¿entendido?

—¿Qué? Pero...

—He dicho que cuando hable con el médico... no quiero volver a repetirlo.

Angelo se cubrió el rostro con la mano libre con frustración.

—De acuerdo.

Colgó la llamada y se pasó las manos por el pelo con frustración tras guardar el móvil en el bolsillo. La organización estaba haciendo las cosas mal con Clairee y si ellos no lo solucionaban, él mismo buscaría la solución.

Apreciaba a la policía y no podía permitir que le hicieran daño de esa manera.

Volvió al interior del edificio sin ser consciente de la persona que lo vigilaba y que, en ese momento, sacaba su móvil para realizar una llamada.

Cuando llegó al piso de Clairee, el médico salía y lo abordó para preguntarle por el estado de su amiga. Hablaron durante unos minutos sobre lo que le ocurría y lo que le había recomendado hacer, luego se marchó dejando a Angelo apoyado en la puerta.

Todo se hallaba en silencio. Se dirigió entonces a la habitación de la policía y la encontró tendida de lado, encogida y con los ojos cerrados, aunque no dormía.

—¿Necesitas algo?

Clairee abrió los ojos para mirarlo y mostrar una leve sonrisa.

—Solo quisiera descansar un poco, el médico me ha dado algo para eso y como te dije, no tenía nada grave.

Él se sentó a su lado y le tomó una de las manos.

—¿Quieres que me quede?

Ella se encogió de hombros.

—No tienes la obligación de quedarte, estaré bien.

—Me quedaré hoy aquí, dudo mucho que Zanetti me requiera para algo, si necesitas cualquier cosa me llamas.

—Sí.

Angelo se acercó y le dio un beso en la frente con cariño antes de incorporarse.

Clairee cerró los ojos mientras él salía de la habitación. Verla tendida de aquella manera, vulnerable, lo llenaba de rabia y con ansias de hacer justicia. Solo esperaba que la organización hiciera algo después de oír lo que tenía que decirles el médico.

Pero el médico nunca llegó a su destino, ya que, al salir del edificio, le dieron un golpe en la cabeza y lo metieron en una camioneta sin que nadie se diese cuenta de nada.

No sería hasta días más tarde cuando encontrarían el cuerpo maltrecho del pobre hombre a las afueras de Florencia con signos de tortura lo que provocó su muerte según la autopsia realizada. Fue una muerte lenta y dolorosa.

En aquellos días, Zanetti no había reclamado a Clairee para un nuevo encuentro y fue algo bastante extraño hasta que se enteraron de la noticia. Todo eso les hizo replantearse que el mafioso los había descubierto y que iban a tener que huir lo antes posible porque si daban con

ellos, probablemente, acabarían igual o peor que el médico.

—Prepara una bolsa con lo esencial, si el médico habló, estamos perdidos. Tenemos que marcharnos cuanto antes —dijo Angelo dando vueltas por la habitación.

Ahora entendía por qué en aquellos días no había recibido ni una sola llamada de la organización. Ese hombre no llegó nunca a hablar con su jefe. Por lo que vio en las noticias, los métodos de tortura eran los mismos que tenía Fabrizio Zanetti.

Pero... ¿acaso descubrieron la mentira que habían logrado tejer a su alrededor con su incursión y la de la propia Clairee? ¿Cómo? Él mismo se aseguró de que no se diesen cuenta de nada, no entendía cómo pudieron descubrirlo.

Clairee preparaba una bolsa de deporte con algo de ropa y luego se dirigió al baño para preparar un neceser con cosas de aseo. Llevaría lo justo y necesario, una vez estuviesen lejos de allí podría comprar más. Lo importante era alejarse de allí.

Mientras metía algunos botes en el neceser, sintió un fuerte golpe. Se detuvo y miró a través de la puerta del baño. Quiso salir, pero vio a Angelo caminar por este haciéndole una señal para que no se moviese.

Un disparo y otro golpe los pilló desprevenidos. Estaban intentando tirar la puerta abajo y con aquel último habían logrado su objetivo.

Angelo se encontraba en el salón cuando vio entrar a varios hombres de Zanetti con este a la zaga. Entró con andar lento y felino mientras miraba alrededor.

Cuando su vista reparó en Angelo, sonrió.

—Vaya, vaya. No debería sorprenderme encontrarte aquí. Vives pegado a Clairee desde el mismo momento en que aceptó ser mi amante. Algo que me pareció muy raro en su momento. Pensé que era atracción, pero las revelaciones de ese médico fueron muy esclarecedoras.

Clairee se acercó hasta la puerta del baño quedando pegada a la pared mientras escuchaba la conversación que mantenían Angelo y Zanetti, aunque el primero aún no había abierto la boca.

Mientras tanto, en el salón, el mafioso se movió hacia el infiltrado.

—Quien me iba a decir a mí que iba a tener a gente infiltrada en mis filas... y tan cerca que no me di apenas cuenta, pero los errores que has cometido han hecho que descubra todo. Por cierto, ¿dónde está Clairee? —preguntó mirando a su espalda.

—Ella no está—dijo Angelo en un intento de que no llegaran hasta ella.

—Una lástima porque venía a llevármela. Vengo a cumplir mi amenaza... me ha engañado bien y eso merece un castigo ejemplar ¿no crees?

—Pues no la vas a encontrar, se ha marchado.

—¡Qué casualidad! Lástima que no esté aquí para ver cómo acabo contigo.

Zanetti hizo una señal con la mano y dos de sus hombres se acercaron hasta Angelo que enseguida intentó defenderse dando un puñetazo al que tenía más cerca en el mismo centro de la cara. El tipo se cubrió el rostro dolorido por el golpe que había recibido en la nariz.

El otro hombre se acercó por detrás, pero Angelo le dio un codazo en las costillas mientras Zanetti observaba todo con diversión, porque a pesar de la agilidad que estaba mostrando el agente, no era rival para sus hombres.

La pelea continuó y los golpes se sucedieron hasta que uno de ellos logró agarrar Angelo por los brazos inmovilizándolo mientras su compañero empezaba a golpearlo por varias zonas haciéndole doblarse de dolor.

Sangraba por el labio y la nariz, estaba empezando a hincharse un ojo y podía notar el dolor en las costillas por los golpes. Cuando vieron que ya no podía defenderse lo dejaron caer al suelo.

Clairee oía los golpes y se cubrió la boca a la vez que se mantenía allí escondida. Angelo estaba velando por ella, pero no podía dejar que le hicieran más daño, tenía que salir.

—¿Dónde está Clairee? —preguntó Zanetti.

Angelo se encontraba de rodillas con una mano apoyada en el suelo y la otra en el costado. Escupió un poco de sangre y levantó la cabeza para mirar al mafioso a los ojos.

—No pienso decírtelo... —dijo con la respiración entrecortada—. Sé que me matarás, pero no voy a decirte dónde se encuentra...

—Confías mucho en ti mismo.

Angelo sonrió.

—No sabes cuánto.

—Aunque no me lo digas la encontraré y su castigo será mucho peor, si quieres ahorrarle sufrimiento será mejor que hables.

—Jamás.

Zanetti puso un fingido gesto compungido mientras sacaba una pistola de debajo de su chaqueta.

—Me da muchísima pena tener que matarte, Angelo, parecías un buen guardaespaldas, pero comprenderás que no puedo dejarte vivir después de esto. Tus jefes lo entenderán. Lo que más me apena es que no voy a poder disfrutar de tu muerte como la disfruté con el médico. Eso sí, será una agonía para ti. Morirás desangrado, tendrás una muerte lenta —dijo mientras le apuntaba—. ¿Estás preparado para ello?

Angelo se incorporó un poco sin dejar de mirarlo a la cara. Si iba a matarlo, lo haría de frente, pero protegería a Clairee hasta el final. Probablemente no tendría escapatoria, quizás la atraparan después de que le dispararan... o quizás lo dejaran desangrarse y se irían a buscarla en otro lugar.

Zanetti sonrió y, entonces, disparó.

Clairee ahogó un grito. Sin pensar salió del baño y corrió hacia el salón para sujetar a Angelo entre sus brazos. La camisa que llevaba puesta estaba llenándose de sangre.

—Vaya, vaya, pero si es mi querida Clairee.

Ella lo miró con el odio reflejado en sus ojos.

—Te dije que no te movieras... —susurró Angelo con dolor, el costado le ardía.

—No puedo dejar que te maten —dijo Clairee ayudándole a apoyarse contra el sofá para luego levantarse y mirar a Zanetti—. Aquí me tienes. Me iré contigo, pero déjale en paz.

—Querida, no puedo dejar ningún cabo suelto.

Clairee se acercó hasta él para cogerle la mano que sostenía la pistola y apuntar a su frente.

—Antes tendrás que matarme a mí y creo que me dijiste que si te mentía me mandarías a Rusia para que se ensañaran con la policía ¿no es así? Perderías una enorme cantidad de dinero. ¿Eso es lo que quieres? Yo misma te ayudaré a apretar el gatillo.

—Al fin sacas la fiera que llevas dentro. Me parecías demasiado sumisa mientras te follaba... Dime una cosa... ¿con el policía que murió en la explosión también eras tan frígida? —preguntó a la vez que sujetaba la muñeca de la mujer y la apartaba de la pistola—. No te preocupes, yo mismo te haré gritar y mucho. No sabes lo que voy a disfrutar antes de mandarte con mis amigos rusos.

Uno de los hombres se acercó hasta Clairee y la agarró del brazo con fuerza para sacarla de la casa. Ella miró por última vez a Angelo con miles de sentimientos reflejado en sus ojos.

Si salían de allí pronto, él podría llamar para que lo socorrieran y sobrevivir, al menos eso era lo que esperaba. No podía cargar con la muerte de su amigo en su conciencia, aunque se quedaría

sin saber, realmente, si había logrado escapar de las garras de la muerte.

A la fuerza el tipo la sacó del piso y pudo ver que el arma de Zanetti ya había dejado una víctima en el rellano, su vecina había cometido el error de asomarse y ahora yacía muerta en la entrada de su piso.

Clairee cerró los ojos para no seguir viendo mientras era arrastrada a su nuevo e incierto destino.

## 21.

Angelo maldijo al ver a Clairee salir justo detrás de Zanetti, sujeta por el brazo de uno de los hombres del mafioso. Había intentado protegerla, pero falló. Tuvo que dejar que se la llevaran sin apenas luchar.

Intentó incorporarse, pero el dolor se lo impidió, lanzó un gruñido a la vez que posaba la mano en la zona cubierta de sangre. Le dolía horrores. Sabía que tenía que pedir ayuda o se desangraría. Había que salvar a Clairee de un terrible destino.

Con dificultad sacó el móvil del bolsillo mientras gruñía dolorido. Primero llamaría a la organización para que viniesen a por él o acabaría desangrado.

Tras una llamada rápida donde dio una explicación muy precisa colgó y buscó entre sus contactos el número de la única persona que podría salvar a Clairee.

Pulsó el botón de llamada y cuando ya iba a desistir, contestaron al otro lado.

—Sí.

—Leo... —Angelo empezaba a encontrarse mal, sabía que estaba a punto de perder el conocimiento.

—Dime, Angelo.

—Sálvala... Leo. Tienes que salvarla. Tienes que salvar a Clairee.

Hubo unos segundos de silencio en los que Angelo trataba de mantenerse consciente.

—No te entiendo.

—Es una historia muy larga y no sé si podré contártela completa, pero esta en peligro... Zanetti se la acaba de llevar...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ella estaba infiltrada como nosotros..., pero nos han descubierto. Eres el único que puede salvarla. Hazlo, por favor.

Sin fuerzas para más, dejó caer el teléfono tras colgar y apoyaba la cabeza contra el asiento del sofá a la vez que cerraba los ojos. Confiaba en que Leo iría a por ella y la salvaría del peligro. Era lo único que pedía.

Clairee no se merecía lo que estaba a punto de sufrir tras haber sido engañada.

Leo miró el móvil unos segundos sin entender nada de lo que había dicho Angelo antes de que le colgara.

¿Clairee infiltrada? Imposible. Aquello tenía que ser un error así que buscó el número de Pablo para llamarlo, el cual no tardó en coger la llamada.

—Leo...

—¿Qué hacía Clairee infiltrada? —preguntó sin más. El español permaneció en silencio durante el tiempo suficiente como para poner nervioso al policía—. ¿Me vas a contestar?

—¿Cómo te has enterado?

—He preguntado yo primero, Pablo. ¿Qué hacía Clairee infiltrada? No voy a volver a preguntarlo.

—Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo de sobra —dijo Leo sentándose en su cama vestido únicamente con unos pantalones deportivos de color gris—. Así que empieza a hablar —dijo casi de manera amenazante.

Pablo estaba sorprendido por el cambio que ha dado Leo en tan solo unos meses. Había endurecido su carácter de una manera que nadie había esperado. Parecía otra persona.

—Si te preocupa es que sepa que estás vivo, no lo sabe, he guardado el secreto a pesar de todo...

—No estoy hablando de eso. ¿Qué cojones hacía infiltrada en la organización?

—El jefe se fijó en ella, sobre todo cuando se enteró de que estaba dispuesta a meterse por su cuenta. Quería vengarse de Zanetti.

—¿Por qué? —preguntó incorporándose para ir a la nevera a por un botellín de agua.

—Quería vengar tu muerte.

Leo enarcó una ceja a la vez que cerraba la puerta del frigorífico. Aquello era cada vez más retorcido y seguía sin comprender nada.

—Mi muerte...

—Sí. Le afectó muchísimo, no hacía más que arriesgar su vida por lo que el comisario se vio obligado a suspenderla hasta que se recuperara, pero todo ello derivó en un proceso de autodestrucción donde estuvo investigando para acercarse a Zanetti.

Leo se pasó una mano por el rostro.

—Maldita sea... Es una estúpida. ¿Por qué no la detuviste? Se suponía que la querías, no entiendo por qué no la paraste a tiempo de que cometiera semejante locura.

—Hice de todo por convencerla, pero no me hizo caso. Quise impedirle que se metiera en la organización y no me escuchó.

—Pues ahora está bien jodida. Acaba de llamarme Angelo.

—¿Qué ocurre? ¿Fue Angelo quien te lo contó? —preguntó Pablo.

—Sí —fue la respuesta de Leo—. Al parecer la habéis cagado con ella y ahora está en peligro.

Leo oyó un golpe al otro lado de la línea y maldiciones en español.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Clairee?

—No lo sé, Angelo me pidió que la salvara.

—¿Y vas a hacerlo? Dime ¿¡Vas a hacerlo?!

Leo permaneció en silencio durante unos segundos meditando la respuesta. Había sido su compañera de patrulla y una buena amiga en la que confiar. Compartía muy buenos recuerdos con ella, pero no podía dejar de lado su misión. ¿Qué podía hacer?

Si Zanetti la tenía, podía ocurrirle lo mismo que a Byanca y volver a soportar algo así no sería fácil, aún podía recordar la pesadilla que hacía unos días lo había despertado de repente.

No llegaba a tiempo... en sus sueños el coche explotaba con ella dentro. Pero Byanca ha sido demasiado importante para él... Clairee solo fue una compañera de trabajo.

En las manos de Zanetti corría peligro.

—¡Contesta, Leo! ¿Vas a hacerlo? —espetó Pablo enfadado—. Se ha metido en todo esto por tu culpa, ¡por tu maldita culpa!

—Nadie la obligó a vengar mi muerte, así que deja de echarme la culpa. Fue bajo su propia responsabilidad.

—Eres un puto egoísta. Tranquilo, ya la buscaré yo. Espero que la conciencia te deje dormir por la noche. Si hubiera sido Byanca hubieras ido corriendo ¿verdad? Hubieras ido a por la mujer que destrozó tu vida.



Leo dio un puñetazo sobre la encimera y cuando habló, a Pablo se le puso los pelos de punta.

—Vuelve a nombrar a Byanca y te arranco la garganta... Ella es intocable.

—Pues a ver si te entra en la cabeza que ella ha rehecho su vida y que estás muerto para todos. ¿Sabes qué? Mejor que no vayas a por Clairee. Iré yo a salvarla de las garras de Zanetti y haré que se olvide de su maldita venganza. No mereces que nadie se acuerde del ti.

Tras estas palabras, Pablo colgó y Leo soltó el móvil con brusquedad. ¿A qué venía aquella actitud tan infantil del agente? Él mejor que nadie sabía que estaba muerto para todos, la soledad a la que se sometió se lo confirmaba con cada día que pasaba. Él mismo había provocado aquello y ¿a cambio de qué?

De nada, era como si la organización se hubiese olvidado de él. Ya casi ni se comunicaban con él, salvo cuando él impedía que una nueva furgoneta se llevara a más chicas a Rusia.

Estaba cansado de aquello. No le importaba velar por la seguridad de todas aquellas mujeres rescatándolas de un futuro negro, pero sentía que la oscuridad lo estaba tragando.

Se pasó las manos por el pelo con frustración. Angelo le había pedido salvar a Clairee de un destino terrible y la verdad era que él la apreciaba mucho como para permitir que Zanetti le hiciera algo.

Ya es hora de darle a ese mafioso una lección que no olvidaría en su vida.

Sin pensar mucho más, se dirigió al armario para cambiarse de ropa. Por mucho que pensarán que había cambiado, no iba a dejar que hicieran daño a una buena amiga.

Pablo cogió su chaqueta para salir del piso en el que se alojaba junto con Pérez, que acababa de entrar con varias bolsas de comida.

—¿Se puede saber a dónde vas? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó al ver el suelo lleno de objetos rotos.

—Zanetti ha descubierto a Clairee.

Pérez dejó las bolsas sobre la encimera y miró a su amigo que estaba dispuesto a irse, pero el otro agente lo agarró del brazo.

—¿Cómo que Zanetti ha descubierto a Clairee? Todo ha ido bien hasta ahora, ella misma me lo confirmó la última vez que hablamos.

Pablo lo miró y negó con la cabeza.

—Te engañó. Maldita sea, Pérez, la violó... la violó y ninguno estuvimos allí para ayudarla, solo Angelo. Me lo echó en cara la última vez que la vi. No quería seguir trabajando para la organización.

El otro agente negó con la cabeza. Él había confiado en lo que la propia Clairee le había contado hacía unos días, aunque sí que la notó algo más distante, pero no le dio demasiada importancia.

—Imposible. Eso no puede ser cierto.

—Pues lo es y algo ha pasado...

De repente, el móvil de Pérez comenzó a vibrar por lo que lo sacó. Era de la organización. Sin dudar lo cogió.

—Jefe...

—Necesito que vayáis al piso de Clairee, Angelo está mal herido y al parecer hay otro cadáver según han informado a la comisaría.

Pérez miró a Pablo durante unos segundos.

—¿Y Clairee?

—De ella no se sabe nada, en el piso solo está Angelo.

—Mierda, vamos para allá. —Cuando colgó, miró a su compañero de nuevo—. La organización quiere que vayamos al piso de Clairee, Angelo está herido y hay otro cadáver, pero no sabe nada de ella.

—Vete tú, yo iré a buscarla.

Pérez lo sujetó del brazo.

—Tenemos que ir al piso, quizás encontremos alguna pista, o el propio Angelo puede decirnos algo al respecto. No haga una estupidez.

Pablo se soltó y lo miró con rabia.

—¿Una estupidez? ¡Angelo llamó a Leo para que salvara a Clairee y él se ha negado! No voy a quedarme de brazos cruzados, vete tú a recabar todas las pruebas que quieras, no voy a dejar de buscarla, aunque sea lo último que haga.

Pérez volvió a sujetarle del brazo al ver que iba a salir sin él.

—Joder, Pablo, piensa un poco, ¿acaso quieres que la organización te eche? Haz las cosas bien por una vez en la vida. Contamos con un amplio equipo que puede encontrarla, haremos todo lo posible por rescatarla. No dejamos a los nuestros solos.

—¿Eso piensas? ¿Dónde estaba la organización cuando Zanetti la violó? ¿Por qué nadie, salvo yo, intentó detenerla de meterse en esta locura? Por culpa de la organización es que ahora ella está en peligro ¿entiendes, Pérez? Tanto ellos como Leo tienen la culpa de todo. Se obsesionó con una venganza que no es tal. —Pablo se soltó y dio una vuelta por el salón con las manos en la cabeza—. Angelo le contó que estaba vivo. Fue el único con dos dedos de frente de decirle la verdad al ver cómo se estaba destruyendo a sí misma por alguien que no se lo merece. Nos odia. Clairee nos odia por haberle mentido y mira a lo que le ha llevado nuestras mentiras, Pérez. No puedo permitir que le hagan más daño, mi conciencia no me lo permite.

Su compañero no supo qué decir, Pablo le acababa de revelar información que debía procesar. Aún así no podía dejarle marchar solo, tenía que cumplir con su misión. Él también buscaría a Clairee, aquella chica no merecía semejante futuro.

—Yo tampoco podría vivir con mi conciencia tranquila, Pablo, pero hagamos las cosas bien, la organización tiene que hacer algo, no la van a abandonar ahora. Además, ¿ellos saben lo que le ha pasado sobre la... la violación?

—No lo sé, ella me dijo que iba a trabajar por su cuenta, que dejaba la organización, si se lo reveló al jefe la verdad es que no te lo puedo asegurar.

Pérez se acercó a su amigo y le agarró los brazos

—Esas respuestas las puede tener Angelo, por eso mismo debemos hablar con él antes de hacer nada. Tenemos que ir al piso de Clairee.

—Pero... no podemos dejar que pase mucho tiempo, su vida podría correr peligro.

—Entonces, vayamos ya para allá. Si antes salimos, antes llegamos. Yo conduzco —dijo a la vez que se dirigía a la puerta y cogía las llaves del coche.

Pablo lo siguió y se metieron en el coche para poner rumbo al piso de la policía.

Allí ya había unos cuantos coches patrulla junto a una ambulancia y el furgón del equipo forense.

Tras enseñar las placas que llevaban de la policía española, los dejaron pasar y al subir pudieron comprobar cómo cerraban la bolsa del cuerpo que había en la casa de al lado de Clairee.

Entonces se dirigieron al piso donde los paramédicos atendían a Angelo que estaba

inconsciente y con el costado lleno de sangre.

Ambos policías se miraron. Si querían averiguar algo de Clairee a través de su compañero, iban a tener que esperar, aunque su aspecto no auguraba nada bueno.

Pablo maldijo en silencio su mala suerte.

## 22.

Los párpados le pesaban, pero debía abrir los ojos. Lo último que recordaba era recibir un pinchazo en un brazo y a partir de ahí todo era oscuridad. La habían drogado, no había duda.

Con mucho esfuerzo logró abrirlos para encontrar una habitación en penumbra. Intentó incorporarse, pero una terrible sensación de mareo hizo que volviera a recostarse en aquel incómodo camastro.

Debería estar asustada. Debería gritar para pedir ayuda, aunque sabía que sería en vano. Nadie iba a poder ayudarla.

Zanetti iba a hacerle daño, más del que ya le había hecho hasta el momento. Iba a ser cruel y despiadado. El problema es que si iba a enviarla a Rusia como dijo la primera vez no podía hacer mucho. ¿O la torturaría de manera que no dejara marcas? Estaba segura de que él conocía muchos métodos.

Se estremeció y se abrazó.

No podía dejarse llevar por el miedo, así que se incorporó mirando alrededor, para encontrar solo el camastro, un cable que colgaba del techo y donde había una bombilla apagada en ese momento. La pintura de la pared estaba descascarillada. La puerta estaba frente a ella y solo un ventanuco en lo alto de una de las paredes que era la que hacía que entrara algo de luz en aquella estancia.

No había nada más. Nada que le sirviera para escapar. No tenía posibilidad alguna salvo defenderse con sus manos. Ella era pequeña en comparación con los hombres de Zanetti, por lo tanto, era más ágil, quizás tenía una oportunidad en el cara a cara.

El problema es que esos hombres seguramente portarían armas.

Clairee se llevó las manos a la cabeza con frustración, pero no arrepentida. Aquella había sido la única manera de salvar a Angelo de una muerte segura, a pesar de haberse condenado ella misma.

Confiaba en encontrar alguna escapatoria, aunque no tuviera nada que perder, no quería vivir el resto de su vida encerrada en algún burdel ruso siendo violada constantemente. Escaparía de allí.

Al estar todo en silencio no le resultó difícil oír los pasos que se acercaban hasta el lugar donde ella estaba encerrada por lo que se incorporó y se preparó con los puños en alto.

Al momento de abrirse la puerta, aparecieron dos tipos de casi dos metros cada uno y tan anchos como armarios. Tal y como había vaticinado, eran muy grandes en comparación con ella, por lo que no contaban con la suficiente agilidad.

Decidida corrió hacia ellos, pillándolos desprevenidos a ambos. Uno de ellos alargó las manos para atraparla, pero ella lo esquivó y le dio una fuerte patada en la rodilla, haciéndolo perder el equilibrio.

Cuando vio que el segundo iba a abalanzarse sobre ella, levantó el brazo para darle un golpe en la barbilla, por lo que el tipo trastabilló. Ella intentó buscar un hueco por el que escapar y cuando lo encontró, decidió correr, pero aquellos pocos segundos le hicieron perder un tiempo valioso y no pudo ver como el que había recibido el golpe en la rodilla la agarró del tobillo y la hacía caer al suelo para luego colocarse él encima e inmovilizarla.

Clairee intentó zafarse de su agarre, pero era demasiado pesado y con apenas un par de movimientos, había logrado poner una brida alrededor de sus muñecas a su espalda. Ella gruñó intentando quitarse aquello que la ataba, pero sabía que era imposible a no ser que tuviera algo con que cortarlo.

El hombre que había sido golpeado en la mandíbula la incorporó con violencia para llevarla a otra habitación donde la esperaba Zanetti sentado cómodamente en un sillón algo desvencijado por el paso del tiempo.

A ella la dejaron de rodillas delante de él que sonrió al verla.

—Bienvenida a tu humilde morada, Clairee. ¿Qué te ha parecido tu habitación? Lástima que no vayas a pasar mucho tiempo aquí.

—Púdrete, Fabrizio.

—Yo que tú me ahorraría las palabras malsonantes, querida mía, no quisiera castigarte más de lo necesario.

—No te conviene. La mercancía dañada no sirve y si me dañás ¿qué harás? Dudo mucho que quieras perder dinero.

Zanetti soltó una carcajada.

—Tienes razón, pero conozco muchos métodos que no dejan marca. Es una lástima que no te comportaras así las dos veces que te follé. Me gustan cuando pelean y las puedo someter.

—Podrás torturarme todas las veces que quieras, pero jamás me someteré ni suplicaré clemencia ¿me oyes, Zanetti? ¡Jamás!

El mafioso se levantó para luego agarrarla del pelo obligándola a mirarlo a los ojos.

—Eso ya lo veremos... Es más, vamos a empezar ahora mismo ¿te parece?

Clairee no contestó, ni siquiera protestó cuando la incorporó con violencia para luego arrastrarla a otra habitación donde encontró un enorme barreño lleno de agua.

Zanetti se detuvo ante este y miró a Clairee que no hizo ni un gesto. Ella sabía para qué servía aquello y por un momento sintió miedo, aunque intentó no demostrarlo. No le iba a dar tal satisfacción.

—Parece que aún no has despertado del todo, ¿qué tal si nos lavamos la cara un poco? —preguntó Zanetti.

Clairee no dijo nada, solo se preparó para lo inevitable cuando el mafioso la agarró con fuerza del cabello y empujó su cabeza hacia el barreño.

La policía notó como si el agua fría le cortara la piel. Por suerte mantuvo la boca cerrada para que no le entrara y se ahogara. El tiempo se hizo interminable hasta que la sacó.

Habían pasado apenas unos segundos que le parecieron una eternidad. Respiraba agitadamente a la vez que él sonreía. Algunos mechones de pelo se le habían pegado al rostro. Al tener las manos atadas no podía apartárselo, pero siguió sin decir nada.

—¿Qué tal? ¿Más despejada? ¿Aún no? Pues vamos a intentarlo de nuevo.

Y volvió a hundir la cabeza de la joven dentro del agua, esta vez unos segundos más. Al sacarla del agua, él la miró y le apartó el pelo para, de repente, mostrar una sonrisa siniestra y volver a introducir su cabeza en el agua pillándola esta vez desprevenida.

Clairee se removió presa del pánico, las dos primeras se las había esperado, pero esta vez no se preparó y sintió que se ahogaba sin poder hacer nada.

—Voy a lograr que supliques, Clairee, y cuando lo hagas disfrutaré mucho, ¿me oyes? —aseguró sin sacarla aún del barreño.

Ella estaba a punto de sucumbir, le quemaba el pecho por la falta de aire. No iba a poder

aguantar mucho más. Entonces, Zanetti la sacó del agua y ella tomó una enorme bocanada, llenando sus pulmones.

Sabía que podría librarse de aquello, pero no pensaba humillarse de nuevo ante el mafioso. No iba a hacer algo semejante. Que la torturara cuantas veces quisiera, pero no iba a suplicar ni a pedir clemencia.

Esta vez, el mafioso la acercó hacia sí, mirándola con rabia contenida.

—Suplica, ¡suplica de una vez! —gritó.

—Jamás —fue la única respuesta que le dio Clairee y que no pareció gustarle en absoluto a Zanetti que volvió a aplicarle el mismo tratamiento.

Intentó infructuosamente sacar la cabeza del agua, se removió y trató soltarse haciéndose daño en las muñecas, pero cualquier movimiento era en vano. Las fuerzas le estaban fallando, iba a morir ahogada si no la sacaba pronto.

Todo empezó a tornarse oscuro.

Fabrizio la sacó del agua de nuevo y Clairee tosió. No tenía fuerzas, las piernas no la sostenían y si no hubiese sido porque el mafioso la sujetaba con fuerza del cabello hubiera caído al suelo.

—Te juro que vas a suplicar, Clairee, vas a rogarme que no te mande a Rusia y ese momento llegará pronto.

Ella sonrió levemente, con sorna.

—Sigue soñando, Fabrizio —dijo entre bocanadas de aire.

Fabrizio cerró la mano libre en un puño y la alzó, pero no llegó a tocarla, sabía que no podía golpearla si quería enviarla a Rusia. Maldijo para sus adentros.

Cuantas menos marcas, más valdría y ella era un plato muy succulento. Ningún hombre iba a poder resistirse a follarse a una policía, pero necesitaba desquitarse.

La soltó con brusquedad y ella cayó al suelo débil.

Cuando Clairee sintió el portazo, casi respiró aliviada. Se había cansado por el momento. Dejó caer la cabeza contra el suelo empapado recuperando su respiración normal. Estaba agotada y dudaba que aquella tortura durara mucho tiempo, aunque le parecieran horas.

Al poco tiempo apareció uno de los tipos que la habían traído y la incorporó para llevarla a la habitación donde despertó. Una vez allí, la lanzó contra el camastro provocando que se hiciera daño en el costado. Se giró para mirarlo y lo vio sonreír.

—Te mereces más, zorra, pero el jefe no nos deja tocar la mercancía. Lástima.

—Que te jodan —dijo Clairee encogida de dolor.

El tipo no comentó nada, solo salió y la dejó allí encerrada. Ni siquiera la había desatado y le dolían los hombros y las muñecas donde empezaba a notar cómo comenzaba a hacerse heridas.

Cerró los ojos unos instantes y cuando los abrió, miró al techo pensando si Angelo estaría bien. ¿Habría pedido ayuda? Esperaba que sí, era un buen hombre para morir de aquella manera.

Si había pedido ayuda para ella tampoco es que le importara. Estaba claro que la organización no iba a preocuparse por ella después de haberle dicho a Pablo que iba a ir por su cuenta.

Iría a Rusia y muy probablemente allí pasaría sus días, vejada por hombres que pagaban por hacer sufrir a mujeres inocentes.

Sentía una enorme rabia porque iba a acabar en un sitio que se había jurado destruir y lágrimas de frustración escaparon de sus ojos empapando sus mejillas.

Quería gritarle a Zanetti cuánto lo odiaba, golpearlo con todas sus ganas. Matarlo con sus propias manos, pero jamás iba a poder hacerlo. La mafia era muy lista y sabía manejar bien a sus prisioneros. Ninguno escapaba con vida de aquello.

Ella viviría, pero lejos de su tierra y en una situación mucho peor que la muerte. Al menos estando muerto no sentías dolor ni humillación.

Si alguien le hubiese dicho que Leo estaba vivo no estaría en ese momento allí, pero había sido tarde cuando le contaron la verdad. Ahora ya no podía ponerle remedio a su situación, solo le quedaba esperar y buscar la forma de sobrellevar lo que le esperaba.

Byanca se encontraba en la sala de ordenadores cuando le llegó un aviso de una noticia de última hora. Se había producido un ataque en un edificio donde ha habido una persona muerta y un herido grave.

Al mirar las imágenes, se percató de que era el mismo edificio donde vivía Clairee. ¿Le habría sucedido algo a la policía? Sin dudarle ni un segundo, cogió su móvil y la llamó, pero no contestó nadie. Lo intentó varias veces y le envió varios mensajes que ni siquiera miró.

¿Estaría con Zanetti y por eso no cogía el móvil? No, es demasiada casualidad que fuera justo en donde ella vivía. ¿Sería ella la herida o la muerta? Un mal presentimiento se instaló en ella y no dudó ni un segundo en incorporarse para salir de la mansión Graziani. Tenía que averiguar qué había pasado.

Antes de salir cogió su bolso y las llaves de uno de los coches de Saulo. Se dirigió hasta el lugar donde aún se veía la zona acordonada y varios policías recorriendo la zona, pero parecían estar a punto de marcharse.

Un tipo moreno se la quedó mirando durante bastante tiempo como para ponerla nerviosa. Su cara le resultaba familiar, pero en ese momento no lograba recordar quién era.

Cuando lo vio acercarse, quiso retroceder porque no sabía muy bien qué esperar de él.

—Eres Byanca Marchetti ¿verdad?

La *hacker* lo miró sin saber si responder afirmativamente, pero al ver una placa colgada de la cintura de su pantalón asintió.

—Sí, soy yo. ¿Qué ha pasado? He visto la noticia y me preocupé por Clairee.

El tipo miró hacia atrás y al ver que nadie les ponía atención, la agarró del brazo para llevarla a un lugar aparte donde poder hablar con privacidad. Una vez apartados del resto, él la soltó para mirarla a los ojos.

—Soy Pablo Ramírez, un policía español que vino a ayudar con el tema de los secuestros, no sé si Leo te habló alguna vez de mi compañero y de mí.

Byanca sintió una punzada en el pecho al oírle nombrar al policía.

—La verdad es que ahora mismo no estoy segura, imagino que sí, siempre me... me comentaba cosas que ocurrían en la comisaría. Pero ¿qué tiene que ver?

Pablo inspiró hondo.

—Sé que eres *hacker* y que puedes llegar a cualquier sitio si te lo propones con tu ordenador. Clairee ha sido secuestrada por Zanetti...

—¿Qué? —preguntó ella deteniéndolo—. ¿Cómo que la ha secuestrado?

El policía volvió a inspirar.

—Nosotros conocíamos su plan. Sabíamos lo que iba a hacer y le ofrecimos hacerlo de manera diferente, yo no soy policía, bueno, lo fui, pero ahora mismo trabajo para una organización mundial que se encarga de resolver casos como el de la trata de blancas. Ella estaba acompañada de un compañero cuando ocurrió todo, está mal herido y a ella se la han llevado. No hay ni rastro de ella y necesito encontrarla.

—Pero... si trabajas para una organización... ellos tendrán sus propios *hackers* ¿no?

—Los tenemos, pero la última vez que hablé con ella dijo que abandonaba la organización que iba a ir por su cuenta, ya no está entre nuestras filas y para mí es vital encontrarla, nadie va a hacer nada por ella. Por favor, Byanca, ayúdame a encontrarla, somos su única esperanza.

La *hacker* sopesó sus opciones. Ella apreciaba mucho a Clairee y ahora mismo se encontraba en peligro, si la mandaba a Rusia es muy probable que no supiera nada de ella, aunque siempre podría contactar con quien la ayudó en la búsqueda de su hermana, pero debían actuar rápido antes de que Zanetti llegara tan lejos.

Miró a Pablo y asintió.

—Déjalo en mis manos, encontraremos a Clairee.

Pablo asintió agradecido. Estaba seguro de que la encontrarían antes de que fuera demasiado tarde.



## 23.

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba allí encerrada. Se sentía dolorida debido a las torturas a las que la sometía Zanetti. Ciertamente era que conocía muchas que no dejaban marcas, pero le dejaba el cuerpo lleno de dolor.

Desde que la llevó allí no la había violado y era algo que realmente agradecía, no creía poder soportar algo semejante. Intentó incorporarse de la cama con dificultad y cuando se levantó dio algunos pasos, pero estaba débil, le dolía todo.

Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer al ver que no podía mantenerse en pie mucho tiempo más.

Miró al techo, no era una persona demasiado creyente, pero en ese momento necesitaba aferrarse a algo para tener esperanza y rezó como no había hecho en su vida. Rogaba que alguien la sacara de aquel infierno.

Intentó abrazarse las rodillas, pero el dolor no se lo permitió por lo que se dejó caer de lado. Trataba de hacerse la fuerte, luchaba para no suplicar clemencia, por no llorar de dolor, pero a medida que pasaba el tiempo, toda esa fortaleza se iba desvaneciendo como el agua que se escapa entre los dedos.

Estaba cansada de ser fuerte, hacerlo le conllevaba más dolor, más tiempo de tortura. No sabía cuánto más iba a poder soportarlo.

—Que alguien me saque de aquí, por favor... —susurró mientras sentía las lágrimas escapar por las comisuras de sus ojos.

El ventanuco le indicaba que estaba amaneciendo y que, en tan solo un par de horas, Zanetti volvería a por ella para torturarla de nuevo. Ver la cara de satisfacción que ponía cuando le hacía daño le daban arcadas.

Un par de horas más tarde, la puerta se abrió apareciendo uno de los secuaces de Zanetti con una bandeja de comida. Al menos no la habían matado de hambre, pero la verdad es que no solía comer mucho, tenía el estómago cerrado.

Como había ocurrido otras veces, apenas probó bocado y volvió a la cama donde se sentó a esperar. Zanetti no tardaría mucho en llegar. No se equivocó.

Cuando lo vio aparecer con ese aire altivo quiso encogerse, pero tenía que seguir mostrando entereza ante él, que la viera débil le haría sentir ganador.

—Hola, querida. No tienes buena cara ¿te encuentras bien? —preguntó irónicamente.

—No sé a qué viene este intento de conversación si sabes que no voy a responderte, tú mejor que nadie sabes cómo me encuentro.

—Tranquila, hoy es tu último día aquí, vas a ir a un lugar especial en Rusia.

—Déjame adivinar... ¿un prostíbulo? —Está vez fue ella la irónica.

Zanetti sonrió.

—Lo es, pero este es especial —dijo dando una vuelta por la habitación—. En ese lugar no solo van a violarte, van a divertirse mucho con tu cuerpo ¿qué te parece la idea?

Clairee se incorporó.

—Eres despreciable.

—No eres la primera mujer que me lo dice —dijo él encogiéndose de hombros—. Lo mejor es que me gusta serlo. —Miró el reloj de muñeca y le dio un par de golpecitos—. Ha llegado la hora, me lo he pasado muy bien contigo, Clairee.

Chasqueó los dedos y dos de los hombres que trabajaban para él entraron sujetándola de las manos para atárselos a la espalda. Intentó poner resistencia, pero se encontraba tan débil que de nada sirvió.

—Que te jodan, Zanetti. Te juro que algún día te mataré con mis propias manos. Te arrepentirás de todo lo que has hecho.

Fabrizio enarcó una ceja mientras se abrochaba la chaqueta de color gris.

—Jamás me he arrepentido de nada y no pienso hacerlo ahora. No tengo remordimientos. —Miró a sus hombres—. Llévala de una vez.

Estos asintieron y la arrastraron fuera de aquella habitación para luego sacarla de la casa y meterla en la parte trasera de un furgón negro. Al caer dentro gimió debido a los pinchazos que sintió en las zonas doloridas que golpearon el suelo del vehículo.

Cerraron las puertas con violencia para luego entrar en la parte delantera y ponerse en marcha.

Leo entró en el hospital donde estaba Angelo ingresado tras el disparo recibido en casa de Clairee. Había pasado algunos días desde aquel suceso en el que el policía estuvo investigando, pero no ha logrado tener algún tipo de noticia relacionada con su compañera.

Con respecto a Angelo, la organización había logrado meter mano para que no descubrieran la verdadera identidad de este.

Subió en el ascensor hasta el piso en el que se encontraba para luego entrar en la habitación, encontrando a su compañero, recostado y con signos de preocupación.

Leo se acercó hasta la cama y lo miró.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. ¿Has logrado averiguar algo sobre Clairee? —preguntó Angelo.

El hombre se sentía culpable al no haberla protegido lo suficiente y dejar que se fuera con Zanetti para salvarlo. Si no le hubiese disparado, él podría haber evitado aquello.

—He estado investigando, pero nadie parece saber nada de ella.

—¿La habrá enviado ya a Rusia?

—Es posible. —Leo se encogió de hombros mientras se dirigía a la ventana para mirar al exterior.

—Eso nos supone un tremendo problema. Zanetti conoce a muchos hombres con prostíbulos donde tienen a las chicas secuestradas, podría estar en cualquiera.

—Seguramente. Aun no comprendo por qué Pablo y Pérez dejaron que se metiera en todo esto... ¿por qué iba a querer vengar mi muerte si solo éramos compañeros de trabajo?

Angelo lo miró fijamente. Por mucho que supiera no iba a contárselo, él mismo debía descubrirlo. Ella había arriesgado mucho por él.

—El error que cometieron fue no contarle que estabas vivo, Leo. Tuve que hacerlo yo. No podía soportar que Zanetti le hiciera más daño, aunque no cumplí mi cometido porque no pude protegerla.

Leo se giró para cruzar sus miradas.

—¿Le dijiste que estaba vivo?

—La organización cometió un error al dejarla unirse. Se dejó violar para acercarse a Zanetti y así tener más cerca al objeto de su venganza.

El policía frunció el ceño.

—¿Qué?

—Se vio entre la espada y la pared, lo soportó con entereza, pero en el fondo estaba destrozada, a raíz de contarle la verdad, ella decidió dejar la organización e ir por su cuenta, pero algo ocurrió que nos descubrieron.

Leo se masajeó el puente de la nariz. Aquello era una completa estupidez. ¿Cómo se le había ocurrido algo semejante?

Dio un par de vueltas por la habitación aun intentando asimilar la información que acababa de darle Angelo.

—Eres el único que podrá encontrarla. Te has convertido en una buena sombra y nadie sospechará. Además, necesita comprobar que realmente estás vivo, siempre que no sea tarde para ella. Es una buena chica y no merece más sufrimiento del que ha obtenido.

—Podrías habérselo dicho a Pablo, él está enamorado de Clairee...

Angelo negó con una leve sonrisa en los labios que confundió a Leo.

—Aunque es bueno en lo suyo, jamás podría pasar desapercibido en un país desconocido como lo harías tú.

—Tengo la sensación de que no confías mucho él.

—Digamos que podría cometer errores que los pondría a ambos en peligro.

—Confías demasiado en mí —dijo Leo apoyándose en la parte baja de la cama.

—Sé que puedo hacerlo, lo supe desde el primer día.

—No soy el mismo Leo que conociste, Angelo. Este mundo te cambia.

El herido asintió.

—Lo sé, pero apuesto lo que sea que aún queda algo del Leo del primer día, incluso del que existió antes de unirse a la organización. Te escudas en una máscara de frialdad para no mostrar debilidad, créeme, sé de lo que hablo.

Leo empezó a ponerse nervioso con las palabras de Angelo y decidió poner fin a aquella conversación que no iba a llevarlos a ningún sitio. Él había cambiado.

—Debo marcharme, si averiguo algo de Clairee te informaré —dijo a la vez que le daba la espalda y abrió la puerta de la habitación.

—Gracias, Leo.

Sin mirarlo, hizo un gesto con la mano y salió de allí.

Una vez fuera se apoyó en la pared intentando pensar qué pasos dar para encontrar a Clairee. ¿Cómo iba a saber dónde se encontraba? Iba a tener que interrogar a algún capullo que trabajara cerca de Zanetti. Se pasó la mano por la cara con frustración antes de apartarse para salir de aquel lugar con olor a antiséptico.

Cuando estuvo en su coche e iba a poner en marcha su coche, sintió su móvil vibrar, así que lo sacó del bolsillo de su cazadora para mirar la pantalla. Era Saulo. Descolgó.

—Espero que sea una llamada importante —trató de aportar frialdad a su tono.

Había estado pensando mucho y ahora que iba a tener que ir a buscar a Clairee, debía romper con todo contacto y el primero de ellos era Saulo Graziani que solo le hacía recordar lo perdido. Era momento de dejar el pasado atrás.

—Sabes que no te llamaría si no fuese así.

—Teníamos un horario y unas fechas establecidas para contactar, hoy no es un día de ellos —respondió secamente.

—Tengo muy claro cuándo debemos mantener el contacto, pero el tema que quiero tratar

contigo es muy importante.

—Dudo mucho que lo sea. Ahora mismo tengo muchísimos problemas como para que me vengas con alguna de tus estupideces.

—¿Crees que Byanca es alguna estupidez? —Leo se mantuvo callado. Oír el nombre de la *hacker* le provocaba muchos sentimientos encontrados—. Pensé que ella era algo importante para ti. Tú mismo me pediste que la cuidara y la hiciera feliz, pero, aunque lo intento, no supera lo que le hiciste creer. Tiene que saber la verdad.

—Olvidalo. Ella no tiene que saber que sigo vivo.

Era la mejor solución, ella lo olvidaría tarde o temprano. Que lo supiera solo supondría más dolor para él y estaba cansado de ser el tercero en discordia.

—¿Quieres que viva con el recuerdo de aquella explosión? Tiene pesadillas y no es feliz del todo.

—Tendrá que sobrellevarlo, no puedes contarle nada. Ni siquiera sé por qué te llamé después de lo ocurrido. Ahora déjame en paz que tengo cosas que hacer y ¿sabes qué? Borra este maldito número de tu agenda, olvídate de que existo.

Lo sintió coger aire antes de volver a hablar.

—En la próxima ecografía nos dirán el sexo del bebé y si es niño quiere ponerle Leo... Quiere mantener vivo tu recuerdo.

Aquello ya era demasiado para él. Hacía un tiempo que le había dado la buena noticia, pero él no se sentía entusiasmado con ello. No quería que ese bebé llevara el nombre de alguien como él. La frialdad se apoderó de él y trató de imprimirlo en su tono al hablar.

—Ese Leo murió en la explosión, Saulo. —Sabía que por mucho que lo dijera, Byanca era de ideas fijas y no dudaría ni un segundo en hacer lo que había dicho—. Si quiere ponerle Leo, que se lo ponga, pero no vas a contarle nada.

Sin dejar que el mafioso respondiera colgó y tiró el móvil al asiento del copiloto. Apoyó la cabeza en el volante.

Trató de mantener una postura fría para poder soportar lo que había visto en aquellos meses y empezaba a pensar que fue absorbido por ese ser frío que era ahora.

Solo el recuerdo de Byanca era lo que aún lo mantenía conectado con su parte buena, pero acababa de romper esa conexión de un plumazo al obligar a Saulo a borrar su número y a que lo dejara en paz.

A partir de ahora todo cambiaba para él.

Iba a cumplir su palabra con Angelo, encontraría a Clairee y la sacaría del lugar donde estuviera metida.

Sabía que la organización contactaría con él en algún momento para saber qué ocurría, el por qué no estaba haciendo lo que se le había ordenado. La verdad es que estaba cansado de no hacer nada útil, salvo dar chivatazos y salvar a alguna que otra chica, él no se conformaba solo con eso.

Parecía que solo unas pocas eran merecedoras de ser salvadas, pero cada día eran varias las chicas desaparecidas que acababan en prostíbulos rusos a merced de unos tipos que pagaban para tratarlas como objetos.

La trata de blancas es una lacra que se debe erradicar cuanto antes, pero parecía que todos los cuerpos especializados no hacían lo suficiente. Las mafias siempre acababan ganando dinero a costa de estos negocios ilícitos que jugaban con la vida de miles de chicas, arrebatándoles un futuro.

La rabia creció dentro de él y apartándose del volante lo golpeó con el puño. Pensar en esas

jóvenes con sueños de futuro truncado por unos tipos que solo buscaban ganar miles de euros a su costa le hacía hervir la sangre. No era justo.

No queriendo darle más vueltas al tema y centrarse en lo que iba a hacer, puso el coche en marcha para alejarse del aparcamiento del hospital.

Era momento de comenzar a sacar información a todos esos que estaban cerca de Zanetti y conocía perfectamente los métodos de tortura empleado por la mafia.

Bastantes informes forenses había leído para conocer al dedillo los mejores métodos para hacer cantar como un pajarillo a esos tipos que iban de duros y de señores del mundo solo por estar bajo el ala de un hombre como Fabrizio Zanetti.

## 24.

Los días pasaban y Leo apenas había logrado encontrar alguna pista del paradero de Clairee. A pesar de haber hecho hablar a algunos de los hombres de Zanetti, ninguno de estos sabía nada acerca de ella, pero creía estar cerrando el cerco en los hombres de más confianza del mafioso.

Algo de lo que no se había percatado era que Diego lo seguía de cerca. Desde el principio no se había fiado de él y no había errado en sus suposiciones. Sabía que algo escondía y esta vez le iba a hacer hablar.

Por eso cuando lo vio entrar en la casucha, lo observó fijamente desde su posición, sentado en una silla y con los pies sobre la mesa.

—Parece que estar entre nosotros te ha hecho perder la educación —dijo Diego.

El policía lo miró con una ceja enarcada.

—¿Es que tenéis educación?

El tipo bajó los pies de la mesa para apoyar los brazos y cruzar las manos.

—Puede que no la tengamos, pero somos muy listos, puede que incluso descubramos secretos bien guardados —dijo a la vez que se incorporaba.

—¿Y a qué viene eso? —preguntó Leo tranquilamente.

—Llevo unos días siguiéndote, vigilándote y he descubierto algo que me beneficia a ojos de Zanetti. Sabía que no podía fiarme de ti. Desde el principio no me caíste bien y algo me decía que me ocultabas algo. Al fin lo he descubierto.

Leo dejó la cerveza sobre la mesa sin dejar de mirar al tipo a los ojos.

—Y según tú ¿qué esconde?

—Eres un infiltrado. Has estado interrogando a muchos hombres, a algunos los has matado. Lo he visto todo. Además, solo tuve que buscar un poco en internet para saber quién eres... o eras porque al parecer llevas muerto varios meses: Leo Ruggeri.

El policía no se movió, intentando no mostrar ningún tipo de sentimiento, solo una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Bastante has tardado en descubrirlo, Diego. Mi aspecto apenas ha cambiado y muchos de vosotros pasasteis por la comisaría donde trabajo. Lástima que seáis tan ciegos para no daros cuenta de que teníais al enemigo en casa...

Diego cerró las manos en puños.

—Hijo de puta, seguro que has sido tú el que ha dado los chivatazos para rescatar a todas esas putas que iban para Rusia poniéndonos en el punto de mira y tener que ir con cautela. ¡Vas a pagarlo muy caro!

Con un gruñido, rodeó la mesa para ir hacia Leo que logró esquivar el puño que iba directo hacia su cara.

—Tendrás que hacerlo mejor para poder alcanzarme, Diego.

—Voy a matarte con mis propias manos.

—¿De verdad? ¿Qué crees que hará Zanetti cuando se entere que le has robado la diversión de matar a un poli que estaba infiltrado entre sus filas?

—Lo dudo, ya él tuvo bastante con la otra poli, bien que disfrutó de ella —dijo Diego con los

puños en alto—. Esa por la que has estado preguntando con métodos poco ortodoxos para vosotros.

—He aprendido de los mejores aquí —dijo Leo con los puños preparados para saltar contra el tipo.

Diego sonrió de manera socarrona.

—Te estás corrompiendo ¿no? La maldad te atrae... —lo provocó mientras se acercaba de nuevo en un intento de darle otro golpe que no llegó a recibir su contrincante.

Leo aprovechó para contratacar y le dio un puñetazo en el estómago que le hizo doblarse por el dolor, momento que aprovechó para golpearle en la mandíbula.

—Es posible... —Leo se frotó la mano con la que pegó a Diego—. Todos siempre guardamos una pizca de maldad, es nuestro deber sacarla a relucir o no. Con vosotros he tenido que sacarla y la verdad es que me gusta porque ya es hora de que paguéis por todo el mal que estáis haciendo a chicas inocentes que no tienen la culpa de vuestras mentes enfermas, sobre todo la de tu querido jefe.

—Hijo de puta —dijo Diego limpiándose la sangre que estaba saliendo por su boca y aún algo encogido por el dolor—. Me las vas a pagar.

Corrió hacia él para intentar atacarlo, pero Leo lo empujó y este cayó contra la mesa para luego caer al suelo.

Leo se acercó y se agachó frente a él para luego cogerle por el cuello de la camiseta.

—¿Qué sabes sobre Clairee? —preguntó con seriedad.

Diego sonrió con cinismo justo antes de escupirle a Leo en la cara.

—Si crees que voy a hablar vas listo.

El policía lo agarró del cuello y con violencia lo empujó hasta que la cabeza del tipo golpeó contra el suelo. Este gimió, pero volvió a sonreír.

—Será mejor que empieces a hablar, Diego, no me conoces enfadado de verdad.

Leo mantenía la mano sobre el cuello del tipo para que no se incorporara.

—No te tengo miedo.

—Me gustará comprobarlo. Ahora dime: ¿qué sabes sobre Clairee?

—Sigue intentándolo, no voy a hablar.

El policía se incorporó junto con Diego y lo empujó contra la pared.

—He aprendido a tener mucha paciencia, tenemos mucho tiempo por delante.

—Eso es lo que tú crees —dijo Diego a la vez que alargaba la mano para quitarle el arma a Leo y así colocarla contra la sien del policía—. Ahora será mejor que me sueltes o te mato aquí mismo.

Leo maldijo para sí. Había cometido un error de novato y le había quitado el arma frente a sus narices. Dio un paso atrás con las manos en alto sin ocultar la rabia.

Diego, a su vez, avanzó otro paso hacia él sin dejar de apuntarle.

—¿Quieres saber sobre esa poli antes de morir? Voy a responderte entonces. Zanetti la torturó con métodos que no dejan marca o al menos que no sea muy visibles, él es un experto en ese sentido.

—Conozco sus métodos... —dijo Leo.

—Ya, pero seguro que te revuelve las tripas saberlo. Intentó ahogarla, aplicó un poco de electricidad en su cuerpo...

La rabia dentro de Leo iba en aumento con cada nueva palabra que decía Diego.

—Ya veo que Zanetti no tiene piedad alguna con nadie, aunque sea una de las tantas mujeres

que envía a prostíbulos rusos.

—Con los traidores te aseguro que no. Lástima que no nos dejara probarla antes de que la enviara a Rusia, estoy seguro que hubiera sido uno de los mejores polvos de toda mi puta vida.

La pistola seguía apuntándolo, pero debía hacer algo. Ese hombre no merecía vivir, era un violador y trabaja para la mafia. La cárcel no iba a ser suficiente castigo para todo lo que ha hecho.

Sin pensarlo, se lanzó hacia él agarrando la mano que tenía el arma en un intento de que la soltara. El forcejeo hizo que ambos cayeran al suelo y empezaran a rodar por toda la estancia.

—Eres un hijo de puta —maldijo Leo mientras intentaba arrebatarle el arma.

—Lo sé y disfruto mucho siéndolo. —Sonrió cínicamente Diego.

El forcejeo siguió durante unos minutos más sin que hubiese posibilidad de ver a un claro vencedor, estaban en igualdad de condiciones. Leo solo necesitaba algo que pudiese despistar a Diego, pero estaba resultando difícil.

El tipo estaba intentando apuntarle con el arma mientras Leo hacía fuerza por que la soltara.

—No sigas luchando contra lo inevitable, voy ganando —dijo Diego agarrando el arma con las dos manos.

Leo sujetó estas para cambiar el objetivo de la pistola, debía impedir que le diera y con mucho esfuerzo las giró hacia el propio Diego que también intentaba evitar lo que el policía pretendía.

Con mucha dificultad logró que el arma apuntara hacia su contrincante y colocó un dedo en el gatillo, justo encima del de Diego que empezó a negar.

—Dispara, Diego. Vamos, ¡hazlo! ¿No decías que ibas ganando? Pues venga, aprieta el puto gatillo.

—No... no, aparta...

—Pensé que morirías por tu jefe, todos en la mafia están dispuestos a morir por los capos ¿no es ese tu caso? ¡Por favor! ¿Qué pensaría Zanetti sobre todo esto? Tienes dos opciones, Diego: o hablas o te matas a ti mismo, elige.

—Pensé que preguntabas por esa poli.

—Apuesto a que no eres el único que sabe algo sobre ella, a menos que quieras hablar y decirme a qué lugar de Rusia la ha mandado.

—Vólkov... —No había nada peor que traicionar a su jefe y sabía que si no disparaba él mismo, iba a disparar el policía. Estaba perdido.

Leo lo miró confuso porque le dijera ese apellido y no tuvo tiempo de replicar porque el mismo Diego metió el arma en su boca y disparó. El policía se apartó rápidamente al ver lo que acababa de hacer.

Apartó la mirada para dar un par de vueltas por la habitación, un poco conmocionado por lo que Diego acababa de hacer. Se suponía que aquello no debería haber acabado de esa manera, pero ahora, al menos, tenía algo por lo que empezar.

—Vólkov... ¿de qué me suena ese apellido? —se preguntó intentando hacer memoria, pero nada venía a esta en esos momentos.

Sabía que le resultaba conocido y estaba intentando ubicarlo entre toda la información que había tenido a su disposición desde que trabajaba en la comisaría.

Volvió a mirar a Diego y decidió que tenía que salir de allí, pero tenía que llevarse el arma, era la única que poseía. Con mucho cuidado la cogió. Si venía la policía antes que los componentes del grupo que formaba Diego y los suyos, encontrarían sus huellas, pero aquello los llevaría a una enorme confusión. Solo había un forense que podría ayudarlo, pero ¿cómo pedirle



ayuda?

Negó con la cabeza, aún le quedaba tiempo hasta que descubrieran el cadáver. Lo más importante era averiguar todo sobre Vólkov. Ese nombre era la clave de todo para dar con el paradero de Clairee.

Salió de la casucha a la vez que recibía una llamada. Sacó el móvil para ver quién era y al comprobar que se trataba de Saulo, volvió a guardarlo en el bolsillo. Se metió en el coche para alejarse de allí antes de que alguien lo descubriera.

Tenía que encontrar toda la información posible para saber a qué enemigo se enfrentaba.

Saulo conducía con calma, observando de vez en cuando a Byanca a su lado que se retorció las manos con nerviosismo. Este la agarró con una de sus manos y ella lo miró con una leve sonrisa.

—Lo siento, estoy nerviosa.

—No lo sientas, es normal. Todo va a estar bien.

—Eso espero.

—Ya verás que sí.

Cuando llegaron a la clínica privada dieron el nombre de ella en el mostrador y se sentaron a esperar después de decirle que enseguida los llamarían. Byanca apoyó la cabeza en el hombro de Saulo mientras le cogía la mano y con la otra se acariciaba el vientre que ya empezaba a notarse lo suficiente. Hoy iban a saber el sexo del bebé.

Al poco salió una enfermera que llamó a Byanca y ambos entraron sin soltarse.

—Señorita Marchetti, acompáñeme para prepararla, la doctora vendrá enseguida.

Byanca la siguió hasta una camilla donde se recostó y la enfermera le tendió una sábana con la que tapó las piernas.

Saulo se acercó una vez estuvo lista y se miraron con una sonrisa cómplice.

—Buenos días —dijo una mujer de pelo largo rojo, piel pecosa y ojos verdes que acababa de entrar en la consulta—. Me llamo Jianna y soy la responsable de hacerte la ecografía, Byanca.

Les tendió la mano a ambos con una sonrisa. Tras los saludos de rigor se sentó junto a la camilla y comenzó a hacerle una serie de preguntas sobre cómo iba el embarazo mientras preparaba el ecógrafo.

—Súbete la blusa, Byanca, voy a echarte esta crema, está un poco fría.

La *hacker* asintió obedeciendo. Una vez que le puso la crema, Jianna cogió el transductor para luego colocarlo sobre el vientre mientras miraba la pantalla del monitor. Lo movió despacio hasta dar con el pequeño que ya parecía estar más formado.

Saulo y Byanca no movían los ojos de la pantalla.

La doctora los miró sin mover el aparato, para que la pareja lo viera.

—¿Ese es...? —preguntó Saulo.

Ella asintió.

—Vuestro hijo, como podéis ver, ha crecido desde la última ecografía.

—¿Está todo bien? —preguntó Byanca agarrando con fuerza la mano de Saulo.

—Por lo que puedo apreciar va a ser un niño muy sano.

La pareja se miró durante unos segundos para luego sonreír de felicidad entonces volvieron a mirar a la pantalla.

—Un niño... es un niño... —dijo Byanca con las lágrimas brotando de sus ojos.

—Sí, cariño. —Saulo le besó la cabeza con cariño mirando a su hijo.

—¿Queréis escuchar su latido? —preguntó Jianna.

Byanca asintió enérgicamente por lo que la doctora pulsó algunas teclas y de repente empezó a oírse cómo latía el corazón del bebé lo que hizo que la madre soltara un sollozo de alegría.

—Es su corazón, Saulo, el corazón del pequeño Leo.

La felicidad del mafioso se vio un poco ensombrecida por la revelación que le acababa de hacer Byanca. El remordimiento cada vez le pesaba más. No sabía cuánto iba a poder seguir ocultándole la verdad sobre Leo.

—Sí, Byanca —dijo besándole en la sien—. Ese es el latido de nuestro pequeño.

## 25.

Byanca y Saulo salieron de la clínica con una gran emoción. Ella no dejaba de mirar las fotos de la ecografía mientras él seguía dándole vueltas al tema de Leo.

En un momento en el que la *hacker* había ido al baño, él trató de llamarlo, pero no le respondió la llamada. Había cumplido la amenaza que le había hecho días antes.

—Estoy tan contenta —dijo Byanca—. Yo... me siento feliz.

Saulo posó la mano en su rodilla.

—Yo también lo estoy, hacía tiempo que no tenía veía sonreír así.

Ella bajó la mirada.

—Han sido unos meses muy duros. La muerte de Leo, la de Piero... lo ocurrido con Giulia y Salva... El estado de mi hermana. No sé, este bebé es de los pocos motivos que me hacen sonreír de verdad, pero luego me siento culpable de ver a Fabiola pasarlo todo ella sola... Son muchas cosas juntas.

—Te entiendo, Byanca, pero tenemos que seguir adelante. No podemos hacer nada por Leo y Piero. Lo de Giulia y Salva se ha solucionado y nuestras hermanas saldrán adelante.

—Lo dudo. Chiara sigue sin querer salir y Fabiola está ausente, aunque ya sale un poco más. Me duele verlas así. Ojalá pudiese hacer algo por ambas.

—Lo has intentado todo, dudo que puedas hacer más por ellas. Chiara saldrá sola de su encierro, tienes que confiar en ella.

—Es lo que hago, pero oírla gritar por las noches y ver cómo se va apagando lentamente me entristece. Sé que lo que tuvo que pasar es difícil de superar y que los recuerdos la carcomen... yo... yo no puedo verla así.

—Necesita tiempo, nada más. Solo lleva unos meses lejos de aquella pesadilla, han sido tres años de cautiverio, trata de comprenderla.

Byanca asintió. Sabía que Saulo tenía razón y que debía dejarle espacio y tiempo para que fuera superando todos sus miedos, lo que había tenido que vivir sin tener culpa de nada.

Hubo un momento en que el silencio se hizo evidente, cada uno con sus pensamientos en los que ella volvió a mirar hacia las fotos que tenía en sus manos acariciándolas.

Sintió que el coche frenaba justo en la entrada de la mansión Graziani y miró al mafioso.

—Saulo...

Él se giró hacia ella expectante.

—¿Te molestó que le pusiera a nuestro hijo Leo?

Saulo parpadeó ante la pregunta.

—¿A qué viene esto ahora, Byanca?

—Noté tu cambio cuando dije su nombre... ni siquiera corroboraste mis palabras. Creo que no te hace feliz la idea de llamarlo así.

«Claro que no me gusta la idea porque Leo no está muerto, ¡joder!», pensó Saulo con rabia. Inspiró hondo antes de posar las manos en las mejillas de su mujer.

—Tienes que dejar a Leo en el pasado. No me molesta que le pongas ese nombre, pero nuestro hijo no te va a devolver al poli ¿entiendes? Nadie va a devolverlo a la vida y no honrarás su

memoria de esta manera. ¿Quieres que el nombre de nuestro hijo te haga recordar constantemente lo que pasó? Creo que ni tú ni él se lo merecen.

—No quieres ponerle su nombre... —confirmó más que preguntó Byanca reflejando el dolor en su mirada.

—No quiero verte sufrir, quiero que nuestro hijo te traiga sonrisas, no malos recuerdos.

Byanca apartó las manos de Saulo de su cara.

—No lo entiendes...

—¿No lo entiendo? ¿Qué tengo que entender, Byanca? ¿Que cuando llores a nuestro hijo se te nuble la mirada por el dolor? ¿Eso es lo que tengo que entender? Pues no, no lo entiendo. Leo está muerto, no va a regresar a la vida, aunque honres su memoria poniéndole su nombre a nuestro hijo.

Ella intentó rebatirle, pero sentía un enorme nudo en el pecho que no le dejaba hablar, así que sin decir nada, abrió la puerta y salió corriendo en dirección a la mansión, dejándolo solo.

Saulo golpeó el volante con rabia. Por culpa de Leo había acabado discutiendo con Byanca.

—Maldito cabrón —dijo bajando del coche para entrar en la casa y meterse en su despacho dando un portazo—. Todo esto es por su maldita culpa.

Cerró los ojos para tratar de tranquilizarse. Tenía que contarle la verdad, ese maldito secreto estaba alejándolos porque él la veía sufrir por algo que no había ocurrido realmente mientras le ocultaba la verdad. Byanca no se lo merecía.

Se tapó la cara con frustración. No quería tener más secretos con Byanca y esta mentira estaba creciendo como una bola que lo aplastaría todo a su paso una vez explotara y ninguno saldría bien parado de eso.

Apartó las manos y miró al techo pensando en ella. Odiaba discutir con ella, pero era momento de que entendiera las cosas.

Se sentó a la mesa y abrió el portátil para ponerse a trabajar para no pensar en lo que acababa de ocurrir, ambos necesitaban tiempo a solas para meditar.

Byanca se metió en su habitación y se apoyó en la puerta cerrada. Nunca había discutido de esa manera con Saulo. Sentía una enorme opresión en el pecho. Él no quería entenderla.

Leo había muerto por su culpa, por haberle ido a pedir ayuda para salvar al mafioso. Le pidió a uno de los hombres de su vida que la ayudara a proteger al otro y todo salió mal.

Nada fue como lo planeó en su momento. Ella solo quería ponerlos a todos a salvo y lo consiguió, pero a costa de la vida de un gran hombre que no merecía morir de la forma en la que lo hizo.

Cerró los ojos unos segundos mientras posaba las manos en su vientre, luego miró hacia el techo.

—Sé que nada te va a devolver la vida, pero quiero que tu memoria siempre viva entre los que te quisimos, Leo. Fui muy injusta contigo al enamorarme de Saulo y te hice daño, pero siempre te querré, fuiste alguien muy importante para mí y no quiero olvidar el gran hombre de honor que fuiste.

Alguien golpeó suavemente en la puerta y se apartó de esta limpiándose las lágrimas antes de abrir.

Frente a ella se encontraba su hermana con semblante preocupado.

—¿Va todo bien? ¿Le pasa algo al bebé? —preguntó Chiara al ver a Byanca con los ojos enrojecidos.

La *hacker* intentó sonreír a la vez que negaba con la cabeza y la hizo pasar para sentarse en la

cama.

—Está todo perfectamente, Chiara. Hoy por fin nos han dicho el sexo del bebé... —dijo Byanca sin soltarle las manos a su hermana que se sentó frente a ella.

—¿Y bien? —preguntó Chiara impaciente.

—Vas a ser tía de un niño, hermana.

La joven sonrió y rápidamente abrazó a su hermana para luego tocar su vientre.

—Me alegro muchísimo, pero... no pareces feliz del todo.

Ambas hermanas se miraron a los ojos. Byanca suspiró.

—He discutido con Saulo. Hace unas semanas estuvimos hablando y le dije que si el bebé era niño quería ponerle Leo, como un homenaje a él, pero ahora no parece entusiasmado con la idea. No quiere que lo llamemos así.

»Yo mejor que nadie sé que mi hijo no va a devolverme a Leo, pero así quedará algo de él entre nosotros. ¿Crees que es injusto?

Chiara se encogió de hombros.

—Yo no conocí lo suficiente, apenas tuve trato con él, pero creo que siempre permanecerá en tu memoria y en tu corazón. Una persona desaparece cuando ya no se le recuerda y sé que tú te acuerdas de él todos los días. Es mucho más de lo que otros harán.

Byanca miró a su hermana y un pequeño sentimiento de culpa la atenazó al ver el grado de madurez que había tenido que adquirir después de lo que le ocurrió. Parecía haber envejecido mentalmente. Se había visto obligada a madurar por culpa de unos malnacidos que solo le habían hecho daño.

Le tomó la mano mientras mostraba una leve sonrisa.

—Quizás tengas razón —dijo dándole un apretón—. He sido dura con Saulo al decirle que no me comprendía, pero creo que he sido una egoísta con él.

—Estoy segura de que él no piensa eso. Os queréis y estoy segura de que no te reprochará nada.

Byanca asintió con una leve sonrisa.

—Sé que no lo hará, pero tengo que hablar con él.

Chiara asintió.

—Ve.

La *hacker* se incorporó y salió de la habitación en busca de Saulo. Imaginando dónde estaría se dirigió al despacho de este. Tocó en la puerta y esperó a que él saliera.

Cuando lo vio abrir la puerta, se lanzó a sus brazos para darle un beso profundo. Al apartarse, Byanca le acarició la mejilla.

—Lo siento, Saulo. Fui una egoísta y no tuve en cuenta tu opinión.

Él negó con la cabeza acariciándola también.

—Ambos lo hicimos mal, no tienes nada por lo que disculparte.

—Prometo que elegiremos el nombre entre los dos. Es un momento que deberíamos compartir y no te he dejado disfrutarlo.

Saulo la obligó a mirarlo.

—Yo disfruto viéndote sonreír por la vida que crece en tu vientre, es más que suficiente para que yo me sienta bien. Yo solo quiero verte feliz, no quiero ver tristeza en tu mirada —dijo mientras le acariciaba las mejillas con suavidad.

Ella posó sus manos en las de él cerrando los ojos, sintiendo cómo ese contacto le calentaba el corazón.

—No quiero volver a discutir.

Saulo apoyó su frente en la de ella.

—Yo tampoco quiero discutir contigo, así que olvidemos lo que ha ocurrido hace un rato.

Byanca asintió y le dio un beso cargado de dulzura.

Desde lo alto de las escaleras, Chiara sonrió al ver que todo había quedado en un malentendido. Se sentía feliz por ella. Sin más se metió en su habitación abrazándose.

En el fondo sentía un poco de envidia de su hermana, ya que no iba a tener la oportunidad de conocer a alguien que la quisiera como Saulo quiere a Byanca. Ella estaba tocada por el horror de la trata.

Se dirigió a la cama en la que se sentó encogiéndose las piernas hacia sí, creando un caparazón que nadie podía traspasar. Uno que la protegería de todo y de todos. Quizás en algún momento lo superaría, pero realmente lo dudaba.

Detuvo el coche frente al edificio y salió cubriéndose con una gorra y unas gafas de sol para no ser reconocido. Realmente no sabía para qué había ido allí si su investigación estaba lejos de allí.

Se acercó a la puerta y tocó uno de los telefonillos para que le abriesen la puerta principal con la excusa de que era propaganda. Una vez dentro, cogió el ascensor y subió hasta el piso de Clairee.

Al abrirse las puertas pudo ver aún las pruebas de lo que había ocurrido el día que Zanetti se llevó a la policía de su casa. En la entrada de su piso encontró dos bandas policiales que impedían el paso, pero él las apartó para pasar al interior.

En ese salón en el que había entrado un par de veces pudo ver el trabajo de los forenses. La mancha de sangre perteneciente a Angelo aún permanecía en el suelo. Intentó no tocar nada pasando al pasillo que lo llevaba hasta la habitación de Clairee.

Al entrar vio sobre la cama una bolsa de deporte con varias prendas metidas dentro. Se acercó para observar todo con ojo crítico, algo que no había perdido. Era capaz de fijarse en los detalles más nimios.

Se acercó hasta el armario que se encontraba abierto. Algunas prendas habían caído al suelo, probablemente en un intento de sacar varias a la vez. Parecía estar viendo la escena en ese mismo instante.

Volvió hacia la cama para ver la mesilla de noche donde se encontraba la lamparita y un libro a medio leer por la posición del marcapáginas.

Salvo por aquella bolsa de deporte y la ropa, nadie diría que hubiese ocurrido la escena que había visto en el salón. Se sentó en la cama y decidió abrir uno de los cajones de aquella mesilla.

Al principio no encontró nada relevante salvo ropa interior y alguna que otra tableta de pastillas para el dolor de cabeza.

Entonces llegó al último de ellos donde observó su contenido detenidamente. Primero encontró un marco de fotos completamente roto. Aún conservaba algunos cristales. Lo cogió y vio una imagen de ambos con caras sonrientes.

Recordaba el momento en el que se había tomado la foto y aunque por dentro sentía deseos de sonreír, parecía haber perdido esa capacidad. Estar infiltrado logró que ya no pudiera sentir cosas buenas.

¿Por qué estaría el cristal roto? Al fijarse antes en la habitación se había percatado de que no había ni una sola foto, apenas algún cuadro de paisajes lejanos. Aquella que tenía en las manos parecía ser la única y tenía el cristal roto.

Dejó el marco a su lado para seguir mirando el interior de aquel cajón donde solo había una hoja doblada. La tomó entre sus manos para desdoblarla y ver que era una carta.  
Una dirigida a él.

## 26.

Leo examinó la letra de aquella carta que iba dirigida a él y enseguida reconoció la forma de escribir de Clairee. Comenzó a leer:

*Hola Leo:*

*Ni siquiera sé cómo comenzar a escribir esta carta. Quizás deba empezar por el principio, pero la carta sería demasiado larga... mejor empiezo por el momento en el que me enteré de que moriste a causa de la explosión de un vehículo. No quise creerlo. Pensé que me volvería loca.*

*Acudí a tu entierro y lloré frente a tu tumba como nunca lo había hecho por nadie. Juré que vengaría tu muerte, aunque fuese lo último que hiciera en mi vida, y cumplí. Me metieron en la organización y conseguí acercarme a Zanetti.*

*He tenido que dejarme humillar por ese maldito para poder cumplir la meta que me propuse porque yo creía que estabas muerto, pero acabo de enterarme que no lo estás y me he sentido como el ser más estúpido del universo.*

*Zanetti me violó, Leo. Tuve que dejarme hacer por ti, para poder acabar con él, para cumplir mis ansias de venganza. Solo por ti.*

*Te preguntarás por qué he hecho algo tan estúpido; algo muy propio de ti pensarlo. Pues lo hice porque estoy enamorada de ti, Leo. Desde el primer momento en que comenzamos a trabajar juntos sentí algo muy fuerte. Algo que tuve que mantener oculto porque estabas con Bianca y me limité a ser tu compañera de patrulla y tu amiga.*

*Cada vez se me hacía más difícil, pero me contentaba con tenerte cerca y cuando fingiste tu muerte sentí que perdía una parte de mí.*

*Ahora mismo no sé si te odio o no. Aún estoy asimilando el hecho de que estés vivo, quizás con los días logre odiarte y mi venganza contra Zanetti ha virado hacia otro lado.*

*Dudo mucho que leas esta carta, pero quiero que sepas que pase lo que pase me alegro de que estés vivo y espero que cumplas tu misión. Yo voy a seguir con la mía por esas chicas que no han tenido la oportunidad de ser libres.*

*Tu compañera de patrulla.*

*Clairee.*

Leo dejó la carta a su lado mientras asimilaba las palabras que acababa de leer. Cuando habló



con Angelo supo lo que ella había hecho y lo que tuvo que pasar, pero jamás le dio una razón de peso, no le dio un por qué.

Se incorporó para dar una vuelta por la habitación y cuando se detuvo, lo hizo de nuevo frente a la cama donde se encontraba la hoja que acababa de leer.

¿Cómo es que nunca sospechó nada? Su comportamiento era como el de cualquier otra compañera de la comisaría... Se había metido en ese lío por dejar escapar sus sentimientos...

Cerró las manos en puños. Siempre había sido una mujer que se dejaba llevar por lo que sentía y nunca hacía las cosas pensando fríamente y ahí tenía la consecuencia de sus actos.

Ahora se encontraba en peligro en algún lugar de Rusia en manos de algún perverso que rompería su resistencia, si es que Zanetti no lo había hecho ya.

Y ni siquiera había logrado averiguar nada sobre Vólkov. La única persona que podría haberlo ayudado, aún sigue sin saber que estaba vivo por lo que no podía hacerlo, solo ella sabría meterse en la *Dark Web* para averiguar lo necesario de ese ruso.

Estaba totalmente perdido, no sabía cómo avanzar en aquella investigación. Ir a Rusia sin tener conocimiento exacto sobre Vólkov era dirigirse a un suicidio seguro. Las preguntas indiscretas en los lugares equivocados se pagaban caro.

Quizás Angelo conocía a alguien que pudiese averiguar todo lo posible sobre el ruso para ir allí sobre seguro y no meter la pata. No. Probablemente buscaría a alguien de la organización.

Volvió a dar vueltas por la habitación sin saber qué hacer. Se sentía frustrado. Muy poca información tenía sobre ese ruso multimillonario, con múltiples empresas, pero nunca encontraba nada relacionado con la mafia rusa.

Tenía otra opción casi todos los mafiosos se conocían entre ellos y hasta hacían negocios entre ellos. Él mismo había tenido contacto con uno, aunque se prometió no hablar más, pero solo veía esa solución a semejante problema.

Tomó el móvil y lo desbloqueó. Se mantuvo mirando la pantalla un rato sin tener muy claro lo que iba a hacer. Probablemente era la única opción viable para poder dar con Clairee. Cerró los ojos unos segundos y cuando los abrió buscó el contacto para llamar.

Pocos segundos después oyó la voz de Saulo.

—Pensé que no querías saber nada más de nosotros.

Leo se imaginó que le diría algo así y la verdad es que quizás se lo mereciera.

—Zanetti ha secuestrado a Clairee. —Se produjo un silencio al otro lado de la línea por lo que Leo continuó hablando—. Se metió en la organización para vengar mi muerte y se ha acercado a él, humillándose en el proceso hasta que este la descubrió. Ahora la ha mandado a Rusia como a todas las chicas que secuestra.

—¿Cómo has sabido todo esto? ¿Acaso ella sabía que estabas vivo?

—¡No! Bueno, no al principio. Ninguno de los dos sabíamos que estábamos en la organización hasta que a ella le dijeron que yo estaba vivo, pero yo no lo supe hasta que se la llevaron.

—¿Y cómo piensas encontrarla? Es como buscar una aguja en un pajar.

—Vólkov —fue la única palabra que dijo Leo mientras observaba la hoja sobre la cama.

La línea volvió a quedar en silencio antes de oír un suspiro.

—Casi hubiera sido mejor no haber oído ese nombre.

Una extraña aprehensión se apoderó de Leo. Que Saulo dijera eso no significaba nada bueno.

—¿Qué pasa?

—Si Clairee está en manos de Vólkov vas a tener muy complicado rescatarla. Ese hombre es de la peor calaña. Cruel y despiadado. Un enemigo muy duro. En Rusia todos le temen. Zanetti a

su lado es un angelito.

—No lo pintas nada bien.

—Estoy siendo totalmente sincero. No es bueno tenerlo de enemigo. Si Vólkov tiene a Clairee y logras encontrarla, es muy probable que no encuentres a la policía que conociste, Leo. Él es capaz de romper la voluntad del más fuerte.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Que lo encuentres a él no quiere decir que la encuentres a ella. Tiene varias casas y negocios repartidos por buena parte de Rusia. Sabe moverse bien en los bajos fondos.

—No puedo abandonarla a su suerte. A fin de cuentas, en parte es por mi culpa que esté en manos de ese tipo. Quiso vengar mi muerte. —Leo se sentó en la cama—. Es una buena chica y no merece estar en manos de un tipo como Vólkov si es como me lo describes.

—Yo mucho más no puedo hacer por ti.

Los dos permanecieron en silencio durante unos minutos hasta que, finalmente, Leo tuvo una idea y empezó a hablar.

—¿Y si...? Quizás es una locura, pero podría acercarme a ese tipo haciéndome pasar por alguien de la mafia. Piénsalo, no sospecharía nada.

—Es una completa locura, Leo. Vólkov conoce a prácticamente todas las familias de la mafia.

—¿Y qué hago? No puedo hacerle eso a Clairee.

Tenía que salvarla y hablar con ella. Decirle que no siguiera albergando sentimientos por alguien tan oscuro como él porque no era el mismo Leo que ella conoció.

Ella merecía a alguien mejor, alguien quizás como Pablo.

Se pasó la mano libre por el pelo con frustración. Acercarse a ese hombre sería difícil, casi imposible y no tenía idea alguna de cómo hacerlo. Si era como decía Saulo, cada minuto que pasaba iba a ser vital para encontrar a Clairee.

—No puedo quedarme de brazos cruzados, Saulo. Ella no se merece esto.

—Lo sé, Leo.

—La verdad es que no se me ocurre nada más.

El silencio volvió a apoderarse de la línea, pensando.

—Bueno... quizás... No, es muy arriesgado.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Hace unos pocos meses murió una joven de una familia bastante rica. No tenía herederos ni ascendentes ni descendentes. Algún familiar lejano que no quiso hacerse cargo de las propiedades de la familia, así que compré buena parte de su patrimonio por un módico precio. Vólkov conoce el apellido y quizás... Quizás puedas hacerte pasar por un familiar para acercarte a él.

—Otra familia de la mafia.

—En su momento lo fueron, pero traicionaron su confianza.

Leo meditó la información que le había dado Saulo.

—Podría ir a recuperar esa confianza de Vólkov y entonces acercarme lo suficiente para saber dónde tiene a Clairee.

—Exacto. Pero tendrás que demostrarle que realmente quieres recuperar esa confianza.

—Haré lo que sea necesario.

—Sé que lo harás. Debes crear tu nueva identidad y hacer una historia creíble a ojos de Vólkov. Te pasaré toda la información que tengo sobre los Pavoni para que lo estudies bien. Tu tapadera debe ser lo más fiel a la realidad posible.

—Tranquilo, podré hacerme cargo de la situación, pero debemos hacerlo rápido, el tiempo

corre en contra.

En apenas unos días, Leo ya conocía casi al dedillo toda la información relacionada con la familia Pavoni, hasta la historia de Adriana, la muchacha que había chantajeado a uno de los hombres de Saulo y que luego intentó matarla a ella y a Salvatore.

Una tipa con un serio problema mental, en su opinión, y que la llevó a la muerte de uno de sus guardaespaldas, que parecía estar enamorado de ella.

Con toda aquella información, había logrado crear un perfil de un primo lejano de la madre de Adriana que recibió el patrimonio de los Pavoni en vista de que no existían familiares más cercanos para heredar.

Se había provisto de una buena cantidad de ropa elegante para parecer un magnate, aunque no era una ropa con la que se sintiera cómodo.

Tras aquella conversación que mantuvo con Saulo, se había llevado de la casa de Clairee la carta y la foto sin saber muy bien la razón.

Ya casi tenía todo listo para viajar a Rusia y dirigirse a la mansión donde vivía Vólkov. Tan solo tenía que subirse al avión personal de Saulo que lo esperaba en la pista privada.

Sin pensar más en ello tomó la maleta que había preparado y observó el piso. Se palpó la chaqueta justo donde estaba el bolsillo interior, lugar donde guardaba la carta y la foto. Era lo que lo ayudaría a mantener la compostura y no matar a ese ruso desde el primer momento en que lo viese.

Salió del piso y en la calle lo esperaba un coche oscuro que lo llevaría a la pista.

En el trayecto intentó aflojarse la corbata. ¿Cómo podía Saulo aguantar todo el santo día con aquella cosa alrededor del cuello? Estaba bien para un rato, pero tenerlo todo el día era lo más incómodo que existía para alguien como él.

Cerró los ojos por unos segundos, intentaba recordar toda su tapadera al detalle. No podía errar cuando de ello dependía salvar a Clairee.

El trayecto a la pista privada donde estaba el avión personal de Saulo se le hizo más corto de lo que en un principio pensó. Cuando se bajó del vehículo vio que de otro coche se bajaba el mafioso.

Ambos hombres se acercaron y se dieron la mano en amistoso saludo.

—No pensé que fueras a venir.

—Vine a hacerte unas últimas recomendaciones. No dejes que Vólkov lea nada en tu rostro, mantente impertérrito, no puede adivinar que has ido allí para otra cosa. Tienes que sonar convincente.

—Créeme cuando te digo que puedo llegar a ser demasiado convincente, he estado varios meses entre los hombres de Zanetti y ninguno logró descubrirme hasta que fue demasiado tarde para ellos —dijo Leo recordando a Diego y se preguntaba si ya lo habrían encontrado.

—Lo sé. También sé que vas a poder contra él y vas a traer a Clairee de vuelta.

Leo asintió. Volvieron a darse la mano en señal de despedida para luego dirigirse al avión donde lo esperaba una azafata en la puerta lista para recibirlo.

Cuando iba a comenzar a subir las escaleras, se detuvo y miró a Saulo.

—No sé si de esta saldré con vida, pero creo que es momento de que Bianca sepa la verdad. Dile lo que hice, que era la mejor forma que encontré para que fuera feliz contigo.

Saulo sonrió y asintió metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones mientras Leo terminaba de subir las escaleras y sonrió a la azafata que le dio la bienvenida.

Justo antes de meterse dentro de la nave, volvió a mirar a su alrededor. Iba a dejar su país sin saber cuánto tiempo iba a tardar en salvar a su compañera, así que intentó memorizar por un momento las calles de Florencia, el paisaje que se extendía a su alrededor.

De repente, vio un coche detenerse junto a los dos que ya había allí y entonces la puerta del conductor se abrió apareciendo en ella Byanca.

Por unos instantes sus miradas se cruzaron. La de ella reflejaba sorpresa mientras que la de él culpabilidad. No había querido que descubriese la verdad de aquella manera, pero el destino era caprichoso.

El verla calentó su corazón y sonrió levemente. Le hizo un gesto de despedida para luego meterse dentro del avión. Antes de que la puerta se cerrara pudo oír el grito de la mujer, el mismo que dio cuando se alejó con el furgón que contenía la bomba que casi la mata.

—¡Leo!

## 27.

Byanca se vio rodeada por los brazos de Saulo, pero rápidamente lo apartó sin dejar de mirar el avión que ya se había puesto en marcha y poco a poco se dirigía a la pista, con muy pocas probabilidades de poder detenerlo.

Al ver que no iba a poder parar ese maldito avión, se giró para meterse en el coche, pero el mafioso la detuvo.

—Byanca...

Ella se apartó de nuevo para mirarlo a los ojos. Podía ver la culpabilidad reflejado en ellos, algo que jamás imaginó ver en ellos.

—¿Cuánto hace que lo sabías? —preguntó ella.

—Yo...

—¿Cuánto hace que lo sabías?! —gritó Byanca con las manos cerradas en puños, sintiendo unas terribles ganas de llorar—. ¡Deja de mentirme, Saulo! ¡No sigas diciendo mentiras! —Saulo apartó la mirada, culpable. Ella lo empujó, aunque no con la fuerza suficiente para que retrocediera—. ¡Habla! ¿Desde cuándo lo sabías, Saulo?

Este inspiró hondo mientras se pasaba una mano por el pelo. Ella no tenía que haberse enterado de esta manera. Él había pensado en una conversación tranquila en la casa para explicarle con todo lujo de detalles la razón por la que Leo hizo todo aquello, pero esto desbarató todos sus planes.

—Apenas unas horas más tarde de que ocurriera la explosión. Él mismo me llamó.

Byanca negó con la cabeza.

—No me puedo creer que estuvieras mintiéndome durante tantos meses —dijo con la mirada perdida—. Ahora entiendo muchas cosas. Esas llamadas misteriosas que hacías, tus intentos de convencerme de que olvidara a Leo, tu insistencia en que no le pusiera su nombre a nuestro hijo...

—Déjame explicarte todo. Esto tiene una explicación y puedo responder todas las preguntas que, seguro, están formándose en tu cabeza, pero déjame conducir a mí —dijo Saulo tomándole la mano.

Byanca levantó la mirada hacia él y se soltó con brusquedad.

—¿Acaso hay algo que explicar? Está bastante claro que a ninguno de los dos os ha importado mi sufrimiento.

Sin esperar respuesta alguna por parte de Saulo, se dirigió a su coche y se subió en él para luego alejarse a toda velocidad de allí.

El mafioso maldijo en voz alta dirigiéndose también hacia su coche para seguirla.

Byanca intentó controlar las lágrimas, pero ya a medio camino estas salieron sin control por lo que tuvo que frenar en el arcén dejando escapar el dolor. ¿Por qué le ocultaron la verdad? ¿Por qué no le dijeron que estaba vivo para no tener que vivir con el cargo de conciencia?

Estaba cansada de las mentiras. Tras todo lo ocurrido, solo quería empezar de nuevo sin nada que enturbiara su vida, pero estaba claro que no iba a obtener sinceridad por parte de Saulo.

Un coche se detuvo tras ella, pero no quiso ponerle atención. Solo quería desahogarse allí.

La puerta del copiloto se abrió y Saulo entró en el vehículo.

—Byanca, por favor, tienes que escucharme.

Ella se giró hacia él.

—¿Qué tengo que escuchar? ¿Más mentiras? Ahórratelas. Tanto tú como Leo habéis jugado con mis sentimientos. Me hicisteis cargar con un dolor innecesario. No es justo, Saulo, no es nada justo.

—¿Crees que no lo sé? ¡Joder! Byanca, yo no quise ocultártelo, tuve que prometérselo a Leo. No sabes lo duro que ha sido para mí guardar este secreto y más viéndote sufrir cada día con su recuerdo. —Tomó el rostro de la *hacker* y le limpió las lágrimas, aunque estas no dejaban de fluir —. Muchas veces intenté convencerlo para contarte la verdad, pero nunca me dejó hasta hoy.

»Entró a formar parte de una organización mundial que lucha contra el crimen organizado. Fingió su muerte para dejarnos el camino libre a nosotros, para que fueras feliz. Entonces, estando en ese grupo consiguió meterse en las filas de Zanetti.

—Fue egoísta por su parte —dijo ella no queriendo justificar la acción de Leo—. Ninguno de los dos entendéis que formáis parte de mi vida y que una muerte no iba a conseguir que Leo siguiera perteneciendo a ella.

—Por eso mismo intenté convencerle.

—Por Dios, Saulo, pensé que tenías capacidad de decisión para así saber lo que es mejor o no. Tú mismo has visto lo mal que lo he pasado. ¿Cómo pretendes que perdone algo así? Estoy cansada de mentiras. Llevo mintiendo desde la desaparición de Chiara y ¿qué he logrado? Porque he perdido más de lo que he ganado.

—No digas eso, Byanca. ¿Acaso lo nuestro no tiene valor alguno para ti? Tus mentiras te llevaron a mí, a esto que sentimos los dos, a devolverte a tu hermana, a nuestro hijo —dijo él posando una mano en el vientre de ella—. No lo hice bien, lo sé, y no sabes cómo maldigo a Leo en estos momentos, pero... —Saulo cerró los ojos unos instantes antes de volver a abrirlos y centrarlos en los de ella—. En su momento quise ser egoísta porque... tenía miedo a perderte, por eso accedí a guardar el secreto, pero cuando me percaté de tu sufrimiento hice todo lo posible para que me dejara contarte la verdad.

Byanca lo miró percatándose de ese miedo que existía en él y esta vez fue ella quien posó sus manos en las mejillas de él.

—En su momento me sentí la mala de esta historia de tres. Tenía la sensación de estar haciendo daño a los dos hombres más importantes de mi vida. Y aún sigo pensando que he sido mala por enamorarme de ti, Saulo. Mala por quererte.

—Tu corazón es demasiado generoso para ser mala. Aquí el malo fui yo por entrometerme en una relación idílica.

—Ambos hemos sido malos por el simple hecho de amarnos. Pero vosotros me habéis hecho daño con estas mentiras.

Saulo asintió y se acercó a ella para darle un beso en la frente con delicadeza. Byanca cerró los ojos mientras él besaba cada uno de sus párpados y bajaba hasta las mejillas por donde aún corrían sus lágrimas.

—Perdóname, Byanca. Perdóname por ser egoísta y por quererte solo para mí, por no querer perderte —dijo antes de posar sus labios sobre los de ella.

Se apartó y ambos volvieron a mirarse.

—No quiero más mentiras, por favor. Seamos sinceros desde este mismo instante.

—Prometo serte sincero en todo y si quieres que te cuente todo sobre lo ocurrido con Leo lo haremos con calma en la mansión Graziani.

—De acuerdo —concordó ella limpiándose las lágrimas, algo más tranquila.

—Entonces vayamos para allá.

Saulo abrió la puerta del vehículo para dirigirse al suyo mientras ella se ponía el cinturón de seguridad para poner rumbo a la mansión Graziani.

Al llegar a la casa, ambos se dirigieron al despacho de Saulo donde él le contó detalladamente lo que había hecho Leo desde el mismo instante de la explosión y respondía a todas las preguntas que ella le planteaba.

—¿A dónde iba entonces? Si está metido en las filas de Zanetti...

—Clairee también se infiltró para estar cerca de Fabrizio y consumir una venganza por la muerte de Leo, imagino que eso ya lo sabías. Pero él descubrió su juego y la secuestró para enviarla a Rusia. Leo va a ir a rescatarla.

Byanca miró a Saulo.

—Pablo, el policía español también la está buscando. Él mismo me pidió ayuda y al principio accedí, pero desde aquí es muy difícil rastrear por lo que llamé a Eiros para que se encargara de todo.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? —preguntó Saulo mirándola fijamente.

—No creí que te fuera a interesar lo que le había ocurrido a Clairee. Ni siquiera imaginé que estabas enterado de ello. Pero parece que tú sabes más que yo.

Saulo apoyó el codo en el brazo de su silla para luego posar la barbilla en su puño cerrado.

—Lo sé por lo que me ha contado Leo que logró averiguar algo y esta situación se presenta muy difícil.

—¿Por qué?

—Porque el ruso que tiene a Clairee es muy peligroso. Tiene unos gustos muy peculiares.

Ella sintió un nudo en la garganta imaginándose lo peor.

—¿Qué quieres decir?

Él negó con la cabeza.

—Mejor no quieras saberlo, Byanca.

—Tengo que saberlo, quiero saber a qué se enfrentarán tanto Leo como Eiros allá en Rusia.

—Solo te puedo decir que Zanetti al lado de Vólkov es un jodido angelito.

La *hacker* empezó a sentirse mal al imaginar cómo podía ser ese hombre cuando ella había vivido en sus propias carnes lo malvado que podía llegar a ser Zanetti cuando quería conseguir su objetivo.

—Clairee está en peligro, entonces.

Saulo asintió.

—Tenemos que confiar en que Leo la encuentre antes de que sea demasiado tarde para ella. Maneja mucha información que le he facilitado yo y sé que dará con Clairee antes de lo que imaginamos.

—Eso espero. Es una buena chica y no merece lo que pueda ocurrirle.

—Lo hará —dijo Saulo incorporándose para ir hacia ella—. Ahora deberías ir a descansar un poco, lo necesitas.

Ella se levantó soltando un bostezo que le daba la razón a su pareja y tras darle un beso cálido en los labios, salió rumbo a la habitación.

Mientras tanto, Leo volvía a leer toda la información que le había dado Saulo sobre Vólkov. Tenía una gran cantidad de empresas con las que ganaba mucho dinero, luego estaban sus otros

negocios, relacionados con la mafia: arte, drogas, armas, trata de personas...

A esas alturas del vuelo ya se había quitado la corbata y la dejaba en el asiento de al lado junto con varios papeles que ya se leyó.

La azafata le acababa de traer un botellín de agua fría que casi se había bebido de un trago tras agradecerse.

Siguió leyendo y cuando leyó de nuevo lo que les ocurrían a las chicas, sentía deseos de matarlo según lo viese, pero sabía que debía contenerse si quería encontrar a Clairee.

Apoyó la cabeza en el respaldo a la vez que cerraba los ojos. Tras haber leído la carta de su compañera no pudo evitar recordar momentos de su pasado en los que ella había hecho acto de presencia y en ese momento era cuando comprendía las cosas que hacía.

Se mantuvo callada por el bien de él y de Byanca. Estuvo a su lado cuando descubrió toda la verdad sobre la que había sido su pareja, apoyándolo y comprendiéndolo, pero él no le dio nada a cambio.

Abrió los ojos y sacó la foto para observarla.

Mucho se temía que no iba a encontrar a aquella mujer que se veía en la foto y todo por su culpa. Ella arriesgó todo lo que tenía para vengar una muerte que jamás se había producido.

Nadie sabía lo arrepentido que estaba de haber fingido morir. Solo había conseguido hacer sufrir a dos mujeres. En ese momento sentía que no merecía los sentimientos que ambas tenían por él.

Soltó la foto para apoyar los codos en las rodillas y llevarse las manos a la cabeza con frustración. Por una vez iba a hacer las cosas bien. Salvaría a Clairee y enfrentaría todas las consecuencias de lo que hizo y que la había llevado a aquella situación. La cuestión era ver si ella lo perdonaría por algo semejante porque a pesar de que ya estaba enterada de que vivía, la carta reflejaba bien lo traicionada que se sentía.

Siempre y cuando no muriera en el intento.

La azafata volvió a acercarse a él y le tocó el hombro para llamar su atención.

Leo levantó la mirada hacia la joven rubia que tenía ante sí y sonrió levemente.

—Señor, en unos minutos tocaremos tierra, debería ponerse el cinturón.

—Gracias —dijo Leo mientras obedecía a la azafata.

Guardó todos los papeles en la carpeta que sacó de su equipaje y la foto volvió al sitio donde la había llevado desde el principio de ese vuelo.

Había viajado pocas veces en avión, pero lo que llevaba peor de todo aquello era el aterrizaje. No podía evitar ponerse tenso hasta que la aeronave se detenía del todo.

El comandante de vuelo informó por megafonía que pronto tomarían tierra en Rusia, habían llegado en el tiempo estimado e informaba de cómo estaba el tiempo en la zona.

Cuando aterrizó el avión. Leo se desabrochó el cinturón y cogió su maleta junto con la carpeta.

La azafata abrió la compuerta con una sonrisa.

—Quizás debería ponerse un abrigo, empieza a hacer frío. El señor Graziani nos ha informado de que tiene un coche a su entera disposición y también tiene reserva en uno de los mejores hoteles de Moscú.

Leo asintió y se despidió de la joven, justo cuando acababa de ponerse una chaqueta bien abrigada.

Bajó las escaleras y no muy lejos pudo ver el coche del que le había hablado la azafata. El chófer se acercó para coger su maleta y ponerla en el maletero mientras Leo se metía en el interior antes de acabar congelado por las bajas temperaturas que hacía en el lugar.



Una vez dentro, el chófer se presentó como Ivanov y que se encargaría de llevarlo a donde él quisiera.

—Me gustaría ir al hotel para darme un baño antes de presentarme en la casa de Vólkov.

—Así será, señor Pavoni.

Desde ese mismo instante había pasado a ser Leo Pavoni, heredero de los bienes de esa familia.

## 28.

El vehículo llegó al hotel donde se hospedaría durante el tiempo que durara su misión en Rusia. Entró al edificio fijándose en todos los detalles del lugar y la ostentosa decoración. En recepción dio su nombre ficticio y le dieron la tarjeta de su habitación.

Subió en el ascensor hasta una de las últimas plantas para entrar en la *suite*. Aquello era demasiado para su gusto, demasiada decoración. Él prefería algo sencillo, pero era lo que le había reservado Saulo para hacer gala de su capital adquirido.

Tras dejar las cosas de la maleta en el armario, se dirigió al baño a darse una ducha. Necesitaba un buen descanso para aclarar su mente y pensar una buena estrategia para encontrarse al día siguiente con Vólkov.

Una vez acabada la ducha salió con una toalla alrededor de las caderas y se sentó en la cama. Le echó una mirada a la carpeta que había dejado sobre la colcha, pero acabó ignorándola y recostándose.

Iba a dar un enorme paso para poder rescatar a Clairee y no podía cometer ningún tipo de error. Su historia del familiar que heredó todo de la familia Pavoni debía tener consistencia suficiente para que Vólkov lo creyera a pies juntillas.

En ese momento se preguntaba qué hubiera pasado si él no hubiese decidido fingir su muerte. Quizás nada de esto habría sucedido, pero en aquellos instantes pensó que era la mejor opción para todos. Y lo único que había conseguido era hacer daño a varias personas que sufrieron por su culpa.

Se incorporó y se dirigió a la ventana que daba hacia la calle, donde podía ver cómo la gente hacía su vida normal sin ser consciente de la maldad que habitaba a su alrededor.

Vólkov era un hombre muy querido entre los rusos que desconocían su verdadera identidad. Había dado trabajo a muchísima gente en sus empresas y hacía grandes donaciones donde se necesitaba. No escatimaba en dar dinero a diferentes causas. Una buena manera de tapar sus sucios negocios y blanquear dinero manchado de sangre.

Estaba seguro de que jamás nadie había visto su verdadero rostro, salvo las personas que trabajaban para él y sufrían en sus carnes las terribles torturas. Pensar en ello hizo crecer la rabia en Leo que dio un golpe con el puño a la pared junto a la ventana. Solo de imaginar lo que podría estar haciéndole a Clairee lo ponía enfermo.

Sintió el sonido de su móvil y se apartó de la ventana para cogerlo de sus pantalones.

—Angelo.

—¿Ya estás en Rusia?

—Sí, llegué hace un par de horas. Ahora mismo estoy en el hotel.

—¿Cuándo irás a ver a Vólkov?

En aquellos días en los que recababa información gracias a Saulo, estuvo en contacto con el agente encubierto, contándole todos los avances que había hecho gracias al mafioso y lo que pensaba hacer.

—Mañana voy a ir a su casa.

—¿Has pensado en algo?

—Aún no lo tengo muy claro, Angelo. Va a ser muy complicado ganarme la confianza de Vólkov para que me lleve hasta sus negocios turbios.

—Ofrécele algo que pueda tentarlo, algo que pueda interesarle lo suficiente para que te deje acercarse a él. Sé que es difícil, pero es la mejor opción.

—Lo sé. Lo importante es estar cerca y buscar el momento adecuado de llegar hasta Clairee. —Leo abrió el armario en busca de un pantalón cómodo que ponerse y dejar a un lado los elegantes pantalones de sus trajes—. Me preocupa que pueda ser tarde para ello. Vólkov es demasiado violento.

—Un tipo como él mantendrá su juguete durante una buena temporada hasta que encuentre otro nuevo.

—Eso podría pasar en cualquier momento. Ha pasado tiempo desde que Zanetti la dejó en manos de Vólkov.

—Confiemos en que no sea así.

Leo ya no confiaba en nada. Estaba claro que esos tipos se cansaban pronto de sus juguetes y realmente temía que se hubiese deshecho de Clairee.

Si realmente llegaba a ella... ¿en qué estado la encontraría? ¿Sería demasiado tarde? ¿Habrá roto Vólkov cualquier resistencia por su parte? Miles de preguntas de ese estilo bullían sin cesar en su mente y aquello lo preocupaba más.

Compartió un par de palabras más con Angelo y se despidió de él. Compartir sus sombríos pensamientos podrían hacerlo más real aún y no quería. Iba a encontrar a Clairee antes de que fuese demasiado tarde para ella. Debía ir con ese propósito.

El dolor en su propio cuerpo la despertó de la inconsciencia que la atrapó un rato antes, ni siquiera sabía cuánto llevaba así. El tiempo se había detenido para ella y no tenía noción alguna del paso de este.

Las heridas de su cuerpo no le dejaban realizar cualquier movimiento, por mínimo que fuese.

Quiso incorporarse de la cama en la que se encontraba y los tirones que le daba era un sufrimiento añadido. Con dificultad se incorporó para luego, con paso muy lento, acudir a un pequeño cuarto de baño donde abrió el grifo del lavamanos.

Con movimientos lentos, se mojó la cara. Frente a ella había un espejo que nunca miraba, odiaba en lo que se había convertido y por eso no levantaba la mirada para ver su reflejo, pero ese día, en un momento de debilidad hizo que se incorporase.

Aquella persona que tenía ante sí era la mujer que quedaba de lo que un día fue. Apenas quedaba rastro de la vitalidad que la caracterizaba y que había perdido hacía mucho tiempo.

Tenía el labio partido y en algunas zonas se podía apreciar moratones desde el púrpura más oscuro al color amarillento que quedaba cuando ya estaba curándose. Sus ojos no brillaban como antaño.

Volvió a bajar la mirada para dejar de ver aquel espectro que tenía ante sí y poco a poco se alejó de este volviendo a la habitación. Se sentó en la cama mirando por aquella ventana cubierta de barrotes y por la que entraba la luz de la luna. Aquella noche estaba llena en todo su esplendor, pero ella ya no sabía apreciar esa inusitada belleza.

Todo a su alrededor era destrucción y dolor. Cada minuto de cada día deseaba con fervor que acabaran con su vida de una vez por toda, para ella ya nada tenía sentido y había dejado de luchar por algo que jamás iba a recuperar: la libertad.

Quiso desahogar su pena con lágrimas, pero estas ya no brotaban de sus ojos. Hasta ellas la

habían abandonado a su suerte. Era como un muerto viviente porque así era como se sentía: muerta en vida.

Ojalá alguien acabara con su existencia de una vez por todas, para descansar en paz al fin.

Miró hacia el techo.

—Por favor, que alguien acabe con mi sufrimiento... solo pido eso... nada más...

Volvió a recostarse entre gemidos de dolor y cerró los ojos para dejarse llevar en un sueño que la alejaría del horror en el que vivía, a un lugar donde estaba él, sonriéndole y dándole el amor que ella misma le profesaba. El único sitio donde volvía a ser la que un día fue.

Varios días pasaron desde que se había apostado cerca de la mansión de Vólkov para vigilar todos los movimientos de este. Llegó a la conclusión de que él era el hombre que tenía en su poder a Clairee gracias a la colaboración de un tipo que trabajaba para este.

No había sido así realmente, ya que tuvo que usar métodos poco ortodoxos, pero era la mejor forma de que cantaran como parajitos y él bien que había aprendido a realizarlas, habiéndolas sufrido en sus propias carnes.

Lo sabía incluso antes de que la hermana de Chiara llamara a Eiros para contarle lo que sabía.

Sin poder evitarlo, el recuerdo de aquella joven volvió a su mente como había ocurrido en sus solitarias noches desde que ella volvió a Italia y de la que no sabía nada. Por la que había comenzado a rescatar chicas de diferentes prostíbulos para devolverlas a sus familias.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cabecero del asiento del todoterreno oscuro. No era momento de pensar en ella. Lo que debía hacer era vigilar todo lo que hacía Vólkov, quién entraba y quién salía. De momento todo estaba tranquilo y él parecía estar encerrado en aquella mansión porque ni siquiera salía a atender sus negocios.

¿Tendría a la mujer en la propia casa? Imposible. No tenía sentido. No podía esconderla allí. No sería tan fácil.

Conocía muy bien a Vólkov, en su antigua vida pudo conocer a gente de su calaña y sabía de lo que era capaz un hombre como ese. Aquella mujer no había podido acabar en peores manos que en las de él. Las personas que sufrían bajo su mano quedaban rotas para siempre si no las mataba.

Por eso era importante que no pasara mucho más tiempo porque podría ser muy tarde para ella. Tomó el vaso de café que compró en una cafetería, pero tras dar un sorbo volvió a dejarlo donde estaba, ya que se había enfriado.

Estaba claro que aquella noche no iba a salir de la mansión tampoco, pero no podía alejarse de la zona por si él cambiaba de idea.

El paso de las horas en la soledad de aquel coche hizo que su mente vagara por recuerdos que, aunque no quisiera, formaban parte de él. Un pasado doloroso donde apenas conoció lo que era el cariño, ya que desde muy pequeño había sido entrenado para matar y si no cumplía con su cometido era torturado de las maneras más crueles que uno podía imaginar.

Cerró los puños mientras recordaba todos los sufrimientos que había padecido por no querer hacer lo que le mandaban desde que tan solo era un adolescente de catorce años, aunque llevaba mucho más tiempo en aquel mundo y conocía la crueldad de este. La llevaba grabada en la piel a fuego.

Movido por los recuerdos apenas se dio cuenta de que se hizo de día y que la vida comenzaba de nuevo en la zona. Suerte que tenía los cristales tintados y, aún así, llevaba unas gafas de sol para disimular su aspecto. Era muy probable que ninguno de ellos lo recordara, pero era mejor estar prevenido, hacía mucho tiempo que dejó aquello y se había hecho mercenario que luchaba

contra la mafia rusa.

Bien entrada la mañana vio que un coche de alta gama se detenía ante la puerta de la mansión de Vólkov y de este se bajaba un hombre alto, rubio, elegantemente vestido que se dirigía a la puerta.

Nunca había visto a ese hombre y se preguntó quién sería. ¿Algún nuevo compinche del ruso? Iba a tener que averiguar todo sobre ese hombre que poco después de tocar el timbre entraba en la mansión.

Había dormido poco esa noche a pesar del cansancio que sentía. No dejaba de darle vueltas al plan que tenía en mente, intentado buscar las posibles fisuras que podrían descubrirlo, pero parecía tenerlo todo bien atado y existían muy pocas posibilidades de que su identidad fuera revelada.

Cogió un traje de color gris oscuro junto con una camisa blanca y una corbata oscura. Se vistió y se peinó.

Bajó al comedor del hotel donde se tomó un café solo bien cargado acompañado de unas tostadas. Intentó leer el periódico, pero no entendía el ruso así que desistió de su intento mientras avisaba al hombre que Saulo había contratado para que fuera su chófer.

Rato después apareció uno de los trabajadores del hotel para avisarle de que le esperaba el coche en la entrada, por lo que se incorporó, se colocó la chaqueta del traje y se dirigió al exterior del edificio donde estaba el vehículo y el hombre que lo conducía junto a la puerta trasera que enseguida abrió para que entrara.

Tras un saludo de rigor, Leo entró y se acomodó hasta que Ivanov se metió dentro y puso en marcha el coche.

—A la mansión de Vólkov ¿verdad?

—Eh... sí.

—No se preocupe, señor Pavoni, yo trabajo para el señor Graziani desde Rusia, yo me encargo de sus negocios en este país. Puede confiar en mí.

—Entonces sabrás que mi apellido no es Pavoni.

—Sí. El señor Graziani me ha contado toda la situación y le recomiendo que se ande con mucho ojo cerca de Vólkov. Interprete bien su papel y para ello debe acostumbrarse a oír su nuevo apellido.

—¿Qué sabes de ese hombre?

—Más o menos lo que saben todos los que se mueven dentro de este mundo. Es un hombre despiadado, cruel.

—¿Y qué hace con las mujeres que llegan a sus manos?

El tipo tragó saliva y apretó las manos alrededor del volante, mostrando tensión.

—Ese hombre tiene unos gustos muy peculiares en cuanto al trato a la mujer. Con ellas es con quien muestra su verdadera cara. Quisiera decirle lo contrario, pero todo aquel que conoce a Vólkov mantiene a sus mujeres lejos de él. Las que acaban en su poder tienen un destino poco favorecedor. Espero que no sea muy tarde para la suya, señor Pavoni.

Leo lo miró por unos segundos, las palabras de acento marcado de Ivanov lo dejaron desconcertado durante unos segundos y a punto estuvo de sacarlo de su error, pero prefirió callarse mientras meditaba todo lo que le había dicho hasta que finalmente contestó.

—Yo también lo espero, Ivanov.

El resto del camino se produjo en silencio y más pronto que tarde llegaron a la zona

residencial donde Vólkov tenía su mansión. Ivanov aparcó justo delante de la puerta de esta y Leo se bajó.

Volvió a colocarse la chaqueta, esta vez con las manos sudorosas y con paso lento se dirigió a la puerta donde tocó el timbre y esperó a que abrieran.

## 29.

No tuvo que esperar mucho tiempo antes de que abrieran la puerta. Se topó con un hombre alto, de complexión fuerte, pelo rapado y ojos oscuros como la noche.

Dijo algo en ruso que Leo no supo descifrar por lo que se decidió a hablar en su idioma natal para probar a ver si lo entendía

—Buenos días, soy Leo Pavoni, vengo de Italia y me gustaría hablar con el señor Vólkov.

El tipo frunció el ceño al no comprenderlo y volvió a hablar en ruso. Leo se sintió frustrado, pero entonces sintió la puerta del coche donde había venido y al instante tuvo a Ivanov a su lado que habló con el tipo en ruso, imaginaba que explicándole quién era y qué era lo que hacía allí.

El hombre asintió y volvió dentro.

—Vólkov sí habla italiano ¿verdad? —preguntó Leo a Ivanov.

—Perfectamente. Cuando se va de vacaciones, siempre lo hace a Italia, le encanta vuestro país y tiene muchas relaciones con la mafia italiana.

Leo asintió justo en el momento en el que aparecía el guardaespaldas y con un gesto lo hizo pasar dentro. El policía miró a Ivanov que asintió por lo que siguió al tipo al interior de la mansión.

Lo condujo hasta un despacho que estaba vacío en ese momento. Supuso que tendría que esperar al mafioso allí así que se acomodó en una silla frente a la mesa.

Dio un brinco cuando el tipo cerró la puerta con cierta brusquedad. Aprovechó la ocasión para observar la habitación. Era un despacho común, con sus estanterías llenas de libros que probablemente nadie hubiese tocado en mucho tiempo salvo para limpiarlos, una mesa con sillas cómodas y un poco más allá había un sofá y un pequeño mueble bar. Un enorme ventanal hacía que el lugar fuera suficientemente luminoso.

Había algunas fotos de una mujer con una chica adolescente que imaginó que sería su mujer y su hija.

¿Cómo un hombre teniendo una familia era capaz de hacer daño a otras mujeres para su disfrute personal? ¿Qué clase de enfermo era Vólkov?

—Mi mujer, Olenka, y mi hija, Milenka —dijo una voz con marcado acento a su espalda.

Leo se incorporó rápidamente para encontrarse con un hombre casi tan alto como él, incluso un poco más. De pelo oscuro bien peinado y ojos azules como zafiros. En su mejilla se apreciaba una cicatriz que recorría desde el rabillo del ojo hasta la comisura del labio dándole un aspecto fiero cuando sonreía.

El policía sonrió levemente mientras le tendía la mano para saludarlo.

—Son muy guapas.

—Sí, guapas, pero mi mujer es muy superficial, solo le interesa el dinero, ya sabe usted cómo son las mujeres, pero imagino que no ha venido hasta Rusia para que hablemos de Olenka —dijo mientras se dirigía a su asiento sin dejar de mirarlo.

Ambos hombres se sentaron y se midieron con la mirada.

—Antes que nada, me gustaría presentarme —comenzó a decir Leo—. Soy Leo Pavoni. Imagino que conoce a mi familia. —Vólkov asintió cruzando los dedos—. Bien, entonces se habrá

enterado de lo que le ocurrió a mi querida prima Adriena hace poco. —Intentó mostrar un tono irónico para hacer ver que era un familiar que poco quería a la joven Pavoni.

—Algo he oído, los Pavoni y yo dejamos de hacer negocios hace mucho tiempo, por eso no acudí a Italia para su entierro.

Leo negó con la cabeza.

—Sé que las cosas no acabaron muy bien con mis tíos, pero ellos no eran visionarios. La mafia mueve mucho más dinero que otro tipo de negocios. Por eso estoy aquí.

—¿Vienes a proponerme un negocio?

Leo se acercó un poco más para que lo mirara a los ojos a pesar de que el miedo estaba invadiéndolo por si nada salía como esperaba.

—Quiero ver el nombre de los Pavoni en todo lo alto, quiero superar a Zanetti y a Graziani en este mundo de la mafia.

Vólkov se acarició la barbilla mientras enarcaba una ceja.

—¿Y puedo saber qué pinto yo en esa disputa italiana?

El policía lo miró, era el momento. Todo o nada. Si algo salía mal en lo siguiente que diría, iba a ser su fin.

—Quiero conocer de cerca tus negocios, no quiero conformarme con arte y drogas. Quiero más.

—¿Y qué te hace pensar que tengo otros negocios a parte de los que has nombrado? —La pregunta transmitió frialdad al igual que la mirada que le había echado.

—La mafia rusa maneja mucho más que arte y drogas. Tráfico de armas, tráfico de humanos... sobre todo de mujeres.

Vólkov no se movió durante unos segundos que a Leo se le hicieron eternos antes de que el mafioso soltara una carcajada.

—Veo que vas por todo lo alto, Pavoni. No es fácil entrar en este mundo después de haberlo abandonado como hizo tu familia.

—Lo sé, por eso he acudido a ti.

—Tendrás una dura competencia en Italia con respecto a las mujeres. Zanetti se ha ganado un buen puesto en ese ámbito.

—Estoy enterado de ello, pero, por lo que he podido saber, la policía lo tiene bien vigilado. Corren rumores de que hay una organización mundial de lucha contra el crimen tras sus pasos.

Vólkov lo miró extrañado.

—¿Y tú como sabes todo eso?

—Tengo oídos en todos lados... llevo mucho tiempo preparándome para esto. Mi prima se dejó llevar por la locura y acabó donde acabó. En ese momento recuperaré algo que sabía que me pertenecía por derecho. Era la mejor opción, pero mis tíos solo supieron consentirla y darle todo el imperio Pavoni a ella, dejándonos en ridículo. Ahora que me pertenece, quiero llevar el apellido a su vieja gloria, al lugar que merece.

—Eres ambicioso, Pavoni, me gusta.

Leo se sintió aliviado. Todo estaba saliendo a la perfección. No había nada mejor que un familiar enfadado con la heredera principal de un imperio que dejó caer por sus caprichos de niña mimada. Estaba a un paso de tocar la cima, debía seguir con su papel como hasta ahora.

—Adriena ha insultado el apellido, Vólkov.

—Entiendo. Quizás yo pueda ayudarte con todo esto. ¿Piensas instalarte en Rusia o volverás pronto a Italia?



—No tengo vuelo de regreso...

—Perfecto, entonces dime por dónde quieres empezar y te ayudaré: drogas, arte, armas, mujeres... Debo decirte que, con respecto a ellas, tengo unos gustos particulares. Mis prostíbulos no son convencionales, ya sabes...

Leo asintió mientras en su interior sentía arder la rabia. Era una aberración lo que les hacían a las chicas en contra de su voluntad.

—Sí, lo sé. Tengo bastante curiosidad por ver cómo manejas ese negocio, aunque también me interesan las armas.

—Estupendo. —Vólkov dio una palmada—. Vas a por todas, amigo, eso me gusta mucho, pero hoy no voy a poder enseñarte nada, tengo una reunión importante a la que acudir. Ya te avisaré —dijo mientras se incorporaba y le tendía la mano—. No veremos pronto.

Leo se incorporó también para darle la mano.

—Pero... no sabe dónde me alojo.

—Por eso no te preocupes, no va a ser difícil dar con un italiano aquí en Rusia. Déjame acompañarte a la salida.

Los dos hombres salieron del despacho rumbo a la salida de la mansión. Detrás del coche donde le esperaba Ivanov había otro vehículo que supuso que sería de Vólkov. Una vez al lado de estos, el ruso volvió a darle la mano a Leo diciéndole que pronto volverían a verse, luego cada uno se metió en su coche.

Ivanov miró a Leo que parecía bastante tenso, pero sin decir nada, puso en marcha el vehículo y se alejó de allí. El policía tenía las manos cerradas en puños deseando golpear algo. Apenas una pequeña entrevista con él y ya podía ver la maldad que guardaba en su interior, era un auténtico psicópata que disfrutaba con el dolor ajeno, sobre todo el de las mujeres.

Vólkov aún no se fiaba mucho de él, a pesar de lo que le había dicho, lo que vio en su mirada. Iba a ponerlo a prueba y no estaba seguro de poder pasarla. ¿Cuántas trabas más le pondría el destino para poder rescatar a Clairee?

Cuando llegaron al hotel, se bajó del vehículo tras una rápida despedida y se metió en su habitación dejando salir toda su frustración. Se quitó la corbata de un tirón y la lanzó en algún punto de la estancia, luego se desbrochó un par de botones de la camisa mientras daba vueltas maldiciendo una y otra vez la suerte que había vivido las personas de su alrededor.

Su móvil vibró en el bolsillo de los pantalones, pero no iba a coger la llamada. No quería hablar con nadie en ese momento. Sin pensarlo, se dirigió a la cama y de la mesita que había al lado tomó la fotografía que se trajo con él de la casa de Clairee.

Nadie podía remediar el pasado, pero se juró que iba a cambiar el futuro de su compañera. No iba a dejar que le hicieran más daño. No merecía lo que estaba sufriendo solo por haber querido vengar a alguien que ni siquiera había muerto realmente. Solo él podía subsanar aquel error tan grande que cometió cuando decidió fingir su muerte.

El móvil volvió a vibrar y se decidió a sacarlo para ver quién era, aunque no pensaba contestar a la llamada. Necesitaba encontrar una forma más rápida de dar con Clairee.

Al mirar la pantalla no vio ningún nombre, solo una sucesión de números que no le sonaban de nada. Meditó si cogerlo o no. Antes de que se decidieran a colgar y casi sin pensar, descolgó la llamada.

—¿Diga?

—Leo...

Al reconocer la voz quiso colgar, pero ya no había marcha atrás. Byanca lo había visto en el

aeropuerto justo antes de subir al avión privado de Saulo. Se pasó la mano por la frente y no pudo evitar sonreír levemente.

—Hola, Byanca...

El silencio de los siguientes segundos lo hizo pensar que ella había colgado, pero entonces la oyó decir:

—¿Por qué? Dame una sola razón para hacer lo que hiciste. —La voz de Byanca se oía ahogada de contener las lágrimas.

Leo suspiró.

—Quería que fueras feliz y no ibas a poder serlo si estaba yo en medio.

—Tú y tu maldita costumbre de pensar en lo que es mejor para mí. Leo, tu supuesta muerte me dolió mucho, era como si hubiese perdido una parte de mi corazón. Yo te quiero.

«No como yo quería, Byanca», pensó Leo.

—En ese momento pensé que era la mejor solución, pero parece que he hecho más daño que bien.

—Más del que imaginas. Me hubiese gustado que esta conversación fuese cara a cara, pero Saulo me ha explicado la razón por la que estás en Rusia. Clairee necesita ayuda de verdad.

El policía volvió a suspirar.

—Lo sé, pero no sé cómo voy a llegar hasta ella. Hoy he tenido mi primer contacto con Vólkov y la verdad es que creo que no se fía de mí.

—Encontrarás la manera de llegar a Clairee, eres un gran policía.

—No, Byanca, ya no soy ese hombre. Han cambiado muchas cosas desde entonces, no soy el mismo, he estado a punto de sucumbir a la oscuridad entre las filas de Zanetti.

—Si fueses otro no estarías en Rusia para salvar a tu compañera.

—Se lo debo. Por mi culpa ha acabado aquí. Quiso vengar una muerte que nunca ocurrió. Ella... no se merece un destino así —dijo mientras volvía a coger la foto y la observaba—. Es demasiado bondadosa para sufrir... Se enamoró de un imbécil que jamás supo ver lo maravillosa que era, un hombre que estaba cegado por el amor de otra mujer... Debería haberme odiado...

—No te culpes. En el corazón nadie manda, Leo, ambos lo sabemos bien. Éramos felices hasta que conocí a Saulo. Yo no quise que ocurriera lo que ocurrió, pero mi corazón decidió por mí. No sabes lo que es sentirse la mala del cuento, saber que estabas haciendo daño a un hombre estupendo que no se lo merecía.

—Ella me conocía bien, no tendría que haberse enamorado como lo hizo. Leer sus palabras en una carta ha sido un golpe que no me esperaba. Yo he perdido la capacidad de amar. Sacaré a Clairee de donde quiera que esté y encontrará la manera de ser feliz y olvidarme, si es que no me odia ya.

Leo se incorporó dejando la foto sobre la cama y se asomó a la ventana. En algún rincón de aquella ciudad se encontraba ella. Daría con Clairee, aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

—Date una oportunidad, Leo. Mereces ser feliz. Quizás Clairee te dé lo que yo no supe darte...

El policía sonrió negando.

—Sigues siendo una romántica, Byanca. Yo ya conocí la felicidad contigo.

Por unos segundos miró hacia la cama donde se encontraba la foto. Él ya no podría amar a otra mujer como amó a la *hacker*.

—No te cierres. Estoy segura de que puedes encontrar la felicidad con alguien que esté

dispuesta a dar lo máximo por ti. Puede que sea Clairee o puede que sea otra mujer, pero no dejes pasar la oportunidad de ser feliz, lo mereces. —La sintió sorber y luego la oyó soltar una risita—. Perdona, las hormonas me hacen malas jugadas y últimamente paso mucho tiempo llorando por cualquier cosa.

Leo volvió a sonreír al oírla justificarse por algo que era normal en mujeres en su estado.

—Tranquila. Por cierto, felicidades.

—Gracias. Es un niño.

—Estoy seguro que sacaré tu mal humor mañanero... —dijo Leo de broma para que dejara de llorar.

—¡Eh! Eres un mentiroso... siempre me levantaba fresca como una rosa —dijo ella riendo.

La conversación se alargó bastante tiempo más donde no dejaron de recordar buenos momentos, aunque Leo seguía pensando en las palabras que Byanca sobre buscar su felicidad. ¿La encontraría? Lo dudaba, pero el destino era caprichoso y no sabía qué podía ocurrir con el tiempo.

Mientras pensaba en ello, seguía mirando la foto.

## 30.

Arkadiy había seguido a Vólkov hasta una de las oficinas donde estaban sus negocios legales. Era muy probable que pasara el día allí después de algunos sin aparecer por allí.

La pregunta que rondaba por su cabeza era saber quién era el tipo rubio que había ido a visitarlo. La escena en la entrada de la mansión lo dejó algo confuso, porque parecía que el guardaespaldas de Vólkov no lo entendía y entonces apareció en escena el chófer del rubio.

¿Sería de otro país? Si venía a tratar con el ruso, probablemente fuera de alguna mafia. Los negocios legales no los atendía en su casa. Bien lo sabía él.

Tenía que averiguar quién era ese hombre, quizás él pudiese llevarlo hasta su objetivo antes que estar vigilando en las sombras al mafioso.

Cansado, se dirigió hasta su casa. Llevaba demasiadas horas despierto y necesitaba un buen descanso. Una vez durmiera un poco, investigaría quién era el tipo rubio.

Al llegar, subió las escaleras para dirigirse a su habitación. En el trayecto vio una puerta abierta de uno de los cuartos. La miró durante unos segundos. Hacía meses que no entraba en esa habitación y procuraba siempre mantenerla cerrada para no caer en la tentación.

Sus pasos lo llevaron al interior de aquella habitación. Miró alrededor y se acercó lentamente hasta el baño. Imágenes de ella vinieron a su memoria. El momento en el que quitó el espejo.

Recordó sus gritos desgarradores encogida en el suelo, imagen viva de la desesperación, cómo huyó de él en una esquina mostrando terror por lo que había vivido en aquel burdel de mala muerte donde la maltrataban y violaban sin compasión.

Todos aquellos recuerdos le hicieron apretar los puños con rabia, sobre todo por lo que ocurrió luego. Cómo había fallado en el último momento y se llevaron a Chiara a Italia, pero a las manos equivocadas.

Sabía por Eiros que al final todo había salido bien, pero eso no quitaba el sentimiento de culpa. Volvió a la habitación mientras rememoraba el momento en que le curó las heridas de las muñecas, en el miedo que reflejaba su mirada no queriendo que la tocaran.

No pudiendo soportar aquellas imágenes salió de allí, cerrando de un portazo. No podía volver a pensar en ella.

Los separaban miles de kilómetros y él tenía una misión que cumplir allí. Debía olvidarla y pensar que fue una chica más que salvó de aquellos prostíbulos, nada más.

Se metió en su habitación para luego dirigirse a su propio baño a darse una ducha antes de acostarse a dormir un par de horas antes de ponerse a investigar sobre el tipo rubio que había ido a casa de Vólkov.

Un par de horas más tarde, comprobando que no iba a poder dormir mucho más, ya que sus sueños solo se centraban en ella, se levantó y decidió meterse en su despacho a investigar.

Pasó días buscando en las listas de huéspedes de diferentes hoteles de la zona nombres que no fuesen de origen ruso y se pasó por varios para comprobar si eran la persona que estaba buscando hasta que una tarde, en uno de ellos, lo vio saliendo del ascensor para dirigirse al restaurante.

Probablemente iría a almorzar así que lo dejaría mientras él permanecía en el *hall* a la espera de volverlo a ver para seguirlo e interceptarlo. Seguro que sabía muchas cosas y podría llevarlo

hasta su objetivo.

Se mantuvo a la espera sentado en un cómodo sillón fingiendo leer el periódico. Tiempo durante el cual vio salir a mucha gente que había acabado su almuerzo y se dirigía o bien a sus habitaciones o a la salida del hotel.

Rato después lo vio salir y dirigirse a los ascensores, así que dejó el periódico a un lado y se incorporó para seguirlo. En ese momento estaba él solo esperando, así que tendría tiempo para coger el otro y que no lo descubriese antes de tiempo.

Si la información era correcta, se alojaba en una de las *suites* del hotel, así que una vez en el piso correcto iría allí y le daría un buen susto. Seguro que se le quitaban las ganas de juntarse con sádicos mafiosos como Vólkov.

Cuando el tipo se subió en el ascensor, él llamó al otro que no tardó mucho en llegar.

Arkadiy miró la pantalla donde iban apareciendo los números de las plantas con impaciencia hasta que el timbre y la apertura de las puertas le indicó que estaba en la correcta.

Antes de salir miró alrededor para ver dónde se encontraban las cámaras de seguridad. Se palpó el lugar donde llevaba oculta el arma y se dirigió con paso pausado hasta la habitación.

Tocó la puerta una vez estuvo frente a ella mientras sujetaba la pistola con la mano libre por debajo de la chaqueta de cuero que llevaba.

—Servicio de habitaciones —dijo Arkadiy.

Pocos segundos después se abrió la puerta y vio aparecer al tipo con cara de confusión mientras decía:

—Yo no he llamado al servicio de habitaciones —murmuró confuso en italiano.

Arkadiy lo empujó al interior a la vez que sacaba su arma y cerraba la puerta con el pie de un golpe.

—Ni falta que te va a hacer, hijo de puta —espetó apuntándole a la cabeza.

Aquella intrusión sorprendió a Leo que había vuelto a su habitación para prepararse para un encuentro con Vólkov donde lo llevaría a uno de sus prostíbulos, o eso creía y así conocer cómo funcionaban sus negocios.

No tuvo tiempo de reaccionar para coger su arma que mantenía escondida, pero debía defenderse. Se veía un rival fuerte.

Intentó agarrar la mano que sujetaba el arma, pero su contrincante adivinó sus movimientos y logró esquivarlo.

—Ni se te ocurra —dijo el tipo moreno con la rabia reflejada en sus ojos.

—¿Quién eres? ¿Quién te envía? —preguntó Leo temiéndose que Vólkov hubiese descubierto su tapadera.

—Quien soy no te interesa, pero a mí sí me interesa saber quién eres tú y por qué te relacionas con Vólkov. ¿Eres el hijo de puta que secuestra a las chicas y las manda a este país para ser vejadas y violadas?

Esta vez apoyó el arma sobre la frente de Leo que lo miró incrédulo por sus palabras.

—¿Qué? ¡No!

Leo logró apartarse.

—¿No? ¿Entonces que hacías hace unos días en la casa de Vólkov?

El policía sopesó sus opciones: si contaba la verdad podría librarse de ese tipo y si no lo hacía... probablemente lo mataría de un certero disparo en la cabeza, como parecía ser su intención.

—Maldita sea —maldijo Leo.

—¡Habla!

—¡No! ¡No soy quien piensas y si estoy aquí es para rescatar a una persona de las manos de Vólkov! —El tipo parpadeó un par de veces y bajó el arma, haciendo suspirar a Leo con alivio—. La secuestraron por mi culpa y he venido para salvarla. He tenido que hacerme pasar por alguien que no soy para poder acercarme a ese hijo de puta —dijo Leo mientras apretaba los puños para luego mirarlo—. Ahora dime quién eres tú y no intentes engañarme que puedo saber si mientes o no.

Ambos se desafiaron con la mirada, ninguno se fiaba del otro. Leo lo vio enarcar una ceja ante las últimas palabras que él había dicho.

—Dudo que puedas descubrir si miento o no —dijo el tipo—. Soy Arkadiy y he sido contratado para salvar a una mujer de las garras de ese malnacido de Vólkov.

Leo tuvo un presentimiento al oír las palabras de Arkadiy. ¿Estaría él también buscando a Clairee? Pero ¿quién podría haberlo contratado? No, aquello no podía ser una coincidencia, a lo mejor él buscaba a otra mujer.

Le dio la espalda durante unos segundos, asimilando la información. ¿Habría sido Pablo? Sí, seguro que había sido él, pero ¿cómo logró contactar con este hombre?

Se giró de nuevo hacia él.

—¿Cómo se llama la mujer que buscas? —preguntó mientras sacaba la foto del interior de su chaqueta que ya comenzaba a presentar un aspecto estropeado de tanto manosearla y se la mostró—. ¿Es esta a la que tienes que rescatar?

Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos mientras el moreno asentía.

—La misma —dijo Arkadiy.

—Es ella a la que yo busco, también.

Los dos se quedaron callados durante unos segundos sin saber qué decir. Estaban buscando a la misma mujer y se habían encontrado en el camino por una serie de casualidades.

Leo volvió a guardar la foto mientras se dirigía a la ventana.

—¿Cómo has averiguado dónde me hospedo? Y ¿cómo sabías que me había encontrado con Vólkov?

—Llevo un tiempo vigilándolo. Mis investigaciones me llevaron hasta él como el hombre que tiene a esa mujer y vi cuando fuiste a su mansión. El resto ha sido un trabajo de días que me ha traído hasta aquí.

—Pensaste que era uno de ellos.

—Bastante lógico si te veo yendo a la casa de uno de los mayores mafiosos de Rusia.

El policía se rio ante aquellas palabras. Si realmente supiera quién es...

Arkadiy lo miró con una ceja enarcada. No sabía si se estaba riendo de él o se había vuelto loco.

—En Italia yo era policía, igual que Clairee. Fingí mi muerte y ella quiso vengarse de Fabrizio Zanetti, el tipo que secuestra a las mujeres para mandarlas a este país, pero él descubrió su engaño y se la entregó a Vólkov. Ni siquiera estoy usando mi apellido real, simplemente estoy fingiendo ser un familiar de una chica que murió hace poco y cuya familia era rica a rabiar. Todo por acercarme a ese tío y que me lleve hasta ella.

El ruso oyó la historia de Leo sin decir nada. Había algunos detalles que no le aclararon cuando contrataron sus servicios por medio de Eiros, pero que carecían de importancia en ese momento. Ese hombre buscaba a la misma mujer que él estaba buscando y parecía haber llegado

mucho más lejos al poder entrar en su mansión.

—Hay algo que no entiendo... ¿por qué fingiste tu muerte? Hay algo que no me cuadra en todo esto.

Leo se giró hacia él.

—Es una larga historia que ahora mismo no creo que sea necesario contar, digamos que quise hacer un bien y la he cagado hasta el fondo porque he hecho sufrir a muchas personas, entre ellas a Clairee.

Arkadiy se rascó la nuca. Era una situación bastante extraña. Rara vez erraba en sus suposiciones y con él había fallado de lleno. Ahora mismo se hallaba en un callejón sin salida porque ya no sabía por dónde tirar, a no ser que ese hombre tuviese algo que los ayudara...

—Yo he estado salvando chicas de diferentes prostíbulos después de salvar a una para lo que me contrataron y la verdad que he logrado ayudar a muchas, pero Vólkov lo tiene todo tan bien atado que no he logrado llegar hasta él como hubiese querido. No tengo forma de acercarme y saber algo sobre esa mujer.

—Es muy complicado, desde Italia no había logrado apenas información salvo la que me dio alguien de confianza. Lo tiene todo bien atado. Me ha costado muchísimo saber cómo funciona todo el entramado de negocios tanto legales como ilegales.

Arkadiy asintió. Ese hombre venía bien preparado desde Italia.

—¿Hay alguna manera de que puedas acercarte lo suficiente a él como para poder llegar hasta ella?

—Justamente hoy tengo un encuentro con Vólkov. Me va a llevar a uno de sus prostíbulos o eso es lo que creo que hará. La verdad es que no me aseguró que me fuera a llevar a uno.

—Tendrás que estar preparado para lo que pueda ocurrir.

—Lo sé, voy armado.

—No me refiero a eso. Vólkov no es tonto y si ve que pones mucho interés podría llegar a sospechar algo raro, lo que le llevaría a descubrirte y no podemos dejar que eso ocurra. Ahora mismo eres la mejor baza que tenemos para poder encontrarla. —Arkadiy señaló la foto que Leo había guardado—. ¿A qué hora tienes que encontrarte con él?

—Esta noche.

—¿Te dijo dónde?

Leo negó.

—Me pidió que fuera directamente a su casa, que iríamos juntos.

Arkadiy meditó las palabras del policía.

—Es listo. No quiere que alguien ajeno sepa lo que maneja, por lo tanto, tu chófer estaría descartado de la ecuación, ya que no puede llevarte a donde Vólkov tiene pensado.

—Sí. No tengo opción alguna de contar con un cómplice en esto.

El ruso empezó a dar vueltas por la habitación sin dejar de sopesar diferentes opciones.

—Necesitamos un sistema de escucha y uno de grabación para que lleves encima en tu encuentro con Vólkov.

El policía enarcó una ceja cuando le oyó decir aquello a Arkadiy y luego soltó una carcajada.

—¿De verdad crees que podemos conseguir algo así en tan poco tiempo? Estás loco.

Arkadiy cruzó los brazos viendo como el otro lo miraba con burla.

—Puedo conseguir eso en menos tiempo del que piensas.

—No te creo...

El ruso se encogió de hombros y cogió su móvil para llamar a alguien.

—Eiros... necesito tu ayuda.



## 31.

A pesar de estar acostumbrado a llevar aquellos aparatos encima cuando trabajaba de policía, era la primera vez que estaba nervioso. Vólkov era alguien a quien temer y no se trataba de un juego de niños lo que estaba a punto de hacer.

Encima llevaba un micrófono colocado disimuladamente bajo su camisa y en uno de los botones incorporaron una cámara bien camuflada. Tenía habilitada la última tecnología conocida hasta ahora en ese mundo y estaba realmente sorprendido.

En uno de los oídos llevaba un pinganillo que apenas se notaba y por el que podía oír a ese ruso que hacía tan solo unas horas había intentado matarlo.

—¿Estás seguro de que nadie va a descubrir todo esto?

—Confía en Eiros, es un buen especialista en este tipo de tecnología —oyó Leo a través del pinganillo.

Quería creerlo, pero era bastante reticente. Cuando vio al tipo aparecer en la habitación con un maletín de donde empezó a sacar cosas como un portátil y varios aparatos más se temió que iba a ser complicado, pero había sido muy eficiente y todo parecía estar bien disimulado, aunque él mismo dudara de ello.

—Llevo años perfeccionando estos aparatos, tenía muchas ganas de probarlos... —dijo Eiros con voz entusiasmada.

Leo parpadeó.

—Un momento... ¿es la primera vez que se usa?

—Eso que llevas sí, con Arkadiy he probado otros prototipos más llamativos, pero no han funcionado como esperaba.

—Esto va a salir mal...

Ivanov, que conducía en silencio, miraba hacia Leo que parecía hablar solo, pero estaba informado de lo ocurrido y casi se sintió aliviado de que no fuese solo sin algún tipo de ayuda. Todos en ese país sabían quién era Vólkov y con él no se podía jugar y era muy probable que el italiano hubiese cometido algún error que podría ser fatal.

—Confía en mí, te prometo que nadie se dará cuenta de que llevas eso encima. ¿Podrías mover un poco el botón para enfocar la imagen? —Leo movió el botón con muchísimo cuidado por si lo rompía—. Eso es. Perfecto. Intenta no tocarlo cuando estés ante Vólkov, podrías delatarte sin darte cuenta.

—Lo tendré en cuenta.

El coche se detuvo y Leo miró al exterior. Se encontraba ante la casa del mafioso. Cada vez estaba más cerca de su objetivo. Inspiró hondo antes de que le abrieran la puerta.

—Mucha suerte, señor —dijo Ivanov esperando a que él saliera.

—Gracias, Ivanov. Vuelve al hotel y si ocurre cualquier cosa, te avisarán ¿entendido?

El chófer asintió y esperó a que Leo tocara en la puerta.

Este se colocó la chaqueta en lo que esperaba a que le abrieran, miró a Ivanov una última vez y asintió para que se marchara. Sintió que abrían y volvió la vista hacia la casa donde lo recibió el mismo tipo de la primera vez.

Sin decirle nada, lo instó a pasar y lo acompañó hasta el piso superior, a la habitación de Vólkov, donde este se terminaba de vestir, colocándose la corbata.

—Has llegado pronto, Pavoni —dijo el ruso dándose la vuelta sonriendo.

—Odio los retrasos y prefiero llegar con tiempo.

Vólkov asintió.

—Yo también odio los retrasos. Termino de anudarme la corbata y nos vamos.

Terminó de atársela y se giró abriendo los brazos como esperando algún tipo de aprobación que no pidió. Simplemente se dirigió a la puerta de la habitación y Leo lo siguió.

—Ese hombre tiene un gran ego —dijo Eiros a través del pinganillo.

—No te lo puedes ni imaginar —respondió Arkadiy—. Su ego es casi tan grande como su maldad.

Leo oía toda la conversación a través del aparato que llevaba en el oído y quiso participar, pero se descubriría. Solo esperaba que no hablaran más que lo justo y necesario porque no tenía ganas de ser descubierto.

Ambos hombres bajaron las escaleras y luego salieron de la casa para subirse en un amplio todoterreno. El primer tramo se hizo en absoluto silencio, pero de repente, Vólkov empezó a hablar.

—Como ya te dije la última vez que nos vimos, mis negocios se salen fuera de lo común, al menos en lo referente a las mujeres. Tengo gustos peculiares y como mi mujer es una frígida, tengo que buscar el placer de otra manera.

—Sí, violando a chicas inocentes... —susurró Arkadiy con rabia contenida por el pinganillo.

—Yo tampoco soy muy convencional —fingió Leo—. Así que es posible que compartamos gustos.

—Eso suena muy interesante. Ya verás, tengo un amplio surtido para elegir a la que más quieras si te apetece.

—Primero los negocios, luego el placer.

Vólkov rio ante la afirmación de Leo y el palmeó la espalda, provocando que este casi se ahogara.

—Ya veremos cuando veas a mis chicas si prefieres el negocio al placer.

El policía intentó grabar la zona por la que pasaba evitando que el cinturón tapara el objetivo del botón mientras Arkadiy y Eiros intentaban ubicarlo con el dispositivo GPS implantado en la cámara.

—Se dirige a los bajos fondos de Moscú. Algo que ya sabíamos, pero ahora sabremos dónde esconde sus locales. —La voz de Arkadiy transmitía impaciencia.

Si era cierto lo que le contó y había salvado a muchas chicas, ¿cuánto habría visto? ¿En qué condiciones encontraría a todas esas jóvenes? ¿Estarían igual que Chiara? ¿Rotas?

De repente cayó en la cuenta de algo. Arkadiy le había dicho que fue contratado para salvar a una chica y después vinieron todas las demás. ¿Acaso él fue quien había rescatado a la hermana de Byanca?

Si salía de esa reunión le preguntaría.

De repente el todoterreno se detuvo y Leo miró al exterior. Se veía un edificio normal de una altura de dos pisos. Enarcó una ceja pensando que aquello era una jodida broma, pero entonces miró a Vólkov.

—¿Hemos llegado?

El ruso asintió y se bajó del vehículo.

—Solo unos pocos privilegiados tienen acceso a este edificio, es muy exclusivo y lo tengo bien disimulado para que nadie que pase por aquí sepa qué es.

—Interesante.

Aquella información era muy importante para el trabajo de Arkadiy para poder salvar a las chicas que estuviesen ahí encerradas.

—El edificio está totalmente insonorizado, casi podría pasar por una fábrica y así es como pretendo que siga siendo. Este negocio puede ser muy beneficioso, pero en malas manos puede llevarte a la cárcel antes de que puedas decir *matryoshka*. Solo se puede entrar con una contraseña que disponen los socios. Sígueme, hoy vas a ser mi invitado.

Ambos se dirigieron a la puerta y Vólkov pulsó el telefonillo que había junto a la puerta. Desde el otro lado se oyó cómo descolgaban y el ruso se pegó al micrófono para decir la contraseña.

—*Master pribyl.*<sup>[1]</sup>

—Maldito hijo de perra —dijo Arkadiy.

—¿El amo ha llegado? —preguntó Eiros.

—Sí —afirmó el ruso.

Leo abrió la puerta intentando quedarse con la conversación de los dos que estaban tras el pinganillo, a la vez que observaba los movimientos de Vólkov, al cual le abrieron la puerta y entró haciendo que lo siguiera al interior.

Una vez traspasaron el umbral Leo se estremeció al oír el sonido de un latigazo y un lamento agudo.

—Vaya, parece que esta noche tenemos espectáculo. —Vólkov se frotó las manos—. Vamos, seguro que disfrutas tanto como yo de esto.

Se dirigieron al interior y lo que vio el policía lo dejó helado. En el centro de la sala de paredes oscuras había una joven encadenada al techo prácticamente desnuda recibiendo latigazos por parte de un hombre que parecía ensañado con ella.

Cuando vio que el tipo lanzaba el látigo contra la piel de la chica, quiso apartar la mirada, pero si lo hacía, Vólkov podría darse cuenta y descubriría s tapadera.

—¡Hijos de puta!

La exclamación de Arkadiy reafirmaban su propio pensamiento. Aquellos tipos eran unos completos sádicos que buscaban el placer en dolor de alguien que no puede defenderse.

Cerró las manos en puños al pensar que Clairee estaba sufriendo ese mismo trato en manos de Vólkov.

—Maravilloso —dijo el mafioso con una enorme sonrisa en el rostro.

Leo sintió deseos de vomitar. No podía seguir viendo ese dantesco espectáculo, pero ¿qué podía hacer? No hacer nada para ayudar a esa pobre muchacha lo estaba consumiendo por dentro y ni siquiera tenía su arma para matar al tipo que la golpeaba sin piedad alguna.

Ya se podía ver pequeñas heridas producidas por el látigo y ella había dejado de gritar, parecía haber perdido el conocimiento.

—Cada vez tienen menos aguante —se quejó Vólkov cruzando los brazos—. En fin, vamos a mi despacho a hacer negocios. Me gustaría acabar cuanto antes, esa perra me ha dejado caliente y tengo a mi zorra esperando.

A Leo se le contrajo el estómago al pensar que podría estar hablando de Clairee. ¿Por qué había sido tan estúpido de seguir el consejo de Arkadiy y no llevar su arma? Ahora mismo hubiera

tenido una oportunidad de oro para pegarle un tiro en la cabeza después de que le confesara dónde tenía a su compañera.

Siguió a Vólkov fuera de aquel lugar hasta un largo pasillo que lo llevaba a su despacho personal. Entraron en silencio y el ruso se acomodó en su asiento mientras instaba a Leo a sentarse ante él.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? No has dicho nada desde que entramos.

¿Todavía quería que le dijera algo? Si soltaba lo que estaba pensando iba a ser su final.

—No te quedes callado, Leo —dijo Arkadiy—. Sé lo que estás sintiendo, yo también lo siento, pero no podemos dejar que te descubra, eres la única esperanza que tenemos de encontrarla y de salvar a chicas como la que acabas de ver. Vamos, di algo.

Leo tomó aire tratando de serenarse y mostró una falsa sonrisa.

—Un espectáculo digno, aunque me supo a poco. —Sintió arcadas al tener que decir algo semejante.

—Lo sé, si hubiésemos llegado un rato antes podríamos haber visto más, pero ya habrá tiempo de ver otros. ¿Cuánto tiempo pensabas quedarte por aquí?

—El suficiente como para estar seguro de que nuestros negocios serán fructíferos, no quiero irme y dejar las cosas a medias.

—Bien. Entonces hablemos de negocios. ¿Qué quieres exactamente?

—Como puedo suponer, esas chicas que tienes vienen de parte de Fabrizio Zanetti. —Vólkov enarcó una ceja—. Está siendo vigilado de cerca, así que tiene muy complicado hacerte llegar mercancía nueva. Yo puedo ofrecerte una mucho mejor que la que él podría darte y tengo las espaldas bien cubiertas.

—Que Zanetti esté en el punto de mira de las autoridades es un riesgo para los que hacemos negocios con él.

—Exacto. Por eso te ofrezco hacer un negocio conmigo no solo con las mujeres, también puedo conseguirte armas y droga de la mejor calidad.

Vólkov se recostó en su silla mientras meditaba las palabras de Leo.

—Eres ambicioso, chico, pero creo que no tienes la suficiente experiencia como la puede tener Zanetti.

—Es posible, pero todo es empezar y yo te puedo ofrecer lo mejor. Tengo bajo mi mano a mucha gente influyente: policías, políticos, empresarios... personas tan corruptas que se dejan comprar por un par de miles de euros. Zanetti tuvo a un policía bajo su mando al que descubrieron y ahora está pagando una pena, pero yo te hablo de comisarios, altos cargos... nadie descubrirá jamás nuestros negocios, Vólkov. Piénsalo. Tendremos libertad para hacer lo que nos plazca que nadie irá a por nosotros.

—Es tentador. Dices que tienes altos cargos bajo tu mano, ¿cómo es que no has entrado antes en este negocio?

—Mi prima, como ya te dije, era la heredera de la fortuna Pavoni, yo tenía mi propio dinero, pero nunca llegaría al nivel de la herencia de mis tíos. Ahora que todo me pertenece quiero hacer negocios contigo.

Vólkov se mantuvo en silencio durante un par de minutos que a Leo se le hicieron eternos. ¿Estaría pensando darle el sí que tanto ansiaba o simplemente lo descartaría? Por un momento deseó que fuese la respuesta que esperaba, la que le acercaría hasta Clairee. Nada podía salir mal.

Vio al ruso apoyar los codos sobre la mesa con una sonrisa.

—Hagamos un trato... si lo cumples, estaré dispuesto a hacer negocios contigo.

—¿Y si no...?

—Ya veremos. Estoy seguro de que lo cumplirás si es lo que tanto anhelas, Pavoni.

Leo tragó saliva, era arriesgado, pero ¿qué otra opción tenía?

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—Ahora mismo tengo en mi poder a una mujer que pertenecía a la policía de Florencia, según tengo entendido... —Leo apretó los puños—. Si me consigues algo mejor que ella, estoy dispuesto a hacer un trato contigo. ¿Qué te parece?

—Es peligroso, Leo, no podemos hacer algo semejante.

Pero el policía no escuchó lo que le acababa de decir Arkadiy, solo podía pensar en rescatar a Clairee cuanto antes y sabía que algo se le ocurriría para poder conseguirlo.

—Perfecto. Me parece una idea estupenda.

## 32.

—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando? —preguntó Arkadiy nada más ver entrar a Leo en la habitación—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo semejante? ¿Estás loco?

Leo se sacó el pinganillo para luego quitarse la chaqueta y la camisa que llevaba sin decir palabra. Aún estaba asimilando lo que acababa de hacer, no necesitaba que el ruso le recordara lo que había ocurrido hacía tan solo un rato.

Se quitó el micrófono que había llevado pegado al cuerpo y lo dejó sobre la mesa donde aún trabajaba Eiros en su ordenador o al menos fingía hacerlo.

—Maldita sea, Leo, la has cagado, pero bien. Te dije que no lo hicieras.

—¿Te crees que no lo sé? Maldita sea, solo puedo pensar en rescatar a Clairee, es mi único pensamiento, por eso acepté.

—¡Has precipitado las cosas! ¿Qué piensas hacer ahora?

—¡No lo sé! —Leo se pasó las manos por el pelo con frustración.

No había pensado con claridad, no hacía falta que Arkadiy se lo recordase. Él mismo reconocía que había metido la pata hasta el fondo. Tenía que encontrar una solución al enorme problema en el que se encontraba.

Dio un par de vueltas por la habitación intentando pensar en algo mientras Eiros seguía con la mirada fija en la pantalla de su portátil y Arkadiy se asomaba a la ventana.

Entonces vino a la mente de Leo los pensamientos que había tenido durante el camino hacia el local de Vólkov, por lo que detuvo su marcha y miró al ruso.

—La chica a la que salvaste... se llamaba Chiara ¿verdad?

Lo vio ponerse tenso y, en ese momento, supo que fue él quien lo había hecho.

Arkadiy se giró hacia él.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Me hiciste pensar cuando hablamos antes y conocí a la chica mientras trabajaba de policía. Había sido secuestrada por Fabrizio Zanetti, un mafioso italiano y cuando su hermana intentó salvarla, le pidió que me buscara. Su hermana fue mi pareja antes de que conociera a Saulo Graziani.

Eiros levantó la vista con sorpresa.

—¿Eres el famoso policía que salía con Byanca?

Leo estaba tan perplejo como el propio Eiros.

—¿Conoces a Byanca?

—Estudiamos juntos y fue ella quien me pidió ayuda para encontrar a Chiara, yo fui quien contactó con Arkadiy. No pensé que fuera a encontrarme contigo aquí. Yo pensaba que estabas muerto, al menos eso fue lo último que me dijo Byanca.

—Es una larga historia de contar, digamos que fingí mi muerte para trabajar en una organización a nivel mundial que lucha contra el crimen organizado, pero muchas cosas han cambiado desde que eso ocurrió.

»Cuando Arkadiy me contó que había salvado a una chica antes de salvar a muchas más, pensé en Chiara y supuse que por ella fue por la que comenzó a hacer lo que está haciendo.

Miró a Arkadiy que había vuelto a girarse hacia la ventana, aunque podía ver su perfil algo menos tenso, pero podía ver algo en su mirada. Parecía tener la mente puesta en otro sitio... ¿acaso estaba pensando en la joven?

—Se siente culpable por no haber completado la misión con éxito a pesar de que todo acabara bien... —dijo Eiros por lo bajo—. Nos tendieron una emboscada y se llevaron a la hermana de Byanca dejándonos a nosotros fuera de combate...

—Entiendo. ¿Puedo saber quién lo contrató para rescatar a Clairee?

—Contactó con nosotros un tal Pablo. Byanca le había pasado nuestros números y nos pidió que la encontráramos.

—Me lo imaginaba. Supongo que estará tan preocupado como yo por ella. Es una buena mujer y no se merece estar en manos de ese depravado.

—Ni ella ni ninguna —dijo Arkadiy sin volverse.

El policía asintió.

—Cierto, ninguna mujer se merece estar encerrada contra su voluntad y siendo violada sin descanso.

La habitación se sumió en el silencio más absoluto, roto solo por el sonido de Eiros al sentarse y seguir trabajando en su portátil. Ese momento lo aprovechó Leo para ir al baño a darse un baño y cambiarse de ropa.

Mientras se duchaba vino a su mente lo que había visto en aquel local y no pudo evitar estremecerse a pesar de que el agua estaba caliente. Lo que hacían con aquellas chicas era una abominación.

Vólkov le había asegurado que él tenía en su poder a una policía italiana y él le había prometido que encontraría algo mejor que ella, pero ¿quién podría ocupar su papel?

El agua caía sobre su espalda mientras se apoyaba en la pared sin dejar de darle vueltas a la cabeza hasta que, de repente, una idea le vino a la mente. Cerró el grifo para coger la toalla y secarse lo suficiente para no mojar el piso y resbalar. Se envolvió luego la toalla a la cintura y salió del baño.

—¡Su hija! —exclamó mirando a los dos hombres que aún no se habían ido, parecían estar enfrascados en el mapa de la zona donde estaba el local.

Arkadiy se incorporó para mirarlo con una ceja enarcada.

—¿Qué dices?

—Vólkov tiene una hija, podemos secuestrarla y hacer un intercambio por Clairee.

—No.

Leo enarcó una ceja cuando recibió la negativa.

—¿No?

—Es una locura. Esa chica está rodeada de guardaespaldas. Es imposible hacerlo.

—Alguna forma habrá, tiene que haberla. Es la mejor solución a lo que me ha pedido Vólkov.

—Te metiste en un lío tú solito, busca la manera de cumplir su petición. Te advertí que no lo hicieras, que era peligroso, pero no me hiciste caso. No podemos secuestrar a esa chica.

Arkadiy dio por terminada la conversación. No podía arriesgarse tanto. Si Vólkov descubría quién había sido, preferiría estar muerto antes que pasar por sus manos.

—Muy bien, si no quieres ayudarme en esto lo haré por mi cuenta —dijo Leo pasando por su lado para ir al armario a coger su ropa y vestirse.

—Te matarán antes de que le toques un solo pelo.

—Al menos estoy dispuesto a intentar algo para sacar a Clairee del infierno por el que está

pasando.

Cogió unos vaqueros y una camiseta que había llevado junto a su ropa elegante y se la puso. Iba a empezar su empresa de conocer todos los movimientos de la hija de Vólkov. Era la última oportunidad que podría tener de salvar a Clairee.

Arkadiy lo vio y maldijo por lo bajo.

Justo cuando vio que iba a salir, lo agarró del brazo.

—No puedo permitir que hagas semejante locura. Si realmente quieres hacer algo así, lo mejor es hacerlo bien y lo haremos desde mi casa, recoge tus cosas para que pagues tu estancia. Te trasladarás ahora mismo.

Leo lo miró con muchas preguntas en la mente, pero si lo iba a ayudar, no iba a hacer ninguna, simplemente obedeció.

Preparó la maleta con todo lo que había llevado mientras Eiros y Arkadiy recogían todo el material informático que el primero había llevado.

Una vez listos, el ruso lo miró.

—Saldremos nosotros primero, deja que pasen unos diez minutos más o menos. Estaremos en el *hall*. Bajas y entregas la llave, luego sales del hotel. Nosotros te seguiremos y nos dirigiremos a mi coche ¿entendido?

Leo asintió y los vio salir a ambos en silencio.

Dio un par de vueltas por la habitación hasta que se cumplió el plazo de tiempo que le había dado Arkadiy. Cogió su maleta y salió de la habitación rumbo al ascensor.

Una vez abajo, miró a su alrededor hasta ver a los dos tipos no muy lejos de la recepción, listos para salir cuanto antes de aquel lugar.

Sin dirigirle apenas una mirada, se movió hasta la recepción donde hizo las gestiones pertinentes para dejar el hotel y una vez listo, salió del edificio. Apenas unos segundos después, salieron Arkadiy y Eiros dirigiéndose los tres a donde el ruso tenía su coche aparcado.

Se metieron dentro para poner rumbo a la casa de Arkadiy.

Durante el trayecto ninguno dijo nada. Lo hablarían todo cuando estuviesen en terreno seguro. El ruso miraba por los retrovisores por si alguien sospechoso los seguía, pero parecía que nada de eso ocurría. Vólkov estaba confiando demasiado en Leo y eso no solía suceder a menudo.

Tan mal no había podido hacerlo si ni siquiera enviaba a alguien para vigilarlo o simplemente estaba tan entretenido con sus negocios que piensa que no podrá hacerle nada. Ese hombre era imprevisible.

Cuando llegaron a la casa, decidió que se reunirían en el salón. Se dirigió a un aparador donde tenía varias botellas y tomó una de vodka para servírsela en un vaso tras haber invitado a los otros dos que se negaron.

—Si queremos secuestrar a esa chica, vamos a necesitar tiempo... está rodeada de guardaespaldas.

—Primero tenemos que conocer todo sobre ella, sus rutinas diarias, dónde va, qué hace... —enumeró Leo pensando.

—Es fácil decirlo, pero solo somos dos, Eiros se encarga de la parte logística en esta misión. Va a ser muy complicado lograr algo solo nosotros. La mafia está bien organizada... —Se bebió el contenido de su vaso de un solo trago.

—¿Cuántos guardaespaldas pueden acompañarla cuando sale? —preguntó Leo.

—Es muy probable que lleve un vasto grupo de ellos. Aquí todos conocen bien a Vólkov y la protección para él y su familia es esencial.



—Es una imagen... No se le ve especialmente unido a su mujer y a su hija.

—¿Crees que cambiaría a su hija por esa mujer? Si no está muy unido a ella... —preguntó Eiros dubitativo.

—Lo hará por lo que puedan decir en la prensa si llegara a saberse, tiene una imagen que mantener... —meditó Arkadiy, que, en el fondo, sabía que no era una mala idea, pero era sumamente arriesgada—. Va a ser muy complicado pillar a esa chica sola, es solo una adolescente a la que su padre le da todo lo que quiere para tenerla contenta, pero siempre está protegida.

—Si es como las adolescentes italianas, saldrá de fiesta los fines de semanas... —Leo miró al ruso.

—No sabría contestarte a esa cuestión si es lo que pretendes. Es menor de edad aún.

Leo enarcó una ceja.

—Eso no le va a impedir ir a una discoteca un viernes o un sábado por la noche. Es muy fácil conseguir un carnet falso.

—Pero a ella la conocen en todos lados. No puede engañar a los porteros de las discotecas.

—Puede disfrazarse —Eiros apartó la mirada de su móvil y los otros dos también lo miraron—. ¿Qué? Perfectamente puede ponerse una peluca y alguna otra cosa para pasar por otra chica. Una vez dentro se deshace de todo eso.

—Es muy retorcido —murmuró Arkadiy.

—Pero no imposible. No suena muy descabellado que una joven como ella haga algo así. Es una adolescente que quiere ser libre durante un par de horas, ser como los demás. Todos sabemos lo difícil que es esa edad —dijo Leo.

Arkadiy lo miró sin decir nada. ¿Adolescencia? Esa época para él solo había significado miedo y dolor. Nunca pudo ser un chico como los demás. Ni siquiera sabía qué era ser un adolescente normal.

Se levantó para prepararse otra copa bajo la atenta mirada de Leo que al ver la expresión del ruso supo que había dicho algo fuera de lugar. Era algo que ya no podía reparar, era su última baza. Solo haciendo aquello podría lograr su objetivo.

—¿Qué dices, Arkadiy? ¿Lo hacemos? —preguntó sin dejar de mirarlo, aunque el ruso estaba de espaldas a él.

Lo sintió inspirar hondo antes de beberse de un solo trago el contenido de su vaso otra vez.

—Esto no va a ser cosa de un día o dos, no podemos ir ahora a buscarla, tendremos que idear un buen plan de ataque —dijo sin volverse—. No puede haber ningún tipo de fisura si queremos que salga perfecto.

—Lo sé.

—Entonces, lo mejor es descansar y dejar para mañana el trabajo.

Leo asintió sabiendo que no iba a obtener nada por el momento y la verdad es que necesitaba un descanso después de lo que había pasado hacía tan solo unas horas con Vólkov.

Arkadiy le indicó que lo siguiera para llevarlo a la habitación donde se instalaría.

Una vez dentro, Leo dejó la maleta a un lado y dio un par de vueltas por la habitación con la mente puesta en miles de probabilidades sobre lo que pensaba hacer. Cuando trabajaba en la comisaría con Clairee siempre ponían las ideas en común para saber hacia dónde dirigir la investigación. En esta ocasión debía hacerlo con un ruso algo arisco y un *hacker* que tampoco podía aportar más de lo que ya aportaba que eran sus conocimientos informáticos.

A su mente volvieron las imágenes de lo que vio en local de Vólkov y se le revolvieron las tripas. ¿Cómo tenían la insensibilidad de hacer algo semejante? Las maltrataban de manera sádica

y era algo que no podía soportar.

Alguien tenía que liberar a todas aquellas jóvenes y por más que pensaba que podrían hacerlo ellos, sabía que no era cierto. Su máxima prioridad era Clairee, pero aquellas mujeres no merecían pasar por ese infierno.

Sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y miró la pantalla por unos instantes. Finalmente decidió buscar en contactos a la persona que podía hacer algo por ellas.

—Leo... —contestaron al otro lado de la línea—. ¿Has podido rescatar a Clairee?

—Estamos cerca de conseguirlo, Angelo. Necesito que hagas algo importante.

—Dime.

Durante unos segundos, Leo meditó lo que iba a decir, recordando el lugar exacto donde se encontraba el local de Vólkov. Aunque había visto los nombres de los lugares por donde había pasado, los carteles estaban escritos en ruso, pero podría dar una localización aproximada del lugar donde estaba el lugar y ayudar a todas aquellas jóvenes.

—Necesito que contactes con la organización y les transmitas las indicaciones que voy a darte. Allí hay un local donde tienen a chicas secuestradas donde son maltratadas y violadas ¿entendido?

—De acuerdo.

Era momento de que la organización se ponga la pilas y trabaje a destajo en Rusia. No solo evitar que las envíen al país, si no salvar a las que ya se encontraban en él, sufriendo.

### 33.

Pasaron varios días perfeccionando el plan para secuestrar a la hija de Vólkov. En ese lapso de tiempo, Leo supo por boca de Angelo que la organización Ya tenía efectivos preparados para actuar, aunque el policía había pedido unos días de espera para efectuar el rescate de Clairee.

No le pusieron pegas algunas porque ellos sabían que había cometido un error con la policía.

En ese momento, Arkadiy y Leo se encontraban dentro del vehículo del primero aparcados cerca de la casa de Vólkov para ver todo lo que ocurría allí. El silencio en el habitáculo podía palpase con los dedos. Leo movía el pie con impaciencia mientras el ruso parecía estar estático en su asiento.

El policía sabía que debía tener paciencia, muchas veces se había visto en la misma situación, pero no parecía llegar el momento en el que esa maldita chica saliera de la casa para atraparla.

—Alguien está saliendo... —dijo Arkadiy de repente.

Leo fijó la vista en la mansión donde vio una sombra salir del edificio mirando a su espalda por si la seguían.

—¿Es ella? —preguntó él.

—Tiene toda la pinta de que sí. Por su tamaño y complexión lo parece. Esperemos a ver qué hace antes de actuar. Podría no ser la joven.

Leo asintió sin dejar de mirar a la sombra que se movía de manera casi sigilosa por la calle. Llevaba un bolso pequeño colgando de su hombro y del cual sacó un móvil de última generación y empezó a escribir un mensaje mientras pasaba al lado del coche donde ellos estaban.

—¿No deberíamos aprovechar ahora?

Arkadiy negó.

—Cuanto más lejos de su casa, mejor. Aún está demasiado cerca y podrían oírla gritar o correr en busca de ayuda.

—Pero tenemos que dar la vuelta.

—Tranquilo. Deja que doble la esquina de la calle y damos la vuelta, no podemos delatarnos antes de tiempo.

Ambos miraron por los retrovisores para ver cómo la chica giraba y se perdía de vista. Arkadiy entonces puso el coche en marcha y sin encender las luces dio la vuelta para seguirla.

La distancia era prudencial, no querían alertarla antes de tiempo.

—Podemos evitar que llegue a su destino, quizás sea lo mejor —meditó Leo.

Arkadiy sopesó las opciones que tenían. La verdad es que desde donde vivía la chica hasta el lugar donde estaba la primera discoteca del camino había un buen trecho y es posible que tarde o temprano parara a un taxi que la llevara a su destino, lo que complicaría más la situación.

En la discoteca habría demasiada gente y sería muy difícil salir con ella del local.

Quizás la mejor solución era cogerla desprevenida en el camino.

—Prepárate, vamos a abordarla ya...

Leo asintió y Arkadiy aceleró para colocarse al lado de la joven. El policía se bajó sorprendiendo a la chica que se quedó paralizada por el susto, momento que aprovechó él para colocarla un saco en la cabeza y tras agarrarla por la cintura intentó meterla dentro del coche,

pero ella empezó a patear lo que le dificultó un poco la tarea.

La joven gritó, pero el saco lo ahogó, además, no había nadie cerca para que pudiese ayudarla.

—Será mejor que te estés quieta —dijo Leo—. No vamos a hacerte daño si te portas bien.

En ese momento comprendió que no lo entendía, ya que no parecía hablar italiano porque no dejaba de patear y gritar cosas en ruso, entonces Arkadiy dijo algo en un tono que hizo que dejara de moverse.

—Esto del idioma es un gran problema —dijo Leo.

—Que su padre sepa italiano, no significa que ella lo haya estudiado, Vólkov lo ha aprendido por sus negocios con la mafia italiana, algo que ella no sabe. Ahora deberías atarle las manos al menos para que no haga ninguna tontería.

Leo obedeció y cogió unas bridas que tenía preparadas para colocárselas a la chica que sollozó aterrada. Él quiso decirle que no iba a sucederle nada, pero el idioma se lo impedía.

Nunca había hecho algo semejante y se sentía mal. Se sentía escoria, como aquellos a los que quería destruir por secuestrar a una chica inocente, pero sabía que si no lo hacía no iba a poder recuperar a Clairee.

Arkadiy se dirigió entonces a su casa donde sacaron a la chica que apenas se resistió.

¿Qué le habría dicho para que ella no pusiera impedimentos?

El ruso agarró a la joven del brazo.

—Yo me encargo de ella. Estoy acostumbrado a estas cosas.

Leo la soltó como si quemara. Había fallado a sus principios policiales, a aquel juramento que hizo tras graduarse en la academia. Se pasó una mano por el pelo mientras veía a Arkadiy subir con la chica.

—¿Qué he hecho? —se preguntó sentándose en el sillón ocultando su rostro con las manos—. Me he convertido en uno de ellos... —se lamentó.

Arkadiy bajó las escaleras y miró a Leo durante unos segundos antes de dirigirse al lugar donde tenía las bebidas y preparó dos vasos de vodka para entregarle uno al policía.

—Piensa que no le vamos a hacer daño. Es solo un medio para lograr un fin.

—Lo sé, pero acabamos de secuestrar a una chica, al igual que hacen ellos.

—Ellos las venden, nosotros solo la tenemos como moneda de cambio.

—¿Está bien?

—Un poco asustada, pero no nos dará problemas.

—¿Qué le dijiste en el coche? —preguntó con curiosidad.

—Mejor no quieras saberlo o tu conciencia no te dejará dormir esta noche —dijo Arkadiy antes de beber de su vaso—. Lo que deberías hacer es llamar a Vólkov y decirle que ya tienes lo que quería. Seguro que está en su local.

Leo asintió sacando el móvil del bolsillo de los vaqueros para buscar el número del mafioso. Antes de darle al botón de llamada, se bebió el vodka de un trago sintiéndolo arder en su garganta.

Tosió un par de veces mientras se colocaba el móvil en la oreja. Tras un par de tonos sintió la voz del ruso al otro lado.

—Pavonni, amigo, me alegra saber de ti. Justo ahora iba a divertirme un poco con tu compatriota.

Leo cerró el puño con fuerza hasta dejar los nudillos blancos. Oírle hablar así le sacaba el demonio que llevaba dentro, pero debía controlarse.

—Suenas interesante —mintió—. He cumplido con mi parte del trato. He atrapado a alguien mejor que esa mujer.

—¡Estupendo! ¿Qué te parece si me la traes mañana?

¡No! No iba a poder aguantar un día más. El cargo de conciencia lo estaba matando.

—¿No preferirías probar carne fresca ahora mismo? —preguntó mirando a Arkadiy porque realmente no quería que le dijese que se estaba precipitando, ya no podía esperar.

Estaba demasiado cerca de su objetivo. El ruso no dijo nada, casi parecía sentirse como él.

Vólkov pareció meditarlo un poco.

—La verdad es que la poli parece haber perdido la capacidad de sentir más dolor... De acuerdo, tráemela y voy calentando motores con esta.

—¿Al mismo local?

—Sí, pero entra por detrás que hay otra entrada como la de la principal.

—De acuerdo. En un rato estaré ahí.

—¡Perfecto! Me encanta probar carne fresca.

Se despidió y Leo colgó con el estómago revuelto, pero se levantó con decisión.

—Vólkov nos espera.

Arkadiy se incorporó con lentitud.

—No sé si estamos preparados para un enfrentamiento como este, Leo.

—No nos hará nada si jugamos bien nuestras cartas.

—Va a ser peligroso.

—No me importa. Estoy a tan solo un paso de rescatar a Clairee y nada ni nadie va a impedírmelo.

Arkadiy suspiró pasándose la mano por el pelo.

—Iré a buscar armas, tú coge a la chica y bájala.

Leo asintió y subió mientras Arkadiy se dirigía a otra habitación. El policía entró donde estaba la hija de Vólkov que sollozaba aterrorizada.

La joven al sentir acercarse a alguien se encogió, tenía los ojos vendados y temblaba considerablemente.

—Shh... tranquila, no voy a hacerte daño —dijo a pesar de que no iba a entenderlo.

Ella comenzó a decir cosas en ruso, probablemente estaba suplicando por su libertad y eso lo hizo sentir un ser despreciable.

Sin decir nada más, la agarró por un brazo para incorporarla mientras ella gemía asustada. La llevó al piso inferior donde estaba Arkadiy colocándose una cazadora de cuero sobre el porta armas que llevaba atado a los hombros.

Una vez abajo, el ruso le tendió una.

—No sé si llevas la tuya, así que te doy esta porque vas a necesitarla. Vólkov no dudará en usar una contra ti.

Leo la cogió y se la guardó en la parte trasera de los vaqueros.

Una vez listos salieron de la casa para subirse en el coche y poner rumbo al local regentado por Vólkov.

Arkadiy le tendió al policía el saco que había cubierto la cabeza de la chica rato antes.

—Pónselo, es mejor que nadie la reconozca antes que su padre.

Leo obedeció y tras colocarle el saco en la cabeza, desde la abertura le quitó la venda. Iba a seguir sin ver nada hasta que no fuese el momento indicado.

Cuando llegaron, ambos se bajaron del coche que no habían aparcado muy lejos para poder huir rápido del lugar. Se dirigieron a la puerta y Leo tocó.

Le abrió un guardaespaldas que debía saber que iba a visitar a su jefe que solo le hizo una

señal para que lo siguiera. Arkadiy iba justo detrás intentando mantener su rostro entre las sombras para no ser reconocido.

El tipo los llevó por un largo pasillo hasta el piso superior y se detuvo en la habitación del fondo. Tocó y entró.

Leo miró a Arkadiy durante unos segundos y le entregó la chica para que la llevara él.

Minutos después apareció el guardaespaldas que lo dejó pasar y el policía entró en la estancia seguido del ruso y la joven. Leo miró la habitación hasta dar con Vólkov que estaba tomándose una copa. A su lado y de espaldas a ellos había un cuerpo colgando de sus muñecas.

Enseguida reconoció esa cabellera y sintió que toda la rabia que guardaba en su interior salía por todos los poros de su piel. Al fin la había encontrado. Estaba a tan solo unos pocos pasos...

—¡Pavonni! ¡Te estaba esperando! Pasa, pasa.

Leo dio un paso hacia el interior bajo la atenta mirada de Arkadiy que lo vio tenso, como si fuese a cometer una locura. Se llevó la mano libre al interior de la cazadora por si tuviese que sacar el arma.

—Parece que has empezado la fiesta sin nosotros... —dijo Leo con los dientes apretados.

—Como te dije por teléfono iba a calentar un poco antes de probar a esa dulzura que me traes, pero, por desgracia, ha perdido el conocimiento demasiado pronto, así que estaba tomándome algo en lo que venías, pero ya que estás aquí... preséntame a tu presa.

—Claro que sí, amigo mío —dijo Leo acercándose a la joven y agarrando el saco que cubría la cabeza de esta—. Te presento a tu nueva víctima...

Sin decir más tiró del saco y el mafioso escupió la bebida que tenía en la boca mientras la chica lo miraba asustada.

—*Papa!* —exclamó la joven en ruso.

Vólkov tiró el vaso a un lado y miró a Leo.

—¡Milenka! ¿Qué significa esto? ¿Qué haces tú con mi hija?

Leo sacó su arma y apuntó con ella a la joven que volvió a gemir asustada.

—Para empezar, no soy Leo Pavonni, mi nombre es Leo Ruggeri y soy policía de Italia. Esa que tienes ahí, a la que has estado torturando durante todo este tiempo, es mi compañera. He venido expresamente para salvarla y para ello he tenido que fingir ser alguien que no soy para poder llegar hasta ti... La semana pasada me hiciste una proposición ¿verdad? Pues aquí la tienes, tu hija por ella —dijo Leo señalando a Clairee mientras apuntaba a Milenka en la sien con la pistola.

—¡Deja en paz a mi hija, hijo de perra!

—Pues suelta a Clairee y tendrás a tu querida niña. Es un trato justo...

—Muy bien, así lo haremos —dijo Vólkov acercándose a una mesita auxiliar donde había un arma.

Leo que lo vio apretó más el arma contra la chica que gimió aún más asustada.

—Yo que tú no lo haría, Vólkov. No me gustaría hacerle daño a alguien inocente. Vamos a llegar a un acuerdo. Yo me llevo a Clairee y a tu hija, eso sí, no quiero que nadie nos siga o tu hija sufrirá las consecuencias. Una vez que nosotros hayamos llegado a nuestro coche, soltaremos a Milenka y nos iremos. Por tu bien espero que cumplas y no hagas ninguna estupidez. Si en algo valoras la vida tu hija, al menos por las apariencias, será mejor que hagas lo que digo.

—¡Está bien! ¡Llévate a esa mujer! Total, tampoco es que me sirva ya para nada...

Leo miró a Arkadiy y este asintió para que fuera a por Clairee mientras él vigilaba que Vólkov no hiciese ninguna estupidez.

Casi con temor, se acercó a paso lento hacia ella con miedo a lo que pudiese encontrar.

## 34.

Leo miró a su compañera apreciando las heridas que presentaba su espalda, estaba prácticamente desnuda. Dio la vuelta para colocarse frente a ella que permanecía inconsciente. Su cabeza se apoyaba en uno de sus brazos y tenía marcas de golpes, el labio partido y algunas heridas más en parte de su torso.

—Dios, Clairee... —dijo Leo—. Siento haber tardado tanto...

Le desató una muñeca y el brazo que cayó como un peso muerto. El policía se quitó su propia cazadora para cubrirla mientras la apoyaba en él antes de desatarle la otra muñeca. Por suerte parecía respirar al notar su aliento en el cuello, algo que le hizo suspirar con cierto alivio.

La cogió en brazos y le preocupó lo poco que pesaba. Ni siquiera había soltado un quejido...

—Ya estoy aquí, Clairee, aguanta, muy pronto estaremos lejos de ese hombre... —le susurró para luego darle un beso en la sien.

Se acercó hasta Arkadiy y sin dejar de mirar a Vólkov, salió detrás de su compañero que había sacado su pistola para apuntar a Milenka.

Al salir, se topó con un par de guardaespaldas que enseguida sacaron sus pistolas, pero Leo volvió a mirar al mafioso.

—Dile a tu gente que nos deje marchar o si no ya sabes lo que va a ocurrir.

Vólkov dio la orden de que no hiciesen nada y entonces Leo y Arkadiy bajaron sin que nadie les impidiese llegar hasta la salida. Una vez fuera, corrieron hacia el coche.

Arkadiy abrió la puerta trasera y Leo entró sin soltar a Clairee.

El ruso miró a Milenka que parecía haberse quedado muda y solo podía mirar todo con terror. Acababa de descubrir que su padre era un sádico que disfrutaba haciendo daño y que tenía un negocio turbio. No debía ser fácil para alguien que creía que todo el dinero que manejaba su familia era legal.

—Siento que hayas tenido que ver todo esto —dijo Arkadiy en ruso—, pero era necesario para salvar a esa mujer, espero que sepas perdonarnos y veas la verdadera cara de tu padre. Un hombre que solo sabe hacer daño...

La chica pareció salir de su estupor y lo miró.

—Yo...

—Te dejaremos aquí ahora. Vuelve al local donde seguro que tu padre te espera... te deseo mucha suerte.

Sin decir nada más, se subió en el asiento del conductor y puso el coche en marcha para salir de allí lo más rápido posible. Antes de trasponer la esquina, sintió disparos en la carrocería, pero ya no pudieron alcanzarlos.

Cuando ya se alejaron lo suficiente, redujo un poco la marcha, aunque siempre vigilante por si Vólkov decidía seguirlos, así que decidió recorrer varias zonas para despistar por seguridad.

Mientras tanto, Leo permanecía aún con Clairee entre sus brazos intentando hacer que despertara, pero no surtía efecto. Probablemente estaba tan débil que no tenía ni fuerzas para abrir los ojos.

Había tardado tanto en llegar hasta ella.



Pensar en todo el daño que había sufrido durante todo ese tiempo le hacía sentir miserable. No se atrevía siquiera a mirar su cuerpo lleno de heridas.

—Todo va a salir bien. Volveremos a Italia y olvidaremos toda esta pesadilla, yo mismo me encargaré de ello... —susurraba mirando al frente.

Tras recorrer varias calles tratando de despistar a los posibles guardaespaldas de Vólkov llegaron a la casa de Arkadiy donde ambos se bajaron para entrar en la casa rápidamente.

Leo iba a subir las escaleras, pero se giró hacia el ruso.

—¿Conoces a alguien que pueda atenderla?

—Es peligroso... estamos solos en esto, Leo.

—Necesita atención médica...

Arkadiy cerró los ojos mientras suspiraba.

—No podemos traer a nadie aquí, ni siquiera a Eiros. Vólkov debe estar buscándonos ahora mismo.

—Me da igual lo que esté haciendo ese hijo de puta. Solo quiero que alguien cure a Clairee.

Al ver que Leo estaba empecinado, claudicó.

—Veré que puedo hacer, pero no te aseguro que encuentre a alguien de confianza para esto.

El policía asintió y subió las escaleras hasta la habitación donde él se había estado quedando. La depositó con delicadeza sobre la cama, momento en el que las solapas de la cazadora se abrieron dejando ver el desmadejado cuerpo de Clairee.

Al ver el estado de este, Leo se cubrió la cara y se dejó caer de rodillas junto a la cama con culpabilidad. Cada una de aquellas heridas fueron provocadas por una maldita mentira de la que él era responsable.

—Lo siento, Clairee. Lo siento. Esto no habría ocurrido si no hubiese fingido mi muerte... Cometí un enorme error y al final tú has pagado las consecuencias de todo. No merezco tu perdón, merezco que me odies, que empieces a sentir odio como decías en tu carta... —Apartó las manos de su cara para mirarla de nuevo—. Te juro que te sacaré de este país y volveremos a Italia, aunque luego no quieras tenerme a tu lado, pero voy a cumplir la promesa que le hice a Angelo.

Dejó caer la cabeza, derrotado, sobre la cama, al lado del cuerpo de la policía que siguió sin reaccionar.

—Leo... —La voz de Arkadiy hizo que levantara la mirada hacia él que negó con la cabeza—. Lo siento, pero nadie puede ayudarnos con esto. Mucho me temo que tendremos que irnos cuanto antes de aquí, los hombres de Vólkov podrían estar buscándonos.

—En su estado no podemos hacer mucho, necesita cuidados médicos.

—Lo sé, por eso mismo he buscado el botiquín que tengo guardado con todo lo necesario. Hay agujas de sutura y vendajes —dijo el ruso acercándole a Leo una caja plateada—. Tendrás que curarla tú mismo. Veré si puedo conseguirle algo de ropa.

Arkadiy parecía un poco incómodo al ver a la policía casi desnuda y con el cuerpo cubierto de heridas, así que salió de allí mientras Leo se sentía impotente porque no sabía qué hacer.

No era médico y temía hacer algo que pudiese hacerle más daño del que ya le habían hecho. Abrió la caja para sacar el contenido de su interior, encontrando gasas, suero, antiséptico, vendajes, agujas de sutura...

Ese tipo estaba bien preparado para cualquier eventualidad que se le presentase. Pensó que lo mejor era lavar las heridas para ver el estado de estas así que procedió a hacerlo con toda la delicadeza de la que fue capaz maldiciendo a Vólkov por aquella atrocidad.

Curó todas y cada una de las heridas del cuerpo de Clairee. Al acabar, dio un par de vueltas

por la habitación con cansancio hasta que acabó sentándose en el otro lado de la cama.

Sacó la foto del bolsillo de los vaqueros y la observó. ¿Volvería a ver esa sonrisa en el rostro de su compañera? Él había visto las secuelas psicológicas que quedan tras un episodio como el que ella vivió y sabía que iba a ser muy difícil.

Suspiró dejando la foto sobre la mesilla y se incorporó para salir de allí. Necesitaba estar solo un rato mientras ella descansaba. Una vez fuera apoyó la espalda en la pared mientras se pasaba las manos por el pelo.

Vólkov había hecho demasiado daño. Cogió su móvil y llamó a la organización para avisar de que ya podían acceder al local del ruso y rescatar a todas las chicas que allí estaban encerradas.

Luego bajó las escaleras y se dirigió al pequeño mueble que tenía las bebidas y se sirvió una copa para luego sentarse en el sillón con la mirada perdida pensando en la cara que pondría Vólkov cuando viera cómo caía parte de su imperio. Iba a ser un gran golpe para su ego, pero no merecía menos.

Ahora solo esperaba que cuando Clairee despertara no lo rechazara por su estado, era algo que sería difícil de soportar.

¿Por qué seguía sintiendo dolor? ¿Por qué no acababan con aquella agonía de una vez por todas? Estaba cansada de ser golpeada. Ella solo quería huir de aquello. Dejarse llevar y no sentir nada más, pero ahora mismo el dolor era tan intenso que el más mínimo movimiento era como un suplicio.

Los gemidos escapaban de sus labios como lamentos y en un momento dado abrió los ojos poco a poco.

Lo que estaba viendo no era lo que había visto en los últimos tiempos. Aquella habitación era diferente. El color de las paredes, el mobiliario...

—¿Dónde estoy? —dijo con voz apenas audible.

Sentía la garganta reseca y rasposa. Daría lo que fuera por un poco de agua. Quizás en el baño podría mojarse los labios, pero... si no sabía dónde estaba ¿cómo iba a encontrar el cuarto de baño?

Poco a poco intentó incorporarse mientras gemía dolorida. Podía sentir el tirón de todas las heridas que tenía en su cuerpo. Cuando logró sentarse volvió a mirar lo que tenía ante sí y se sintió perdida.

¿Dónde se encontraba?

Sintió miedo y trató de abrazarse. Se miró y descubrió que tenía las muñecas vendadas. No estaba comprendiendo nada.

¿Acaso alguien había ido en su rescate? Pero ¿quién? ¿Acaso Angelo había sobrevivido? Estaba muy confusa y el dolor apenas le dejaba pensar con claridad.

Logró ponerse en pie y a punto estuvo de caer al suelo por la debilidad. Se agarró a la pared para tratar de dar unos pasos y seguir observando algo más de aquella estancia.

Las paredes eran de color claro en contraste con los muebles de color oscuro. Apenas una cama con dos mesillas de noche, un armario y una cajonera. Era algo sencillo, pero a la par elegante.

Era totalmente diferente a aquella habitación en la que había permanecido encerrada.

De repente sintió que alguien abría la puerta y se quedó paralizada por el miedo. ¿Quién entraría por esa puerta? ¿Sería su captor o su salvador? Estaba aterrada y solo deseó poder encogerse tanto que pudiese pasar desapercibida.

En la entrada vio a un hombre alto, moreno que llevaba ropa en las manos.

Sintió su mirada y ella trató de cubrirse con los brazos gimiendo por el dolor del movimiento brusco que había hecho.

Su mente se nubló por el miedo y empezó a negar con la cabeza.

Arkadiy sintió que volvía a revivir lo ocurrido hacía unos meses con Chiara. Cómo se encogía de miedo, aunque lo de esta mujer era completamente diferente. Esta había sufrido un maltrato mucho peor y la verdad que no supo muy bien qué hacer salvo intentar calmarla hablándole.

—No voy a hacerte daño... —dijo en italiano—. Te hemos salvado de las garras de Vólkov y ya no tienes nada que temer.

Ella lo miró y pudo ver el terror en sus ojos, un terror que conocía bien y que había visto en muchas chicas que había salvado, incluso en una de grandes ojos azules que no le permitían dormir porque no se la podía sacar de la cabeza. Los ojos de Chiara era algo que no podía olvidar con facilidad.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. ¿Dónde estoy?

—Me llamo Arkadiy y fui contratado para rescatarte. Estás en mi casa a salvo. Venía a traerte ropa para que puedas vestirte.

—¿Tú me has curado?

—No —fue su simple respuesta—. Esa puerta es el baño por si quieres darte una ducha. Si necesitas algo...

Clairee aún intentaba ocultar su cuerpo y apenas se atrevía a moverse.

—Agua, por favor... —pidió ella deseando quedarse a solas cuanto antes.

Arkadiy asintió y dio unos pasos para dejar la ropa sobre la cama sin apartar los ojos de los de ella para demostrarle que no iba a hacerle ningún tipo de daño.

Luego, de la misma manera, retrocedió y salió de allí por lo que Clairee volvió hacia la cama para ver qué ropa le había dejado.

¿Cuándo había sido la última vez que había llevado ropa? Ni siquiera lo recordaba.

Cerró las manos en puños sintiendo rabia después de tanto tiempo. Aquel sentimiento provocó que sus ojos se humedecieran y las lágrimas corrieran por sus mejillas con total libertad.

Trató de limpiárselas a manotazos, pero no dejaban de salir sin control y se sintió ahogada por todo aquel cúmulo de sentimientos.

Se agarró a las sábanas con fuerza deseando poder rasgarlas, poder descargar toda aquella rabia sobre algo y que desapareciera ese desamparo que sentía.

Aquel mafioso ruso había hecho de todo con ella y no pudo defenderse como sabía, como aprendió en la academia de policía, como en tantas situaciones en las que se encontró en su pasado, pero se sintió desvalida y desprotegida y todo aquello no hacía más que aumentar su rabia.

Sin poder soportarlo lanzó la ropa lejos de ella y tiró de las sábanas.

Se abrazó sin importarle el dolor de las heridas mientras dejaba escapar desgarradores sollozos. Mientras trataba de dejar escapar todo el dolor no dejaba de ver en su mente todos los suplicios por los que ese hombre le había hecho pasar y peor se sentía.

Tan centrada estaba en su dolor que no oyó la puerta de la habitación abrirse ni a la persona que se le acercó corriendo para tratar de tranquilizarla.

No podía oír la voz de esa persona intentando hacer que se calmara.

—¡Clairee! ¡Escúchame! Mírame, por favor, mírame.

Le tocaron los brazos y se apartó rápidamente haciéndola caer de la cama. En el fondo sabía

que nada de aquello iba a pasar de nuevo. El hombre que entró antes le había dicho que nadie volvería a hacerle daño, que estaba a salvo.

Estaba lejos de ese maldito ruso, ya no volvería a sufrir sus deseos más oscuros.

—Clairee...

Aquella voz... reconocía aquella voz...

Parpadeó un par de veces para luego mirar a la persona que tenía ante sí que la miraba con auténtica preocupación.

—Leo...

## 35.

Clairee estaba sentada en la cama con las sábanas cubriendo su cuerpo mientras Leo recogía las prendas que le había llevado Arkadiy antes.

Desde que lo reconoció tras su ataque no había logrado decir ni una palabra, simplemente se había dejado llevar hasta la cama y sentir que la cubría. Realmente pensó que no iba a volver a verlo, pero ahí se encontraba, a apenas unos metros.

Cuando recogió las prendas, él se acercó a la cama y las colocó al lado de ella, que desvió la mirada.

—¿Te encuentras mejor?

Clairee dejó que su melena cubriera su rostro, no quería ver su mirada de lástima. Ella sabía muy bien qué sensación provocaba en los que no habían tenido que pasar por lo que pasó por lo que asintió con la cabeza.

Él se agachó frente a ella sin tocarla, solo observando su reacción.

—Puedes ser sincera, Clairee, no voy a juzgarte. Sabes que nunca lo he hecho. Acabas de tener un ataque, imagino que por lo que has tenido que vivir, pero no te lo guardes para ti.

La policía levantó la mirada hacia él.

—¿Por qué? —fue la única pregunta de ella.

Había tantas respuestas para esa pregunta, pero Leo sabía perfectamente a qué se refería. Necesitaba una explicación y era normal. En la carta no se encontraba esa pregunta y, aun así, supo que se refería a eso.

Suspiró bajando la mirada.

—Pensé que hacía lo correcto. No podía seguir en medio de Bianca y Saulo, así que creí que era lo que tenía que hacer: desaparecer de la faz de la tierra. Es posible que me equivocara, pero en ese momento era la mejor solución.

Ella apartó la mirada.

—No pensaste en los demás.

—Si te soy sincero, no. Tenía una bomba a punto de explotar y solo pensé en salvarlos. Mi intención no era morir, eso lo tenía claro, pero era la mejor excusa que podía encontrar para dejarlos ser felices. No se me ocurrió pensar en todas las personas que dejaba atrás —dijo él acercando su mano a la de Clairee, pero ella la apartó rápidamente, así que desistió de su intento—. Solo puedo pedir disculpas y asumir mi culpa.

Ella se encogió de hombros.

—Eso ya da igual. Estaba claro que no ibas a pensar en alguien que no te toca nada... —Sus palabras no sonaron como un reproche, sino como una confirmación de algo que sabía de antemano.

—Si me lo hubieses dicho... —Hubo unos segundos de silencio en los que sopesó si contarle lo de la carta, pero debía hacerlo—. Encontré la carta en tu casa... Fui allí en busca de alguna pista para salvarte, Angelo me lo pidió encarecidamente...

Ella levantó la mirada hacia él.

—¿Está vivo?

Leo asintió y ella pareció respirar aliviada ante aquella noticia.

—No sé muy bien qué me llevo a ir hacia tu casa, Clairee. Sabía que no iba a encontrar ninguna pista sobre tu paradero, pero algo me impulsó a ir allí y era para encontrar esta carta — dijo sacándola del bolsillo de los vaqueros.

Clairee miró aquel papel arrugado y manoseado y a su mente vino el momento en el que la escribió. Parecía haber pasado una eternidad desde que lo había hecho.

Sujetó las sábanas para cubrirse más con ella sintiendo una enorme desazón.

—¿Por qué no me lo contaste?

Ella lo miró a los ojos.

Leo sentía la tristeza que emanaban de los de Clairee y se sobrecogió por la intensidad de este sentimiento.

—No hubiera servido de nada... no iba a cambiar lo que decidiste.

—Podrían haber cambiado muchas cosas, Clairee, para empezar, no estarías así.

—¿Y qué más da? El daño ya está hecho y ya no soy esa Clairee que un día conociste. Ya no albergo sentimientos, me han despojado de ellos.

¿Cómo consolar a alguien en su estado? ¿Qué podía decirle para que no pensara de esa manera?

—Vas a salir adelante, eres fuerte. Lo has demostrado muchas veces y esta no va a ser menos.

—No puedo aferrarme a un imposible —dijo mientras se levantaba aún cubierta por la sábana.

Leo se incorporó también y la vio alejarse de él para dirigirse al baño. Apretó el puño alrededor de la carta y volvió a maldecir a Vólkov por lo que había hecho.

Clairee tenía que salir de ese estado en el que se encontraba. Él sabía que no era así, simplemente está asustada, pero saldría adelante y no dudaba en ayudarla a conseguirlo.

Sus pasos lo llevaron hasta la puerta del baño tratando de escuchar el interior donde se podía oír el agua correr en la ducha. Apoyó la frente durante unos instantes antes de alejarse y salir de la habitación.

El agua corría por el cuerpo de Clairee lleno de marcas y algunas de las heridas estaban abiertas por lo que el líquido transparente se llevaba la sangre con ella.

La policía tenía los ojos cerrados e intentaba mantener la mente en blanco. Necesitaba sacarse de la cabeza todo lo que había vivido. Para poder empezar a olvidar debía alejarse de Rusia. Estar lejos de ese país y de ese mafioso.

¿Qué haría al volver a Italia? No lo tenía claro, pero su prioridad era irse de allí cuanto antes. Alejarse.

Tras mucho rato bajo el agua, salió de la ducha y cogió la toalla que había colgada para secarse, teniendo cuidado allí donde tenía heridas. Se envolvió en esta y se acercó a la puerta para abrirla, pero su mano se quedó en el pomo durante unos segundos. Cerró los ojos para concentrarse en los sonidos que venían de fuera, pero nada se oía, así que imaginó que Leo había salido para dejarla sola.

Era mejor así. Leo ya no podía solucionar nada y no servía el hecho de que encontrase una carta donde había confesado unos sentimientos que probablemente hubiesen muerto en el mismo momento en que fue despojada de su dignidad.

¿Qué tenía ahora para entregar? Un cascarón vacío y herido donde ya no existía nada.

Salió del baño para dirigirse a la cama hasta que miró hacia la mesilla de noche. Se acercó lentamente y tomó la foto que había sobre esta. Tenía las puntas desgastadas y parecía manoseada.

Era la misma foto que tenía en su casa, la que había guardado en uno de los cajones de su mesa de noche. ¿Leo también la cogió cuando estuvo en su casa? ¿Por qué?

La dejó en su sitio y cogió las prendas que estaban sobre la cama para mirarlas. En ella había un vestido, unos leggins y una camiseta grande para que pudiese elegir, enseguida descartó el primero y se vistió.

Arkadiy y Leo estaban sentados en el salón mirando posibles rutas para salir del país sin que nadie pudiese interponerse en su camino cuando la vieron bajar las escaleras.

Una vez abajo y al sentir las miradas de los dos hombres, se abrazó a sí misma durante unos instantes.

El policía se incorporó.

—¿Necesitas algo? —preguntó Arkadiy sin moverse de su asiento.

Él no pensaba mostrar ningún tipo de sentimiento compasivo hacia la mujer, porque sabía que no era lo que necesitaba en ese momento. Lo que quería era que la trataran de manera normal, así se lo había enseñado el tiempo.

Tratarlas con compasión hacía que se retrajeran y se encerrasen en sí mismas.

Clairee lo miró mientras sentía la mirada de Leo sobre ella.

—La verdad es que necesitaba salir de la habitación y me gustaría tomar agua.

—Sírvete, estás en tu casa hasta que nos vayamos. Hay una jarra de agua en la nevera y los vasos están en el primer armario de tu derecha.

—Gracias.

La policía se dirigió allí y se sirvió el vaso de agua mientras sentía la mirada de Leo aún sobre ella. Cuando se lo bebió, lo dejó dentro del fregadero y se giró hacia los dos hombres sin saber muy bien qué hacer.

Se sentía perdida, inútil.

Dirigió su mirada a Leo.

—Cuando me dijiste que Angelo estaba vivo sentí bastante alivio, pero la verdad es que me gustaría hablar con él... ¿por casualidad...?

El policía le tendió su móvil que lo tenía encima de la mesa en la que estaban trabajando con una leve sonrisa.

—Puedes llamarlo. Estoy seguro de que se alegrará al oírte.

—Gracias.

Clairee cogió el móvil y lo desbloqueó para luego acceder a la lista de contactos encontrando a Angelo el primero. Justo iba a pulsar en el botón de llamada cuando volvió a levantar la vista y vio que Leo la seguía mirando.

Arkadiy que se dio cuenta de la incomodidad de la mujer llamó la atención de Leo para que volviera a poner atención a lo que habían estado haciendo hacía tan solo unos minutos.

Clairee se lo agradeció. Aún no se encontraba lo suficientemente preparada para enfrentar más encuentros con Leo.

Inspiró hondo antes de dar al botón de llamada y colocar el aparato junto a su oreja. No tardaron mucho en contestar al otro lado de la línea.

—¿Leo?

—Hola, Angelo...

Se hizo el silencio y Clairee pensó por unos segundos que su amigo había colgado.

—¿Clairee? ¿Eres tú de verdad? Dios, pensé que no volvería a saber de ti.

—Hace falta mucho para acabar conmigo —dijo ella fingiendo jovialidad y una sonrisa triste asomó a sus labios—. ¿Tú cómo estás? Pensé que... que Zanetti te había...

—La verdad es que estuve a punto, pero los servicios de emergencias llegaron rápido por suerte.

—Yo... lo siento tanto... —se lamentó Clairee.

—¡No! No lo sientas. Tú no tienes la culpa de nada...

—Pues no me siento nada bien, precisamente. Yo... —Cerró los ojos con fuerza. No podía contar todo lo que había sufrido, solo de pensarlo la estremecía—. Es tan... difícil.

—No pude protegerte lo suficiente y eso es algo que no me perdono. Te juro que haré todo lo posible por hacerle el mayor de los daños a Zanetti.

«Zanetti fue un angelito al lado del hombre que me torturó y jugó con mi dignidad», pensó Clairee con dolor.

—Sé que lo harías. Eres mi ángel guardián y te agradezco mucho que me ayudaras, incluso que lo mandarás a buscarme... —dijo en apenas un susurro mirando hacia el lugar donde los dos hombres seguían hablando.

—Él era el adecuado para esta misión. Sabía que no iba a fallar y, además, necesitas a alguien como él para que te proteja.

Clairee suspiró.

—Nadie puede proteger a una muñeca rota...

—No quiero oírte hablar así, Clairee. Eres una mujer fuerte que es capaz de seguir adelante a pesar de las dificultades, yo mismo pude verlo cuando ibas al encuentro de Zanetti, ninguna mujer podría arriesgar tanto.

—Esa mujer ya no existe... se perdió entre humillaciones...

—Estoy seguro de que aún sigue ahí, latente, esperando salir en cualquier momento. Por favor, no te rindas. Lucha, pelea.

Ella intentó sonreír ante las palabras de ánimo de Angelo. ¿Realmente quedaba algo de la Clairee que llegó a Rusia o se había perdido por el camino?

Habló durante unos minutos más y luego se despidió.

Cuando colgó, se dirigió al lugar donde Arkadiy y Leo hablaban para entregarle el móvil a este último.

—Gracias.

Él la miró antes de asentir, entonces reparó en algo que le hizo incorporarse.

—Te has mojado los vendajes de las muñecas...

Ella también los miró y se los quitó viendo las heridas que tenía en ellas. Se había despellejado la piel debido a las ataduras que el ruso usaba y los intentos de forcejeo que quedaban en aquello que veía.

—No me duelen...

Leo negó y le cogió una mano con delicadeza. Ella se tensó ante el toque. Las manos ajenas sobre su piel le provocaban miedo, pero se obligó a pensar que él no le haría daño.

—Vamos arriba y te las curaré —dijo él sin soltarla para llevarla al piso superior.

—¡Espera! —exclamó. Leo la miró, confuso y ella se soltó de repente. No podía soportarlo—. Perdona... subamos.

Él cerró las manos en puños viendo que el más mínimo toque provocaba sentimientos dolorosos en ella. Tratando de ocultar su rabia subió las escaleras seguido por Clairee hasta la habitación que estaba ocupando.



Una vez dentro, cogió el botiquín y le dijo a ella que se sentara en la cama mientras él se arrodillaba justo en frente.

Sacó lo necesario para curarla para luego tomarle la mano con la mayor delicadeza posible para no asustarla más de lo que ya se encontraba.

—Lo siento... —dijo ella—. He visto cómo cerrabas los puños abajo.

—No es por ti. Es la rabia que siento al ver en lo que te han convertido. El más mínimo toque hace que te encojas como un animal asustado. Sé que ha sido muy difícil lo que has tenido que vivir, pero quiero ver a la Clairee que conocí, aquella que daría todo por la ley. Quiero que vuelvas a ser la de antes.

Ella apartó la mirada. Nadie parecía comprender que eso no iba a suceder jamás.

## 36.

Fueron días tensos en la casa de Arkadiy, ya que la vigilancia por parte de ambos hombres era constante. Vólkov podría aparecer en cualquier momento para vengarse y ellos tendrían que salir corriendo de allí.

Mientras tanto, seguían mirando rutas para poder salir del país y poder llegar a Italia antes de que ocurriera algo grave.

Claire había mejorado con respecto a sus heridas. Anímicamente no dejaba translucir sus temores más ocultos, pero Leo sabía que lo pasaba mal, sobre todo por las noches.

Cuando no le tocaba hacer vigilancia, pasaba la noche en otra habitación para darle intimidad. Se imaginaba que no quería tener a nadie cerca.

Se encontraba sentado en la cama con la espalda pegada al cabecero con la mente perdida en mil pensamientos diferentes. Mientras estudiaban las posibles vías de escape, pensó llamar a Saulo para que les dejara el avión, pero Arkadiy le había dicho que era peligroso, era mucho más fácil interceptarlos.

Al ver que no iba a lograr dormir, decidió bajar a ver si había alguna novedad. En el piso inferior encontró a Arkadiy que estaba en el salón a oscuras con la cortina ligeramente abierta. Aquel gesto lo puso en tensión y se acercó hasta el ruso.

—¿Ocurre algo?

Arkadiy no se sorprendió al oírlo, ya que lo había sentido bajar las escaleras, simplemente giró un poco la cabeza hacia él para decirle.

—Creo que hay alguien vigilándonos.

Leo se acercó para observar el exterior por la pequeña abertura que Arkadiy mantenía.

—Me pareció ver ese mismo coche anoche, pero pensé que sería de alguien de la zona.

Arkadiy negó. Cogió unos prismáticos que tenía cerca y se los pasó. Leo obedeció la muda orden del ruso para ver dentro del vehículo, que ni siquiera estaba muy lejos aparcado, a dos hombres que dirigían su mirada hacia allí.

Leo se apartó mientras dejaba los prismáticos para mirar a Arkadiy.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Si esos tipos están aquí, es muy probable que Vólkov no tarde en venir a cobrarse la venganza por lo que le hicimos a su hija.

—¿Y cómo piensas hacerlo sin que nos descubran? Es una locura salir de la casa si ellos están ahí.

—Tienen que cambiar de turno. Esos tipos se irán en un par de horas para que vengan otros a sustituirlos. Aprovecharemos ese momento de despiste y nos marcharemos.

—Aún no hemos decidido la ruta.

Arkadiy lo miró enarcando una ceja.

—Da igual la ruta que tomemos, la importante es salir de aquí con vida, Leo. Así que vete a avisar a Clairee para que esté preparada. No podemos perder tiempo. Recoge lo imprescindible, cuanto menos equipaje, mejor. Podemos conseguirlo en el camino.

Leo asintió y subió hasta la habitación donde dormía Clairee. Estaba todo a oscuras, pero

gracias a la luz del pasillo podía ver el interior de esta donde estaba la policía en la cama, totalmente encogida, aunque parecía dormir plácidamente, nada comparado a otras noches donde podía oírle gemir.

Se acercó a paso lento y una vez al lado de la cama le tocó el hombro a la vez que la llamaba suavemente.

—Clairee... despierta, tenemos que irnos.

Ella, al sentir el toque, gimió a la vez que abría los ojos. Al ver una sombra se asustó y trató de apartarse y gritar, pero Leo le cubrió la boca para que no lo hiciera lo que hizo que ella se asustara aún más y comenzara a patear en un intento de librarse de aquella mano que le impedía pedir ayuda.

Leo maldijo por lo que acababa de hacer y trató de calmarla.

—Eh, soy yo, soy Leo, tranquila —le dijo.

Ella pareció no reaccionar al principio y siguió moviéndose hasta que poco a poco fue calando en su mente lo que él le estaba diciendo y su cuerpo se relajó lo suficiente para que él le quitara la mano de la boca.

—Leo... yo...

Él negó con la cabeza.

—Perdona, no quería asustarte. Debemos irnos de aquí, nos están vigilando.

Ella se incorporó rápidamente y sus ojos reflejaron terror.

—¿Qué? —Su pregunta sonó angustiada.

—No te preocupes, Clairee, no nos harán nada, Arkadiy lo está preparando todo para poder irnos sin que esos hombres se den cuenta. Vamos, tienes que vestirme y estar preparada para salir en cualquier momento. —Ella asintió a la vez que él se incorporaba—. Intenta no encender las luces para que no se percaten que sabemos que están vigilándonos.

—De acuerdo.

Leo salió de la habitación y se dirigió a la que estaba ocupando en ese momento para cambiarse de ropa. Cogió su arma, la foto y la carta guardándolo todo en sus bolsillos para luego bajar al piso inferior donde Arkadiy seguía observando el exterior.

—¿Algún movimiento por parte de ellos? —preguntó acercándose a la ventana.

—Parece que están dormidos. Esos tipos son unos ineptos o no aprecian su vida.

—Se han confiado en que todos dormimos. ¿No deberíamos aprovechar este momento para irnos?

—Es arriesgado...

—Si no nos arriesgamos no podremos escapar, ¿quién te dice que en el cambio de turno no nos vean y nos persigan?

Arkadiy lo miró durante unos segundos sopesando las opciones que tenían. Quizás era el mejor momento antes de que fuera demasiado tarde y los pillaran.

—De acuerdo, saldremos ahora, pero primero quiero preparar un par de bolsas con armas, podríamos necesitarlas durante el camino.

—Sí.

—Si vais a llevar armas, yo quiero una, si uno de los dos conduce no podrá disparar y yo soy policía, a fin de cuentas. Y no quiero un no por respuesta.

Ambos hombres se giraron hacia el lugar de donde provenía la voz de Clairee que ya estaba vestida. Arkadiy se acercó a la que vez que ella retrocedía los mismos pasos. La miró fijamente.

—Nadie va a impedirte tener un arma si es para defendernos de los hombres de Vólkov.

Clairee se estremeció al oír el nombre de su torturador, pero se mantuvo firme no queriendo revelar lo que le hacía sentir cuando lo nombraban.

—Por supuesto.

—Bien.

Sin decir nada más, Arkadiy se alejó para ir al lugar donde escondía las armas mientras Clairee y Leo permanecían en el salón sin decirse nada hasta que él empezó a hablar.

—Siento haberte asustado antes.

—No pasa nada, se me pasará con el tiempo.

—Sé que lo harás, eres fuerte.

Claire se abrazó mirando a otro lado.

—Ahora mismo no me siento así, pero es normal. Es parte de la carga de un trauma como el que he tenido que vivir ¿verdad?

Leo se acercó y levantó la mano con la intención de acariciarla, pero se detuvo en el último momento. Sabía que huiría asustada si lo hacía.

Permanecieron en silencio hasta que sintieron a Arkadiy que se acercaba con dos bolsas de deporte que colocó junto a sus pies cuando se detuvo frente a ellos. Se agachó y sacó una pistola de una de las bolsas para entregársela a Clairee.

Ella miró el arma, hacía tanto tiempo que no empuñaba una... con mano temblorosa la cogió sintiendo el conocido peso de esta. A su mente vinieron recuerdos de su faceta de policía y no pudo evitar sonreír con tristeza.

—Qué recuerdos... —susurró ella.

—Es momento de que nos vayamos —dijo Arkadiy entregándole una bolsa a Leo mientras él cogía la otra.

Clairee guardó la suya y los tres se dirigieron a la puerta de salida una vez apagaron las luces que aún quedaban encendidas por si acaso se viese desde el exterior.

Arkadiy asomó la cabeza fijándose en el coche donde estaban los hombres que los tenían que vigilar y tras hacerle una señal, los dos policías lo siguieron con sigilo hasta llegar al coche.

Quitó la alarma y lo abrió para luego subir todos. El problema vino cuando Arkadiy puso el coche en marcha, ya que le costó un poco que lo hiciera y eso provocó que los hombres que vigilaban despertasen y se diesen cuenta de que los tres intentaban huir.

Uno de ellos se bajó y comenzó a disparar hacia el vehículo de Arkadiy.

Los tres se agacharon mientras el ruso maldecía y aceleraba el vehículo para alejarse de allí.

El tipo que se había bajado del coche, se subió y los siguieron. El copiloto asomó medio cuerpo por la ventanilla y empezó a disparar al objetivo, pero Arkadiy intentaba esquivar todas las balas que podía, aunque algunas impactaban en las lunas o en el parachoques.

Leo se asomó por el lado del copiloto hacia atrás y también empezó a disparar para tratar de detenerlos.

Clairee miraba a ambos hombres con la pistola en la mano. Cuando una bala impactaba en la luna trasera, ella se agachaba cubriéndose la cabeza, pero debía ayudar a Leo, así que abrió la ventana y se asomó para empezar a disparar hacia el conductor del vehículo.

Los recuerdos le asaltaron y una renovada rabia hizo que disparara sin control, sin siquiera mirar exactamente hacia dónde disparaba, solo le interesaba alejarse de todo aquello. Quería tranquilidad, olvidar los últimos meses, empezar de cero.

Los disparos se sucedían sin control alguno. A Leo se le acabaron las balas y buscó en la bolsa de deportes un nuevo cargador para volver al ataque. Antes de hacerlo sacó un par más y se los

entregó a Clairee.

—Por si se te acaban las balas —dijo antes de volver a sacar medio cuerpo fuera del vehículo y volver a disparar.

Clairee no dijo nada, simplemente seguía disparando y cuando se quedó sin balas, cogió uno de los cargadores para volver a la carga.

Todos los disparos contra las lunas hicieron que terminaran rompiéndose lo que dejaba vía libre a todos para dispararse.

—¡Maldita sea! —exclamó Arkadiy—. ¡Acabad con ellos de una vez!

—¡Hacemos lo que podemos! ¡Deja de moverte como un puto borracho! —le gritó Leo mirándolo.

—¡Callaos los dos! —gritó a su vez Clairee que no apartaba la mirada del coche que los seguía sin dejar de disparar.

Siguió disparando hasta que logró que uno de los tiros le diese al conductor justo en el centro del pecho lo que hizo que el coche perdiera el control y acabara chocando contra una valla. El copiloto al no llevar cinturón de seguridad salió disparado por la parte delantera y acabó tendido en algún lugar cercano al coche.

—¡Por fin! —exclamó Arkadiy mirando por el espejo retrovisor—. Intentaremos alejarnos todo lo posible y buscaremos algún motel donde poder hospedarnos esta noche. También necesitamos un coche...

Clairee no escuchó más, solo se dejó caer en el asiento asimilando lo que acababa de ocurrir. Poco a poco iba alejándose de todo aquello que le había hecho daño. Sabía que Vólkov no iba a desistir de encontrarlos y acabar con ellos, pero cuanto más distancia pusiera, mucho mejor.

Leo la observó desde el asiento delantero, algo preocupado, pero no dijo nada. Con ella debería ir poco a poco, intentar no atosigarla para que se abriese en vez de encerrarse en sí misma.

Siguieron el trayecto en silencio durante horas, haciendo algunas paradas para descansar lo justo hasta que empezó a anochecer de nuevo y tuvieron que detenerse en un pequeño hotel donde Arkadiy reservó habitaciones mientras Clairee y Leo esperaban junto al coche, ya que tenían que vigilar las bolsas de deporte que contenían las armas.

Ambos permanecieron en silencio hasta que el ruso apareció.

—He logrado reservar dos habitaciones. No les quedaban nada más porque lo tenían casi al completo.

—¿Dos? —preguntó Leo.

—Sí. Le comenté a la recepcionista que éramos tres, pero no tienen nada más que puedan ofrecernos.

Abrió la puerta y sacó las dos bolsas de deporte, no podían dejarlas en el coche. Arkadiy iba a intentar conseguir uno nuevo para poder seguir el camino, el suyo estaba lleno de agujeros de bala y sin la luna trasera. Igual que cuando salvó a Chiara.

Evitando pensar en ella, cerró la puerta del vehículo y puso rumbo a la entrada del hotel, seguido por los dos italianos. Una vez en el ascensor, le entregó una tarjeta a Leo.

—Esta es la vuestra...

El policía lo miró enarcando una ceja.

—¿La nuestra? Un momento, yo pensé que Clairee iba a tener una para ella sola.

—No comparto habitación con nadie —Arkadiy lo dijo sin mirarlo siquiera.

—Ella necesita su intimidad —pronunció Leo—. Ha pasado por mucho en este tiempo...

—Y crees que tratándola así conseguirás que vuelva a tener confianza en sí misma. Déjame decirte algo, Leo. Ellas no quieren inspirar pena, mucho menos alguien como Clairee que es policía y que se ha visto en esta situación, aprende a tratarla con normalidad, quizás así consigas inspirarle la confianza que ha perdido.

Dicho esto, salió del ascensor para dirigirse a la habitación que había escogido mientras Leo lo miraba con asombro.

Clairee que había permanecido callada, salió del ascensor, pero se detuvo a pocos pasos.

—No quiero que me trates como un ser débil, Leo, porque no quiero que me recuerden todo lo que he vivido. Si tenemos que compartir habitación que así sea, pero deja de tratarme como alguien frágil, por favor.

Dicho esto, empezó la marcha por el pasillo hasta la que le habían asignado junto con Leo que la siguió sin decir nada más.

## 37.

Ambos entraron en la habitación que apenas se componía de una cama con sus mesillas de noche, un ropero y una puerta que iba dirigida al cuarto de baño.

Leo dejó la tarjeta de la puerta sobre una de las mesillas y se sentó en la cama mientras Clairee se quitaba una cazadora que le había dado Arkadiy al igual que había hecho con la ropa.

Aún quedaban marcas en proceso de curación, aunque parecía no dolerle demasiado.

Cada vez que Leo las veía sentía una enorme desazón acompañado de la rabia hacia Vólkov.

Ella, al sentir la mirada de él, se dio rápidamente la vuelta para que no siguiera mirando sus heridas. No podía soportar lo que expresaban los ojos de él cuando las veía.

—Clairee... —dijo Leo incorporándose.

—Voy al baño...

Se dirigió a la puerta que llevaba a este sin querer decir nada. Cerró con pestillo y se quedó apoyada en la puerta. Sabía que él le diría algo, pero no quería escuchar nada.

Él no iba a ser capaz de tratarla con normalidad. Nadie lo iba a hacer a partir de ahora y sabía que cuando llegara a Italia iba a recibir el mismo trato que Leo le daba.

Quería alejarse de Rusia y volver a su tierra, pero a la vez sentía que ya no pertenecía allí, que le habían robado mucho más de lo que imaginaba y no iba a saber enfrentar todas las miradas de pena que estaba por recibir.

Se dejó caer en el suelo con parte de su cuerpo apoyado contra la puerta. Aquella que no solo representaba la separación de una habitación a otra, sino a la que ella misma estaba empezando a crear para alejar a todos.

Leo, desde fuera, se acercó a la puerta y posó su mano en ella.

—Clairee... lo siento... yo... yo no sé cómo actuar contigo tras lo que ha ocurrido. No quiero pensar en lo que te hicieron, pero veo tus heridas y cómo te comportas y solo puedo sentir rabia hacia Vólkov.

—¿Por qué simplemente no me tratas como antes? No me gusta ver la pena en tus ojos.

Leo negó con la cabeza mientras pegaba la frente contra la madera.

—Porque muchas cosas han cambiado en este tiempo, Clairee. Ninguno de los dos somos las mismas personas que trabajaban juntos en una patrulla allá en Florencia. Creo que ambos hemos podido ver la crueldad del ser humano y nos ha cambiado a los dos, a cada uno de distinta manera, pero ya no somos los mismos.

—Tú no tuviste que sufrir lo que yo... —respondió ella de manera egoísta abrazándose las rodillas.

—Claro que no, tú saliste peor parada que yo, pero tuve que ver a hombres divertirse violando a chicas inocentes, y eso es algo que me atormenta porque no podía hacer nada por ayudarlas... Ojalá pudiese mirarte de otra manera, Clairee, pero es que pienso en lo que te han hecho y no sé qué hacer porque me invaden miles de sentimientos encontrados.

—No quiero sentirme débil... quiero ser la mujer que era antes.

—Y lo serás, pero necesitas tiempo, necesitamos tiempo para superarlo.

Ella miró hacia la puerta.

—Leo... Tus sentimientos son un espejismo, te he visto mirar la foto una y otra vez, al igual que leer mi carta, pero tú realmente no sientes nada. Es la culpabilidad y no te lo voy a reprochar, pero sé que jamás habrá un nosotros.

Él se apartó un poco para mirar hacia aquel rectángulo de madera que los separaba.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Acaso conoces mis sentimientos?

—Nunca podrás olvidar a Byanca, Leo. ¿Qué más da lo que ponga mi carta? No sientes lo mismo... ni siquiera sé si yo siento lo mismo que cuando la escribí.

—Tú no sabes cómo me siento ahora mismo.

—Fingiste tu muerte para dejarle el camino libre a Saulo olvidando a todos los que te apreciábamos. No se pueden cambiar los sentimientos en tan poco tiempo. Es un maldito espejismo, solo quieres protegerme y crees que es algo más, pero no es así. No quiero que me hagan más daño, Leo, no alimentes una esperanza que solo nos va a llevar a la desgracia.

Leo se pasó la mano por el pelo mientras escuchaba las palabras de Clairee. En algo tenía razón y es que no había pensado en nadie cuando fingió su muerte, solo quería la felicidad de Byanca, pero muchas cosas habían cambiado y él realmente no sabía qué sentía en ese momento.

Byanca había sido muy importante, sí, pero ya nada era igual. Ya no la veía como antes.

Se apartó de la puerta sin decir nada mientras cavilaba en lo que le había dicho Clairee. Se sentó en la cama meditando.

Ella, mientras tanto, permaneció un rato más en el cuarto de baño, en la misma posición. No quería salir y ver la cara de pena de Leo. No podría soportarlo, pero no podía quedarse allí encerrada toda la noche, por lo que se incorporó y salió del baño sin decir nada.

Sintió la mirada de Leo que no dijo ni una palabra y se dirigió al otro lado de la cama. Se acostó de espaldas a él y cerró los ojos para intentar dormir.

Lo sintió suspirar y acostarse también. No quiso moverse, prefería fingir que dormía para no pensar en él a su lado.

Rato más tarde se quedó profundamente dormida, aunque la tranquilidad duró poco, ya que no tardaron en aparecer las imágenes de todo lo que había sufrido a manos de Vólkov. Los golpes, las violaciones... Nadie venía en su ayuda por más que suplicase por esta. No aparecían para salvarla...

Se incorporó rápidamente, empapada en sudor mientras se abrazaba. Podía sentir la humedad de las lágrimas en sus ojos.

Leo también se sentó en la cama ante el brinco que ella había dado. Quiso consolarla y colocó una mano en su brazo, pero Clairee lo apartó.

—Estoy bien —dijo ella—, se me pasará. Solo necesito unos minutos.

—No estás bien, Clairee. No pretendas aparentar que todo esto pasará como un mal sueño. Es lo que has vivido y tu mente te lo recuerda cada noche. ¿Crees que no oía tus súplicas y tus gemidos de terror en casa de Arkadiy?

Ella giró la cara hacia otro lado tratando de que el pelo ocultara lo que esta mostraba.

—El tiempo calmará las aguas.

Se incorporó y se dirigió a la ventana mientras se abrazaba bajo la atenta mirada de Leo que no pudo evitar admirar su perfil gracias al reflejo de la luna. Sus ojos mostraban tristeza, pero había algo en ella que empezaba a llamar poderosamente su atención y no era el hecho de querer consolarla. Era una belleza extraña, totalmente diferente a la de Byanca.

Su largo cabello castaño caía en suaves ondas sobre sus hombros y ocultaba parte de su espalda, un modo de ocultar aquellas heridas que le habían provocado hasta hacía tan solo un par



de días.

Le picaron las manos cuando sintió deseos de acariciar su piel y el deseo se avivó en su cuerpo de repente. Intentó ocultarlo de la mejor manera posible, pero le dolía así que se levantó de la cama y se dirigió al baño cerrando la puerta con cierta brusquedad.

Se desvistió y se metió en la ducha abriendo el agua fría que lo empapó por completo aliviándolo en parte, preguntándose qué era lo que le había ocurrido en la habitación.

Tras un par de minutos salió y tras secarse un poco se volvió a vestir, pero se mantuvo un poco más dentro del baño. Tratando de concentrarse en lo esencial. No era momento para pensar con el cuerpo, debía tener la mente fría para enfrentarse al largo camino que les quedaba.

Inspiró hondo y salió para toparse con la mirada de ella durante unos segundos antes de que él mismo la apartara y volviera a sentarse en la cama dándole la espalda.

—Queda poco para el amanecer, será mejor que nos preparemos —dijo Clairee volviendo a mirar hacia el exterior donde ya empezaba a despuntar el alba con sus tonos rosados y naranjas.

—Arkadiy no nos ha dicho a qué hora saldremos. No ha conseguido un coche aún, o eso creo. Debería ir a preguntarle.

Sin esperar respuesta por parte de ella salió de la habitación. Se apoyó en la puerta durante unos segundos antes de dirigirse a la habitación que ocupaba Arkadiy.

Mientras tanto, Clairee volvió a sentarse en la cama y vio que Leo se había dejado el móvil sobre la mesilla de noche y lo tomó. Pensó en llamar a Angelo, pero era demasiado temprano y probablemente estuviese durmiendo. Volvió a dejar el aparato en su sitio a la vez que suspiraba.

Miró hacia la almohada donde había apoyado Leo la cabeza y un impulso le hizo posar la mano allí. Aún se podía apreciar el hueco donde se había apoyado. Estaba tibio.

—Leo... —susurró.

—¿Sucedo algo?

Ella se apartó de un salto al oírle hablar. No lo había sentido entrar y se había asustado.

—Pensé que estabas con Arkadiy.

—No se encontraba en la habitación, así que volví.

Ella asintió y se incorporó.

—Iré a darme una ducha.

Leo asintió por lo que ella se metió en el baño. Una vez dentro, se desnudó de espaldas al espejo que estaba colgado de la pared. Se negaba a ver a la mujer en la que se había convertido. Abrió el grifo de la ducha y se metió dentro sin esperar a que saliese el agua caliente.

Necesitaba despejarse y dejar de pensar en algo que estaba claro que no podía ser. Sabía bien que una vez que llegasen a Italia todo iba a cambiar. Lo que Leo parecía sentir en esos momentos solo era un espejismo creado por la sensación de protegerla, no había nada de real en ello, por eso debían alejarse lo máximo posible.

Primero hablaría con Arkadiy para, en la próxima parada, poder dormir sola. Estar cerca de Leo era más de lo que podía soportar porque su corazón, a pesar de lo destrozado que se sentía, aún albergaba sentimientos por él. Sentimientos que creyó destruidos por el daño que le infringieron, pero estaba arraigado en ella.

Acabó de ducharse y salió de esta para envolverse en una toalla.

Sintió que tocaban en la puerta y ella respondió.

—Dime, Leo.

—No sé cuanto tardará Arkadiy en conseguir un coche, así que he pedido el desayuno para que nos lo traigan a la habitación, es mejor que nos vean poco.

—De acuerdo, enseguida salgo.

Terminó de secarse para volver a vestirse y salir de allí viendo que ya habían traído el desayuno y Leo daba buena cuenta de una taza de café.

Ella se sentó a su lado a la vez que cogía la cafetera y se preparaba una taza.

Leo la observó cuando dio el primer sorbo y sonrió levemente.

—Parece que estamos en la comisaría una mañana más y que en cualquier momento vendrá Salvatore con un nuevo informe junto con sus tóricos chistes o quejándose del viejo Hulk.

Clairee lo miró y la nostalgia de aquellos tiempos le hizo sonreír también, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Eran buenos tiempos.

—Sí... me pregunto cómo estarán en la comisaría.

—La última vez que estuve, habían encontrado un sustituto para ocupar tu puesto... Gatti se apellida... me negué a trabajar con él, casi siempre iba por mi propia cuenta hasta que el comisario me echó por, supuestamente, poner en riesgo mi vida y mi integridad.

Leo la miró mientras ella sorbía de la taza.

—¿Y fue así?

Clairee se encogió de hombros.

—Pensándolo en perspectiva es muy probable que tarde o temprano hubiese sucedido algo grave... perder a mi compañero de patrulla fue un duro golpe para mí y no quería pensar en aquellos momentos o el dolor me hubiera devorado por dentro.

—Hacer eso no me habría devuelto a la vida. No merecía el riesgo que estabas tomando...

—En ese momento prefería el riesgo. Estaba rabiosa con el mundo. Odiaba a todos por hacer como si nada hubiese pasado. Bianca ni siquiera estuvo en tu entierro ¿sabes? La mujer por la que perdiste la vida no estuvo allí llorando tu muerte y yo... —Dejó la taza y se incorporó para darle la espalda. Aquellos días fueron el detonante de todo lo que vendría luego—, yo que estaba enamorada, pero que pasaba desapercibida para ti era la que más sufría en esos momentos. Sentí la necesidad de vengarte, de acabar con los responsables de tu muerte y ese momento fue el principio de mi propia destrucción.

Leo se levantó para acercarse a ella, aunque mantuvo una distancia prudencial.

—Siento haber sido el culpable de todo lo que has tenido que pasar, Clairee.

La policía negó con la cabeza mostrando una triste sonrisa sintiendo las lágrimas arder bajo sus párpados.

—Yo misma me lo busqué. El pasado no se puede cambiar.

—Pero sí el futuro.

Clairee se giró para encararlo.

—¿Qué futuro? A ti te recibirán con todos los honores allá, salvaste a la pobre Clairee que cometió el grandísimo error de enamorarse del policía perfecto al que todos querían y de querer venganza por lo que le habían hecho. La que fue engañada, enterándose de que ese hombre estaba vivo cuando se dejaba vejar por Fabrizio Zanetti, el responsable de que acabara en este país en las manos de un sucio sádico. —Clairee tenía los puños cerrados por la rabia que estaba sintiendo hacia él y hacia sí misma por haber sido tan estúpida—. Dime, Leo, ¿qué futuro voy a tener yo?

## 38.

Las miradas de ambos se cruzaron durante segundos que se hicieron eternos mientras tenían sentimientos encontrados. Clairee, no queriendo ver más pena en los ojos de Leo, volvió a darle la espalda.

Sentía la necesidad de huir de allí, empezaba a notar claustrofobia entre aquellas cuatro paredes, pero ¿a dónde iría?

Él, en cambio, no sabía qué contestar a aquella pregunta que le había hecho.

—Clairee...

—No, Leo. Déjalo así.

—Si hubiese sabido lo que sentías, no hubiera hecho lo que hice. No sabía que ibas a sufrir tanto.

Ella miró al techo sonriendo con tristeza.

—Deja de mentirme. Lo hubieses hecho igualmente. No veías nada más que a Byanca, no habría servido de nada que supieses lo que sentía por ti. Necesito salir de aquí —dijo mientras se dirigía a la puerta que daba al pasillo.

Leo intentó detenerla, pero salió tan rápido que no tuvo tiempo. Se pasó la mano por el pelo con frustración dando una vuelta por la habitación.

Una conversación que había empezado bien terminaba con confesiones dolorosas por parte de Clairee. En ese momento se daba cuenta del terrible daño que le había hecho al fingir su muerte, pero nadie podía culparlo, él no sabía nada.

Maldijo en silencio antes de salir a buscarla. Era peligroso que estuviese fuera de la habitación por si los tipos hubiesen avisado de que habían huido.

Miró a ambos lados del pasillo, pero no la encontró a simple vista. Decidió pasar primero por la habitación de Arkadiy por si se había refugiado junto al ruso.

Tocó en la puerta, pero nadie respondió desde el interior. Seguramente el ruso estaba aún buscando un coche... Entonces ¿a dónde podría haber ido Clairee? Se dirigió al ascensor para bajar hasta la planta baja a buscarla. Recorrió todo el *hall* sin resultado.

Comenzó a preocuparse al no encontrarla hasta que vio la puerta de las escaleras de emergencia. Con decisión se dirigió allí y subió con cautela encontrándola sentada en uno de los escalones abrazándose las rodillas.

—Joder, Clairee, me has asustado —dijo apoyándose en la pared al comienzo de aquel tramo de escaleras con el corazón acelerado, no solo por la carrera sino por el miedo que había sentido al no encontrarla por ningún sitio—. Maldita sea... —susurró llevándose una mano al centro del pecho.

—Estoy bien —dijo ella.

Él subió los escalones y la agarró de los brazos para que lo mirara a los ojos.

—Me tenías preocupado, no te encontraba por ningún lado...

—Tranquilo que llegaremos a Italia y recibirás todos los honores merecidos.

Leo la soltó y se pasó las manos por el pelo con frustración.

—¿Te crees que me importa eso ahora? No soy tan rastrero... estaba preocupado de verdad

¡joder! ¿No te has parado a pensar que los hombres de Vólkov podrían estar buscándonos? ¿Qué pasaría si te encuentran? ¡Maldita sea, Clairee! No quiero que te hagan daño de nuevo...

Sin poder evitarlo se agachó frente a ella y acarició la mejilla de la mujer que no huyó lo que le hizo sonreír levemente.

—No quiero seguir aquí... —dijo ella cerrando los ojos sintiendo la calidez de la mano de Leo.

Hacia tiempo que nadie la trataba así y por un momento se dejó acariciar. Intentaba ser fuerte, pero en el fondo sabía que la habían convertido en alguien débil de los que todos iban a sentir pena. Ella solo quería que no la mirasen de esa manera.

—Ojalá pudiese retroceder en el tiempo, Clairee... Créeme que si pudiese hacerlo no estaríamos los dos en esta situación. No sabes lo culpable que me siento con todo esto. Soy un imbécil y me merezco todo tu odio, pero debemos unir fuerzas ahora para poder llegar a Italia antes de que nos alcance Vólkov. Vólvamos a la habitación, llamaremos a Arkadiy para ver si ha conseguido el coche y alejarnos lo más pronto posible de aquí —dijo mientras se incorporaba y le tendía la mano.

Clairee lo miró durante unos segundos y tras asentir le cogió la mano para incorporarse. Luego se soltó y salió al pasillo donde estaba la habitación. Cuando salieron de la zona de las escaleras de emergencia vieron a Arkadiy que se dirigió corriendo hacia ellos.

—Tengo el coche, debemos marcharnos ya. He visto un vehículo sospechoso en los aparcamientos y no quiero comprobar que sean hombres de Vólkov.

Clairee y Leo se miraron para volver la vista hacia el ruso que ya tenía en sus manos las bolsas de deporte con las armas.

—Quédate con Arkadiy, iré a recoger lo que tenemos allí —dijo Leo.

Sin decir nada más, se alejó hasta meterse en la habitación que habían ocupado. Casi al instante salió con las dos cazadoras y guardando el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—Listo.

Le entregó la cazadora a Clairee y los tres bajaron por las escaleras de emergencias, evitando a toda costa los lugares más visibles. Cualquier precaución era poca.

Cuando llegaron al piso inferior, Arkadiy se asomó para ver si había algún sospechoso en la zona. Todo estaba despejado salvo la recepción donde se encontraba la recepcionista trabajando en el ordenador.

Les hizo una señal a los dos y salieron de allí para dirigirse al mostrador a entregar las llaves de las habitaciones.

Clairee miraba a los lados, nerviosa. Sentía como si alguien la observara y eso no era bueno. Se agarró al brazo de Leo que la miró.

—¿Ocurre algo?

—Alguien nos observa —susurró Clairee sin dejar de mirar a su alrededor—. Tenemos que salir ya...

Él asintió y le hizo una señal a Arkadiy que el ruso comprendió al ver cómo se removía Clairee nerviosa. Se giró hacia la recepcionista y tras decirle algo de lo que ella no pareció muy conforme se puso en movimiento, seguido por los policías.

En un momento dado, ella giró la cabeza y vio a tres tipos saliendo de la zona de restaurante.

—¡Están ahí! —exclamó.

Los dos hombres se giraron y al verlos salieron rápidamente del hotel para dirigirse al coche que había alquilado Arkadiy.

—¡Rápido! —exclamó al ver que los tipos sacaban sus armas para empezar a disparar.

El primer disparo no se hizo esperar y los tres se agacharon tras el vehículo mientras sacaban sus armas.

—¡Joder! —se quejó Leo—. Arkadiy, métete en el coche, tenemos que salir de aquí lo más rápido posible.

El policía se incorporó para disparar por encima del techo del coche, pero no acertó a ninguno que se había escudado detrás de otro vehículo.

Clairee, en cambio, disparaba desde la parte trasera mientras Arkadiy se encargaba de la parte delantera.

—Es imposible. Estamos en el lado del copiloto, entrar por el otro lado es un riesgo.

—Es la única posibilidad que tenemos de escapar de esos tres. Los del hotel no tardarán en llamar a la policía y se podría producir una carnicería.

Arkadiy cerró los ojos y se incorporó para correr hacia el lado del conductor, pero un disparo en el último momento hizo que volviera a esconderse, una de las balas le había rozado el muslo.

Leo al verlo soltó una maldición por lo que miró a ambos.

—Meteos en el coche, yo me encargo de conducir.

Ambos asintieron y abrieron las puertas mientras Leo se colocaba en el lateral delantero preparado para abrir fuego en el momento en que los otros estuviesen dentro del vehículo.

Estos entraron y se agacharon para que los disparos no llegaran hasta ellos. Leo inspiró hondo y se incorporó para correr hacia el lado del conductor sin dejar de disparar.

Abrió la puerta y se metió rápidamente dentro soltando la pistola a Arkadiy. Las llaves estaban puestas por lo que solo tuvo que ponerlo en marcha y salir de allí todo lo rápido que pudo.

La primera parte del trayecto se produjo en silencio recuperándose del subidón de adrenalina tras el tiroteo, pero a medida que iban avanzando Leo, que cuando intentó llegar al lado del conductor recibió un disparo en el hombro, empezó a sudar tratando de aguantar el dolor mientras notaba la sangre escapar por la herida, pero su prioridad era estar lo más lejos posible de las garras de Vólkov.

Clairee miraba hacia el exterior con cierta tranquilidad, ya que pudieron escapar del hotel sin graves consecuencias, pero al mirar el retrovisor pudo ver que el policía sudaba copiosamente y estaba pálido.

—Leo... ¿estás bien? —le preguntó, aunque en el fondo imaginaba que no era así dado el estado en el que parecía encontrarse.

Él levantó la vista hacia el espejo retrovisor y sonrió levemente.

—Sí, tranquila, todo está bien.

Arkadiy lo miró durante unos segundos percatándose también de que algo ocurría.

—Detén el coche —dijo ella.

—Estoy bien —insistió Leo.

—¡Que detengas el coche!

—No podemos deternos, tenemos que buscar otro sitio donde poder escondernos durante la noche...

Arkadiy miraba hacia delante, pero decidió hablar.

—Tu cara de dolor no dice que estés bien...

Leo lo miró unos segundos antes de fijar la vista en la carretera de nuevo.

—Para el coche, Leo. Te han disparado ¿verdad? Esos tipos te dieron... —dijo Clairee mirándolo a través del retrovisor.

—No es nada, solo un rasguño. Tenemos que poner distancia con Vólkov, no podemos detenernos.

—Detén el coche —dijo Arkadiy—. Aunque sea un rasguño hay que mirarlo y tratar de cubrirlo para que no se infecte...

Leo no quería hacerles caso, pero estaba empezando a tener una sensación de mareo que le impedía ver bien la carretera por la que conducía por lo que se detuvo en el arcén y apoyó la cabeza en el cabecero del asiento.

Clairee se bajó corriendo y abrió la puerta del conductor para mirarlo y tocarlo. Cuando llegó al hombro, él soltó un gruñido. La mano se le empapó de sangre por lo que le apartó la cazadora viendo la enorme mancha que teñía su camiseta.

—¡Maldita sea, Leo! —exclamó ella—. ¡Eso no es un rasguño!

—Es menos de lo que parece.

—¿De verdad? —preguntó a la vez que presionaba la herida con rabia. ¿Por qué la engañaba? ¿Acaso quería ponerlos en peligro a todos? Leo gritó dolorido mientras intentaba apartarse—. Estoy harta de engaños. No puedes fingir que no es nada. Mírate, estás a punto de perder el conocimiento. No puedes conducir así, Arkadiy, ¿puedes conducir?

Él asintió antes de bajarse a la vez que Clairee agarraba a Leo para sacarlo del coche y meterlo en la parte trasera.

—Joder, Clairee...

La policía lo ignoró y miró a Arkadiy.

—Tenemos que ir a un hospital para que lo atiendan.

El ruso negó con la cabeza.

—Es peligroso. Vólkov controla media Rusia, si descubre que hemos ido a un hospital no le será difícil dar con nosotros. La mejor solución es encontrar un lugar seguro donde pasar la noche y tratar de curarlo nosotros mismo.

—Pero ¿y si tiene la bala dentro?

—Si es así, lo tenemos crudo —dijo antes de ayudarla a meter a Leo en el asiento trasero para luego volver al puesto del conductor.

Clairee se colocó al lado de Leo que ya parecía respirar de manera agitada debido al dolor.

—Quítate la cazadora —ordenó ella a la vez que intentaba ayudarlo—. Hay que mirar que haya orificio de entrada y salida.

Cuando ya se había quitado la cazadora, ella misma le levantó la camiseta buscando quitársela también para ver el hombro, pero al mover el hombro él hizo un gesto de dolor y trató de alejarse de nuevo.

—Deja que nos detengamos, Clairee... Así no podemos... ¡Joder! ¡Basta!

—Es importante ver si la bala ha salido o no, Leo —habló desesperada Clairee—. Si la tienes dentro ¿cómo te la vamos a quitar? No somos médicos... ¿Y si te hacemos más daño? ¿Y si se te infecta? ¿Y si...?

No pudo continuar hablando, estaba realmente asustada con la idea de que Leo pudiese morir... No podían acudir a un hospital donde los expertos podrían realizar las curas necesarias. Estaban solos en aquella situación...

Cuando sintió la mano de él en su mejilla lo miró. Él sonreía levemente y notó que limpiaba el rastro de lágrimas que habían escapado de sus ojos. Hacía tiempo que no lloraba y se sorprendió a sí misma.

—Estaré bien, Clairee, así que no llores ¿vale?

Ella trató de asentir, pero aún parecía estar asimilando aquellas lágrimas que corrían sin control por sus ojos, por el miedo a perder a alguien tan especial como Leo. Porque, a pesar de todo, a pesar de sentirse rota por dentro, en el fondo aún lo quería y no podía perderlo ahora.

Él estaba corriendo muchos riesgos solo para ponerla a salvo y eso había despertado a esa parte de su corazón que creía roto y muerto. Pero si él no se recuperaba, no sabía que podía ser de ella en el futuro.

—Así me gusta... —dijo Leo a la vez que cerraba los ojos. Sabía que era por la pérdida de sangre que no tardaría en perder el conocimiento.

Clairee posó sus manos en las mejillas de él.

—No te duermas, Leo... aguanta un poco, por favor.

—Tranquila... solo estoy cerrando los ojos unos segundos...

—¡No! Háblame, eso te mantendrá despierto. Vamos, dime algo...

Pero ya había caído inconsciente y eso desesperó a Clairee.

## 39.

Clairee miraba preocupada a Leo aún inconsciente sobre la cama del hotel donde habían cogido dos habitaciones. Arkadiy le curó el hombro tras haber conseguido el instrumental necesario. Por suerte la bala había salido y era una herida limpia, pero hasta que ella no lo viese despierto no estaría tranquila.

Pasaba la medianoche y no paraba de dar vueltas con la preocupación reflejada en su rostro. Las horas pasaban y no parecía despertar.

Ahora que ya estaban a un paso de tocar la libertad total no podía perderlo.

Tocaron en la puerta y se acercó a esta.

—¿Quién es?

—Soy yo —contestó Arkadiy.

Ella abrió para dejarlo pasar. Traía una bolsa con lo que parecía ser comida y que dejó sobre la encimera junto a la entrada de la habitación.

—Aún no ha despertado... —susurró Clairee preocupada mirando al policía.

—Es normal, ha perdido bastante sangre, he traído comida para ambos. Debe reponer fuerzas. Tú también deberías comer.

Ella negó abrazándose.

—No puedo...

Arkadiy cerró los ojos antes de mirarla.

—Si quieres acabar enferma hazlo cuando estemos lejos de Rusia. No quiero cargar con dos.

Sin decir nada más, cogió una botella de la bolsa y se acercó hasta la cama para sentarse al lado de Leo para hacerle beber el líquido que este contenía. Sabía que no iba a poder comer nada sólido, pero al menos era algo que ingería.

Clairee los miró y luego se dirigió a la bolsa cogiendo una bandeja cerrada junto a un tenedor de plástico que había encima de esta para sentarse en la silla que se encontraba frente a la cama.

Por una parte, Arkadiy tenía razón. No servía de nada si ella no estaba fuerte. Estaban alejándose poco a poco del núcleo ruso para poder llegar a una zona segura antes de llegar a Italia, pero si no se encontraba bien, no iba a ser de ayuda y ahora mismo Leo la necesitaba mientras estaba convaleciente.

Empezó a comer mientras el ruso alimentaba al policía a base de sorbos de aquel líquido. Cuando acabó, se incorporó para tirar la botella en el baño. Al volver le levantó el vendaje, aunque por fuera se veía limpio.

—Sé que aún es pronto para decir algo, pero ¿crees que se pondrá bien?

—Es un hombre sano. Lo importante es mantener la herida limpia y bien protegida.

Ella asintió mientras tomaba un poco de comida de la bandeja masticando con lentitud, como si lo hiciese por obligación.

Arkadiy se acercó a ella para agacharse frente a ella.

—Si quieres saber mi opinión te diré que se va a recuperar. No tienes que temer nada.

Clairee dejó el tenedor encima de la comida y lo miró.

—Gracias por acompañarnos, de no ser por ti, es muy probable que Vólkov nos hubiese



atrapado de nuevo.

Él negó.

—Ahora soy parte de su objetivo. Ayudé a secuestrar a su hija, así que es lógico que os acompañe.

—Pero te estás yendo de tu país. ¿No tienes familia o alguien que sea importante?

El ruso se incorporó y se acercó a la ventana bajo la atenta mirada de Clairee.

—No tengo nada que me ate a este país. A veces maldigo ser ruso... —dijo en apenas un susurro—. A veces me gustaría cambiar el pasado, pero es imposible.

—Lo siento...

Él negó con la cabeza.

—Quizás me espere un futuro mejor en Italia... —En ese momento no pudo evitar pensar en Chiara, esa joven que le robaba las pocas horas de sueño que tenía cada noche—. El problema es que no podré salvar a más jóvenes de esos prostíbulos.

—Quizás la organización donde Leo y yo estábamos pueda hacer algo, puedes ayudarlos de alguna manera.

—Yo trabajo solo.

—Pues creo que es momento de que ayudes de otra manera, a veces no es bueno hacer las cosas por sí solo. Yo me metí en todo esto sola y mira cómo ha acabado todo, no quise hacer caso de los consejos que me dieron, de los que querían protegerme. Solo pensaba en la venganza y acabé en manos de un sádico que solo sabía maltratarme y violarme sin tener en cuenta lo que sentía, siendo para él solo un juguete con el que divertirse a su antojo. Y yo lo único que deseaba era que alguien viniera en mi ayuda o tener una muerte rápida, parece ser que tampoco era tan mala porque vinisteis a rescatarme.

Sentía que se quitaba un enorme peso de encima al contar todo aquello.

Él se giró hacia ella.

—Fui contratado para ello, en cambio él... —dijo encogiéndose de hombros y miró a Leo unos segundos—, estaba desesperado por sacarte del infierno en el que te encontrabas arriesgándose a ser descubierto. Se había convertido en su prioridad...

—Cree sentir algo por mí después de haber encontrado una carta que tenía en mi piso donde confesaba lo que sentía por él, pero es todo un espejismo. No quiero que acabemos sufriendo por algo que no es real por su parte, pero no quiero perderlo de nuevo. ¿Es egoísta desear algo que sabes que no puedes tener?

Esta pregunta hizo reflexionar a Arkadiy durante unos segundos. Es una pregunta que quizás él también podría haberse hecho en algún momento. Él jamás podría tener a alguien como Chiara, alguien que había sufrido durante años no solo física sino mentalmente, así que solo pudo encogerse de hombros.

—No es tan fácil responder a esta pregunta. Solo puedo decirte que, si quieres luchar por ello, hazlo. Solo tú tienes el poder de cambiar esta situación. No puedo responder por sus sentimientos, pero he pasado varios días con él y he podido ver su desesperación... no sé si te servirá de algo...

Clairee sonrió levemente.

—Gracias... Sé que lo haces con buena intención y te agradezco que me escucharas.

—A veces necesitamos que nos escuchen para ver las cosas con otra perspectiva. Me voy a mi habitación para que puedas descansar, vendré por la mañana a ver cómo se encuentra —dijo señalando con la cabeza a Leo.

Ella asintió a la vez que se incorporaba para acompañarlo a la puerta y así dejar la comida en la bolsa de nuevo. No tenía hambre.

Cuando el ruso salió, cerró la puerta y se apoyó en esta durante unos segundos antes de girarse hacia la cama donde aún permanecía Leo inconsciente. Se acercó a esta y se sentó al lado del cuerpo del policía.

¿Cómo sobreviviría si a él le pasaba algo malo? La primera vez estuvo a punto de volverse loca, no quería imaginarlo de nuevo, pero se había asustado al ver cómo perdía tanta sangre.

Ya no podía negarse a sí misma que había perdido la capacidad de amar porque al ver el estado de Leo, supo que nada de aquello había muerto, que su amor por él permanecía intacto.

Se incorporó para quitarse la cazadora y los zapatos antes de volver a la cama y acostarse al lado sin dejar de mirarlo. Respiraba con normalidad y eso era algo que le tranquilizaba.

Intentó dormir y cuando estaba a punto de conseguirlo, no pudo evitar desear algo que albergaba su corazón.

—No me dejes nunca, Leo...

Sentía un embotamiento en el cerebro que le impedía abrir los ojos a la primera. Podía notar el dolor en el hombro producto del disparo, recordaba las lágrimas de Clairee antes de perder el conocimiento, pero ¿cuánto llevaría así?

Intentó abrir los ojos poco a poco. Todo estaba en penumbra, pero podía ver que estaba en una habitación de algún hotel. Se miró para comprobar que le habían quitado la camiseta y tenía un vendaje en el hombro que le palpitaba por el dolor.

Quiso incorporarse, pero se sentía débil y hacer movimientos bruscos hacía que le doliese. Oyó un gemido a su lado por lo que giró la cabeza para ver a Clairee profundamente dormida con el ceño fruncido como si estuviese soñando algo que no le gustase. Podía hacerse una idea de lo que podría ser.

Levantó la mano sana y con un dedo trató de borrar ese ceño. El rostro de ella se suavizó provocando una leve sonrisa en él. Se veía tan delicada cuando dormía. ¿Cómo es que nunca se había dado cuenta cuando habían compartido muchas noches en la comisaría y la había visto dormir antes? ¿Qué había cambiado en él?

Empezó a verla con otros ojos después de leer la carta, sobre todo al darse cuenta de cómo eran sus gestos con él, sus sonrisas, su apoyo cuando lo necesitaba. Bianca le había hecho daño y se obcecó, no quiso ver nada más, en cambio, Clairee, a pesar de todo, siempre estuvo a su lado dándole su apoyo...

—Soy un imbécil... —susurró—. Un absoluto imbécil que no supo ver lo que tenía delante. Si solo pudiese volver atrás en el tiempo con lo que sé ahora... probablemente nada de esto hubiese pasado.

Cerró los ojos unos segundos. Se sentía tan culpable por todo.

—No... que alguien me ayude... no más... basta...

Leo se incorporó llevándose una mano al hombro. Oírla hablar en sueños de esa manera le ponía enfermo, sobre todo al imaginar lo que ese hombre podría haberle hecho.

Ella se removió inquieta antes de incorporarse con un jadeo y empapada en sudor. Se cubrió la cara mientras encogía las piernas.

—Ya va quedando menos para volver a Italia, una vez fuera de Rusia no podrá alcanzarnos, te lo prometo.

Clairee jadeó con sorpresa apartando las manos para mirarlo.

—Leo... —Rápidamente se puso de rodillas a su lado—. Estás despierto... menos mal.

La vio suspirar aliviada.

—Ya te dije que no era nada grave.

Ella le golpeó el brazo sano.

—¡Perdiste mucha sangre, imbécil! ¡No sabes el susto que me has dado!

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Pues prácticamente todo el día. No podíamos llevarte a un hospital y Arkadiy tuvo que curarte lo mejor que pudo. Estaba muy asustada...

En un impulso, Leo la sujetó de la cintura con el brazo sano para atraerla hacia sí quedando muy pegados.

Ambos se miraron a los ojos fijamente durante unos instantes que se hicieron eternos. Clairee los cerró por un momento tratando de encontrar fuerzas para apartarse. El contacto aún le resultaba incómodo, pero poco a poco iba sintiendo que parte de esas barreras que había formado a su alrededor iban cayendo.

—Leo...

—No digas nada, Clairee, déjate llevar —dijo él hundiendo la cabeza en el hueco del cuello de ella.

—No puedo.

Él se apartó un poco para mirarla de nuevo a los ojos.

—¿Por qué?

—Acabará haciéndonos daño y yo... yo ya no soy la misma.

—¿Y si esta noche fuera la última? —preguntó él de repente.

Clairee no comprendió lo que había querido decir.

—¿Qué?

—¿Y si esta fuese nuestra última noche juntos? ¿Y si mañana nos atraparan o uno de los dos muriera?

Ella negó con fuerza.

—¡No! ¡No digas eso, por favor!

—Piénsalo por un momento, Clairee.

—No me pidas algo semejante.

Leo le acarició la mejilla con delicadeza.

—¿Qué harías si eso fuera así? ¿Cuál sería tu último deseo?

Permaneció callada mientras se miraban a los ojos. Él bajó la mirada hacia los labios de ella que respiraba nerviosa por cómo la miraba.

—Yo...

—¿Sabes cuál sería mi último deseo? —Clairee tragó saliva a la vez que negaba con la cabeza—. Saber a qué saben tus labios...

Sin esperar una negativa por parte de la mujer, que ya se disponía a darle, acercó sus labios a los de ella y la besó. Clairee intentó resistirse al principio, pero poco a poco fue dejándose llevar cerrando los ojos, aflorando los sentimientos que había mantenido escondidos durante tanto tiempo.

Sabía que debía apartarse, que no era adecuado, que todo aquello podía acabar mal, pero no podía hacerlo. Por primera vez podía sentir los labios de Leo sobre los suyos. Parecía un sueño, uno del que no quería despertar después de tantas pesadillas.

Leo, que tenía la mano sana posada sobre la mejilla de Clairee la bajó por su cuello con

lentitud para luego bajar hasta el borde de la camiseta y meter la mano dentro. Sentía una urgente necesidad de poder tocar su piel, de sentirla.

Cuando ella notó la mano introduciéndose bajo la prenda y tocó algunas cicatrices, se apartó rápidamente dejando al policía confuso por su reacción. Aquellas cicatrices le recordaban lo que había pasado y las odiaba profundamente.

Se levantó de la cama intentando poner distancia con la respiración agitada y los labios hinchados por el beso que acababa de compartir con Leo. Se llevó la mano a estos sin dejar de mirarlo.

—Clairee...

—Esto es un error, Leo. No puede volver a pasar.

## 40.

Leo se levantó de la cama con cierta dificultad para acercarse a ella que retrocedió abrazándose.

—Todo estaba yendo bien, Clairee, ¿qué ha ocurrido para que te alejes de esa manera? —La policía negó con la cabeza apartando la mirada. Leo se acercó un poco más y le tomó las mejillas para que lo mirase—. ¿Qué ha pasado?

—Esto no puede ser, Leo. Ya te dije que lo que sientes es un espejismo, que tú realmente no estás... vas a acabar decepcionado... Mis sentimientos por ti aún son fuertes a pesar de que creí que no podría volver a amar, pero tú no vas a sentir lo mismo... no tenía que haber escrito esa maldita carta. No quiero que me hagan más daño, por favor.

Él cerró los ojos unos segundos ante sus palabras.

—Clairee, me conoces... sabes perfectamente que no soy una persona que se besa con cualquiera. Aunque no quieras creerme creo que has despertado algo en mí... no sé exactamente qué puede ser, pero solo tienes que ver cómo palpita mi corazón después de haberte besado —dijo él mientras tomaba una de las manos de ella y la posaba en el centro de su pecho—. ¿Lo sientes? —Ella miró sus manos juntas para luego subir la mirada hacia los ojos de Leo—. Sé que Bianca fue alguien muy importante en mi vida y que aún la llevo dentro, pero estás despertando sensaciones diferentes a las que sentía con ella.

»Por un lado quiero protegerte del hombre que te hizo daño y es lógico que me sienta así... no puedo evitarlo porque nadie se merece pasar por algo semejante, por otro... no sé, Clairee, anoche cuando estabas asomada a la ventana del hotel y se reflejó la luna en tu rostro... algo despertó dentro de mí. Ahora mismo cuando dormías —dijo mientras señalaba hacia la cama— tenías el ceño fruncido y, aun así, me pareciste preciosa... Besarte ahora ha sido sensacional.

Clairee no sabía qué decir ante sus palabras. Por una parte, regocijaba su corazón, pero, por otra, tenía miedo a que todo aquello fuese solo una ilusión que acabara hundiéndola más de lo que ya se sentía cuando él se diese cuenta de que nada de aquello era real.

—Leo... ¿y si cuando lleguemos a Italia todo eso que sientes se desvanece? No podré soportarlo. No quiero que mi corazón se ilusione para luego acabar roto en pedazos.

—Puede que pase o puede que no. ¿Por qué no vives el momento?

Ella se apartó de golpe.

—¡No! Yo no sé vivir el momento... Vólkov me ha destrozado. ¿Es que no lo viste cuando me rescataste? ¿No has visto mis cicatrices? Apenas puedo mirarme en el espejo sin querer romperlo en pedazos para no ver en lo que me ha convertido. ¿Qué momento voy a vivir? Todo el que se acerque a mí o huirá o solo sabrá sentir pena. Intento ser fuerte, créeme que lo intento porque ese hombre no merece mis pensamientos y mi desgracia personal, pero no puedo evitarlo.

—Si no saben apreciar lo maravillosa que eres, entonces no te merecen.

Ella estiró la mano hacia él con una sonrisa triste.

—¿Ves? No sientes nada, Leo. Esto es a lo que me refiero. Puede que te sientas atraído, no sé muy bien por qué, pero nada más y yo no quiero dejar al descubierto mis sentimientos para que me los pisoteen luego. Así que déjalo. Tienes que descansar y recuperar fuerzas para poder irnos cuanto antes —dijo volviendo a la cama para acostarse en su lado.

Leo se giró para observarla sintiendo una enorme frustración por haber metido la pata sin haber tenido en cuenta los sentimientos de ella. ¿Cómo iba a solucionar semejante error? Todo lo que le había dicho era real. Lo que sentía por Clairee no es lo mismo que sintió por Byanca en su momento y eso era lo que no podía comprender.

Suspirando volvió a la cama y se acostó mirando al techo blanco de la habitación. Lo que tenía claro es que no iba a poder dormir con ella a su lado, que, en ese momento, le daba la espalda.

Clairee sintió el momento en el que se hundió el colchón bajo el peso del cuerpo de Leo y se mantuvo quieta mientras notaba las lágrimas a punto de escapar de sus ojos.

Su corazón latía acelerado. Muchos sentimientos juntos estaban a punto de desbordarla. Ella no tenía futuro alguno con Leo y debía asumirlo. Podía ver la cara que ponía cuando veía algunas de sus cicatrices. No era lo mismo tener una herida de bala a medio cuerpo cubierto como una red.

El sentimiento de protección hablaba por él. ¿Qué pasaría cuando pasara el tiempo y se diera cuenta de que nada de aquello era real? ¿Que no existían los sentimientos que le había confesado hacía tan solo unos minutos? Ella no iba a poder soportarlo.

Cerró los ojos y una lágrima se escapó sin poder evitarlo. Intentó relajar el cuerpo hasta que llegara el amanecer donde Arkadiy vendría a ver la herida de Leo y verían si podían continuar su camino hacia la frontera de Rusia.

En todas aquellas horas había estado pensando qué haría una vez llegase a Italia. Lo primero sería ver a Angelo y después buscaría un lugar donde poder alejarse de Leo, donde empezar de cero. Quizás podría pedir un traslado al comisario Cantoni a otra comisaría, sus referencias eran buenas y seguramente le perdonaba lo ocurrido antes de que toda su desgracia diera comienzo. Podría ir a Roma o incluso a Milán, pero lo mejor era alejarse de Florencia.

Sí, era la mejor solución.

Cuando los primeros rayos del amanecer se hicieron presentes, sintió que Leo se levantaba y se dirigía al cuarto de baño. Mantuvo los ojos cerrados, fingiendo dormir hasta que él cerró la puerta y pudo abrir los ojos.

—Ya queda menos camino, Clairee... —se dijo—. Muy pronto comenzarás una nueva vida y te alejarás de él. Lograrás olvidarlo...

Leo se metió en el baño y se miró en el espejo a la vez que se quitaba el vendaje para ver cómo estaba la herida. Parecía tener buen aspecto. Dejó la venda dentro del lavamanos y se terminó de desvestir para darse una ducha.

Tenerla a su lado había sido una tortura, pero se lo merecía por ser un bocazas. Aún era temprano para ella... Hasta hacía unos días había sido la prisionera de Vólkov y le causó bastante daño, no solo físico, también psicológico del que partían todos sus miedos.

Sabía perfectamente las cicatrices que tenía, él mismo las había visto, pero eso no significaba nada. Él también tenía las suyas. No eran perfectos y no era malo.

—No es un espejismo, Clairee —dijo mientras el agua le caía encima—. Pienso demostrármelo a mí mismo y a ti también.

Rato después salió del cuarto de baño con la venda en la mano. Él solo no podía ponérsela.

Ella ya se encontraba sentada y lo miró.

Tenía los pantalones puestos, pero no se los había abrochado aún, ya que hacer ese tipo de movimientos le molestaba. Se sentó en la cama y la miró.

—¿Podrías ponerme la venda? Yo solo no puedo.

—Deberías esperar a que venga Arkadiy para que la examine.

—Ya lo he hecho yo y está bien. No hace falta que él la mire. Ambos sabemos cómo son este tipo de heridas. Así que, por favor, ¿podrías vendármela?

Clairee cerró los puños durante unas milésimas de segundo antes de incorporarse y coger la venda.

—Tanto tú como yo sabemos que necesitas una venda nueva. No puedo volver a ponerte una que está manchada de sangre. Arkadiy dejó las cosas por aquí... —dijo mientras se alejaba hasta el mueble que había junto a la puerta donde estaba la bolsa de la cena que el ruso le había traído. Al lado de esta había una bolsa con material médico que cogió—. Te la limpiaré antes de venderla.

Él encogió el hombro sano mientras ella dejaba la bolsa a su lado en la cama para sacar un bote de suero fisiológico con el que mojó la herida. Luego la vio coger gasas para limpiarlo todo haciendo que él pusiera muecas de dolor con cada toque. Había olvidado lo que dolía una herida de esas.

Clairee entonces sacó una venda nueva de su embalaje y comenzó a envolver el hombro con delicadeza, pero lo suficientemente fuerte como para que no se deshiciera al más mínimo movimiento.

—Tuviste bastante suerte... —dijo ella sin mirarlo.

—Es posible... en ese momento solo pensaba en alejarnos de ese lugar, así que no quise pensar en lo que iba a hacer.

Ella lo miró a los ojos.

—Podrían haberte matado.

—Hace tan solo unos meses no me hubiese importado, total, ya estaba muerto para el mundo y tenía que presenciar cosas que no me gustaban... ahora... ahora que casi todo el mundo sabe que sigo vivo me gustaría volver y recuperar parte de mi antigua vida. Volver a la comisaría, atrapar a Zanetti...

—Lo conseguirás...

Clairee guardó las cosas en la bolsa para luego darle la espalda. Leo se incorporó y la agarró del brazo para detenerla.

—¿Tú no quieres volver a tu vida?

—Ya te he dicho que esa Clairee ya no existe, Leo. ¿Volver a la comisaría para ver las caras de todos cuando sepan lo que me ha ocurrido? ¿Atrapar a Zanetti? Ya no es una prioridad en mi vida, así que no, no voy a volver a todo aquello que tuve que dejar atrás —dijo sin mirarlo.

—¿No volverás a ser policía?

Clairee negó con la cabeza y se soltó.

—En caso de que volviera pediría un traslado. No quiero estar en Florencia. Estoy cansada de ir detrás de la mafia sin lograr nada.

Leo no daba crédito a las palabras de la policía. Si ella se iba no podría demostrarle todo lo que él estaba empezando a sentir.

—No puedes irte de Florencia.

—¿Vas a impedírmelo? Hasta donde yo sé, no eres nadie para controlar mi vida.

—No quiero que te vayas, Clairee.

Ella inspiró hondo.

—Necesito hacerlo... una vez lleguemos a Italia y pase el tiempo necesario para recuperar los trozos de mi vida no me pienso quedar en Florencia. Es mi última decisión.

Ella se soltó y volvió a dejar la bolsa con los enseres sobre el mueble sin siquiera mirarlo. Justo en ese momento tocaron en la puerta por lo que aprovechó para abrirla topándose con Arkadiy.

—Ya está despierto y acabo de curarlo, pero si quieres verlo, eres bienvenido —dijo ella—. Yo voy a ducharme.

El ruso enarcó una ceja ante la actitud de la chica y entró en la habitación viendo a Leo sentado en la cama con los puños apretados. Dejó la bolsa que llevaba a un lado.

—¿Ocurre algo?

El policía intentó relajarse y negó con la cabeza.

—Clairee me comentó que vendrías a ver la herida... acabo de darme una ducha y no tenía mala pinta —dijo Leo llevándose la mano al hombro palpando el vendaje.

—Me gustaría verla para estar seguros. Aunque no nos vayamos a mover hoy, por seguridad. La herida es reciente aún.

Arkadiy retiró el vendaje para verla y asintió conforme.

—¿Cómo la ves?

—No está nada mal, pero como te dije, nos quedaremos un día más aquí. No hay necesidad de arriesgarnos, además he comprobado todo el hotel y no he visto a nadie sospechoso, aunque no descarto que puedan aparecer en cualquier momento. Si nos mantenemos en nuestras habitaciones no sabrán si estamos aquí.

—¿Y el coche?

—Escondido en un lugar seguro, así que no hay de qué preocuparse. Vendré más tarde para planear lo que haremos mañana cuando salgamos del hotel. Por cierto, os he traído ropa limpia.

Leo asintió y Arkadiy salió de la habitación.

Pocos minutos después salió Clairee vestida y secándose el pelo con la toalla. Apenas le dirigió una mirada, sino que se fue directamente a sentarse en la cama para coger el mando y poner la televisión, aunque no entendiese una palabra de lo que decían.

—Arkadiy cree que podemos quedarnos hoy aquí por seguridad.

—Me parece bien. Llevamos dos días huyendo y apenas hemos descansado, nos vendrá bien.

Él no dijo nada, solo se giró para mirar la pantalla donde parecían retransmitir una noticia en la que salía el prostíbulo de Vólkov, aquel en el que Clairee había permanecido encerrada.

La policía al ver la foto del mafioso se tensó y apretó el mando entre sus dedos.

En la imagen se podía ver cómo los policías sacaban a varias jóvenes cubiertas por mantas y luego sacaban a varios hombres esposados. Podían intuir lo que estaba diciendo la presentadora de las noticias sobre lo que ocurría allí.

Pasaron varias fotos de diferentes hombres que parecían ser importantes en la zona.

—Menos mal que la organización ha hecho algo más que intentar detenerlos desde aquí... —dijo Leo.

—Quizás sería lo único que hayan hecho bien en mucho tiempo —espetó Clairee sin dejar de mirar la pantalla—. En mi caso solo han sabido engañarme. —Soltó el mando en medio de ambos—. Se me han quitado las ganas de ver la televisión...

Se recostó sin decir nada más.

Leo suspiró cogiendo el mando para cambiar los canales. Necesitaba distraerse y no pensar en ella acostada a su lado. No podía dejar de recordar todo lo que ella le había dicho y necesitaba encontrar la forma de hacerle cambiar de idea antes de llegar a Italia.

Porque no iba a rendirse tan fácilmente.



## 41.

Vólkov se movía de un lado para el otro en aquella habitación donde permanecía escondido de la policía. Habían descubierto toda la trama entretejida de prostíbulos que manejaba.

—¡Maldita sea! ¿Cómo que los habéis perdido? No debe ser tan difícil seguirlos.

Se detuvo para mirar a los dos hombres que estaban frente a él.

—Aquello se convirtió un enfrentamiento de balas y, además, son tres, nosotros solo dos...

—¡Excusas y más excusas! —exclamó lanzando el vaso que tenía en la mano hacia los hombres que lo esquivaron y este cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos, esparciendo su líquido—. ¡Encontradlos, aunque sea lo último que hagáis en vuestra vida! Esa maldita italiana solo me ha traído problemas. No tenía que haber aceptado la propuesta de Zanetti.

Volvió a dar vueltas por la habitación.

Tras lo ocurrido en el prostíbulo, su hija quiso estar lejos de él por lo que tanto ella como su madre se habían ido de la casa

Luego, una organización que se dedicaba a destapar crímenes a nivel mundial llegó junto a la policía a su local sacando a todas las chicas que había comprado a Zanetti y deteniendo a sus mejores clientes, magnates de los negocios, deportistas, políticos...

Aquello significaba su destrucción. Todas las influencias las había perdido...

Cerró los puños con rabia pensando que en el momento en que atrapara a la italiana le haría pagar todas y cada una de las cosas que había perdido.

Los hombres, que aún permanecían allí, lo miraban con cierto temor. Entonces él se giró hacia ellos.

—¡Marchaos! ¡Encontradla!

Los dos hombres asintieron y salieron corriendo de la habitación. Vólkov agarró varios muebles y los tiró al suelo en un intento de descargar su frustración.

Ya era bien entrada la tarde cuando Arkadiy entró en la habitación de Leo y Clairee para ver qué harían al día siguiente.

—Tenemos que salir muy temprano de aquí para pasar desapercibidos en caso de que haya llegado algún hombre de Vólkov.

—¿Has comprobado que no ha venido ninguno? —preguntó Leo apoyado en la pared frente a la cama donde estaban sentados el ruso y Clairee, vestido con la ropa que le había traído Arkadiy aquella mañana.

—Sí, he mirado todos los rincones y no hay nadie sospechoso.

—Mejor. ¿Cuánto nos queda para llegar a la frontera?

—Depende de las paradas que hagamos... si conducimos de noche también podríamos llegar antes.

—Entonces lo mejor será conducir de noche también —dijo Clairee deseosa de salir de ese país de una maldita vez.

Leo la miró por unos segundos.

—Oh, cierto, quiere llegar pronto a Italia para poder huir lejos de Florencia —dijo él dolido

por lo que ella tenía intención de hacer.

Clairee lo observó unos segundos con la sorpresa reflejada en su rostro ante la actitud que acababa de tomar Leo.

—Quiero salir pronto del país porque quiero estar lejos de Vólkov y lo que yo haga luego con mi vida no es de tu incumbencia.

Él levantó las manos.

—Por supuesto que no, líbrame de querer obligarte a algo... —respondió irónico.

Ella se incorporó.

—Te estás pasando, Leo.

Arkadiy los miraba a ambos sin decir nada. No pensaba meterse en medio de aquella discusión sin mucho sentido para él, aunque podía hacerse una ligera idea de lo que ocurría.

—Es que no lo entiendo, Clairee. No entiendo por qué quieres irte de Florencia cuando toda tu vida la tienes allí.

—Allí no tengo nada, entiéndelo de una maldita vez. ¡Esa Clairee ya no existe!

Leo resopló y se apartó de la pared.

—Muy bien, si así lo quieres, así será. Cuando lleguéis a un entendimiento sobre lo que hacer me avisáis.

No quería seguir oyendo las excusas que ella le daba, así que salió de la habitación bajo la atenta mirada de los dos.

Una vez fuera, Clairee se sentó con la mirada perdida. Aquella opción era la mejor. No podía permanecer en Florencia. No lo soportaría, sobre todo al saber que él iba a estar tan cerca. Necesitaba poner distancia y empezar de cero.

Arkadiy la miró antes de incorporarse y dar una vuelta por la habitación.

—No sé qué ha pasado y tampoco es que me interese porque eso os concierne a vosotros, pero huir a veces no es la solución, en ninguno de los dos casos —dijo mientras señalaba hacia la puerta refiriéndose también a Leo.

Clairee se abrazó a sí misma antes de mirarlo.

—No estoy huyendo. Solo quiero alejarme de todo lo que me ha hecho daño ¿acaso es eso malo?

—No. No lo es. Solo piensa en el daño que puedes hacer a los que te aprecian. Nada más —dijo dirigiéndose a la puerta y antes de abrir volvió su mirada hacia ella—. A mí no me importa conducir de noche siempre que alguien lo haga durante el día.

Sin decir nada más salió de la habitación dejándola sola con sus pensamientos.

¿Realmente estaba huyendo? Ella solo quería alejarse de lo que le hacía daño, tal y como le había explicado a Arkadiy, pero ¿estaría haciendo bien? No tenía a nadie en Florencia, quizás Angelo y Byanca, incluso Pablo a pesar de todo, pero no se sentía preparada para soportar la pena que reflejarían sus miradas en cuanto la vieses.

Necesita hablar con alguien sobre ello, pero ¿a quién podía recurrir? El nombre de Angelo rebotó en su mente y sin dudar lo cogió el móvil de Leo que se había dejado olvidado sobre la mesilla de noche.

Lo desbloquea y va a la lista de contactos para llamar a su amigo que no tarda mucho en contestar.

—Leo... —contestan al otro lado.

—Hola, Angelo, soy Clairee. ¿Estás ocupado?

—Para ti nunca lo estoy... de todas formas no estaba haciendo nada interesante salvo vigilar

un nuevo objetivo, pero no parece que ocurra nada.

—¿Sigues trabajando para la organización?

—Es lo mejor que puedo hacer. Necesito ayudar a todas esas chicas...

Clairee permanece unos segundos callada mirando hacia la pared que tenía frente a ella.

—Angelo... cuando llegue a Italia y sabiendo todo lo que ha pasado... ¿me seguirías viendo igual?

El silencio al otro lado de la línea la puso nerviosa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Podrás mirarme sin sentir pena?

—Yo... no sé, he podido ver cómo has sobrellevado lo que te hacía Zanetti siendo una mujer fuerte, no sé exactamente qué te ha hecho ese ruso y prefiero no saberlo, aunque pueda imaginármelo intento no pensarlo.

Clairee se acomodó en la cama encogiéndose las piernas contra su cuerpo.

—Es que he estado pensando en algo porque necesito empezar de cero.

—¿A qué te refieres?

—Una vez llegue a Italia, me gustaría trasladarme a otro sitio, alejarme de Florencia, en algún sitio donde nadie me conozca. No quiero ver caras de pena de todos aquellos que saben quién soy y lo que me ha ocurrido y también quiero alejarme de... de Leo —dijo tras un suspiro.

—¿Te ha hecho algo?

—¡No! Se está portando demasiado bien, pero es que está confuso, Angelo, y temo que entregue lo poco que queda de mí para que luego acabe hecho trizas... Cree estar enamorado de mí y no es cierto, está influenciado por una carta que encontró en mi piso en la que confesaba lo que sentía.

—¿Y si realmente lo está? ¿Has pensado en ello? Quizás ha logrado ver más allá de una simple carta...

Clairee negó cerrando los ojos.

—Imposible. Su vida era Byanca... ¿cómo iba a cambiar tan de repente?

—Tú no puedes saberlo, solo él tiene la respuesta. Quizás necesitas algo como lo que él pueda ofrecerte para olvidar lo que te ha ocurrido.

—No quiero que me rompa el corazón, Angelo. Ya sufrí una vez por él y si ocurre de nuevo... no sé qué sería de mí. Por eso mismo necesito empezar de cero, necesito olvidar y alejarme de todo.

—Huir no es la solución.

Era la segunda vez que oía la misma frase en un mismo día y sentía que todos la tachaban de cobarde, pero nadie parecía entender que no quería arriesgar más a su corazón. Que otro golpe más sería fatal.

Con Angelo era el único con quien podía desahogar todos sus temores, lo que no tenía muy claro era si la miraría diferente cuando la viera.

—Sabes que me encantaría ayudarte y darte el consejo que necesitas, pero no eres igual a las demás mujeres. Si hubiera sido así solo te diría que te arriesgaras, pero no es esa tu situación, así que no sé qué decirte...

Ella apoyó la cabeza en las rodillas para luego sonreír con cierta tristeza.

—Gracias por escucharme...

—Eres mi amiga y te aprecio mucho, no dudes en acudir a mí para lo que necesites, daría hasta mi vida por ayudarte.

—Sé que lo harías.

Se despidieron y ella colgó para volver a dejar el móvil sobre la mesilla de nuevo. ¿Qué debía hacer? ¿Huir o arriesgar todo y acabar con el corazón hecho pedazos? Esa disyuntiva la iba a volver loca.

Leo había salido del hotel en busca de un bar, necesitaba tomar algo antes de volver a la habitación donde ella estaba, probablemente ideando ya lo que sería su nueva vida lejos de Florencia.

Aun no podía creer que fuese a irse, así como así ahora que él iba a volver vivo. Clairee no comprendía que albergaba esos sentimientos por ella. No quería entenderlo.

Entró en un bar de mala muerte donde la madera parecía estar cayéndose a pedazos. Se sentó junto a la barra y al no conocer el idioma solo dijo el nombre de la bebida que quería:

—Vodka.

El camarero que estaba limpiando un vaso asintió y le preparó un vaso con la bebida. Fue a colocar la bebida en su sitio, pero Leo le agarró la mano indicándole que dejara la botella junto al vaso.

El tipo se encogió de hombros y siguió a lo suyo mientras Leo bebía una y otra vez hasta casi vaciar la botella.

Necesitaba dejar de pensar en ella o perdería la razón.

De repente la puerta se abrió, pero no prestó atención hasta que se acercaron a él y se sentaron a su lado.

—Leo...

—Déjame —dijo él volviendo a beber del vaso que estaba casi vacío—. Mierda.

Cogió la botella que estaba prácticamente vacía y trató de sacar el poco contenido que le quedaba.

—Para ya.

—Eh, yo paro cuando quiera. —Fue a levantar la mano para pedir otra botella cuando se la agarraron haciéndola bajar—. Déjame en paz, Arkadiy.

—No. Esta no es la solución a los problemas.

—Ahora mismo no quiero pensar en nada. Después de todo lo que he hecho por ella y me lo va a pagar marchándose de Florencia. Es una cobarde —dijo volviendo a levantar la mano para pedir otra botella—. Cree que lo que siento es un espejismo, pero no es así. No sé si estoy enamorado o no, aunque algo dentro de mi sí que siente algo que nada tiene que ver con lo que he sentido antes, ni siquiera por Byanca.

—Quizás solo necesitáis tiempo los dos para saber qué es lo que ocurre entre ambos.

—No ocurrirá nada, ella se ha encargado de eso.

El camarero se acercó y Arkadiy le hizo un gesto negativo para que no le sirviera más, así que el tipo se llevó la botella y el vaso. Leo quiso detenerlo, pero le fue imposible.

—Volvamos al hotel, no creo que sea bueno que nos vean por la zona y necesitas hacerte una nueva cura —dijo Arkadiy mientras sacaba un par de billetes dejándolo sobre la barra para que el *barman* lo cogiera y ayudó a Leo a incorporarse que apenas se mantenía en pie.

Lo ayudó a salir de allí para luego entrar en el hotel y dirigirse a la habitación que el policía ocupaba con Clairee. Las luces estaban apagadas y se podía apreciar la silueta de ella recostada en la cama.

El ruso le hizo un gesto a Leo para que se mantuviese callado.

Lo llevó hasta el baño y le sentó para ir a buscar las cosas para curarlo.

—Tú sí que eres un buen amigo... —dijo el policía sonriendo—. No sé qué sería de mí en este país de no ser por ti. Dame un abrazo...

Leo abrió los brazos, pero Arkadiy se apartó lo que casi hace que se cayera al suelo.

—Maldita sea, vas a despertar a Clairee —masculló el ruso con frustración—. Deja que descanse que parece no estar teniendo pesadillas.

Aquellas palabras enseguida pusieron recto a Leo. El ruso tenía razón. No parecía incómoda al dormir, como si las pesadillas la hubiesen abandonado para que pudiese descansar.

El ruso aprovechó para curarle la herida y cuando acabó lo miró.

—Ahora te vas a acostar y por nada del mundo hagas una gilipollez o te meteré un puñetazo en esa cara bonita que tienes... —le advirtió con un dedo amenazador.

Leo asintió y se dirigió a la cama después de que saliera Arkadiy. Por unos instantes miró a Clairee dormir y cerró los ojos para tratar de descansar él también cuando, de repente, siente un brazo sobre su torso.

Abrió los ojos y vio que ella, dormida aún, había estirado su brazo dejándolo sobre su torso desnudo. Inspiró hondo con una sensación agradable en el corazón y no dudó ni un segundo en tomar su mano cerrando los ojos y dejándose llevar por Morfeo.

## 42.

Clairee abrió los ojos ante el sonido de la alarma del móvil de Leo que ella misma había programado la noche anterior. Era la primera vez en mucho tiempo que dormía de un tirón sin pesadillas.

Miró a su alrededor unos segundos para situarse, hasta que se dio cuenta de que estaba apoyada en el torso del policía. Él la tenía agarrada por la cintura mientras su brazo se apoyaba sobre el torso desnudo del hombre.

Lo vio fruncir el ceño antes de llevar la mano libre a su frente gimiendo.

—Maldito vodka... —se quejó con un gemido.

Abrió los ojos un poco desorientado y entonces giró la cabeza para encontrarse con la mirada confusa de Clairee.

Sin pensar muy bien, se apartó a la vez que ella se incorporaba.

—Claire... —Se llevó las manos a la cabeza debido a los latidos producidos por la resaca.

—Yo... —Ella no sabía qué decir.

—Joder, parezco un puto adolescente... —dijo él entre dientes.

Clairee lo miró.

—Lo siento —se disculpó mientras encogía las piernas y se las abrazaba.

—No, no lo sientas. —Leo se puso de rodillas frente a ella apoyando la mano en su mejilla para que lo mirara. Aquella mirada era tan intensa... Enseguida notó cómo se endurecía—. Joder, Clairee, apártame ahora mismo o no respondo de mí porque ahora mismo solo deseo besarte...

Ella comenzó a respirar de manera agitada ante las palabras de Leo. ¿Volver a sentir los labios de Leo sobre los suyos? En el fondo era algo que anhelaba, pero tenía miedo de llegar más allá.

Si las cosas hubiesen sido de otra manera. Si ella no tuviese miedo de un contacto más allá de unas simples caricias en sus mejillas. Le aterraba solo pensarlo.

—Ya sabes lo que va a pasar, Leo —dijo ella con nerviosismo.

Él cerró los ojos cogiendo fuerzas para apartarse.

—Esto no puede continuar así... —Él consiguió apartarse y se sentó mirando hacia la puerta—. Yo... no quiero perderte, pero ayer me pasé un poco y el que debe pedir disculpas soy yo. Si has decidido marcharte no voy a impedírtelo, estás en tu derecho de empezar de cero. Me comporté como un imbécil y mientras me bebía una botella de vodka yo estuve meditando. Aunque me duele dejarte ir lo haré.

Se giró para mirarla con una leve sonrisa y sin esperar respuesta se incorporó para ir al baño a recoger la camiseta poniéndosela.

Clairee lo vio moverse por la habitación sin decir nada notando una sensación extraña en su corazón. Se llevó la mano al centro del pecho. Aquello era lo mejor que podía pasar, pero ¿por qué no se sentía satisfecha? Tenía la firme decisión de empezar de cero en otro lugar, por eso mismo se lo había dicho a Leo, porque necesitaba alejarse de su pasado, pero ¿por qué sentía aquella opresión en el corazón?

Ella también se incorporó para recoger todo lo que no pertenecía a la habitación para salir en cuanto Arkadiy los avisara.

—¿Quieres desayunar? —preguntó Leo de repente.

Ella, que estaba de espaldas a ella, se giró.

—La verdad es que tengo un poco de hambre, anoche no pude cenar... —reconoció con cierta vergüenza.

Leo negó con la cabeza y cogió el móvil para enviarle un mensaje a Arkadiy.

—Recoge lo que queda y bajaremos a desayunar, Arkadiy ya lo sabe e imagino que se unirá en cuanto esté listo —dijo mientras se dirigía a la puerta y la abría.

Clairee asintió y cuando recogió lo necesario, salió de la habitación mientras Leo cogía la tarjeta que abría la puerta para llevarla consigo y entregarla en recepción cuando se fueran a ir.

Bajaron al primer piso para dirigirse al restaurante del hotel. Arkadiy no escatimaba en gastos y, a pesar de necesitar pasar desapercibidos, se alojaba en buenos hoteles.

Entraron en el restaurante tipo buffet y se sirvieron un desayuno bastante completo. Desayunaron en silencio, parecían no querer empeorar más la situación entre ellos ahora que parecía que ambos habían aceptado lo que le ocurría al otro.

Vieron entrar a Arkadiy que solo se tomó un café y luego se dirigieron al mostrador para pagar la estancia y entregar las tarjetas que abrían las puertas.

Al salir se metieron en el coche. Leo se ofreció conducir porque al final decidieron conducir sin parar hasta llegar a la frontera de Rusia por lo que Arkadiy se encargaría de las noches.

A medida que avanzaban, Clairee se iba fijando en los diferentes paisajes que iban encontrando en el camino y hubo momentos en que lamentaba no haber conocido el país en mejores condiciones, pero no podía guardar bonitos recuerdos de un sitio donde solo conoció el sufrimiento y el dolor. Donde conoció la peor cara de la humanidad, esa contra la que había luchado mientras trabajaba en la policía.

Era muy complicado erradicar algo como la trata, pero sabía que los profesionales que ahora mismo trabajaban en ello eran de lo mejor que hay en el mundo y que poco a poco irían cayendo todos aquellos que solo han sabido lucrarse con los cuerpos de jóvenes vendiéndolas al mejor postor.

Le hubiese gustado cumplir su venganza contra Zanetti. Era cruel y despiadado, pero tras conocer a Vólkov se había dado cuenta que lo del italiano era, dentro de lo grave, lo menos... Negó con la cabeza. Tanto uno como otro estaban cometiendo delitos terribles y ambos debían pagar por todo, ya fuera en la cárcel o en la tumba.

Estaba mal que lo pensara, pero en esos momentos solo deseaban que desaparecieran de la faz de la tierra. Que no hubiera más familias sufriendo por no saber dónde están sus hijas, hermanas, mujeres...

Si no hubiese cambiado tanto las cosas, ella misma se encargaría de que esos dos hombres no volvieran a hacer más daño, pero ya no tenía fuerzas para ello.

Existían personas mejor cualificadas para conseguirlo, ella no iba a seguir en la organización y aún se estaba pensando si continuar como policía. Quizás ya no volvería a ser la que era antes de todo aquello.

Leo la observaba por el espejo retrovisor de vez en cuando. Miraba hacia el exterior con una mirada triste y meditabunda. ¿En qué estaría pensando? Ojalá no estuviese dándole vueltas a lo ocurrido hacía tan solo unos días.

Realmente necesitaba empezar de cero, no había querido verlo, quizás alejarse de todo era lo mejor que podía pasarle, todos a su alrededor solo le recodarían lo ocurrido y estar lejos de ellos era lo que podía hacerle ver luz al final del túnel.

Dejaría sus sentimientos a un lado para así ayudarla. Aunque ella no quisiera verlo, sí que sentía algo, pero estaba dispuesto a dejarla marchar.

—Tomaremos un desvío, lo mejor sería usar carreteras convencionales poco transitadas. Vólkov cree que escaparemos por autopistas lo que podría suponer una ratonera si nos persiguieran —dijo Arkadiy.

—Tú conoces el terreno mejor que yo, así que seguiré tus instrucciones.

Arkadiy asintió y le indicó un sitio por el que desviarse.

—En un par de horas pararemos para almorzar algo y estirar un poco las piernas. Deberías llamar a ese amigo tuyo que te prestó el avión de ida para que nos recoja en el aeropuerto de Ucrania. Estaremos lo suficientemente lejos de Vólkov que no podrá ejercer su influencia allí.

—Perfecto, seguro que no habrá problemas y podremos llegar antes a Italia —dijo no pudiendo evitar mirar hacia Clairee desde el espejo retrovisor viendo que apenas se movió del sitio.

—Yo calculo que unos dos días más o menos podemos estar en Ucrania si conducimos sin parar.

—¿Y qué harás cuando llegues a Italia?

Arkadiy se encogió de hombros.

—Encontrar un futuro mejor... —susurró pensativo.

Parecía haber meditado la respuesta, aunque no sabía realmente qué hacer una vez estuviera en ese país. ¿Buscar a Chiara? ¿Para qué? Seguramente ella lo ha olvidado. Pertenece a ese país que le hizo daño durante tres largos años...

—Estoy seguro de que encontrarás algo bueno allí —dijo Leo intentando animarlo.

—La verdad es que no lo sé... será cuestión de ver qué ocurre una vez esté allí.

El vehículo volvió a sumirse en el silencio más absoluto mientras recorría la carretera. Como bien había dicho Arkadiy, habían parado en un lugar para comer y Leo aprovechó para llamar a Saulo, por lo que se alejó de la sala principal a un sitio donde pudiera hablar con calma.

—Vaya, hasta que al fin de acuerdas de tu mafioso amigo —saludó Saulo con cierta sorna.

—He estado bastante liado... —dijo Leo a modo de disculpa—. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, de momento sin incidencias de ningún tipo, salvo un poco de mal humor por parte de Byanca. Intento complacerla en todo lo que puedo y parece no ser suficiente. Salvatore dice que es por los cambios hormonales que está sufriendo su cuerpo debido al embarazo, pero imagino que no querrás saber las peripecias que mi pequeño provoca en su madre... —El policía sonrió—. En fin, ¿cómo ha ido todo?

—Han sido días muy complicados. Tener que fingir ante Vólkov, secuestrar a su hija para poder intercambiarla por Clairee... Hemos tenido que salir huyendo y vamos en dirección a Ucrania... Ese hombre nos está persiguiendo, probablemente para vengarse, quizás para recuperar lo perdido, no lo sé, pero me siento como un fugitivo.

—¿Y ella como está?

—Más entera de lo que esperaba a pesar del daño que le hizo Vólkov. Tiene pesadillas y cicatrices por todo su cuerpo.

—Estaba claro que no ibas a encontrarla en buen estado, los rumores hablaban por sí solos.

—Lo sé, pero...

Se produjo un silencio por parte del policía.

—¿Pero?

—Estoy sintiendo cosas que con Byanca no sentía y la verdad es que solo he sido capaz de meter la pata con ella una y otra vez. Después de leer su carta he recordado muchos momentos en



los que ella ha estado conmigo y no he podido estar más ciego.

—No hay más ciego que el que no quiere ver, amigo.

—Lo sé. Todos esos recuerdos han logrado que sienta cosas por ella, pero me rechaza... Entiendo que ahora mismo sienta terror a estar con un hombre después del infierno por el que ha pasado. Puedo entenderlo y es hasta normal. Lo que no puedo aceptar es que diga que mis sentimientos son un espejismo por las palabras de esa carta, que en un futuro todo eso podría cambiar.

—¿Y podría ocurrir?

—Quiero creer que no, Saulo, ahora mismo es muy intenso lo que me hace sentir y no es ni pena ni culpa. Es... no sé expresarlo con palabras. —Le costaba mucho contar todo aquello que estaba sintiendo.

—Ambos necesitáis tiempo para asimilar las cosas. Su vivencia es muy reciente y está asustada. Su corazón estaba roto y es probable que siga estándolo, necesita reponer todas sus partes para poder entregarlo.

Leo suspiró mientras se tapaba los ojos con la mano libre.

—No lo hará. Su intención es llegar a Florencia para luego marcharse y empezar de cero lo que conlleva alejarse de todos.

—Necesita tiempo.

—Lo sé. Esto es tan extraño para mí. Nunca he vivido algo semejante con Byanca... la deseaba, pero no he llegado al extremo al que estoy llegando con Clairee. Es como una necesidad. Besarla, abrazarla, protegerla. Hoy le he dicho que la apoyo en su decisión, aunque no es lo que siento realmente. Quiero retenerla junto a mí. Lo siento, estoy desvariando.

—Necesitabas desahogarte simplemente. Intenta tener un poco de paciencia, quizás necesita un poco de tiempo para asimilar que lo tuyo no es un espejismo, el mismo tiempo que necesitas tú para aclararte. No sabes si en un futuro podéis estar juntos.

—Créeme que empiezo a dudar que ocurra algo semejante. Le rompí el corazón una vez. En fin, dejemos ese tema ahora —dijo queriendo cambiar la dirección de la conversación—. Como te decía, vamos en dirección a Ucrania, es probable que unos dos días si no paramos podemos llegar a la frontera con ese país y necesitaríamos el avión para viajar a Italia.

—Sabes que lo tienes a tu disposición. No dudes en avisarme una vez que estés en Ucrania y lo mandaré para allá para recogeros.

—Gracias.

—De nada. Piensa bien lo que quieres con Clairee y déjale el espacio que necesite.

—Lo haré —dijo Leo antes de despedirse de Saulo.

Se apoyó en la pared con los ojos cerrados meditando las palabras de su amigo. Es muy probable que tenga razón y que deba darle tiempo tanto a ella como a él mismo para saber si realmente eran sus propios sentimientos tan intensos como lo sentía en ese momento o si era, como decía Clairee, un espejismo de lo que ella le había confesado en su carta.

Volvió a la sala principal donde ya Arkadiy y Clairee habían terminado de comer y decidieron ponerse en marcha antes de que pudiesen dar con ellos.

Ninguno de ellos se había percatado del hombre que parecía seguirlos de cerca y que sonreía con cierto cinismo viendo cómo parecían seguros de poder salir del país con seguridad.

Ellos no iban a salir de Rusia sin haberse vengado por la afrenta que había tenido que sufrir. Vólkov era un hombre muy vengativo y se lo haría pagar con mucho sufrimiento.

## 43.

Saulo colgó y dejó el móvil sobre la mesa de su despacho justo en el momento en el que entraba Byanca que no dejaba de acariciar su abultado vientre.

—¿Con quién hablabas? —preguntó ella acercándose a la mesa.

—Con Leo.

Ella sonrió y con cierto esfuerzo se sentó en la silla frente a él.

—¿Qué te ha dicho?

—Van camino de Ucrania huyendo de Vólkov, una vez lleguen allí les enviaré mi avión para que puedan venir a Italia. Han preferido llegar a la frontera para ir sobre seguro.

Byanca asintió.

—¿Te ha dicho cómo está Clairee?

—Dice que aparenta más fuerza de la que realmente podría tener una mujer que ha pasado por algo semejante... tiene cicatrices por todo el cuerpo y sufre pesadillas, pero está más entera de lo que se podría esperar.

—Ella es muy fuerte y logrará salir adelante.

Saulo asintió.

—Lo hará, estoy seguro, aunque según me ha dicho él, quiere hacerlo lejos de Florencia. Necesita empezar de cero. Leo no quiere que se vaya, pero ha decidido respetar su decisión.

—Pero Leo...

—Dice estar sintiendo cosas por ella y que no es lo mismo que sintió por ti. Ella le ha dicho que es un espejismo de lo que le ha confesado en una carta, pero él cree que no. Le he aconsejado que ambos necesitan tiempo para asimilar todo.

—Sí, es un buen consejo.

—El problema es que ella quiere irse de Florencia y de ahí que él se sienta tan desesperado.

Byanca frunció el ceño.

—¿Irse? ¿A dónde?

Saulo se encogió de hombros.

—No lo sé, pero quiere irse de Florencia para empezar de cero.

—Pero... su vida está aquí, sus amigos, su trabajo.

—Y los recuerdos. Estuvo bajo el dominio de Zanetti antes de ser enviada a Rusia. Debe ser algo doloroso para ella estar tan cerca del hombre que ha propiciado todo.

—Pero lo vamos a atrapar, él no va a irse de rositas, tiene mucho que pagar.

—Lo sé, Byanca, yo soy el primero que quiere acabar con él, pero es escurridizo. Ya se nos escapó una vez después de lo que te hizo y es probable que haya vuelto a desaparecer...

Byanca bajó la mirada entristecida. Ella deseaba acabar con el mafioso por diversas razones, la primera de todas por su hermana a la cual le robó tres años de su vida enviándola a Rusia donde la prostituyeron y maltrataron de tal forma que ya no era la misma Chiara de antes.

Ella sabía que esas situaciones cambiaban a las personas, pero ver a su hermana en esa tesitura no era plato de buen gusto para ella porque nada deseaba más que verla feliz, contenta porque cada vez quedaba menos para conocer a su sobrino, pero ni eso parecía sacarle una sonrisa.

Saulo al ver la mirada de su mujer, se levantó y se acercó a ella para ayudarla a incorporarla y abrazarla.

—Ya no puedes abrazarme bien... este pequeño está creciendo mucho... —dijo ella sonriendo levemente.

Él acarició el vientre y entonces notó cómo el bebé daba una patadita que hizo que ambos se miraran.

—Va a patear muchos culos cuando crezca —dijo Saulo burlón.

—¿Cómo mismo hace su padre?

Saulo puso cara pensativa para luego sonreír.

—Mucho mejor, seguro.

Volvieron a fundirse en un abrazo para luego besarse despertando la pasión en las hormonas revolucionadas de la embarazada.

—Como sigas así te voy a llevar a la cama —dijo Byanca agarrándolo de la chaqueta.

—Soy todo tuyo, nena.

Ella soltó un ronroneo mientras lo agarraba de la mano para ir al piso superior a dar rienda suelta a su pasión.

La tarde había dado paso a la noche y Arkadiy iba a ser el encargado de conducir durante ese horario para que los otros descansaran, pero Clairee no podía dormir.

No dejaba de darle vueltas a muchos temas. También tenía miedo de cerrar los ojos y tener pesadillas que podría asustar a Arkadiy y provocar un accidente. Seguía mirando al exterior con la cabeza pegada al cristal.

Sabía que Leo dormía o al menos eso creía porque no se había movido lo más mínimo y no hablaba con el ruso.

—¿Crees que hago mal al querer empezar de cero? —preguntó de repente en un susurro hacia Arkadiy.

Él la miro por el espejo retrovisor apenas unos segundos antes de encogerse de hombros.

—Solo tú puedes responderte a esa pregunta. ¿Quieres empezar de cero en otro lugar?

—Florencia me va a recordar lo que fui y ya no soy... Sé que tengo amigos allí, mi trabajo, mi casa, pero... siento que ya nada de eso me pertenece. No soy la misma.

—¿Te sientes diferente?

—Sí —respondió sin dudar.

—¿En qué sentido?

—Yo... pasé por un calvario en el que muchas veces deseé que acabaran con mi vida... —confesó—. Yo misma quise intentarlo.

—Pero no lo hiciste...

Ella se encogió de hombros sin dejar de mirar hacia el exterior.

—No sé muy bien por qué no lo hice, quizás guardaba la esperanza de que me sacaran de ese infierno y ahora que he logrado escapar de allí me siento... vacía. Sentimientos que podía haber albergado ya no se encuentran, como si los hubiese olvidado.

—Plantéate si merece darle más importancia a lo que te ha ocurrido o a toda tu vida. Quizás ahí encuentres la respuesta que necesitas. No será fácil, pero todo se supera...

Clairee apartó la mirada de la ventana para dirigirla hacia él.

—Hablas como si hubieses vivido algo parecido.

Arkadiy permaneció callado unos segundos.

—La vida te pone muchas zancadillas... es tu deber saber si te levantas y continuas hacia delante o te quedas tirado en el suelo lamentándote de tus heridas... Nadie puede ayudarte en algo que debes hacer tú interiormente.

—No sé si me vería capaz.

—Entonces sigue lamentándote de esas heridas que te han hecho al caer. No puedo decirte más...

Arkadiy volvió a poner atención a la carretera dejando a Clairee meditando las palabras que le acababa de decir. No se había percatado en ningún momento que Leo estuvo escuchando toda la conversación a pesar de que había estado dormido hasta hacía unos pocos minutos.

Era muy duro oír a alguien hablar de esa manera, de oír que se sentía tan perdida y conocer también sus deseos de morir para no seguir sufriendo le rompió el corazón.

Él mismo fue testigo de las heridas que había sufrido, pero no sabía el dolor que ella albergaba en su interior.

Todo lo que dijo le hizo meditar y no podía obligarla a estar en el lugar en el que ya no se sentía parte de él. Tampoco iba a obligarla a aceptarlo como quería. No iba a retenerla si quería alejarse de todo.

Él mismo renunciaría a todo lo que siente por verla sonreír una vez más. Sí. No podía obligarla a estar con él si no le hacía sentir cómoda. No volvería a insistir.

—Deberíamos parar en una gasolinera, el depósito está prácticamente vacío —dijo Arkadiy.

—Como quieras —dijo Clairee.

El ruso siguió recorriendo la carretera hasta que a lo lejos pudieron ver unas luces de una gasolinera que estaba abierta las veinticuatro horas así que se dirigió allí.

Arkadiy se bajó para echar la gasolina y Clairee sintió la necesidad de despejarse un poco, ya que comenzaba a acusar el cansancio y no quería dormirse. Salió del coche y lo miró.

—Voy al lavabo.

—Espera un segundo, es probable que haya que pedir la llave y no sabes ruso.

Ella asintió y cuando él acabó de poner la gasolina, ambos entraron en el establecimiento bajo la atenta mirada de Leo que no se había movido del sitio.

Una vez dentro, Arkadiy pagó y pidió la llave del baño de mujeres mientras el chico que trabajaba allí le indicaba que estaba en la parte trasera del edificio, algo que no le hizo mucha gracia al ruso, pero no iba a negarle a Clairee ir a hacer sus necesidades.

—Te espero en la puerta.

Ella negó con la cabeza.

—No hace falta, estaré bien.

—No me quedaré tranquilo si vas sola.

—Nadie nos ha seguido hasta aquí, no va a pasarme nada, de verdad. Además, necesito enfrentarme a mis miedos poco a poco...

Arkadiy finalmente claudicó y asintió.

—De acuerdo, te esperaré en el coche, entonces.

Ella sonrió levemente.

—Gracias.

Sin decir más, ella se dirigió a la parte trasera para entrar en el baño. El lugar parecía estar limpio, aunque la lámpara que había en el techo parpadeaba de vez en cuando señal de que estaba a punto de fundirse.

Sin pensar mucho en ello, se metió en uno de los tres cubículos que había, observando que

tampoco estaban tan mal como podría haber imaginado. No parecía el típico baño lleno de suciedad y eso la alivió un poco.

Cuando acabó tiró de la cadena y salió a lavarse las manos. Por unos instantes se miró en el espejo intentando ver a la Clairee de antes, pero no parecía quedar rastro de ella a pesar de estar viendo el mismo rostro. Se sentía diferente y sentía que ya nada iba a ser igual a partir de ese momento.

Tan concentrada estaba mirándose que no sintió cuando abrieron la puerta hasta que pudo ver un rostro que la acompañaba en sus peores pesadillas. Uno que sonrió al reflejo de ambos.

—Volvemos a encontrarnos, querida...

## 44.

Clairee soltó un jadeo de sorpresa y se apartó de Vólkov que, con las manos en los bolsillos de su pantalón, sonreía con cinismo. Se pegó todo lo que pudo a la pared mirándolo con pavor.

Jamás pensó encontrárselo de nuevo, que saldría del país sin tener que volver a ver ese rostro que solo le inspiraba miedo.

—¿Me has echado de menos?

—¿Cómo... cómo...? —preguntaba con el miedo reflejado en su mirada.

—Tengo mis trucos —admitió Vólkov encogiéndose hombros.

—Pero nadie nos seguía...

—Un coche oscuro y con las luces apagadas puede pasar desapercibido por la noche.

Ella negó con la cabeza. Tenía que salir de ese baño, no podía permanecer mucho tiempo allí o Vólkov le haría daño tal y como reflejaba su mirada. Intentó sopesar sus opciones, la puerta estaba a la espalda del ruso, tenía tres cubículos a su derecha y el lavamanos a la izquierda. No podía recordar si había alguna ventana que le sirviera para escapar.

Su única opción en ese momento era la puerta, pero ¿cómo despistarlo para escapar?

Al verlo dar un paso, ella se pegó más a la pared.

—¡No te acerques!

—Me encanta ver tu cara de miedo, la echaba de menos. Al igual que tus gemidos de dolor, de dejar mis marcas en tu piel, ver la sangre correr...

Clairee se cubrió los oídos no queriendo oírlo, solo quería gritar para que la ayudaran.

—¡Cállate!

Vólkov mudó su rostro de la sonrisa al enfado más extremo y la agarró del brazo por lo que ella comenzó a patear para quitárselo de encima. No podía soportar su toque.

—Será mejor que te calmes, pequeña, tengo a mis hombres en varios puntos de esta gasolinera apuntando al coche donde están tus amigos. Solo tendría que dar un pequeño aviso y serán acribillados a balazos ¿entiendes?

—Eres un cobarde... prefieres atacar por la espalda a ir de frente.

—Me gusta guardarme las espaldas contra mis enemigos. Ese Leo me engañó y usó a mi hija para hacer un intercambio contigo, me gustaría saber por qué —dijo mientras trataba de acariciar la mejilla de Clairee con la mano libre mientras ella intentaba apartarse—, aunque puedo hacerme una idea de por qué, pero la verdad es que no sé qué ve en ti. Eres desobediente y te gusta llevar la contraria en todo, por eso tenía que castigarte... Te estaba enseñando modales.

—Estabas matándome, hijo de puta. ¡Suéltame!

Clairee estaba desesperada, se estaba viendo sin escapatoria alguna. Vólkov la mantenía bien sujeta por el brazo y si gritaba, Leo y Arkadiy podrían morir. ¿Qué podía hacer?

—No. Si hubiera querido matarte tenía muchas formas y más dolorosas de hacerlo. Solo quería doblegarte a mi voluntad, que me sirvieras cuando yo lo quisiera y, una vez regresemos al lugar de donde no debías haber salido te voy a dar una lección que no olvidarás jamás.

Ella empezó a negar cuando sintió que comenzaba a tirar de ella por lo que se agarró a uno de los cubículos. No podía volver allí, no quería revivir lo ocurrido. Las lágrimas comenzaron a

escapar de sus ojos mientras su mente trataba de buscar una salida a toda esa situación. No pensaba ir por las buenas, lucharía hasta el último aliento.

—No pienso ir contigo a ningún sitio, antes tendrás que matarme... No voy a volver a pasar por lo mismo.

—¿Quieres que mis hombres maten a tus amigos? —dijo Vólkov sacando el móvil del bolsillo para mostrárselo.

Clairee miró el aparato y sin pensar levantó la pierna para darle una patada en la mano lo que obligó al ruso a soltar el móvil. Ambos se miraron por unos instantes antes de que Vólkov se agachara, pero antes de que pudiera cogerlo, ella lo pisó con todas las fuerzas intentando romperlo para que no tuviera la más mínima posibilidad de que le hicieran daño a Leo y a Arkadiy.

Vólkov se incorporó y le dio un puñetazo a Clairee que le partió el labio.

Tenía que pelear, él no iba a ganar aquella batalla. Ahora que estaba cerca no le iba a destrozar su nuevo futuro lejos de ese país.

—Podrás luchar todo lo que quieras, pero no vas a lograr tu objetivo —dijo Vólkov cada vez más enfadado.

Clairee volvió a levantar la pierna y esta vez le dio en el estómago. El ruso se encogió cayendo de rodillas y la soltó para llevarse las manos a la zona golpeada. Ella vio su momento y tras moverse a un lado trató de correr fuera de aquel lavabo, pero él la sujetó de la pierna y ella cayó al suelo.

Intentó arrastrarse fuera para poder dar la voz de alarma, pero él se le colocó encima impidiéndole cualquier movimiento.

—Ah no, pequeña salvaje.

Como pudo se giró hacia él en un intento de darle algún golpe que lo dejase noqueado durante unos segundos, los suficientes para poder escapar. El instinto de supervivencia le obligaba a luchar como podía con todo lo que tenía a su alcance.

Él volvió a golpearla en el rostro dejándola confusa durante unos segundos, pero la adrenalina le obligaba a seguir peleando por su vida, por escapar de un futuro muy incierto en manos de ese hombre.

—¡Leo! —gritó con todas las fuerzas de las que fue capaz.

Arkadiy y Leo permanecían a la espera ajenos a lo que ocurría en el interior del baño, pero ya comenzaban a impacientarse por la tardanza de Clairee.

—¿Estará bien? —preguntó Leo intentando mirar hacia el lugar por el que se iba a los baños.

—Para mi gusto está tardando demasiado en venir.

Un mal presentimiento se había instalado en el centro del pecho de Leo que abrió la puerta para salir.

—Iré a ver qué ocurre. No es normal...

Arkadiy asintió y vio a Leo alejarse en dirección a los baños. Este estaba a punto de pasar la esquina cuando oyó el grito de Clairee desde el lugar donde estaba.

Sin pensar lo que hacía cogió el arma y corrió para encontrarse con la puerta del baño abierta y a ella tirada en el suelo luchando contra Vólkov que estaba agarrándola del cuello.

Lo apuntó con el arma y se acercó.

—¡Suéltala ahora mismo!

Vólkov levantó la mirada para luego sonreír.

—Así que el caballero de brillante armadura viene a por la damisela en apuros... Volvemos a encontrarnos...

Clairee lo miró durante unos segundos, pero sentía una enorme opresión en el cuello que apenas le dejaba respirar con normalidad. La adrenalina que había sentido hacía tan solo unos instantes parecía esfumarse con cada intento por respirar.

—He dicho que la sueltes —espetó Leo sin dejar de apuntarlo.

—Si piensas dispararme te aconsejo que no lo hagas —dijo mientras soltaba el cuello de Clairee para sujetarla del pelo y sentarla de espaldas a Leo utilizándola de escudo humano. Ella empezó a luchar de nuevo, pero un gemido escapó de sus labios cuando él tiró con fuerza del cabello—. Un movimiento más, pequeña, y no será él quien te dispare...

Del interior de su chaqueta sacó una pistola con la que le apuntó en el centro del pecho.

—Como te atrevas a dispararle no tendrás lugar al que ir. Acabaré contigo de la manera más lenta posible... y me da igual mis principios ¿me oyes?

—Me sorprende lo que pueden hacer los hombres por una mujer que realmente no vale nada, alguien que he creado yo mismo como un simple juguete. Una mujer con el cuerpo totalmente lleno de cicatrices hechas por mí, marcándola como mía, de mi propiedad.

Aquellas palabras estaban calando en la mente de Clairee y no pudo evitar dejar escapar las lágrimas al ver la dura verdad. Ella solo era un juguete en manos de ese hombre, marcada para siempre con cicatrices que jamás podría eliminar y que le recordarían lo que pasó.

—No lo oigas, Clairee —dijo Leo al oírla llorar.

Vólkov la miró y con la mano que agarraba su pelo la obligó a levantar la mirada hacia él.

—Nadie te querrá sabiendo que me perteneces. Ni siquiera este al que has pedido ayuda, llegará un momento en que odiará todas esas marcas que tienes —dijo mientras metía la mano que tenía la pistola por debajo de la camiseta de Clairee que gimió con dolor ante sus palabras—. Te odiará por lo que te he hecho, no eres nadie sin mí.

—¡No le hagas caso, Clairee! Nunca podría odiarte ¿me oyes? ¡Nunca!

Ella se cubrió los oídos mientras lloraba de manera desconsolada. Sabía que Vólkov estaba jugando con su mente, pero veía tan claro lo que le decía. Lo que ella más temía. Ese odio en el futuro por lo que pasó.

—Basta... —pidió ella no queriendo oír más, no podía soportarlo. Solo quería que la dejaran sola con su dolor.

—Yo te quiero, Clairee —dijo Leo desesperado al verla en ese estado—. Nada tiene que ver la carta ¿me oyes? ¡Nada! Lucha, por favor, no dejes que juegue contigo.

Vólkov sonreía complacido ante la actitud que estaba tomando Clairee que no se resistía. Estaba rompiéndola del todo, apenas un poco más y ya no habría vuelta atrás para su estado mental.

—Miente... él solo está mintiendo. ¿Cómo iba a quererte alguien en tu estado? ¿Has pensado por un momento en que puedas estar embarazada de tu amo y señor?

Aquellas palabras provocaron un cortocircuito en la mente de Clairee que negó en un estado semejante a la locura.

—¡No! ¡No! —gritó desesperada.

Entonces volvió a pelear por escapar de él y Leo vio esperanza por unos instantes. Solo tenía que apartarse lo suficiente como para poder disparar al ruso.

—Lucha, Clairee, estamos a un paso de salir del país, podrás empezar de cero donde quieras, no voy a impedirte hacerlo, pero lucha, solo tú puedes escapar de esto y ser una mujer nueva allá



donde vayas —le pidió Leo a punto de entrar en el baño.

Justo cuando cruzaba el umbral sintió un golpe por la espalda que lo tiró al suelo como un peso muerto.

Clairee se detuvo al oír el golpe. Trató de mirar y al ver a Leo en el suelo trató de zafarse del agarre de Vólkov para ir a su lado.

—Leo... Leo... —murmuró desesperada.

—No, no. Tú no vas a ir a ninguna parte —dijo y luego miró a uno de sus hombres que estaba en la entrada con algo en las manos con lo que le había dado el golpe a Leo—. Nadie fue capaz de seguirlo. Sois unos incompetentes.

—Pensábamos que dispararía si hacíamos algo.

—Podíais haber hecho lo que acabas de hacer, imbécil.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Clairee—. Dejadle en paz, no le hagáis daño.

Vólkov aprovechó aquella petición para aprovecharse.

—Si no quieres que le hagamos nada, entonces vendrás conmigo del lugar del que nunca deberías haber salido, si no, él sufrirá las consecuencias y morirá.

—¡No, por favor! Él no tiene nada que ver en esto, déjalo en paz.

El ruso sonrió.

—Vaya, parece que ese hombre es algo importante para ti ¿verdad? Bueno, entonces yo no soy quién para separaros. Me lo llevaré y así vendrás conmigo. Si quieres que no sufra daño alguno vas a obedecerme a partir de ahora.

—Déjalo, te lo suplico...

La sonrisa de Vólkov se amplió.

—Me encanta que me ruegues... —Levantó la mirada hacia el tipo—. Llévao, me servirá para que ella haga lo que le ordene y no se rebele contra mí.

El tipo asintió y agarró a Leo para sacarlo fuera del baño de mujeres.

Vólkov volvió la mirada hacia Clairee para luego incorporarse agarrándola del brazo y así salir los dos de allí.

—Prepárate, querida, el castigo que vas a recibir no lo olvidarás jamás —le susurró al oído haciéndola estremecer de terror.

Ella gimió angustiada, pero, aún así, se dejó llevar fuera. Si quería proteger a Leo y sacarlo de aquel infierno solo podía colaborar cuanto pudiera. Debía ponerlo a salvo antes de que lo mataran.

Porque ella conocía el destino que le esperaba. No iba a durar mucho, aunque ella colaborara, Vólkov se cobraría su venganza de alguna manera y solo él era su punto débil.

Arkadiy vio cómo sacaban a Leo y Clairee del baño de mujeres para dirigirse a varios coches que estaban aparcados algo apartados de la gasolinera.

Maldijo interiormente al ver que no podía luchar contra tantos hombres a la vez. Solo le quedaba la opción de seguirlos y vigilar para buscar una forma de sacarlos del lugar donde irían a parar.

Corrió hacia el coche y se quedó sentado a la espera de verlos marchar para seguirlos.

No tardó mucho en ver los coches salir en dirección contraria por la que ellos habían llegado, así que puso el coche en marcha y salió de la gasolinera con la luz apagada, a una distancia prudente para que no lo descubrieran.

Todo lo que habían conseguido se había truncado en apenas unos minutos y ahora tendría que

buscar la manera de salvarlos a los dos de lo que pudiese hacerles Vólkov.

## 45.

El dolor de cabeza lo estaba matando y, aunque, en un principio, intentó abrir los ojos, prefirió fingir que seguía inconsciente para saber qué ocurría a su alrededor sin que lo descubriesen.

Lo único que podía oír era el ruido del motor de un coche y la vibración de este bajo su cuerpo. ¿Estaba en algún furgón? Abrió un ojo para intentar ver algo, pero aún parecía estar oscuro fuera, ya que no podía atisbar nada a su alrededor.

No quería moverse por si había alguien junto a él.

Maldijo interiormente por haberse dejado llevar por el terror de ver a Clairee en manos de Vólkov y no tener en cuenta lo que ocurría a su espalda.

Si ese tipo se atrevía a hacerle algo a ella le haría pagar todos y cada uno de los golpes que le diera. Estuvo a punto de volverse loco cuando la vio tendida en el suelo con el ruso encima presionando su cuello y oírla llorar... aquello había sido demasiado para su temple.

Aquel llanto fue el que le hizo no pensar en nada salvo poner a buen recaudo a Clairee, pero no lo había logrado y ahora se hallaba en un furgón probablemente en dirección a Moscú u otro lugar más cercano.

En su desesperación le había dicho que la quería, algo que hasta ese momento no había tenido muy claro, pero verla en manos de ese hombre fue la gota que colmó el vaso y le hizo darse cuenta de que aquello no era ningún espejismo. Era real, tan real que le dolía.

Siempre pensó que no volvería a querer a nadie como quiso a Byanca, pero estaba completamente equivocado. Había encontrado en Clairee a esa persona y lucharía por ella, por sacarla de allí de una vez, aunque luego tuviera que renunciar a su amor.

¿Dónde estaría Clairee? ¿Por qué Arkadiy no había ido a ayudarlos? ¿Le habría sucedido algo? Él era su única esperanza de escapar vivos de donde quiera que fuera.

Poco a poco el sol fue apareciendo y, aunque la parte trasera del vehículo tenía los cristales opacos, se podía ver algo de claridad que venía de la parte delantera.

Miró lo que tenía frente a sí, pero solo vio la puerta cerrada del furgón. No parecía haber nadie con él en el cubículo, pero sabía que el más mínimo movimiento alertaría a quien quiera que condujera el coche. Debía seguir fingiendo un poco más.

Mientras tanto, Clairee iba en el coche con Vólkov que para asegurarse de que no hiciera alguna tontería ató sus manos con bridas al igual que sus tobillos.

Ella no había parado de llorar en silencio ante lo que estaba por venir. Iba a volver a sufrir en sus carnes la maldad del ruso y no sabía si iba a poder soportarlo.

Lo único que le hacía mantenerse era saber que de ella dependía la vida de Leo. Si no desobedecía, él seguiría viviendo. Al menos eso le serviría para poder aguantar lo que estuviera por venir.

Durante el trayecto recordó las palabras de ambos hombres. Las de Vólkov haciéndola sentir miserable, sacando a flote todos los miedos que había tratado de ocultar bajo la entereza y luego las palabras de Leo donde le decía que la quería, que lo que sentía nada tenía que ver con la carta, que era algo real.

¿Sería verdad? ¿Podría aferrarse a ello para no sucumbir a la locura y a las ganas de desear su muerte? ¿Podría mantenerla con vida?

De repente sintió la mano de Vólkov en su muslo y ella se apartó por instinto. No podía soportar el tacto de su mano.

—Te dije que de tu comportamiento depende lo que le ocurra a tu amigo... —dijo él de manera amenazadora—. No me obligues a decirle a mis hombres que le hagan daño porque no es lo que quieres ¿verdad?

Clairee lo miró con la rabia reflejada en su mirada, era lo único que podía hacer.

—Como le ocurra algo a Leo, te juro que me quito la vida...

Vólkov la apesó con fuerza de las mejillas para que ella lo mirara a los ojos.

—De ti depende que no le ocurra nada.

Sin decir más, la besó con brusquedad. Clairee intentó resistirse, pero recordaba a Leo y se dejaba hacer sumisamente, aunque le diese asco ese contacto.

Vólkov se apartó sonriendo con satisfacción.

—Así me gusta, mucho mejor, pero acabas de sumar un nuevo castigo a lo que tienes pendiente...

Ella no dijo más nada y se viró hacia la ventana mientras veía el sol salir por el horizonte. ¿Sería el último amanecer que viera? Una nueva lágrima escapó de sus ojos para luego cerrarlos queriendo abstraerse de la realidad.

No sabía el tiempo que había pasado, pero cuando abrió los ojos, el vehículo se detuvo, aunque no en el lugar que ella esperaba.

Era una casa perdida en medio de la nada que no le faltaba lujo ninguno. ¿Sería el lugar donde iban a estar a partir de ahora?

Vólkov abrió la puerta y salió dejándola sola dentro del vehículo. Comenzó a mirar las opciones que tenía de escapar, pero todas eran tan peligrosas como permanecer allí.

El ruso apenas tardó un par de minutos en volver y abrir la puerta del lado de ella. La agarró del brazo para sacarla con brusquedad. Clairee miró alrededor viendo que de un furgón oscuro sacaban a Leo aún inconsciente para llevarlo a la parte trasera de aquella mansión.

—Déjale en paz. Él no tiene que estar aquí.

—Claro que sí, querida. Si lo tengo en mi poder tú harás todo lo que yo te ordene para que no le ocurra nada. Es mi as bajo la manga, pero tranquila, podrás estar con él hasta que te necesite, no quiero por nada del mundo que estéis separados... —dijo Vólkov con ironía.

Se agachó con una navaja en las manos para cortar la brida que unía los pies de la policía. Tras incorporarse la llevó a rastras hasta el mismo lugar donde habían llevado a Leo. Parecía una especie de garaje. Clairee no se resistió, no quería que le hicieran daño a él por su culpa.

Entraron en el pequeño edificio y ella vio que Leo estaba tendido en el suelo. Culpable, apartó la mirada mientras Vólkov cortaba la brida que unía sus manos.

—En un rato vendré a buscarte para darte tu castigo. Recuerda que, si te resistes, él pagará las consecuencias.

Clairee asintió sumisa. No podía dejar que le hiciera daño a Leo.

Vólkov asintió satisfecho y salió de allí para luego cerrar dejándolos solos y sin apenas luminosidad.

—Clairee...

La voz de Leo hizo que ella se girara hacia él viéndolo sentado como si no hubiese estado inconsciente segundos antes.

Ella, sin poder evitarlo, corrió hacia él lanzándose a sus brazos buscando el consuelo que necesitaba.

—Lo siento, Leo. Perdóname, por favor.

El policía la estrechó entre sus brazos con fuerza intentando darle consuelo, ya que había comenzado a llorar de nuevo.

—No lo sientas, Clairee. Vamos a escapar de aquí, te lo prometo.

Ella negó contra su pecho.

—No hay manera de hacerlo. Estamos en medio de la nada, a cualquier lugar que podamos ir nos atraparían antes de darnos cuenta. Algo me decía que no íbamos a lograrlo...

Leo le agarró la barbilla para obligarla a mirarlo mientras negaba.

—Clairee, vamos a salir, te prometí que te sacaría de este país y pienso cumplirlo, aunque sea lo último que haga en esta vida, pero volverás a Italia, lejos de Vólkov. No nos vamos a rendir tan fácilmente ¿me oyes?

—Pero...

—Confía en mí. Aún no sé cómo lo haremos, pero lo lograremos. Estoy seguro de que Arkadiy nos buscará.

Clairee se apartó.

—Y mientras tanto ¿qué? Vólkov me tiene amenazada... si no le obedezco te hará daño... yo... no podría soportarlo. No quiero que te haga daño, Leo.

Ella se abrazó, pero él negó y volvió a abrazarla.

—No me lo hará, sé defenderme y tampoco permitiré que te lo haga a ti.

—¿Cómo? Estamos indefensos.

—No lo sé aún, pero no dejaré que se acerque a nosotros.

Ambos permanecieron abrazados durante un buen rato, acompañados del silencio de aquel lugar donde no les llegaba sonido alguno de fuera para saber a qué podrían enfrentarse.

Tras un rato, ella levantó la mirada hacia él. Quería preguntarle sobre lo que había dicho en el baño de la gasolinera, necesitaba oírsele decir. Esas palabras podrían darle la fuerza suficiente para enfrentarse a Vólkov.

—Leo... —Él la miró interrogativo—. Lo que dijiste en el lavabo... ¿lo dijiste de verdad?

El policía suspiró y le dio un beso en la frente.

—Sí, Clairee. Te quiero y sé que no es ningún espejismo. He reflexionado mucho sobre todo lo que hemos vivido en Italia y no he sabido ver más allá de Byanca. Me obsesioné tanto con ella que no vi lo que tú podías ofrecerme. Cuando vi que Vólkov te usaba de escudo sentí que algo se rompía dentro de mí.

»Sé que es muy repentino y es probable que aún creas que no es lo que siento de verdad, pero el corazón no entiende de tiempos. Cuando me dieron por muerto, me sentí igual, no encontraba un objetivo para seguir hasta que supe lo que te había ocurrido. Me diste una razón para revivir para el mundo.

—Yo... Leo, mis sentimientos por ti no han cambiado ni un ápice, pero Vólkov tenía razón en una cosa... todas las marcas que tengo en el cuerpo me las hizo él y sé que en algún momento sentirás aversión al verlas. Yo misma odio mirarme al espejo, a ti te pasará igual.

—¿De verdad piensas que lo que siento por ti solo se basa en lo carnal? Me da igual que tengas el cuerpo lleno de cicatrices, a mis ojos te convierten en una guerrera que ha tenido que luchar contra la bestia.

Ella negó.

—Yo no me siento así.

—Muchas mujeres no habrían soportado lo que tú. Te mantuviste viva esperando que alguien te ayudara a salir de ese infierno en el que estabas metida. —Sin ella esperárselo Leo le subió la camiseta para mirar las cicatrices que marcaban su vientre. Posó la mano sobre ellas, pero Clairee se apartó—. Me da igual que él te haya hecho esto, sé que jamás serás de su propiedad porque solo tú puedes elegir tu destino. Nadie puede ser dueño de otra persona...

Clairee se estremeció ante las palabras de Leo. A pesar de huir en un primer momento del contacto de él, no sintió asco alguno. Él, a pesar de tener una mano grande, la tocaba con delicadeza, no ejercía presión y por unos instantes se sintió reconfortada.

—¿Qué va a ser de nosotros si no logramos salir de aquí? —preguntó ella preocupada bajándose la camiseta.

—No pienses en eso. Confiemos en Arkadiy. Estoy seguro de que nos encontrará y buscará la manera de sacarnos de aquí si nosotros no lo conseguimos.

Ella se abrazó a él con fuerza, no queriendo pensar en nada, no quería imaginar que Vólkov vendría de un momento a otro para llevársela a darle un castigo que no merecía, pero contra el que no podía luchar porque Leo podría sufrir las consecuencias.

Sabía que él se enfrentaría al ruso y que sería peor porque le harían daño y ella no lo soportaría.

Ojalá hubiese una manera de volver al pasado y cambiar sus planes de venganza, pero así no hubiese descubierto que él estaba vivo ni que le diría las palabras que tanto tiempo anheló oír de sus labios.

Se sentía protegida a su lado, pero aquello no iba a durar mucho sabiendo lo que estaba por venir.

En cuanto apareciera Vólkov iba a ser el comienzo de una tortura a la que no iba a poder resistir. Vivir de nuevo los azotes, los golpes, los calambrazos... No pudo evitar estremecerse al pensarlo.

Leo, al notarla temblar, la abrazó fuerte pensando que tenía frío, ya que desconocía los terribles pensamientos que estaba sumiendo su mente.

Intentó por todos los medios apartar las imágenes de días pasados e intentar pensar en cosas positivas, en cómo podía ser su nueva vida, pero nada parecía hacerle efecto.

—Háblame de cualquier cosa, no quiero pensar en lo que podría pasar, por favor —le rogó ella en apenas un susurro.

—¿Sabías que Byanca estaba embarazada antes de que...? —Clairee asintió antes de que él terminara la pregunta—. Pues está esperando un niño... Quería ponerle mi nombre en mi honor.

—¿Ella sabe que tú estás...?

—¿Vivo? Sí, ahora sí lo sabe. Lo descubrió el día en el que me vine a Rusia a buscarte. No fue la manera que me hubiese gustado, pero no pudimos remediarlo. Cuando nos dimos cuenta estaba en la pista del aeropuerto mirando hacia el avión privado de Saulo justo en el momento en el que entraba en él.

—Seguro que se enfadaría mucho, ha sufrido mucho por tu muerte.

—Lo sé. Saulo me mantenía informado de todo, era mi único contacto con mi anterior vida, aunque estuve a punto de perder esa pequeña conexión por culpa de la oscuridad que empezó a consumirme por culpa de lo que estaba viviendo como agente encubierto. Doy gracias que todo cambió en el momento en que recibí la llamada desesperada de Angelo pidiéndome que te rescatara.

Clairee sonrió levemente.

—Le debemos mucho a Angelo. Fue el único que intentó protegerme de la maldad de Zanetti, pero no lo logró.

—Lo sé, es un buen tipo y se merece todo mi respeto.

De repente sintieron la puerta abrirse y ambos miraron hacia allí con el corazón encogido por el miedo.

## 46.

Vólkov entró en la habitación portando en sus manos una fusta como la que se usa para los caballos.

Leo al verlo, intentó proteger a Clairee con su propio cuerpo, ya que la sintió temblar al verlo, haciendo que el ruso soltara una carcajada.

—Qué escena tan tierna. Lástima que nada de eso sea real ¿verdad? —preguntó a Clairee, la cual permaneció aferrada a Leo. Vólkov le hizo una seña con el dedo—. Vamos, ha llegado la hora de tu castigo por haber escapado...

Leo se negó a soltarla.

—No voy a dejar que le hagas daño.

—Leo... —susurró ella—. No quiero te lo hagan a ti por mi culpa.

—Yo le haría caso —dijo Vólkov golpeando con la fusta la palma de su mano—. Además, como ya dije, ella me pertenece... La he moldeado como he querido, por lo tanto, es mía.

El policía se incorporó dejando a Clairee aún de rodillas en el suelo y apretó los puños con rabia.

—Ella no pertenece a nadie, Vólkov, que te quede bien claro eso porque no pienso permitir que vuelvas a hacerle daño y a decir cosas semejantes ¿me entiendes?

—No tienes nada que hacer contra mí, Leo. Estás en clara desventaja, estoy rodeado de guardaespaldas que no dudarán en acabar con tu miserable vida...

Clairee se levantó con rapidez al oír aquellas palabras y se colocó delante de Leo.

—No te atrevas a hacerle daño, te dije que iba a obedecer, pero no puedes tocarle un solo pelo.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella bajó la cabeza y comenzó a caminar hacia Vólkov con el corazón en la garganta, sintiendo deseos de vomitar y de volver a estar en los brazos de Leo, pero era lo mejor que podía hacer para que no le hiciesen daño alguno.

No llegó a dar ni cinco pasos cuando Leo la sujetó del brazo.

Ella se giró y lo miró mientras intentaba soltarse.

—Déjame, Leo —le rogó con desesperación. No podría soportar verle sufrir por su culpa.

—No pienso dejarte ir con él. Me da igual que me den una paliza si con eso consigo que no te haga daño —dijo mirando a Vólkov que parecía impaciente.

—No, por favor. Podrían matarte... Déjame ir con él. Será rápido.

—¿Crees que podría soportar que te vas a dejar golpear por salvarme a mí? Clairee, pienso pelear lo que haga falta, pero él no te hará más daño del que ya te ha hecho.

Vólkov soltó un falso suspiro.

—Empiezo a cansarme de esta escena de sacrificio por amor.

Se acercó hasta Clairee para sujetarla del otro brazo para arrastrarla fuera de aquel lugar. Tenía muchas ganas de empezar a jugar con ella y ese tipo no iba a quitarle la diversión.

Lo que no esperaba era que Leo se acercara a él y le diese un puñetazo con tal fuerza que empezó a manarle sangre sin control de la nariz. Había oído el crujido que había hecho el golpe.



Clairee soltó un jadeo de sorpresa y se apartó.

Vólkov se cubrió la nariz con una mano intentando controlar la hemorragia, pero la sangre no dejaba de salir. Miró con rabia a Leo que se preparó con los puños por delante, listo para pelear.

—*Sukin Syn*.<sup>[2]</sup>

Tiró la fusta al suelo y se dirigió a él para lanzarlo al suelo intentando golpearlo con el hombro, pero Leo se apartó a tiempo.

Clairee retrocedió unos pasos viendo cómo los dos daban comienzo a la pelea. No sabía qué hacer, cómo ayudar a Leo para quitarse de encima a Vólkov y quizás escapar de allí.

Lo único que había cerca era la fusta que había blandido el ruso en sus manos, pero no le serviría de nada. Estaba todo vacío, así que solo pudo ir hacia Vólkov para subírsele encima buscando una manera de reducirlo y tratar de escapar de allí.

El ruso retrocedió hasta dar con la pared haciendo que ella se golpeará y lo soltara cayendo al suelo. Leo aprovechó para darle un puñetazo en el abdomen que lo dobló para luego darle un rodillazo en la mandíbula.

Vólkov cayó al suelo casi inconsciente.

Leo corrió hacia Clairee que estaba en el suelo recuperando el aliento tras el golpe.

—Es nuestro momento —dijo mientras la ayudaba a levantarse—. Es la única oportunidad que tenemos de escapar.

Ella asintió y echó a correr junto al policía. Salieron de aquel habitáculo y miraron alrededor para buscar la salida más factible. Justo frente a ellos vieron llegar a algunos de los hombres de Vólkov por lo que Leo la agarró de la mano para echar a correr hacia la izquierda, metiéndose de lleno en un bosque donde sería fácil perderse.

Clairee miró hacia atrás varias veces en lo que corrían.

—Están muy cerca, nos van a atrapar.

—No lo harán si seguimos corriendo, tenemos que conseguir darles esquinazo para llegar a alguna zona poblada donde poder pedir ayuda.

—No puedo correr más —dijo Clairee, había perdido fuerza física tras el tiempo pasado en manos de Vólkov y le costaba coger el ritmo de Leo.

—Sí que puedes, tenemos que conseguirlo. —Un disparo pasó cerca de ellos dando de lleno contra un árbol. Los dos agacharon la cabeza—. Si tuviese mi arma aquí —se lamentó Leo.

Clairee se detuvo y se apoyó contra un árbol llevándose una mano al pecho mientras cogía aire.

—No puedo más, sálvate tú, Leo, corre y busca ayuda...

—¿Estás loca? No voy a dejarte aquí sola —dijo Leo sujetándola por los brazos.

—Es la mejor solución, yo aguantaré hasta que vengas a por mí, pero solo estoy retrasándonos. Por favor, Leo, huye...

—No pienso hacerlo. No te dejaré en manos de esos hombres.

—Nos harán daño a los dos.

—Me da igual —dijo abrazándola.

Así los encontraron los hombres de Vólkov que mediante forcejeos los llevaron de nuevo hasta el cobertizo donde habían estado encerrados. Allí estaba el ruso con la nariz taponada y bastante roja por el golpe.

—¿Pensabais que podíais escapar? Sois unos ilusos. —Miró a uno de los hombres que sujetaba a Leo—. Colgadle. —Miró a Clairee que empezó a negar al ver lo que pretendían hacer

—. Esto te enseñará a hacerme caso, perra.

La agarró con brusquedad del pelo mientras entre varios hombres colgaban a Leo del techo con una cuerda a través de una viga dejándolo casi colgando de sus muñecas.

—¡No! ¡Déjalo! ¡No le hagas daño!

Vólkov la miró con una sádica sonrisa.

—Él se lo ha buscado... podéis empezar, chicos.

Tres hombres se colocaron alrededor de Leo, que intentaba desatarse sin éxito, comenzaron a golpearlo sin piedad.

—¡Dejadlo! ¡Parad! —gritó Clairee desesperada.

Quiso correr hacia ellos, pero Vólkov tiró de su pelo haciéndola gritar de dolor.

—¿Ves lo que has conseguido por no obedecer? Yo no hablo en vano, querida. Sé muy bien lo que digo y espero que con esto entiendas que me perteneces y que debes obedecer mis órdenes.

—¡Haré lo que sea, pero haz que paren! ¡Te lo juro! —exclamó ella comenzando a llorar mientras veía cómo los tres tipos se ensañaban con Leo golpeándolo por todas partes, haciéndole escupir sangre—. Haz que paren...

Vólkov sonrió complacido.

—Así me gusta. Y tranquila, que pararán cuando reciba su merecido por haberme golpeado, es más, quiero que lo veas para que tú también aprendas la lección.

Clairee sollozaba al verlo. Por su culpa estaba en esa situación, solo ella tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento, Leo, lo siento...

Leo recibía cada golpe con estoicismo, aguantando todo lo posible el dolor, podía oír a Vólkov y a Clairee hablar, pero apenas tenía aliento para responder. Intentó defenderse con las piernas hasta que uno de ellos se las sujetó impidiéndole moverlas.

Le dolía todo el cuerpo, en especial el abdomen donde se estaban ensañando de verdad.

Había hecho todo lo posible por escapar de allí con Clairee, pero estaba claro que ella no estaba en las condiciones adecuadas para correr todo lo que él le pedía.

«Arkadiy, ¿dónde estás?», pensó mientras gruñía a los tipos para que lo dejaran.

En medio de tantos golpes pudo oír a Clairee pidiéndole perdón y esas palabras lo rompieron por dentro.

Estaban perdidos.

—Clairee...

Arkadiy había llegado un poco más tarde que Vólkov. Estaba buscando el mejor momento para poder rescatar a Clairee y Leo, pero cada vez que intentaba acercarse pasaba uno de los hombres del ruso impidiéndole avanzar.

En un momento dado los vio correr y aprovechó ese momento, pero al mirar dentro del lugar donde retenían a la pareja los vio correr hacia el bosque que había justo al lado de la casa. Los siguió a una distancia prudencial, pero descubrió que apenas tardaron unos metros en atraparlos.

Se tuvo que esconder entre unos matorrales para que no lo descubriesen para luego seguirlos.

Al llegar de nuevo a la casa, vio que estaban dándole una paliza a Leo mientras Clairee lloraba desconsolada en manos de Vólkov.

Sacó el arma que tenía guardada en la parte trasera de los pantalones y que no había usado por temor a ser descubierto. Miró de nuevo al interior comprobando la cantidad de personas que

había.

A parte de Vólkov, Leo y Clairee, en la estancia se encontraban otros cuatro hombres, tres, alrededor del policía y uno sujetando la cuerda que hacía que este colgara del techo.

Tendría que tener mucha puntería para acertar a aquellos tipos. Vólkov quedaba descartado de momento porque Clairee estaba muy cerca y podría hacerle daño. En el otro caso podría disparar a Leo, pero confiaba en que no sucedería.

Inspiró hondo mientras apuntaba. Fijó su objetivo en el que estaba a la izquierda que era el que pillaba más cerca y sin pensar disparó. Le dio de lleno en el cuello y cayó al suelo casi como a cámara lenta.

Los otros dos rápidamente cogieron sus armas mientras Vólkov tiraba de Clairee a una zona segura.

Los dos hombres apuntaron a Arkadiy, pero poco pudieron hacer, ya que él fue más rápido y disparó seguidamente a estos, aunque no con tanta precisión como con el primero.

El que sujetaba la cuerda la soltó lo que hizo caer a Leo que gimió dolorido, pero que tuvo el buen acierto de rodar en busca de una zona segura donde no le alcanzara ninguna bala.

Chocó contra uno de los hombres que había estado golpeándolo hacía tan solo unos minutos y cogió la pistola que estaba al lado para ayudar a Arkadiy a disparar al tipo que había mantenido sujeta la cuerda.

Entre ambos lo acribillaron a balazos.

Leo se dejó caer de nuevo contra el suelo gruñendo de dolor, era muy probable que tuviese alguna costilla rota y cualquier movimiento era una tortura.

Arkadiy se acercó a él para desatarlo.

—Estabas tardando en aparecer, amigo —dijo Leo entre jadeos.

—Buscaba el mejor momento, no quería ponerlos en peligro.

El policía se acordó de Clairee y sin poder evitarlo se incorporó rápidamente lanzando un grito de dolor.

Miró alrededor, pero no había nadie más que ellos dos con los cuerpos de los hombres que trabajaban para Vólkov.

Con paso pausado debido al dolor que le azotaba el cuerpo salió del cobertizo mirando a todos lados mientras buscaba a Clairee. Arkadiy lo seguía de cerca, pistola en mano por si surgiese la necesidad de usarla.

Se dirigieron hasta la casa principal en busca del ruso y la policía, pero no encontraron nada, por un momento, Leo pensó entrar en la casa, aunque, al final, al mirar hacia el lugar donde estaban los coches aparcados para darse cuenta de que faltaba uno; el del propio Vólkov.

Leo maldijo con rabia y se llevó las manos a la cabeza con frustración. Había vuelto a perderla.

—Se la ha llevado... ¡joder! —exclamó.

Arkadiy posó una mano en el hombro del policía.

—No perdamos la esperanza, quizás las ruedas hayan dejado algún tipo de marca. Estoy seguro de que salió a toda velocidad y ese tipo de acelerones deja huella.

—Como le haga daño, lo mato y me da igual mis principios, ¡lo juro!

Ambos se dirigieron al lugar donde estaban los coches aparcados y pudieron apreciar la marca de neumáticos en dirección al norte.

—Pongámonos en marcha —dijo Arkadiy—. Quizás podamos cogerlo a tiempo.

Leo asintió y siguió al ruso hasta el coche que ese había escondido.

## 47.

En el momento en que Vólkov vio que el tipo que acababa de entrar empezaba a disparar a sus hombres supo que debía salir de allí lo más rápido posible, así que agarró a Clairee del brazo para arrastrarla fuera del cobertizo, aunque antes logró coger un arma que había rodado casi hasta sus pies.

—¡Déjame! —exclamó ella intentando zafarse de su agarre, pero este era tan fuerte que le provocaba dolor.

—Tú te vienes conmigo, no voy a dejarte aquí ahora que te he recuperado. Aún tienes muchas cosas que pagar.

—No voy a ir contigo a ningún lado. Suéltame.

Vólkov se detuvo y la zarandeó con brutalidad para luego colocarla frente a sí mirándola con una intensa rabia reflejada en sus ojos.

—Me da igual que lo quieras, pero vas a venir conmigo.

Volvió a tirar de ella hacia el coche. La obligó a subir al vehículo y luego se dirigió al lado de conductor por delante apuntándola con el arma. Cuando entró, ella había abierto la puerta para salir, pero Vólkov la agarró con fuerza del pelo para obligarla a entrar.

Ella gritó por el tirón y trató por todos los medios hacer que la soltara, pero le resultó imposible.

—Cierra la jodida puerta —le advirtió Vólkov amenazador.

—¡No!

El ruso, envuelto en ira, sin soltarle la melena, la empujó contra el sillón y le colocó el cinturón para luego tirar de la puerta y cerrarla. Puso el vehículo en marcha y salió de allí derrapando, activando el cierre centralizado desde dentro.

—Esta vez no te dejaré escapar ¿me oyes? Esta vez voy a destrozarte de tal manera que solo serás un maldito despojo que nadie querrá.

Clairee lo miró aterrada. Vólkov se había vuelto loco.

—No vas a hacer tal cosa... antes prefiero la muerte.

—Créeme, la desearás con toda tu alma, pero no voy a dejarte morir, seré yo quien ponga fin a tu miserable vida. Me perteneces y soy yo quien decido sobre tu destino.

—¡Yo no soy tuya! ¡Soy una mujer libre! —gritó ella sintiendo rabia al oírle hablar así, la adrenalina volvía a estar en su estado máximo y estaba barajando las posibilidades que tenía de escapar de ese coche con vida—. No voy a permitir que me hagas más daño porque no te pertenezco...

Vólkov comenzó a reírse.

—Valiente declaración. Me gustaría ver cómo explicas todas esas marcas que yo mismo te he hecho, esas que demuestran que eres mía. Todos acabarán sintiendo asco de tu aspecto...

Clairee se tapó los oídos.

—¡Cállate!

Necesitaba escapar, pero ¿cómo? Solo tenía una opción y era saltar para no acabar como Vólkov prometía. Pero si saltaba, el ruso podía dar la vuelta. Tenía que buscar una forma de que

no retrocediera en su busca.

Lo miró y dirigió la mirada al volante. ¿Y si...? Era la mejor opción. Tenía que hacerlo o no escaparía en su vida de las garras de Vólkov.

Sin pensarlo, se quitó el cinturón y agarró el volante para moverlo en diferente dirección.

—¡Suelta el volante! —gritó Vólkov viendo lo que hacía.

Pero ella no le hizo caso, siguió moviendo el volante y cuando pudo comprobar que el coche estaba perdiendo el control abrió la puerta y miró al exterior. El golpe iba a ser grande.

El ruso la agarró de la camiseta mientras intentaba controlar el vehículo.

Clairee tenía que saltar, era ahora o nunca. Golpeó la mano de Vólkov para que la soltara, cerró los ojos y se lanzó fuera del coche. Comenzó a rodar sintiendo cómo se golpeaba por todos lados hasta que su cuerpo se detuvo.

Perdió el conocimiento debido a esto y no pudo ver cómo se salía el vehículo de la carretera y se chocaba contra un árbol.

Leo miraba hacia la carretera fijamente mientras Arkadiy conducía. Tenía que encontrar a Clairee como fuese.

—Acelera más, tenemos que alcanzarlos —decía Leo desesperado.

Si no los alcanzaban era como empezar de nuevo la búsqueda para rescatarla y no podía permitirlo después de todo lo que habían tenido que pasar.

No podía perder a Clairee. No ahora que parecía que todo empezaba a encajar entre ellos. No quería perderla.

Se sujetaba la zona de las costillas donde el dolor se había intensificado, pero ahora mismo eso no le importaba lo más mínimo, solo le interesaba encontrar a Clairee.

En el camino solo se veía árboles por ambos lados y nada parecía darles una pista de si iban muy avanzados hasta que, a lo lejos, Arkadiy distinguió una pequeña humareda.

Teniendo un mal presentimiento aceleró más mientras Leo se concentraba en buscar el coche.

No tardaron mucho en ver el coche de Vólkov estampado contra un árbol del que salía una intensa llamarada.

—No, no... —comenzó a decir Leo y salió rápidamente del coche cuando Arkadiy paró a una distancia prudencial—. ¡No!

El policía corrió hacia el coche llamando a Clairee, pero no contestaba nadie. Cuando estaba a punto de llegar, la llamarada aumentó de tamaño, aunque eso no le importó a él que intentó abrir la puerta del copiloto en un intento de ver si ella estaba allí.

Ella no podía estar dentro del coche, no podía estar ahí dentro. Ese maldito coche le recordó al furgón en el que él había ido montado y del que saltó antes de que estallara. Él logró salvarse, pero a Clairee no la veía, ni siquiera veía si Vólkov estaba dentro. Las llamas cubrían todo.

Se dejó caer de rodillas en el suelo. Lo que estaba viendo no podía ser real. Sintió como las lágrimas escapaban de sus ojos ante lo más evidente. Habían chocado y no pudo salir a tiempo de ahí y estaba pereciendo bajo las llamas.

Un grito de dolor empezó a subir por su garganta como una hoja afilada que rajaba su pecho. Hundió las manos en la tierra antes de gritar.

—¡Clairee!

Arkadiy lo observó desde una distancia prudencial. Si la policía estaba allí, necesitaba su momento de soledad para asumir la pérdida. Él mismo podía sentir una desazón al saber que alguien a quien empezaba a apreciar perecía bajo las llamas.

De repente oyó un gemido cerca de él.

Miró a su alrededor, pero no logró ver nada hasta que oyó una voz débil.

—Leo...

Se movió con cautela y entonces la vio, tendida en el suelo en un estado de semiconsciencia.

—¡Leo! —gritó Arkadiy desde el lugar mirando hacia el policía que permanecía junto al coche con la cabeza gacha.

Él no le hacía caso, no quería oír nada, solo necesitaba dejar escapar la rabia y el dolor de la pérdida de Clairee.

No era justo.

—¡Leo! ¡Tienes que venir!

—¡Cállate! —espetó con rabia.

—Joder, ¡Claire no está en ese coche! Está aquí a mi lado.

El policía levantó la mirada hacia donde estaba Arkadiy, algo alejado de él, metido entre la maleza. ¿Había oído bien?

—¿Qué?

—Clairee saltó de ese coche antes de que se estampara, está aquí —dijo antes de agacharse junto a ella, valorando el estado de la policía que solo gemía debatiéndose entre la conciencia y la inconsciencia.

Leo, sin poder creer lo que Arkadiy le decía, se incorporó y se acercó con paso vacilante hasta donde estaba el ruso. Cuando vio el cuerpo de ella en el suelo, corrió como pudo y se agachó a su lado posando sus manos en sus mejillas, observándola.

Tenía una brecha en la sien y varios arañazos en brazos y cara.

—Claire... Clairee, mi amor, ¿me oyes?

Parecía intentar abrir los ojos, pero era como si le costara hacerlo.

—Leo...

—Sí, estoy aquí, ya estás a salvo... por Dios, pensé que te había perdido... —Levantó la mirada hacia Arkadiy—. Tenemos que llevarla a un hospital.

—No sé si sería prudente moverla. No sabemos los daños que pueda tener tras la caída.

—¡Pues llama a una ambulancia!

—No sabemos si Vólkov logró escapar con vida de ese coche —dijo Arkadiy mirando alrededor.

—Pues no podemos quedarnos aquí, necesita que la atiendan. Si Vólkov está vivo o no ahora mismo me importa poco, ella es más importante para mí. —Volvió la vista hacia ella que había vuelto a perder el conocimiento.

—Iré a mirar por los alrededores a ver si ha escapado o no —dijo Arkadiy alejándose.

Leo asintió para volver su atención a ella a la cual acariciaba las mejillas con delicadeza, buscando la manera de que despertara.

—Joder, Clairee. Pensé que te había perdido... no sabes la impotencia que he sentido hace tan solo unos minutos. Ahora que tengo mis sentimientos claros no quiero perderte.

El corazón le bombeaba con fuerza mientras se recuperaba de la impresión.

De repente sintió unos pasos erráticos que no eran los de Arkadiy, así que levantó la mirada para ver a Vólkov con parte del cuerpo quemado y apuntándolo con la pistola.

—Ella es mía... —dijo con voz casi de ultratumba.

Leo no sabía muy bien qué hacer. No tenía ninguna pistola para defenderse y ni siquiera veía a Arkadiy por los alrededores. Debía hacer tiempo para que el ruso pudiera aparecer y ayudarlo.

—Vólkov, deja de luchar. Es mejor que llamemos a una ambulancia para que te atiendan.

—Cállate...

—No tienes nada que hacer, ¿crees que en tu estado podrás dispararnos? Hazme caso y deja que llamemos a alguien, tienes buena parte del cuerpo quemado.

—¡Que te calles! —gritó posando el dedo en el gatillo para disparar.

Leo cerró los ojos durante unos segundos que se hicieron eternos en lo que llegaba el inevitable disparo. ¿Todo iba a acabar así? ¿Al final perecería sin cumplir la promesa de regresar a Clairee sana y salva a Italia?

Iba a morir sin poder hacer feliz a la mujer que con apenas una carta cambió su mundo y sus sentimientos.

El disparo sonó y él esperó sentir dolor, pero no sintió nada, ni siquiera notó el impacto. Confuso abrió los ojos y encontró a Vólkov mirándolo con una mueca extraña en el rostro desfigurado por las quemaduras y una enorme mancha de sangre en el centro del pecho.

Miró alrededor hasta que encontró a Arkadiy a unos pasos de ellos con el arma aun apuntando al ruso que, lentamente, cayó al suelo. Este se acercó al cuerpo y con el pie le dio la vuelta para ver que estaba muerto.

—Ya no harás más daño... —dijo Arkadiy en apenas un susurro—. Esto es por todas las chicas a las que has roto.

Leo lo observó en silencio para luego dirigir su mirada a Clairee que aún no parecía recuperar el conocimiento. Sintió al ruso agacharse a su lado.

—No sé si será buena idea moverla, pero no podemos quedarnos aquí. Alguien podría pasar y ver todo. Lo que menos necesitamos es que nos acusen de asesinato.

—No quiero moverla por si acaso.

—Pues aquí no nos deberíamos quedar.

—Lo sé, pero se ha tirado del coche y tiene una herida en la cabeza... Intentemos despertarla para ver si le duele algo más.

Leo posó sus manos en las mejillas de Clairee golpeándolas con suavidad y así hacer que abriera los ojos.

—Clairee, ¿me oyes? Despierta, pequeña.

Ella gimió a la vez que su ceño se fruncía, pero le costaba abrir los ojos. Cuando por fin lo hizo intentó enfocar la vista para saber dónde se encontraba. Entonces Leo entró en su campo de visión lo que la hizo sentir tranquila.

—Leo...

—Hola —dijo él sonriendo levemente—. Me has dado un susto de muerte.

—Vólkov. —La mirada preocupada de ella lo instó a tratar de tranquilizarla.

—Shh, respira —susurró al notar su respiración agitada—. Está muerto. Ya no te hará más daño.

Clairee suspiró a la vez que cerraba los ojos. Por fin era libre del yugo que ese hombre había ejercido sobre ella. Temió realmente por su vida en aquellos instantes antes de saltar del coche. Era arriesgado, pero había merecido la pena si ese ruso ya estaba muerto.

Le dolía la cabeza y varias partes del cuerpo que se golpearon contra el suelo al caer, cualquier movimiento le hacía gemir. Solo quería dejarse llevar por el cansancio y evitar sentir dolor alguno.

—Eh, no te duermas, necesito saber si te duele algo, no podemos quedarnos aquí.

Clairee trató de sonreír a pesar de todo. ¿Qué le dolía?

—Todo...

Leo le acarició las mejillas mientras sonreía también.

—¿Crees que podré sacarte de aquí sin que te haga más daño?

—No lo sé. Yo solo quiero dormir y que se me pase el dolor —dijo ella casi sin fuerzas, estaba a punto de perder el conocimiento de nuevo.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la inconsciencia. Leo miró a Arkadiy con decisión.

—Nos la llevamos. Tengo que hacer un par de llamadas por lo que debemos ir a un lugar seguro.

El ruso asintió y se incorporó a la vez que Leo cogía a Clairee entre sus brazos para llevarla hasta el coche, sin importar el dolor de los golpes que él había recibido.



## 48.

Leo se subió en el coche con Clairee en brazos. Parecía estar viviendo un *déjà vu* de hacía tan solo un par de semanas. Casi la misma situación, aunque esta vez ya no tenía nada que temer por si Vólkov iba a por ellos. Esta vez ya no podía hacerles nada y esto era algo que tranquilizaba sobremanera al policía.

Arkadiy parecía dirigirse a la casa de la que habían salido poco antes para ir tras Vólkov y Clairee, aquella donde estaba el cobertizo en el que le habían dado una paliza tremenda.

Al ver a su compañera tendida en el suelo había olvidado por completo todos los golpes recibidos, su preocupación por ella era mucho mayor después de haber pensado que estaba muriendo en el coche en llamas.

La miró entre sus brazos y le apartó un mechón del rostro herido. Por fin era libre. Ya no tenía nada que temer porque Vólkov no la buscaría, ya que estaba muerto.

—Al fin volveremos a Italia... —dijo sintiendo un terrible pesar porque no podía evitar pensar en lo que podría ocurrir si volvían allí.

Ella se alejaría y a pesar de haber confesado sus sentimientos no querría permanecer cerca de lo que le ha hecho tan desdichada. ¿Se quedaría por él o al final renunciaría a sus sentimientos?

Aquellos pensamientos lo llenaban de congoja e incertidumbre. Hasta que no llegaran a Italia no iba a saber lo que ella tenía pensado hacer.

Una vez llegaron a la casa, él descendió del vehículo mientras Arkadiy se encargaba de abrir la puerta principal de la vivienda que, por suerte, nadie se había preocupado de cerrar.

Leo buscó una habitación donde poder dejarla y por fin hizo la llamada que tenía que hacer. Cuando la dejó sobre la cama, cogió el móvil que Arkadiy le había guardado cuando desapareció y buscó el número de Saulo.

No tardó mucho en contestarle.

—Leo... ¿cómo estás?

—Apaleado, pero bien...

—¿Qué ha pasado?

—Demasiadas cosas como para resumirla bien, únicamente te puedo decir que estamos vivos de milagro y Vólkov por fin ha muerto. ¿Habría alguna posibilidad de que me enviaras a Salvatore? Clairee está herida y no sé si será seguro ir a un hospital.

—Tendría que llamarlo y buscar una pista cerca de donde estés.

—¿No tienes un helicóptero? Esto está perdido en medio de la nada... —dijo mirando a través de la ventana de la habitación donde se encontraba Clairee.

—Veré qué puedo hacer, mientras tanto, deberías hablar con él y explicarle lo que ha ocurrido para que vaya preparado. También necesito la ubicación para enviar el helicóptero si lo consigo.

—Gracias. Ahora mismo te mando la ubicación.

—De acuerdo.

Se despidieron y cuando Leo colgó, le mandó su posición a Saulo antes de ponerse en contacto con Salvatore tras pedirle el número a Saulo, ya que en ese móvil no lo tenía.

Tras tres tonos oyó la voz del forense.

—¿Diga?

—Hola, compañero —dijo Leo.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea y por un momento pensó que había colgado, pero pronto se dio cuenta de que se equivocaba.

—¡Mierda! Mi teléfono conecta con el Más Allá. Tengo que llevarlo a reparar... o quizás romperlo... sí, los móviles no pueden hablar con los muertos.

Leo no pudo evitar sonreír al escucharlo... siempre tenía algún chiste preparado y esa vez no iba a ser menos.

—Yo también me alegro de oírte —respondió Leo a la puya.

—Me parece increíble que nos engañaras a todos y antes de que me digas nada, sé todo. Por suerte mi poder de convicción es más que suficiente para que Saulo suelte prenda, además, lo tengo cogido por los huevos con lo del embarazo de Bianca...

—No estoy para sermones si esa es tu intención.

—¡Líbrame de eso, señor! Solo soy un simple forense preocupado por un amigo muerto...

Leo se pasó la mano por la cara, a veces el sarcasmo que usaba Salvatore lo saturaba, como mismo le provocaba malestar sus ácidos chistes.

—Salvatore, necesito tu ayuda... la historia es un poco larga de contar, aunque creo que sabes buena parte de ella, pero ahora mismo solo quiero que alguien revise a Clairee. Se ha dado un golpe en la cabeza tras lanzarse de un coche en marcha.

—Anda, se lanzó de un coche en marcha como tú... —El silencio al otro lado de la línea le indicó que tenía que parar—. Vale, lo siento... ¿Qué se ha hecho exactamente?

—Se ha golpeado y tiene una herida en la sien. Ahora mismo no sangra, pero se ha desmayado dos veces y aún no ha recuperado el conocimiento. Saulo está intentando conseguir un helicóptero para que puedas venir, si es que puedes, claro.

—Si lo consigue no dudes que estaré ahí, aprecio mucho a Clairee y todos estábamos preocupados por ella.

Leo sonrió levemente.

—No es la misma que conociste, pero seguro que se alegrará de verte.

—Prepararé las cosas, solo espero que Hulk entienda lo que ocurre porque estoy en la comisaría.

—Si no te deja, me lo pasas que ya aclaro las cosas con él.

—Vaaaaaale... —dijo Salvatore no muy convencido con aquella afirmación.

—Me está entrando otra llamada, puede ser Saulo...

—Hablamos luego si voy para allá... una cosa... ¿hace mucho frío? Lo digo por ir preparado.

Leo soltó una carcajada que hacía mucho tiempo que no soltaba. En el fondo echaba de menos ese humor que tenía su amigo. Se despidió de este y cogió la otra llamada.

Era Saulo confirmándole que había conseguido un helicóptero y que estaría ahí lo antes posible con Salvatore. Tras acabar la llamada, se dirigió a la cama donde seguía Clairee recostada.

Se sentó a su lado y le acarició la mejilla magullada con delicadeza.

Una vez que se recuperara volverían a Italia y no sabía qué iba a ocurrir desde el mismo momento en el que pisaran tierras toscanas. ¿Se iría al fin? Lo que tenía claro es que no iba a detenerla. Si es lo que ella necesitaba lo respetaría.

Él tenía una vida que recuperar, no iba a ser fácil asimilar que alguien a quien todos creían muerto en realidad no lo estaba. ¿Estaría dispuesto a irse con ella allá a donde fuera? ¿O ella prefería empezar de cero sola olvidando todo lo que se habían confesado?

Aquellos pensamientos lo sumían en la desesperación porque sentía que tenía que estar junto a ella.

Aún se sorprendía de lo rápido que había nacido ese sentimiento hacia ella, pero muchas cosas condicionaron a su corazón. La carta, los recuerdos de momentos vividos juntos, lo que ha tenido que pasar, lo que él mismo ha vivido en su odisea por salvarla... cada una de ellas ha hecho que empezara a verla con otros ojos y llegar a enamorarse de ella.

Porque así era: estaba enamorado de esa valiente guerrera que había soportado las más horribles torturas sin dejarse vencer, luchando por sobrevivir, esperando a que alguien acudiese en su ayuda para alejarse del terrible mundo de la trata de blancas.

Le agarró la mano donde depositó un beso cálido y suave.

—Te quiero, Clairee, jamás lo dudes, yo nunca hablaría en vano. Mucho menos después de todo lo que hemos vivido. No sería capaz de jugar con tus sentimientos y eso es algo que quiero que tengas claro.

Cerró los ojos y apoyó la frente en sus manos unidas. Estaba siendo totalmente sincero con ella, aunque no lo escuchase, pero cuando despertase sus palabras serían las mismas, no cambiaría ni una coma de lo que acababa de decirle porque Clairee se había convertido en una parte esencial de su vida y si ella realmente quería empezar de cero, intentaría que fuera feliz, aunque eso significase estar separados.

Era ya noche cerrada cuando el helicóptero apareció en la zona, aterrizando en el amplio terreno alrededor de la casa.

Leo y Arkadiy esperaban en la entrada de la vivienda mientras el aparato tocaba tierra. El aire de las hélices cortaba y hasta que no se detuvo del todo no se bajó nadie.

Salvatore bajó al fin y levantó la mano a modo de saludo mientras cogía su maletín. Estaba cubierto con un gran abrigo de plumón con gorro de pelo lo que provocó las miradas sarcásticas del policía y el ruso.

—¿Vas a ir al Polo Norte? Creo que te has desviado del camino —se jactó Leo mientras se acercaba para darle un abrazo.

—Joder, es Rusia, aquí siempre hace frío...

—Bueno, ahora mismo no lo hace, así que quítate ese abrigo, anda y déjame presentarte a un buen amigo que nos ha ayudado en todo desde que he llegado al país —dijo mientras los dos se acercaban al ruso—. Salva, este es Arkadiy.

Ambos hombres se miraron antes de tenderse la mano.

—*Privet*<sup>[3]</sup> —saludó Arkadiy.

—Lo mismo digo... —mururó Salvatore sin tener ni idea de lo que acababa de decirle y miró a Leo—. ¿Te comunicas en ruso con él? Apenas sabes hablar bien italiano ¿cómo vas a hablar bien el ruso?

—Tiene bastante suerte de que sepa hablar italiano —dijo Arkadiy cruzando los brazos.

Salvatore dio un salto hacia atrás mirándolo con sorpresa y Leo se rio.

—Ahí donde lo ves habla muy bien italiano.

—Ya me he dado cuenta. —Salvatore volvió a mirarlo antes de volver a mirar a su amigo—. Y bien ¿dónde está Clairee? ¿Ha recuperado el sentido?

Leo le hizo una señal para que lo siguiera.

—Ha despertado y dice que le duele mucho la cabeza. La verdad es que me asusté mucho, pero

una vez que ha abierto los ojos he podido respirar tranquilo.

Salvatore enarcó una ceja y se detuvo a mitad de las escaleras haciendo que el policía también se detuviera para mirarlo interrogante.

—Un momento... ese modo de hablar... ¡no! —Leo cruzó los brazos esperando la respuesta del forense soltando un suspiro—. Te has enamorado de Clairee...

—Habla de esto con calma, ahora mismo quiero que la veas para valorar su estado y si está en condiciones de viajar.

Sin esperar respuesta por parte del forense, terminó de subir las escaleras y dirigirse a la habitación donde estaba Clairee sentada con la espalda apoyada en varios cojines y mirando hacia la puerta cuando esta se abrió.

Al ver al forense sonrió.

—Salvatore...

Este se acercó y se sentó en la cama con una amplia sonrisa cogiéndole las manos.

—Cuanto tiempo sin vernos ¿eh? Nos tenías preocupados —dijo a la vez que se quitaba la chaqueta y sacaba las cosas de su maletín.

La sonrisa de la policía se convirtió en una de culpabilidad.

—Lo siento...

El forense le cogió la barbilla mirándola a los ojos.

—Eh... entiendo lo que hiciste y por qué, no tienes que pedir perdón. El amor nos hace cometer locuras, lo importante es que acabe bien. Así que ni se te ocurra disculparte por algo que todos los que estamos enamorados haríamos sin pensar ¿entendido?

Ella asintió levemente.

Salvatore examinó la herida de la sien al igual que todas las magulladuras producidas por la caída. Le colocó un pequeño vendaje en la herida y cuando acabó miró a la joven.

—Imagino que te dolerá la cabeza horrores ¿no? Te has dado un buen golpe, aunque no reviste gravedad. En unos días se curará del todo. Para las magulladuras te daré una crema que te aliviará e irá mejorando el aspecto que tienen.

Clairee asintió y miró a Leo que no se había movido del sitio preocupado.

—¿Podremos viajar? Yo... quiero salir de este país cuanto antes —preguntó ella bajando los pies de la cama después de que Salvatore se incorporara y colocara sus utensilios en el maletín.

—No veo por qué no. —Salvatore se encogió de hombros mirándolos a ambos—. Eso sí, quiero descansar, que vaya viajecito que me habéis hecho dar.

—Te acompañaré a una habitación y te llevaremos algo de cenar —dijo Leo comprendiendo el cansancio de su amigo.

—Antes te daré algo para el dolor. —El forense sacó un bote de pastillas y le tendió una—. Y descansa, te hará bien.

Clairee asintió agradecida.

Finalmente, Salvatore se despidió de la policía y salió de la habitación en compañía de Leo. Una vez fuera ambos se detuvieron.

—Esas cicatrices...

El policía asintió apesadumbrado.

—El malnacido de su secuestrador le hizo todo eso... cuando la encontré estaba en un estado terrible, llena de heridas sangrantes, colgando de sus muñecas... —Leo cerró los puños con rabia al recordarlo—. Es una imagen que no se me va a ir en la vida.

Salvatore apoyó la mano en el hombro de Leo dándole apoyo moral.

—Debió ser terrible, pero ya ha pasado y mañana mismo estaréis en Italia.

—Sí. —El policía suspiró—. Por fin estaremos lejos de aquí... Venga, vayamos a una habitación para que te acomodes y descanses.

Se alejó con paso apresurado y Salvatore lo miró con interés. Algo ocultaba ese suspiro. ¿Qué sería? Sin querer pensar más y solo tirarse en una cama a dormir, siguió a su amigo hasta la habitación que le había asignado.

## 49.

Era bien entrada la madrugada y Clairee no podía dormir a pesar de que la pastilla le hizo efecto durante algunas horas y había aliviado bastante el dolor de cabeza.

No hacía más que dar vueltas en la cama pensando en todo lo que había ocurrido. No podía olvidar el momento que vivieron Leo y ella en el cobertizo.

Cuando saltó del coche solo tenía su imagen en la mente. Por un momento pensó que moriría al lanzarse, pero, por suerte, solo había sido un par de magulladuras y el golpe de la cabeza era menos grave de lo que parecía.

En su mente también estaba el tomar la decisión una vez llegara a Italia. En apenas unas horas saldría, al fin, de ese país para volver a su tierra natal, pero ¿qué haría?

Sentía la necesidad de empezar de nuevo en otro lugar, pero pensar en Leo hacía cambiar todos sus planes y eso la estaba volviendo loca.

Estaba aterrada por cómo la recibirían. Las miradas reflejando la pena, el querer ayudarla, lamentar que le hubiesen destrozado la vida... Ella no quería eso. Ante todo, solo necesitaba olvidar, hacer como si ese episodio de su vida no existiese.

Quizás debía empezar a olvidar lo ocurrido dejando las cosas claras con Leo.

Se levantó y durante unos segundos se tuvo que apoyar en la pared. No tendría que haberse levantado tan rápido con aquel golpe. Cerró los ojos hasta que se le pasó el mareo, luego se dirigió a la puerta para ir a la habitación de Leo. Aunque... ¿cuál era?

Todo estaba a oscuras y estiró las manos para intentar no tropezar con nada, pero sirvió de poco, ya que tropezó contra una mesilla que hizo mucho ruido al caer.

Una puerta cercana se abrió casi al instante y entonces vio el reflejo de Leo gracias a la luz del interior de la habitación.

—¿Clairee? ¿Estás bien? —preguntó él acercándose rápidamente y tomándola por los brazos.

Ella asintió y medio sonrió ante su preocupación.

—Estaba buscando tu habitación, quería hablar contigo. No puedo dormir y necesito aclarar muchas cosas porque no sé qué hacer.

Leo la llevó hasta su habitación y le hizo sentarse en la cama mientras él cerraba la puerta para dar intimidad. Se giró hacia ella apoyando la espalda en la pared junto a la salida.

Ella lo observó de reojo mientras se retorció las manos. Solo tenía puesto el pantalón y era la primera vez que se fijaba en la cicatriz el hombro. Parecía una quemadura. ¿Sería acaso consecuencia de cuando saltó del vehículo con la bomba en la que había estado Byanca?

—Tú dirás —dijo él de repente, sacándola de sus pensamientos.

Clairee inspiró hondo.

—Yo... no sé qué hacer, Leo. No sé qué hacer cuando llegemos a Italia. Por una parte, quiero alejarme de todos los que van a verme con pena, pero por otra...

Cerró la boca. No se atrevía a decir lo que pensaba.

—¿Por otra? —preguntó él sin moverse del sitio.

Ella se mantuvo callada durante unos segundos hasta que levantó la mirada hacia él.

—No quiero alejarme de ti —dijo intentando no pensar en nada y ser sincera no solo consigo

misma sino también con él.

Leo bajó las manos sin dejar de mirarla. No podía creer las palabras que le acababa de decir. Sabía que sus sentimientos eran profundos, pero no imaginó que estuviera en una tesitura semejante solo por él. Por un momento se sintió complacido, pero se mantuvo precavido a la espera de su decisión.

—¿Has... has tomado una decisión? —preguntó él.

Clairee negó y se pasó las manos por el pelo.

—Sabes bien lo que he tenido que pasar y sé que en Italia todos me mirarán con pena, que querrán ayudarme como si me fuera a romper en cualquier momento... sé muy bien cómo actúa la gente en casos como el mío y no quiero eso para mí. Prefiero que hagan como si nada hubiese pasado, aunque es imposible que eso suceda. Por eso mismo quiero empezar de cero en otro lugar.

—Lo entiendo —dijo Leo acongojado por su respuesta.

—Pero si lo hago, no estarás a mi lado y, aunque pueda ser un espejismo, te necesito junto a mí. No soporto la idea de separarme de ti después de todo lo que hemos vivido, pero ¿qué puedo hacer...? Solo tú calmas mis pesadillas, intentas normalizar mi situación... Estoy asustada.

Leo se despegó de la pared para acercarse hasta donde estaba ella que lo miró fijamente hasta que se agachó justo en frente.

—Es una decisión complicada y te juro que no voy a interferir en ella, solo tú puedes elegir lo que quieres hacer. Como ya te dije, lo que yo siento no es ningún espejismo, sé muy bien lo que mi corazón quiere y ahora mismo lo que quiere es tenerte, pero no voy a tomar ningún tipo de decisión por ti. Lo único que te pido es que no nos hagas sufrir más con esta agonía.

—Yo... necesito pensarlo...

Él se incorporó para darle la espalda.

—Tienes tiempo hasta que llegemos a Italia.

—En realidad no queda tanto tiempo. En apenas unas horas partiremos.

—Entonces deberías volver a tu habitación y meditar el tiempo que te quede lo que quieres hacer.

Clairee lo miró compungida. Empezaba a sentir la lejanía de la separación inminente. ¿Cómo iba a elegir? No tenía nada claro qué hacer, pero ver que se alejaba de ella por sus inseguridades la estaba matando.

Se levantó sin decir nada y se dirigió a la puerta.

Leo no le dirigió la mirada en ningún momento, no iba a poder soportar que ella saliera por la puerta con una decisión tomada y fuera la de irse lejos de él. No podría soportarlo, pero si era lo que deseaba, lo mejor era no dar más alas a su situación.

Ella tomó el pomo en la mano, pero no la abrió. A su mente llegaron aquellas palabras que le dijo Leo en el hotel: “¿Y si esta noche fuera la última?”.

¿Sería aquella la última vez que estarían solos? ¿Juntos? Pensar en ello provocó que su corazón se resquebrajara. Lo iba a perder...

Soltó el pomo y corrió hacia él para abrazarlo por la espalda sintiendo que la congoja la ahogaba. Leo no movió un músculo. Tenía que ser fuerte o le rompería el corazón, ya de por sí destrozado de su último desamor, temiendo que este fuera aún peor.

—Ayúdame, Leo... dime que me quieres a tu lado.

Él cerró los ojos y negó con la cabeza mientras cerraba las manos en puños.

—No. No sería justo para ninguno de los dos.

—¿Y si esta noche fuera la última? —preguntó en un intento desesperado de que él la ayudara

a elegir.

Un suspiro escapó de los labios de Leo.

—No me digas eso, Clairee. ¿De qué servirá esta noche si después te irás y me dejarás tirado como un trapo sucio? No es justo para ninguno de los dos.

Con todo el dolor de su corazón tomó las manos de ella, para apartarla, pero Clairee se resistió a soltarse.

—Leo, por favor.

—No lo hagas más difícil... —dijo él soltándola al fin para girarse hacia ella—. No soy de hierro y no quiero sufrir más. Si vas a irte, es mejor que no nos hagas más daño.

Clairee le suplicaba con la mirada. Necesitaba algún aliciente para hacerla decidirse. Algo que la convenciera de que debía quedarse al lado de Leo o irse lejos de él.

Debía ser valiente, lanzarse a la piscina, hacer lo que jamás pensó que haría. Posó sus manos en las mejillas y acercó su rostro hasta besarlo.

Él abrió los ojos con sorpresa e intentó apartarse durante los primeros segundos, pero no pudo evitar sucumbir al sabor dulce de los labios de Clairee. Ella lo provocó intentando meter la lengua en la boca de él por lo que no se hizo de rogar y dejó que lo explorara a placer.

Finalmente, ella se apartó lo justo para tomar aire y apoyarse en él con los ojos cerrados.

—Démonos esta noche, necesito que me ayudes a aclarar mi mente... por favor, Leo.

Abrió los ojos para mirar los de él que también se habían quedado fijos en los de ella.

No podía estar pidiéndole eso. Si lo hacía no habría marcha atrás. Quiso negarse, pero el deseo estaba pesando en su conciencia y ya podía notar cómo su miembro reaccionaba ante la cercanía de la mujer que le estaba robando la razón.

—No voy a poder parar, Clairee. Es mejor que recules antes de que sea tarde —dijo Leo suplicante—. Si te arrepientes en el último momento no podré resistirlo.

Clairee le acarició la mejilla rasposa por la barba que comenzaba a salirle y sonrió con cierto temor.

—Estoy aterrada, pero sé que jamás me harías daño, Leo. No eres Vólkov ni Zanetti, eres un hombre leal, capaz de dar su vida por la mujer a la que ama. Eso es algo que tengo muy claro y por una vez quiero sentirme amada de verdad. Ámame, elimina mis miedos, borra lo pasado en estos meses de dolor... por favor.

Aquellas palabras provocaron a Leo hasta tal punto que agarró a Clairee y la atrajo hacia sí para poseer su boca. Si aquello acababa esa misma noche, al menos había podido saborear el paraíso de la mano de ella. Si mañana decidía alejarse, no se lo impediría porque, ante todo, quería que fuera feliz, aunque su corazón se rompiera en pedazos.

Ella apoyó las manos en los hombros de Leo dejándose llevar por primera vez en mucho tiempo. Iba a tener lo que tanto había soñado sin tener aún claro lo que pudiera ocurrir mañana, pero necesitaba vivir ese momento como si todo acabara a la mañana siguiente.

Poco le importaba el dolor de su cuerpo magullado o los latidos de su cabeza, solo quería sentir lo que era estar con Leo.

—Estamos a tiempo de impedir esto —susurró él entre besos, pero ella negó.

—No. No te detendré...

Leo gruñó mientras la arrastraba hasta la cama y la depositaba con delicadeza sin dejar de besarla. Se apoyó en manos y rodillas dándole espacio, conectados únicamente por sus labios.

Con delicadeza, él movió su mano hasta el vientre de Clairee para ir subiendo por dentro apartando la camiseta en el proceso, dejando ver las cicatrices que cubría su cuerpo.



Ella se estremeció ante el toque, odiaba sus cicatrices, pero debía asumir que eran parte de ella, para que los demás las aceptaran. Quería pensar como Leo, que era una guerrera y aquellas cicatrices revelaban aquella lucha encarnizada por su vida.

Él se apartó para quitarle la camiseta del todo y observarla. Durante unos segundos, ella se cubrió con los brazos, pero se las apartó negando.

—Eres preciosa, no ocultes tu cuerpo...

Ella asintió y dejó los brazos a ambos lados de su cuerpo. Leo sujetó una de sus manos para que la llevara a la cicatriz del hombro, la de la quemadura y ella la tocó con delicadeza, como si fuese a hacerle daño en cualquier momento, pero él no se quejó en absoluto, simplemente la miró antes de volver a pegar sus labios en los de ella sin llegar a besarlos.

—Yo también tengo cicatrices, Clairee. Jamás podría hacer que te avergonzaras de ellas porque como ya te dije hoy: eres una guerrera y esto lo demuestra.

Clairee tragó saliva mientras notaba las lágrimas acumularse en sus ojos, pero no quería dejarlas escapar. Aquellas palabras la reconfortaban tanto... No le hacían sentir mal consigo misma, le hacía ver su cuerpo de otra manera.

—Temo que algún día las odies... temo que yo misma me odie por ellas.

—Jamás podría odiarlas... lo que odio es no haber llegado a tiempo, pero nunca odiaría algo que ya es parte de ti, de lo que has tenido que vivir y que has afrontado con toda la entereza de la que eras capaz.

Volvió a besarla mientras sus manos ascendían por los laterales de su cuerpo hasta meterse bajo su espalda y así desabrochar el sujetador que quitó casi con parsimonia. Quería ir despacio para no asustarla.

Una vez desnuda de cintura para arriba, sus manos se movieron por su vientre, ascendiendo lentamente hasta abarcar los pechos de ella que ya se encontraban pesados y los pezones se habían endurecido como en un acto reflejo.

Clairee inspiró hondo. Se negaba a recordar el maltrato que había recibido en sus pechos cuando abusaban de ella, solo quería sentir lo que Leo le hacía para borrar esas imágenes que pesaban en su memoria.

—¿Te hago daño? —preguntó él preocupado mirándola a los ojos.

Ella negó y trató de sonreír.

—Todo está bien, es solo que... es como si todo fuera nuevo para mí después de...

Él la cortó con un nuevo beso. No quería que empañara algo que se estaba convirtiendo en una experiencia inolvidable y nueva para ambos.

—Déjate llevar, no pienses en nada... —le susurró apartándose para luego besar su barbilla.

Depositó otro beso en su garganta, allí donde latía el pulso acelerado de ella para luego seguir con el valle entre sus pechos hasta acabar en una de las cimas perladas.

Ella se arqueó gimiendo cuando sintió cómo succionaba aquel sensible botón a la vez que el otro era atendido por la diestra mano de Leo. Ya podía notar cómo su entrepierna se humedecía y palpitaba en busca de algo que parecía no llegar.

Nada deseaba más que le quitara el resto de prendas y por fin se dejara llevar.

## 50.

Leo podía notar los estremecimientos de Clairee mientras se deleitaba con sus pechos perfectos. Cabían perfectamente en su mano. No podía dejar de admirarlos, aunque su cuerpo pedía algo más.

Necesitaba sentir otra parte de su cuerpo y también liberar su miembro aprisionado por los vaqueros. Mientras seguía dando placer a los pechos de ella, dirigió sus manos al pantalón de ella y lo desabrochó para luego bajarlo lentamente hasta dejarla totalmente desnuda.

Podía sentir la vergüenza de ella al mostrarse totalmente a él y eso la hacía ser adorable a la vez que seductora por el movimiento sinuoso de su cuerpo.

—Hermosa... —susurró él sonriendo hacia Clairee—. No cierres los ojos, mírame.

Ella, que segundos antes los había cerrado, volvió a abrirlos para mirar las dos lagunas azules que eran los ojos de Leo.

De repente, gimió al notar una mano por encima de su centro de placer. La humedad se hacía más patente a medida que las caricias iban descendiendo lentamente hasta ese lugar que anhelaba su toque. Por suerte, este no se hizo esperar y él recorrió su entrepierna de manera delicada.

Otro gemido escapó de sus labios.

Él estaba embelesado oyéndola, parecía ir por buen camino porque no huía y estaba disfrutándolo.

Sin dudarle acercó sus labios hacia ese pequeño botón de placer que parecía pedir a gritos se atendido, así que no lo hizo esperar.

Las caderas de Clairee parecían tener vida propia mientras Leo se encargaba de darle placer en su centro húmedo. Deseó más, mucho más de lo que le estaba dando. Se sentía desinhibida después de todo lo que había pasado y todo gracias a Leo que se estaba comportando con tanta delicadeza que se sentía abrumada logrando olvidar los malos recuerdos.

Se sentía arder y ya comenzaba a notar cómo se iba formando un cúmulo de sensaciones en su bajo vientre que de un momento a otro explotaría en un poderoso orgasmo.

Leo también sentía que ella estaba a punto de sucumbir así que se esmeró para darle la liberación que necesitaba.

Clairee se agarró con fuerza a las sábanas cuanto el orgasmo le llegó y un grito ahogado escapó de su garganta.

Él se incorporó y volvió a su boca, besándola para que notara su sabor en los labios, para que comprobara que había sido capaz de llegar más allá.

—Quiero estar dentro de ti, Clairee...

Ella sonrió a la vez que le acariciaba la mejilla.

—Quiero que estés dentro de mí —dijo ella con la respiración agitada.

Ahora que se estaba dejando llevar no quería que se detuviera. Lo necesitaba.

Leo se desabrochó el pantalón para, por fin, liberar su miembro dolorido, anhelante de introducirse en la cavidad de Clairee empapada por el reciente orgasmo.

Cuando se quitó los pantalones volvió a colocarse entre las piernas de ella después de colocarse el condón que guardaba en la cartera y besarla con ardor. Se posicionó, pero antes de

introducirse, dejó de besarla para preguntarle.

—¿Estás segura de esto?

—Sí —dijo ella asintiendo a su vez con la cabeza y lo atrajo hacia sí para volver a besarlo.

Lo que Leo le estaba ofreciendo estaba reviviendo a una Clairee que había permanecido oculta tras capas de miedo y dolor. Su cuerpo reaccionaba al toque de las manos de él con ansias, deseando más de lo que le estaba dando.

Él se preparó y se colocó en la entrada para luego penetrarla muy lentamente llegando al fondo lo que provocó que ella se arqueara y gimiera contra los labios de Leo.

Aquel gemido encendió más al policía que enseguida comenzó acometiendo lentamente para ir subiendo más y más el nivel de estas hasta que sintió que ella estallaba en un segundo orgasmo. Aceleró sus movimientos y se unió a Clairee en la cima del placer.

Salió del interior de ella acostándose a su lado recuperando el aliento antes de girarse para mirarla con cierto temor.

—¿Estás bien?

Clairee tenía los ojos cerrados y unas lágrimas corrían por sus sienes, pero ella asintió mostrando una tierna sonrisa.

—Perfectamente —dijo girándose hacia él—. Gracias.

Leo le limpió las lágrimas y luego la atrajo hacia sí en un cálido abrazo.

—No me gusta verte llorar —susurró contra su frente.

—Son de felicidad... me has dado más de lo que podía esperar y de lo que yo podía ofrecer.

—Créeme que ha sido maravilloso.

Ella sonrió levemente y sintió que su cuerpo se sumía en el cansancio para luego cerrar los ojos quedándose profundamente dormida bajo la atenta mirada de Leo que pocos minutos después también se dejó llevar por el sueño.

El amanecer los recibió abrazados en la cama del policía tras el acto amoroso.

De repente tocaron en la puerta y Leo abrió los ojos para encontrarse con el rostro dormido de Clairee que no había reaccionado al golpeteo. Con cuidado se incorporó cubriéndola con las sábanas y él se colocó los pantalones para abrir.

En el marco estaba Arkadiy con los brazos cruzados.

—En una hora partimos...

Sin esperar una respuesta por parte de Leo, se alejó de allí dejando al policía un poco confuso. Parecía... malhumorado. Se encogió de hombros y volvió al interior para despertar a Clairee. Tenían que prepararse para partir.

Se sentó junto a ella y le acarició la mejilla.

—Dormilona... abre los ojos —dijo él con una tierna sonrisa.

Ella gimió antes de despertar y encontrarse con el rostro de Leo ante ella. Por un momento pensó que todo lo ocurrido horas atrás había sido solo un sueño, pero verlo allí, con ella le hizo darse cuenta de que fue real. Tan real que aún podía sentir en su piel el calor de la de Leo acariciándola.

—Buenos días.

—Tenemos una hora para prepararnos. Acaba de venir Arkadiy a decírmelo.

Clairee se incorporó cubriéndose con la sábana.

—Tengo que ir a mi habitación para ducharme —dijo mientras salía de la cama y empezaba a recoger su ropa, pero Leo la detuvo y ambos se miraron a los ojos.

—Aquí también hay baño.

—Pero lo necesitarás tú también —dijo ella.

—Bañémonos juntos.

Leo sonrió tomándola de la mano para llevarla con él al cuarto de baño donde le quitó la sábana y la llevó hasta la ducha abriendo el agua caliente.

Clairee se sentía algo cohibida. No era lo mismo lo que había pasado en la cama, casi en penumbra, iluminados únicamente por la lámpara de la mesilla de noche a verla a la luz del día y en la ducha.

No es que se arrepintiera de nada, pero se sentía extraña por que la viera de aquella manera al día siguiente. Quizás él si se arrepintiera de lo ocurrido y eso sería un terrible mazazo para su autoestima que ya de por sí estaba alicaída.

Él la observó durante unos instantes ante su actuación.

—¿Estás bien?

Clairee levantó la vista hacia él mientras sus manos parecía querer ocultar su cuerpo. ¿Por qué se sentía tan insegura cuando la noche anterior había dejado salir a la Clairee sensual?

—Yo... —comenzó a hablar apartando la vista—. Me gustaría ducharme en la otra habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leo a la vez que posaba sus manos en los brazos de ella. La policía negó con la cabeza mientras trataba de huir, pero él no la dejó ir tan fácilmente—. ¿Se puede saber qué pasa?

—Por favor, Leo, yo preferiría ducharme en la otra habitación. Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? ¿Estás intentando ocultar tu cuerpo? Por Dios, Clairee, ya te he dicho que no me importan tus cicatrices, ¿cómo puedo hacértelo entender? Nada va a cambiar mi percepción sobre ti y tu cuerpo. Sigues siendo hermosa a mis ojos, eso nadie lo va a cambiar.

—Puede que a ti no te importen, pero a mí sí y no me siento cómoda cuando me miran —dijo ella apartándose sin atreverse a mirarlo—. No quiero que me vean así... lo ocurrido anoche fue gracias a la penumbra, no soporto esto que soy. Tengo que volver a mi habitación y no me detengas, por favor. —Ella lo miró unos segundos a los ojos y sin esperar una reacción por parte de él cogió la sábana para cubrirse saliendo del cuarto de baño rápidamente.

Leo la vio salir y no fue capaz de detenerla. Si cada vez que ocurriera algo bueno entre ambos se truncaba por las inseguridades de ella sobre sí misma, aquello estaba abocado al fracaso y, aunque él no quería que eso ocurriese, estaba seguro de que no llegarían a buen puerto. No iba a luchar solo en esta guerra.

Se quitó los pantalones y se metió en la ducha para dejar que el agua cayese por todo su cuerpo, aunque no aplacó su enfado, ya que golpeó la pared con el puño. Si ella no iba a poner de su parte, él no iba a luchar más.

Se sentía herido por su rechazo, no iba a negarlo y estaba cansándose de tener que demostrar las cosas para luego acabar abandonado como en ese momento se sentía.

Se acabó. Él no iba a mover un dedo más por aquella relación de altibajos.

Clairee se metió en su habitación rápidamente y se apoyó en la puerta para luego dejarse caer lentamente al suelo.

¿Qué había hecho? ¿Por qué huyó? Se cubrió el rostro con las manos. Era una estúpida al haber actuado de esa manera. Acababa de romper toda la magia que se creó la noche anterior.

—Eres estúpida, Clairee —se dijo a sí misma.

Sentía deseos de llorar por lo que acababa de hacer, pero no tenía tiempo para ello. En menos de una hora iban a poner rumbo a Italia y debía darse prisa en ducharse y vestirse, así que se

incorporó para ir al baño. No debía demorarse mucho.

Cuando acabó volvió a ponerse las prendas del día anterior, ya que no tenía nada más y salió rumbo al piso inferior donde la esperaban Arkadiy y Salvatore.

Este último la miró para luego señalar al ruso.

—¿Dónde habéis encontrado a este tío? Tiene muy poco sentido del humor. Si va a estar todo el viaje de regreso así, mejor que no suba o que, al menos, lo haga lejos de mí. Bastantes amarguras hay como para que se me pegue la de él. —Clairee trató de sonreír y el forense se acercó—. ¿Te duele la cabeza?

—La medicación que me diste hace milagros. Apenas me duele.

—¿Entonces a qué viene esa cara de tristeza?

Clairee apartó la mirada.

—Preferiría no hablar...

Salvatore asintió y le acarició la cabeza.

—Como quieras, solo te digo que aquí me tienes para lo que necesites ¿entendido? Y no lo digo por compromiso, te aprecio demasiado como para decir las cosas sin sentirlas.

—Gracias —dijo ella volviendo a sonreír.

Poco rato después apareció Leo con gesto serio. Clairee lo miró, pero él pareció ignorarla, lo que la dejó acongojada. ¿Se habría arrepentido de lo de la pasada noche?

Salvatore la agarró del brazo con delicadeza como si percibiera que algo había ocurrido entre ellos. La policía lo miró y posó su mano en la de él indicándole que todo estaba bien.

—El piloto nos está esperando, cuanto antes salgamos mucho mejor —dijo Arkadiy.

Todos asintieron y lo siguieron al exterior donde ya estaba el helicóptero preparado para despegar. Fueron subiendo uno a uno. Clairee, que era la última, se giró para observar lo que estaba por dejar al fin.

En ese país se iba a quedar una parte de ella, una que no iba a volver, que había perdido en el mismo momento en que Vólkov la tomó por primera vez.

Sin querer pensar más en ello, entró y cerró la puerta con fuerza mientras Salvatore le tendía unos cascos que enseguida se puso.

En el momento en el que todos estuvieron listos, las hélices empezaron a girar tomando velocidad poco a poco hasta que el aparato empezó a elevarse en el cielo.

Al fin era libre del todo.

Una leve sonrisa mezclada con las lágrimas se abrieron paso en su rostro mientras poco a poco iba dejando aquella tierra atrás. Ahora iba a ser una nueva mujer en Italia, probablemente lejos de la Toscana.

Aquel pensamiento hizo que perdiera la sonrisa y miró de reojo a Leo que miraba al exterior sin decirle nada. La estaba ignorando deliberadamente.

Seguramente se arrepentía de lo que había ocurrido entre ellos la pasada noche y ahora no quería saber nada de ella. Tendría que haberlo imaginado, no tendría que haberse dejado llevar tan fácilmente por lo que sentía y haber tenido la mente más fría.

Si lo ocurrido le iba a hacer tomar una decisión, en ese momento ya tenía claro que iba a hacer. No quería seguir sufriendo por algo que ella ya sabía. Lo que Leo sentía por ella no era como él decía, era un simple espejismo de una carta que conservaba en su poder donde Clairee le confesaba sus sentimientos.

Estaba claro que nunca iba a tener el corazón del policía y lo mejor era irse lejos de él. No verlo se convertiría en el mejor remedio para su corazón hecho añicos. Tendría que aprender a

vivir sin él y con un pasado que la iba a perseguir durante el resto de sus días. Era lo que le había tocado y no pensaba quejarse de ello por mucho que su interior lo reclamaba.

Pronto acabaría todo.

## 51.

Horas más tarde, el helicóptero aterrizó en el helipuerto que estaba en la azotea de Marittimo Graziani donde se encontraba Saulo y Byanca esperándolos. Ambos se cubrieron los rostros con el brazo debido al aire cortante provocado por las hélices del aparato.

Clairee lo vio desde la ventana y no pudo evitar sonreír. Su amiga estaba muy cambiada gracias al embarazo, parecía realmente feliz, algo que ella ahora mismo envidiaba.

Las hélices fueron deteniéndose poco a poco y cuando el piloto dio el ok, la policía abrió la puerta para ser la primera en bajar.

Byanca se acercó todo lo rápido que pudo y la abrazó con fuerza, al menos todo lo que le permitía su vientre hinchado.

—Me alegro tanto de verte —dijo la *hacker* soltando lágrimas de emoción que Clairee le limpió con una leve sonrisa—. Lo siento, son las hormonas que me hacen llorar a la mínima.

—Yo también me alegro de verte —dijo Clairee—. Ya todo ha acabado al fin...

Su amiga sonrió y asintió mirando a Leo y a ella alternativamente lo que hizo que Clairee bajara la mirada.

—Cuando lo vi subir en el avión y Saulo me explicó todo supe que era el indicado para encontrarte, parece ser que no me equivocaba.

La policía lo miró durante unos instantes, estaba hablando con Saulo junto a Salvatore y Arkadiy, sin apenas dirigirle una mirada en todo el trayecto. Era le indicado para encontrarla, pero jamás para amarla como ella deseaba.

—Sí... —dijo ella suspirando.

Byanca la miró, preocupada y agarró sus manos para que la mirara a los ojos.

—¿Ocurre algo?

Clairee negó con la cabeza, no valía la pena explicar lo que ocurría entre Leo y ella porque realmente ya no había nada.

—Solo estoy cansada y me duele la cabeza.

En ese momento, Byanca se percató del vendaje de la sien de Clairee.

—Oh, vaya, después de todo lo que has tenido que pasar, seguro que estás deseando ir a un lugar cómodo donde descansar, intenté arreglar tu casa, pero no me dejaron...

—No pasa nada, sé que lo habrás hecho con la mejor intención.

Ambas se sonrieron y, en ese momento, Leo se acercó hasta ellas mirando a Byanca la cual sonrió abriendo los brazos para recibirlo, cosa que él no dudó en corresponder elevándola incluso en el aire mientras ella reía complacida.

Aquella imagen terminó de romper el corazón de Clairee que se apartó unos pasos mirando a todos lados, menos a ellos y encontró su salvación en Arkadiy que se acercó a ella.

—Necesito salir de aquí —dijo ella aguantando las lágrimas que querían escapar sin control.

Ella no tenía nada que hacer con Leo, siempre iba a estar Byanca de por medio, aunque ella fuera feliz al lado de Saulo.

Nunca la querría como lo quiere a él. Apreciaba a la *hacker*, pero aquella imagen le estaba destrozando el corazón.

Arkadiy al ver el estado de ella asintió y la acompañó hasta la puerta que supuso bajaría hasta el edificio. Salvatore los vio alejarse y los siguió.

—Clairee...

Ella se giró durante unos segundos haciendo ver al forense el hondo dolor que estaba soportando al ver al hombre del que estaba enamorada abrazando a otra y que la había ignorado durante todo el trayecto de regreso. Esa chica no se merecía algo semejante ahora que estaba libre del yugo de su captor.

—Te acompañaré a un lugar tranquilo, además, quiero ver cómo está esa herida.

Clairee solo asintió tras encogerse de hombros y se marchó de allí bajo la atenta mirada de Saulo que había visto con sus propios ojos el sufrimiento de la policía mientras Leo abrazaba a Bianca una y otra vez.

Se sentía extrañamente reconfortado al ver a la que había sido la mujer de su vida en tan buen estado. Saulo la estaba cuidando bien y se la veía feliz. Sus abrazos eran reconfortantes y ahora mismo era lo que más necesitaba tras tomar la decisión de dejar marchar a Clairee a empezar una nueva vida.

Lo de ellos no tenía cabida y no iba a impedirle comenzar en otro lugar.

—No sabes lo que me alegra verte de nuevo, no voy a perdonarte que me engañaras, pero... soy tan feliz —dijo Bianca tratando de limpiarse las lágrimas.

Leo se las limpió sonriendo.

—Siento haberte hecho pasar por tanto dolor...

—Eso no importa ahora, lo importante es que has conseguido rescatar a Clairee de esa gente... justo le decía ahora que solo tú podías llegar hasta ella ¿verdad? —Se giró hacia donde, minutos antes se había encontrado la policía, pero al no ver a nadie, frunció el ceño—. ¿Dónde está?

—Acaba de irse con Salvatore y ese ruso que ha venido con ellos —apuntó Saulo mirando a Leo que no movió un músculo ni mostró sentimiento alguno.

—Parecía alicaída, me contó que le dolía la cabeza —dijo Bianca preocupada.

—Estará bien, seguro que Salvatore va a revisarla. —Saulo se acercó a ella y no pudo evitar posar la mano en el abultado vientre mientras con la otra la sujetaba de la cintura en actitud posesiva.

Era un acto reflejo, después de todo, Leo había sido su pareja antes de estar con él, pero este no parecía percatarse del movimiento del mafioso.

Este miraba la puerta por la que acababa de irse Clairee acompañada de Arkadiy y Salvatore, pero no se movió.

No iba a ir detrás de ella. Era la mejor solución para ambos.

—Ven, tenemos mucho que celebrar —dijo Bianca cogiéndolo de la mano para salir de allí.

Leo quiso negarse, pero al ver el entusiasmo en la embarazada no se pudo negar, así que la siguió al igual que Saulo.

Salvatore se encerró con ella y con Arkadiy en la sala de juntas que estaba en la misma planta que el despacho de Saulo y le retiró el vendaje donde ya la herida presentaba una costra signo de cicatrización.

—Esto tiene muy buen aspecto, la herida es menos grave de lo que parecía y podía haber sido, así que en nada estarás como nueva.

Clairee no decía nada, solo se limitaba a mirar hacia ningún lugar en concreto, así que el



forense se sentó frente a ella dejando su instrumental a un lado.

Algo estaba afectando a Clairee y se hacía una idea aproximada de lo que podría ser. Un corazón roto era algo que nadie podría soportar tras lo que ella había tenido que vivir.

Le agarró las manos para que lo mirara.

—Si te hace sentir así es que no te merece, Clairee. No me gusta hablar mal de la gente, pero sabes bien que él no puede vivir sin Byanca, por eso hizo lo que hizo en su momento...

Clairee no quería mirarlo a los ojos, no tenía fuerzas para dejar escapar lo que sentía. Tenía el corazón roto. Su única esperanza de volver a ser la que era antes se esfumaba con cada minuto que pasaba.

—Estaré bien. Lo único que necesito ahora es descansar. Han sido días muy duros para mí.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? ¿Tienes algún familiar o amigo? Si no, puedes venirte a mi casa, Giulia estará encantada de recibirte...

Clairee negó con la cabeza.

—Tengo un amigo, pero no me sé su número de teléfono, lo tiene Leo en su móvil. Se lo pediré para llamarlo y que me recoja —dijo incorporándose bajo la atenta mirada de Salvatore.

—¿Estás segura? —preguntó Arkadiy, el cual no había intervenido hasta ese momento, intentando comprender el comportamiento de los dos y, en su opinión, ambos eran imbéciles.

Ella asintió antes de salir. Por lo que había podido ver por las cristaleras, Byanca, Saulo y él se habían metido en el despacho del mafioso, imaginaba que para contar cómo fue la hazaña de rescatar a la pobre Clairee de las manos de un mafioso ruso que adoraba golpear a las mujeres para luego violarlas a placer.

Se acercó con paso lento hasta la puerta y a punto estuvo de tocar. Cerró la mano en un puño sin atreverse. ¿La mirarían con pena en cuanto entrara? ¿Conocerían toda la historia que él le había contado y sentirían lástima de la pobre Clairee?

Debía afrontarlo, quería llamar a Angelo para que la sacara de ese lugar. Necesitaba estar lejos de Leo antes de que su corazón se rompiera del todo, así que inspiró hondo y tocó en la puerta.

—Adelante.

Clairee abrió la puerta para encontrarse con tres pares de ojos que la miraron fijamente sin decir nada. Sí, Leo les acababa de contar todo. Se abrazó fuerte antes de dirigir su mirada hacia él.

—¿Me podrías dejar tu móvil para llamar a Angelo? —preguntó ella intentando mostrarse entera—. Me gustaría descansar y él podría venir a recogerme.

Byanca se incorporó con ligera dificultad.

—No hace falta, nosotros te podemos llevar a donde quieras.

Clairee mostró una leve sonrisa a la *hacker* para luego negar.

—No quiero molestar... además, seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar con él —dijo señalando a Leo que tenía el móvil en la mano.

Se incorporó también y se lo tendió mirándola por unos segundos. Si seguía mirándola así iba a desmoronarse en cualquier momento.

—Aquí lo tienes.

—Gracias...

Sin dirigirla ninguna mirada más, cogió el móvil y salió de allí todo lo rápido que pudo. Una vez fuera, volvió a la sala de juntas para llamar a Angelo bajo la atenta mirada de Arkadiy y Salvatore que había terminado de recoger sus cosas y esperaba por ella por si no había logrado el

móvil.

Necesitaba alejarse de allí lo antes posible.

Al segundo tono contestó su amigo.

—¿Diga?

—Angelo, soy Claire... ya estoy en Italia. ¿Te importaría venir a recogerme? —La voz le temblaba.

—¿Clairee? ¿Estás bien?

—Sí, solo quiero que vengas por mí, quiero descansar.

—Esto... vale, dime dónde estás que paso a recogerte.

—En Marittimo Graziani, ven rápido, por favor.

—¿Ocurre algo?

—Ya te lo explicaré, pero ven ya.

—De acuerdo, estaré ahí en veinte minutos.

—Gracias. —Colgó la llamada y dejó el móvil sobre la mesa para mirar a Arkadiy—.

¿Quieres venir con nosotros?

El ruso negó con la cabeza.

—En un momento voy a reunirme con Graziani, no te preocupes por mí.

Ella asintió y miró a Salvatore que ya tenía el maletín en la mano.

—Te acompañaré hasta que venga tu amigo.

La sujetó del brazo y ambos salieron en silencio de la sala de juntas para ir a los ascensores. Intentaba mostrar entereza, pero sentía que en cualquier momento se iba a desmoronar y no quería hacerlo allí. No quería mostrarse débil en esos instantes.

Cuando llegaron al piso inferior se quedaron en la puerta a la espera de que llegara el amigo de Clairee.

Salvatore la observaba de vez en cuando y estaba claro que no quería dejarse llevar por el dolor que reflejaba su mirada. Intentó decirle algo, pero prefirió mantenerse callado.

De repente, un coche se detuvo justo en la misma puerta y ella salió del edificio a la vez que el dueño del vehículo se bajaba observándola con cierta sorpresa, pero también con alegría por volver a verla.

Angelo abrió los brazos donde recibió a Clairee que se hundió en ellos mientras las lágrimas escapaban sin control de sus ojos.

—Sácame de aquí, por favor —le rogó entre sollozos.

Angelo la miró preocupado para luego mirar al hombre que estaba en la puerta, el cual se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre?

Clairee siguió sollozando, así que se limitó a llevarla hasta el coche donde la ayudó a entrar en el lado del copiloto para luego ir él al asiento del conductor y alejarse de allí hasta una casa que había alquilado hacía poco.

El lugar en el que había estado viviendo no era seguro, por eso se trasladó a una zona segura donde Zanetti no podría encontrarlo si descubría que estaba vivo.

No dijo nada durante el trayecto en coche, ella intentaba controlarse, pero parecía estar costándole porque las lágrimas seguían saliendo sin control.

Cuando aparcó, se giró hacia ella esperando alguna explicación por su parte, pero pensó que el coche no era un lugar idóneo para soltar todo ese dolor que escondía así que se bajó, al igual que ella y se dirigieron a la pequeña casa que había alquilado.

Una vez dentro, la llevó hasta el salón para luego ir a la cocina a por un vaso de agua para ella. Se sentó junto a ella tendiéndole la bebida que ella rechazó colocándola en la mesita baja que había delante y se abrazó.

—¿Qué ha pasado, Clairee? ¿Acaso no te alegra volver a Italia?

—Sí, volver a Italia ha sido maravilloso, el problema no es eso... es... es Leo.

—¿Qué ha sucedido?

—Que mis suposiciones eran ciertas, Angelo. Lo que Leo sentía por mí era solo un espejismo.

Cuando Clairee salió del despacho de Saulo, este miró a Leo que se quedó en el mismo lugar. Byanca también miró a su ex sin comprender lo que estaba pasando.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó el mafioso.

Leo cerró los ojos unos instantes antes de volver a su asiento para mirar a su amigo.

—Lo que imaginaba que ocurriría una vez llegáramos a Italia. Va a irse de Florencia.

Byanca frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Parece ser que necesita empezar de cero ahora que todo ha acabado. Cree que todos vamos a sentir pena de ella por lo que le ha ocurrido entre otras cosas.

Saulo enarcó una ceja ante lo que estaba diciendo. Aquello encerraba más de lo que contaba y no iba a quedarse con las ganas de saber toda la historia.

—Puedo entenderla, Chiara también lo está pasando mal aquí, no sé qué más hacer por ella y me duele verla en ese estado. No quiere salir de casa y vive aterrada. Imagino que empezar de cero en otro lugar es lo que más necesita, un sitio donde nadie la conozca, donde no sepan lo que ha tenido que pasar...

—Pero no es solo eso ¿verdad? —dijo Saulo mirando a Leo, el cual apartó la mirada antes de asentir.

—Me he enamorado de ella como un estúpido. Ella piensa que no es así, anoche... he intentado alejarme de Clairee para que sea feliz allá donde vaya, pero apareció en mi habitación pidiéndome que la ayudara a elegir. No pude negarme e hicimos el amor. —Se pasó una mano por la cabeza—. Fue... excepcional, pero esta mañana todo se torció. Tiene el cuerpo lleno de cicatrices por culpa de Vólkov y no quiere asumir que a mí no me importa. Está obsesionada con ello por lo que me he visto en la obligación de dejarle el camino libre para que hiciera lo que ella quisiera, que está claro que es alejarse de todos los que la queremos.

Byanca le tomó la mano.

—Yo creo que ella necesita todo lo contrario. No dejarla ir. Está muy enamorada de ti y dudo que ese ruso haya siquiera quebrado ese amor que ha sentido por ti. Que aún siente.

—He intentado miles de veces demostrarle lo que siento, pero no quiere creerme, Byanca. No sé qué más hacer. Lo único que quiero es que sea feliz y parece ser que a mi lado no lo va a ser porque siempre existirán esas dudas que me ha mostrado. Yo... lo siento, quizás debería irme a descansar, han sido unos días muy largos y no quiero molestaros más —dijo a la vez que se incorporaba.

—Pero... —comenzó Byanca tratando de detenerlo.

—Es lo mejor, By, quiero descansar un poco y quizás cuando lo haya hecho tenga la mente lo suficientemente fría como para saber qué voy a hacer.

—Te dejaré uno de mis coches para que vayas a donde quieras, aunque el ático donde vivíais tú y Byanca sigue siendo tuyo. Le tuvimos que poner una nueva cerradura, pero ella tiene las llaves.

Leo sonrió, aunque esta no le llegó a los ojos.

—Gracias.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Byanca, preocupada.

Él negó cogiéndole las manos.

—Estaré bien, te lo prometo.

—¿Seguro?

—Sí, quiero mantener mi cuerpo vivo, no quiero que los celos de Saulo me perjudiquen.

Byanca rio y se incorporó para darle un abrazo tras sacar un juego de llaves de su bolso.

—Me alegro tanto de que estés vivo...

—Yo también —dijo Leo correspondiendo al abrazo, percatándose de que aquel abrazo no significaba nada de lo que significó en su momento. Muchas cosas habían cambiado en él desde la última vez, entre ellas que se había enamorado de una mujer que le estaba robando el sentido común y que le obligaba a ir a buscarla para convencerla de que lo que sentía era real, pero no iba a servir de nada.

Cogió las llaves y salió del despacho tras despedirse de la pareja. Una vez fuera se topó con Arkadiy que tenía su móvil en la mano. Eso cabreó a Leo que lo cogió con brusquedad y lo guardó en el bolsillo.

—¿No ha tenido el valor de venir ella misma a dármele como mismo me lo pidió?

—Clairee se fue hace rato e imagino que se olvidaría dártelo, no es ninguna cobarde si es lo que pretendías decir.

—Sí, ya. Ahora todo el mundo va a defenderla... Déjalo, me voy.

Sin dirigirle una palabra más se alejó de allí bajo la atenta mirada de Arkadiy que siguió pensando que ambos eran imbéciles y no veían lo que estaba claro a ojos de todos.

Tocó en la puerta del despacho de Saulo y este le dio paso. Al entrar volvió a sorprenderse con el parecido que tenía aquella mujer con Chiara. Le recordaba tanto a ella, salvo el color de pelo, el resto era idénticas, casi como gemelas, aunque sabía que era la hermana menor.

¿Sabía ella que era el hombre que salvó a Chiara? Mantenía contacto con Eiros así que imaginaba que sí.

Sintió la mirada del mafioso sobre él, pero eso no lo amedrentó. Estaba muy acostumbrado a ese tipo de miradas.

Saulo le señaló la silla libre instándolo a sentarse y él aceptó la invitación.

—Arkadiy ¿cierto? —preguntó el mafioso.

—Sí.

—Bien. Estoy enterado de todo lo que has hecho desde el momento en el que te contrataron para rescatar a mi cuñada y, como tal, es mi deber agradecértelo en nombre de toda la familia Graziani.

—No hay nada que agradecer. Simplemente he realizado mi trabajo.

Byanca le tomó una mano y el ruso la miró algo cohibido. No estaba acostumbrado al contacto con otras personas.

—De no ser por ti mi hermana hoy no estaría con nosotros y eso es algo que te agradeceré toda la vida, de verdad... —Byanca volvió a soltar lágrimas de emoción lo que cohibió aún más a Arkadiy, antes de incorporarse y abrazarlo.

Él no estaba acostumbrado al contacto directo y sentir los brazos de esa mujer a su alrededor provocaron que se quedara tieso en el sitio.

—Byanca... déjalo respirar —dijo Saulo al percatarse de la actitud de Arkadiy y decidió echarle un cabo.

Ella se apartó limpiándose las lágrimas.

—Lo siento, estoy demasiado sensible... es solo que pienso en lo que ha pasado y está pasando Chiara y me encoge el corazón.

Arkadiy la miró sin comprender, así que Saulo se encargó de explicarle la situación.

—Vive aterrada, no quiere salir, apenas lo hace de su habitación y teme cualquier tipo de contacto si no lo busca ella misma, las pesadillas son continuas... Le hemos propuesto que viera un especialista y se niega.

—¿Y qué pintaría yo en todo esto? Porque imagino que no me estaréis contando esto porque sí.

—Creemos que tú puedes ayudarla.

—Ayudarla... Pues creo que estáis hablando con la persona equivocada.

Byanca volvió a agarrarlo de la mano.

—No. Solo tú puedes hacerlo, en ocasiones, en medio de sus pesadillas te nombra pidiéndote ayuda... no sé qué habrá ocurrido en Rusia después de que la rescataras, pero estoy segura de que tú eres la persona indicada para sacar a mi hermana del pozo en el que se está hundiendo poco a poco.

Arkadiy negó con la cabeza.

—Créeme que no soy el más adecuado para ayudar a alguien como ella. Yo también tengo mis propios problemas.

Saulo se incorporó y dio un par de vueltas por el despacho bajo la atenta mirada del ruso cuya mano aún mantenía Byanca sujeta.

—Creemos que uno de los hombres que estuvo con ella ha venido a buscarla. No quiere contarnos nada, pero últimamente tiene más miedo de lo normal y no sale de su habitación para nada. Se asusta con el más mínimo ruido, aunque sea el crujido de los muebles y esa situación le está provocando mucho estrés y continuos ataques de pánico. Como comprenderás estamos desesperados.

Arkadiy cerró en un puño la mano libre. ¿Alguno de los violadores de Chiara estaba buscándola? ¿Con qué fin? ¿Se habría obsesionado con ella? ¿Sería el hombre que organizaba la fiesta a la cual ella nunca llegó?

—Es imposible que hayan dado con ella con tanta facilidad.

—Cuando una persona se obsesiona con algo no para hasta conseguirlo, créeme. Por eso mismo te necesitamos. Queremos que cuides de ella, que intentes averiguar quién la está buscando y te encargues de él. Por supuesto te pagaremos lo que pidas. —Saulo apoyó las manos en la mesa para mirarlo a los ojos—. No escatimaremos en gastos, podrás tener todo lo que necesites, coches, ropa, hasta una casa... solo queremos que Chiara se recupere y trate de llevar una vida digna, sin miedo.

—¿Por qué me lo pide a mí? Tiene hombres que se pueden encargar de ello ¿o me equivoco?

Saulo asintió.

—Por supuesto que los tengo, pero necesitamos a alguien nuevo, alguien que no conozcan en Florencia. Alguien que pueda pasar desapercibido y que sabe idiomas. Mi mujer es *hacker* y puede acceder a cualquier aparato si se lo propone, pero no tiene ni idea de ruso, ahí es donde entras tú. No solo protegerás a Chiara si no que nos ayudarás a encontrar a ese tipo y mandarlo de nuevo a tu país.

Arkadiy los miró a ambos sin saber muy bien qué hacer. Chiara había calado hondo en él y hasta hacía poco había logrado erradicarla de sus pensamientos, pero este nuevo giro del destino la ponía delante de sí.

En muchas ocasiones imaginó cómo estaría, pero lo que le acababa de confiar la pareja no era nada halagüeño y él no quería que ella no pudiera hacer vida normal como pensó en su momento.

Era una decisión complicada. Por un lado, estaba dispuesto a ayudarla, sobre todo si existía tal amenaza sobre ella, pero, por otro... no estaba seguro de lo que podría llegar a ocurrir con ellos, o al menos con él. ¿Ser alguien como Leo? No. No iba a ser como él. Él no iba a enamorarse de una chiquilla, porque eso es lo que era en comparación con él.

Actuaría como un guardaespaldas, sin ningún tipo de contacto más que el necesario.

Su intención no era volver a la madre patria por lo que debía buscar un trabajo y Graziani se lo estaba ofreciendo en bandeja, si no aceptaba era tonto por su parte.

Los miró durante unos segundos sin saber bien qué hacer. Era una situación complicada, pero la mejor opción era aceptar. Iba a tener un trabajo seguro.

—De acuerdo —respondió al fin—. Colaboraré en lo que haga falta para atrapar a ese hombre.

Saulo sonrió al igual que Byanca que le dio un apretón en la mano.

—Gracias —dijo ella realmente agradecida.

Su hermana era lo único que le quedaba en la vida de su propia sangre, aparte del pequeño que esperaba y si le pasara algo no iba a poder vivir en paz. Ya la había perdido una vez y no quería volver a pasar por lo mismo o no lo soportaría.

—Perfecto, de momento quiero que te quedes en un hotel hasta que encontremos un lugar donde puedas quedarte y vayamos mirando la información que poseemos, que no es mucha, para empezar a trabajar y tan pronto lo tengamos todo iremos a la mansión Graziani para que dé comienzo tu trabajo como guardaespaldas de Chiara.

—¿Ella sabe esto? —preguntó Arkadiy de repente, sospechando que no era así.

—Aún no, ni siquiera sabe que has venido con Clairee y Leo, pero pronto lo sabrá —dijo Saulo—. Es probable que se niegue, pero tendrá que entender que lo hacemos por su seguridad.

—No veo bien ocultarle las cosas. Creo que posee la suficiente madurez para entender que necesita protección ante lo que podría ocurrir.

—Tenemos que hacerlo así, Arkadiy. No quiere entrar en razón y aceptar la ayuda de nadie, estamos desesperados —respondió Byanca tratando de justificar aquella actitud.

—Pues no creo que sea adecuado. Prefiero conocer su opinión al respecto sobre este tema, al menos en lo que nos concierne a ella y a mí —dijo Arkadiy incorporándose.

Saulo lo miró.

—¿Qué propones, entonces?

—Hablar con ella y conocer su opinión. No quiero hacer nada contra su voluntad, si hace falta la haremos entrar en razón, pero que al menos ella misma diga si quiere o no ser protegida por alguien como yo. No sé qué os habrá contado Eiros sobre mí, pero mi currículum no es muy brillante que se diga y no pienso ocultarlo, así que tenéis que saber en manos de quien ponéis la seguridad de Chiara.

El mafioso se acercó hasta él.

—Y yo pertenezco a la mafia, conozco bien a hombres como tú, la mayoría de mis hombres tienen pasados oscuros y eso no quita que sean leales a mí.

—Yo trabajo solo.

—Lo que has hecho por Clairee me indica lo contrario. Bien podías haber trabajado solo, encontrarla y rescatarla, pero te uniste a Leo para semejante hazaña, eso ya no te hace un ser solitario, Arkadiy. Pero si lo que quieres es mantener una conversación con Chiara sobre su protección, muy bien. Iremos ahora mismo a la mansión Graziani y hablaremos con ella —dijo

Saulo resuelto.

—De acuerdo.

Saulo asintió y agarrando con suavidad el brazo de Byanca, la sacó fuera del despacho mientras Arkadiy los seguía.

Por un momento se sintió nervioso. Iba a reencontrarse con Chiara después de tantos meses. ¿Se alegraría o retrocedería asustada? La única manera de comprobarlo era acudir a la mansión y hablar con ella sobre su situación.



## 53.

Habían pasado unos días desde la llegada de Clairee a Italia y aún estaba tratando de asimilar todo lo ocurrido aparte de buscar un nuevo destino para su nueva vida.

El día anterior la había llamado el comisario para ofrecerle volver a formar parte de la plantilla, pero ella no tenía ganas de volver a un lugar donde los recuerdos la asaltarían.

El mismo Cantoni le había contado del regreso de Leo que fue recibido con todos los honores tal y como ella había vaticinado y en el fondo se alegró por él, pero ella ya no pintaba nada en aquel lugar.

Se sorprendió mucho cuando Angelo le contó que el comisario lo había reclutado para trabajar en la comisaría y no dudó en aceptar, estaba cansado de no ser nadie, de estar en la sombra bajo el mandato de la organización. Era un riesgo, en especial por Zanetti, pero ahora tenía una nueva identidad y nadie sospecharía que era la misma persona.

Después de mucho meditarlo pensaba irse a Verona, era un lugar que siempre le había gustado y que estaba segura de que su nueva vida sería mucho más tranquila que en Florencia.

En unos días partiría hacia allá donde ya tenía un piso esperándola tras pagar la fianza y dos meses por adelantado, pero se lo podía permitir gracias al pago que le había hecho la organización por su trabajo y por el daño causado. Un daño que nadie iba a poder reparar del todo.

Angelo le había traído buena parte de sus efectos personales de su antiguo piso y estaba organizándolo en las maletas cuando alguien tocó el timbre.

Por un momento sintió temor y pensó en dejar que siguieran tocando, pero parecían insistir. Quizás solo era el cartero. Se acercó con paso sigiloso hasta la puerta para mirar por la mirilla.

Era Pablo.

¿Qué hacía allí? Si quería saberlo tenía que abrir. Agarró el pomo y abrió.

Ambos se miraron en silencio durante unos segundos que parecieron alargarse.

—Hola, Clairee —saludó Pablo pasándose una mano por la nuca.

—Imagino que Angelo te diría dónde estaba —dijo Clairee.

—Tuve que insistir mucho. No quería decírmelo y en realidad lo entiendo. No hice bien ocultándote la verdad y no sabes lo que me arrepiento.

—Creo que ya es tarde para arrepentirse —dijo ella dándole la espalda para entrar en la casa.

—Lo sé. Llevo meses maldiciéndome por el daño que te hice. La verdad es que ni merezco que me abras la puerta..., pero quería que supieras que no pude decirte la verdad no solo por la organización, si no también por lo que yo sentía. Fui un egoísta y me merezco tu odio —dijo mientras entraba y cerraba la puerta.

Ella suspiró.

—Ojalá pudiera decirte que te perdono, pero ahora mismo no puedo hacerlo. Tú provocaste que me metiera en las filas de Zanetti. Eso fue el inicio de mi perdición.

—Lo siento.

Clairee negó con la cabeza.

—De nada sirve sentirlo, el pasado ya pasó, aunque deje marcas en el futuro, pero tranquilo, me voy a ir de Florencia y ya no te quedará cargo de conciencia.

Pablo la agarró de los brazos, provocando que ella se tensara.

—Eso es algo que llevaré conmigo para siempre, no puedo perdonarme algo semejante. No quise que te inmiscuyeras en todo esto, pero tú decidiste por ti misma enfrentarte a Zanetti.

—Suéltame... —pidió ella tensa.

Él al notarla en ese estado, la soltó y se pasó las manos por el pelo.

—Perdona, pero es que no quiero que me odies por lo que hice. Pensé que de esa manera iba a poder conquistarte y tener tu amor, pero me equivoqué. Jamás pudiste olvidar a Leo y él fue el único valiente de acudir a Rusia a rescatarte de las manos de ese bárbaro. No merezco tu perdón, pero necesito que sepas que, aunque no fui allá, yo fui quien contrató al mercenario ruso.

—Lo sé.

—No quiero perderte, Clairee. Me gustaría que volviéramos a ser amigos, al menos.

—Necesito tiempo, Pablo. Han sucedido muchas cosas y ahora mismo solo quiero alejarme de este lugar, empezar de cero en otro sitio, lejos de mi pasado. Así que no puedo decirte que lograré olvidar lo ocurrido, porque ahora mismo no puedo. Lo entiendes ¿verdad?

Él asintió apesadumbrado.

—Ya. Angelo no ha querido decirme nada, pero imaginaba que no estarías cómoda en Florencia.

—No es Florencia, es todo lo que me rodea... yo... no puedo seguir aquí sabiendo que Leo está en el mismo lugar, no puedo estar en la misma zona donde Zanetti sigue haciendo de las suyas, donde toda mi vida ha sido un desastre desde el mismo momento en que conocí a Leo.

Unas repentinas ganas de llorar le formaron un nudo en la garganta, pero trató de aguantarlo. Pensar en el policía hacía que todo en ella se desmoronara como un castillo de naipes.

—Lo entiendo.

Ambos se miraron a los ojos, pero Pablo ya no veía a Clairee de antes, la mujer decidida que era, la que no dudaba en arriesgarlo todo por los demás. Parecía una muñeca rota que se negaba a ser reparada.

—Me gustaría estar sola, por favor. Estoy agotada.

Pablo quiso decir algo, pero, finalmente, decidió callarse y dirigirse a la puerta.

—Si necesitas algo, no dudes en llamarme, por mi parte seguirás teniendo un amigo para lo que sea.

Clairee sonrió levemente con los brazos cruzados como si se abrazara.

—Gracias.

Sin decir nada más salió de la casa dejándola sola.

Ella se dirigió al salón y se sentó en un sillón. No tenía fuerzas para continuar colocando sus enseres en las maletas por lo que se quedó allí con la mirada perdida intentando olvidar todas las imágenes de Leo que guardaba en su memoria, en especial los de aquella última noche.

Por mucho que lo había intentado, sus noches de pesadilla, pasaron a ser noches de recuerdo de aquella única vez que hicieron el amor.

No. Tenía que olvidarlo como fuera, iba a empezar una nueva vida lejos de él y de Florencia. Quizás lograra ser otra Clairee que volviera a enamorarse de un hombre que sí la valorara y no creyera estar enamorado por algo que había escrito en una carta.

Pero... el momento del baño de la gasolinera... Negó con la cabeza. Era una estrategia para intentar apartar a Vólkov de ella y que no había dado resultado. Leo nunca la amaría. Era algo que

debía asumir cuanto antes o ya no quedaría nada que recoger de su corazón hecho pedazos.

Leo llegó al ático bien entrada la tarde. Había pasado buena parte del día trabajando con su nuevo compañero Gatti, al que había conocido según volvió a su trabajo.

El tipo no paraba de decir que lo admiraba y que se sentía genial al trabajar con él, que todos lo consideraban un héroe..., pero él no se sentía como tal.

Aunque había logrado salvar a Clairee de las garras de Vólkov, no era el héroe que todos creían. Él lo hizo movido por el sentimiento que comenzó a nacer en él tras leer su carta y comprender tantas cosas.

¿Para qué? Ella no quería volver a trabajar en la comisaría y no había logrado contactarla. Le rogó a Angelo que lo ayudara, pero se negó rotundamente a ello. Se convirtió en su protector y no quería ayudarlo.

Maldijo una y mil veces. Necesitaba hablar con Clairee, pero entendía que ella no quisiera después del trato que le ofreció la última vez que se vieron, hace un par de días.

No podía sacarse de la cabeza aquella noche que hicieron el amor en la casa de Vólkov. Justo después de haber pensado que la había perdido entre las llamas del vehículo del mafioso. Muchas emociones juntas y que revolviéron todo su interior.

Sabía que lo ocurrido iba a afectarle, pero jamás pensó que tanto. Por eso mismo, en un primer momento, le dijo que no, aunque su corazón fue débil y se entregó a ella en cuerpo y alma.

Las palabras no salieron de su boca, pero se lo demostró con sus actos, con todo lo que tenía, pero ella siguió pensando que era un simple espejismo y se avergonzaba de su cuerpo.

Si Clairee comprendiera que no le importaban sus cicatrices, que él no veía lo que ella. ¿Cómo hacérselo entender si no se dejaba ver por nadie?

Se dejó caer en el sofá pensando en todo lo ocurrido desde el mismo instante en que Angelo le pidió ayuda hasta aquellos últimos minutos en los que ella le pidió su móvil para llamar a su amigo.

Su móvil vibró y rápidamente lo cogió, con la esperanza de que fuera ella, pero cuando vio el número se sintió totalmente decepcionado, aun así, descolgó.

—Pablo.

—¿Podríamos hablar en persona?

—Me has visto varias veces en la comisaría hoy, ¿no puede esperar a mañana?

—Es importante, no creo que pueda esperar a mañana.

—Muy bien, dime el sitio.

—Estoy en la entrada de tu edificio.

Leo enarcó una ceja a la vez que se incorporaba, para luego acercarse a la ventana donde vio al español con el móvil pegado a la oreja esperando una respuesta.

—Ya te abro —dijo Leo colgando la llamada para accionar luego el telefonillo y dejarle pasar al interior del edificio. Se acercó a la puerta y la abrió para que pudiera entrar mientras se dirigía a la cocina a prepararse algo de comer.

Cuando lo sintió entrar, se giró y lo invitó a acercarse.

—Perdona por venir así, pero creo que eres el único que puede hacer algo.

—¿Algo como qué? Estoy fuera de servicio y no pienso hacer nada hasta mañana que vuelva a la comisaría.

—No se trata de trabajo, Leo. Se trata de Clairee.

El policía dejó lo que estaba haciendo para apoyar las manos en la encimera a la vez que

bajaba la cabeza suspirando.

—No, Pablo. No quiero hablar de ella.

—Pues vas a tener que escucharme porque solo tú puedes impedir que se vaya mañana a Verona.

—Vaya, parece que sabes hasta más que yo. No sabía ni que se fuera a ir a Verona —dijo Leo con cierta ironía mezclada con dolor por ser, seguramente, el único ignorante que no conocía el lugar donde Clairee iba a empezar de cero su vida—. Mira, Pablo, ella misma escogió su destino y su decisión de comenzar de nuevo en otro lugar. No soy quién para impedirselo, es libre de elegir a donde quiere ir.

—¿Piensas dejarla marchar después de todo?

Leo se giró hacia Pablo.

—Pues sí. Ella ha dejado claro que mis sentimientos no son más que un espejismo y que necesita alejarse de todos nosotros. ¿Qué te hace pensar que lograré hacerle cambiar de idea cuando se ha obcecado en que todos sentimos pena de ella? No lo lograría ni aunque me pusiera de rodillas.

—Ella te ama.

—Sí, pero no comprende que mis sentimientos son verdaderos y estoy cansado de intentar demostrarlo. Si ella va a ser feliz en otro lugar yo estaré feliz porque lo ha conseguido. Más no puedo hacer. Lo siento.

Pablo golpeó la pared con rabia.

—No sé cuál de los dos es más cabezota, de verdad. El otro día estuve en casa de Angelo, hablé con ella porque necesitaba pedirle perdón por haberle ocultado que estabas vivo... está destrozada y me apostaría lo que fuera a que no puede dejar de pensar en ti. Que espera que tú la convenzas de lo contrario.

—Pues eso no va a ocurrir. Mañana se va a ir ¿verdad? Pues muy bien, espero que sea feliz allá donde vaya.

El dolor hablaba por Leo, realmente no sentía aquello que decía, su corazón le pedía a gritos que fuera a por Clairee y la convenciera para quedarse con él, que podía hacerle olvidar todo lo ocurrido, que podían empezar de cero allí mismo, en Florencia, pero sabía que sus intentos serían en vano.

Pablo cerró las manos en puño y levantó uno para golpearlo con fuerza en la mandíbula. Leo lo miró con sorpresa mientras se llevaba una mano a la zona golpeada. Le había dado un buen derechazo.

—Eres gilipollas. Vas a perder a la mujer de tu vida por orgullo y quizás cuando te arrepientas pueda ser demasiado tarde, Leo. Muy bien. Si es lo que quieres, que así sea, pero te vas a arrepentir tarde o temprano.

Sin esperar respuesta por parte de Leo, Pablo salió de la casa dando un portazo mientras el policia se masajeaba la zona golpeada.

—Lo nuestro ya no tiene remedio, Pablo, sé que no lograré convencerla y prefiero conservar los trozos que quedan de mi corazón —dijo mirando hacia la puerta por la que acababa de salir el español.

Fue a la nevera y sacó del congelador un par de hielos para meterlos en un paño y colocarlo sobre la zona que le latía con dolor. Le había dado con bastante fuerza.

Volvió a salón, se le habían quitados las ganas de comer. Se acostó de nuevo en el sofá y cerró los ojos intentando dejarse llevar por el sueño.

Cuando estaba a punto de sucumbir al sueño, su móvil volvió a vibrar y maldijo abiertamente a la persona que lo estaba llamando en ese momento.

## Epílogo.

Volvió a coger el móvil para mirar la pantalla, esta vez era Byanca por lo que, tras un suspiro, dejó el paño con el hielo sobre la mesita baja y respondió a la llamada.

—Dime, Byanca.

—Maldita sea, ¿es que no piensas hacer nada por impedir que Clairee se vaya de Florencia?

Leo miró al techo pidiendo paciencia a alguna divinidad si es que existía.

—¿Os habéis puesto todos de acuerdo o qué?

—¿Qué?

El policía se masajeó el puente de la nariz.

—Pablo acaba de estar aquí para decirme lo mismo que tú y voy a contestar lo mismo: no voy a impedir que comience de cero en otro lugar, ella es libre de elegir su destino y es lo que quiere hacer.

—Pero ella te ama, Leo. Te ama incluso más de lo que yo te llegué a amar. Arriesgó todo por vengar tu muerte. Se expuso a Zanetti y a ese ruso por ti, ¿acaso eso no tiene valor para ti?

—Yo no se lo pedí, Byanca.

—No me puedo creer que me digas eso —dijo la *hacker* con tono decepcionado.

—Siento no ser comprensivo en estos momentos, pero estoy cansado de luchar por algo que ella no ha valorado y que ha tratado de espejismo.

—Tú tampoco la valoraste en su momento, tuviste que leer esa carta para darte cuenta de que ella sentía algo por ti, si te hubieses percatado quizás nada de esto hubiese pasado, ni tu supuesta muerte ni su enfrentamiento a Zanetti, pero te cegaste conmigo.

Aquellas palabras las sintió como puñales. Cierto es que no quiso ver nada más allá del dolor que sentía por haber perdido a la que creía que era el amor de su vida, pero había sido un golpe bajo lo que acababa de soltarle.

—Te has pasado, Byanca.

—Bueno, el embarazo me ha vuelto demasiado sincera y también quiero que abras los malditos ojos. No dejes que se vaya, Leo. Por ella, por ti, por los dos.

Él cerró los ojos.

—No puedo. ¿Crees que no he tratado de dar con ella para convencerla de lo contrario? Pero Angelo no quiere decirme dónde está y no tengo manera de contactar con ella, la está protegiendo de mí. Sé que le hice daño, pero la que más daño se ha hecho es a sí misma con sus inseguridades y sus miedos. Entiendo que lo que ha pasado es difícil de superar, pero a mí nada de eso me ha importado y no quiere entenderlo. ¿Qué más puedo hacer?

—Estoy segura de que encontrarías la manera de dar con ella. No puede ser muy difícil dar con Clairee.

Leo se incorporó.

—¿Por qué tengo la sensación de que todos sabéis dónde está, pero no me decís nada? No quiero seguir jugando.

—Ella nos ha pedido expresamente que no te dijéramos nada...

—¿Ves lo que quiero decir?

—Pero no puedo soportar que unas personas que se aman se separen por las inseguridades y el temor —terminó de decir Byanca.

El policía se incorporó para mirar el cielo cubierto de estrellas, intentando imaginar qué estaría haciendo Clairee en esos momentos. ¿Tendría las maletas listas o aún las estaría preparando? ¿Qué cenaría? ¿Estaría durmiendo bien desde su regreso? ¿Tendría pesadillas?

—Yo... —comenzó a decir Leo—, no sé qué hacer, Byanca. ¿Y si voy y me dice que no? Ya pasé por una ruptura una vez y no soportaría otra.

—Sabes que lo nuestro fue bonito, pero nunca podrá ser tan intenso como lo que sientes ahora mismo por Clairee, tu tono de voz y tus palabras hablan por ti. Ve a por ella, Leo, demuéstrole que ella es mucho más que unas palabras en una carta.

—¿Cómo lo haré si ni siquiera sé dónde se está quedando?

—No creo que haga falta que busques una casa, su tren parte a primera hora hacia Verona.

—No sé si podré aguantar tantas horas hasta ese momento...

—Aprovecha entonces para preparar una maleta con ropa. Está dispuesta a irse y si no quiere quedarse, entonces vete con ella allá donde vaya. Demuéstrale lo que sientes.

Una pequeña luz de esperanza empezó a iluminar el oscuro túnel que se había convertido su vida en los últimos días y una sonrisa apareció en su rostro.

—¿Qué haría sin ti, Byanca?

—Me lo dicen mucho —dijo ella soltando una carcajada que Leo acompañó.

—Tengo una maleta que preparar, te tengo que dejar. —Byanca bostezó—. Y tú deberías acostarte ya, perezosa.

—Yo también te quiero.

—Descansa.

Cuando colgó, se pasó una mano por el pelo antes de correr hacia la habitación y coger una bolsa de deporte en la que empezó a meter ropa sin tener en cuenta nada.

Si Clairee no se quedaba en Florencia, se iría con ella allá donde fuera. No quería dejarla ir.

Tras llenar la bolsa y casi romper la cremallera al cerrarla miró el reloj. Quedaba mucho tiempo por delante antes de poder ir a la estación de tren y no supo bien qué hacer durante aquellas horas.

Fue a la cocina a prepararse algo para cenar, ya que le había entrado hambre y se puso a ver la televisión, pero estaba tan ansioso que no ponía atención a lo que veía en la pantalla.

Pensó mil y una maneras de decirle lo que sentía, de que no lo dejara solo, de convencerla, pero todas le parecían simples y no parecían expresar lo que realmente quería decirle.

Volvió a mirar el reloj y se dio cuenta de que faltaba poco para el amanecer, así que no lo pensó más y cogió la bolsa de deporte para salir de su casa. Bajó las escaleras todo lo rápido que le permitieron sus piernas hasta la calle para dirigirse a su coche.

Tenía que llegar antes que ella.

La suerte estuvo de su lado al encontrar las carreteras prácticamente vacías. Aparcó cerca de la estación y corrió al interior para comprar un billete por si lo necesitaba.

Se mantuvo a la espera cerca del lugar donde se validaba el viaje.

No dejaba de mirar el reloj con nerviosismo hasta que al fin la vio aparecer acompañada de Angelo que cargaba con una maleta. Este, al verlo se detuvo completamente sorprendido.

Clairee que iba hablando con él se giró para mirarlo con el ceño fruncido. Al ver su gesto parpadeó varias veces y entonces se giró hacia el lugar que miraba Angelo para encontrarlo allí parado, con una bolsa de deporte en la mano.

Retrocedió un paso al verlo para volver la vista hacia Angelo preguntándole qué hacía él allí, pero su amigo le dijo que él no sabía nada.

Con paso lento se acercó hacia ella.

—Clairee...

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella a la defensiva.

—He venido a tratar de convencerte para que no te vayas. Quiero hacerte entender que mis sentimientos son reales, que esa carta tuya no me ha hecho creer cosas que no son.

Ella negó con la cabeza.

—No sigas, por favor. Ambos sabemos muy bien lo que hay. Lo mejor para los dos es que me vaya de aquí.

Leo soltó la bolsa y la agarró por los brazos. Angelo dio un paso, pero el policía con una mirada lo hizo retroceder.

—Clairee, te quiero. Lo que dije en el baño de la gasolinera es verdad, sé que dije que si necesitabas irte te dejaría ir, pero no puedo. Estos días han sido un completo infierno. No sabes lo que estar todo el día intentando localizarte, saber si dormías bien, si tenías pesadillas... por Dios, estaba ansioso por ver tus hermosos ojos, tus labios, tu rostro, tu pelo...

Ella se apartó un paso.

—Pero no mencionas mis cicatrices... deja de idealizarme, no soy lo que quieres ver. Te has enamorado de la Clairee de antes, la que trabajaba contigo en la patrulla, no la que soy ahora, Leo.

—¿Cómo puedo hacerte entender que amo a la mujer que eres ahora? Que me importa una mierda tus cicatrices. Que quiero a la guerrera que vive en ti. ¿Qué necesitas? Dímelo y lo haré, pero, por favor, tienes que creerme.

Clairee se negó. Bastante mal lo había pasado en aquellos días como para que ahora viniera a decirle todo lo que ella anhelaba oír.

—No, Leo. No sigas, por favor —dijo mientras trataba de controlar las ganas de llorar.

No quería seguir siendo débil, no quería seguir llorando, pero no podía controlarlo y sus ojos se empañaron ante él.

—Estoy dispuesto a marcharme contigo si realmente necesitas alejarte de Florencia. Puedo hablar con el comisario para que me consiga un puesto en alguna comisaría de allá...

Ella seguía negando mientras se limpiaba las lágrimas.

—¡Basta! —exclamó ella—. ¡No puedes venir conmigo, Leo! Tu vida está aquí. A mí no me ata nada a este lugar y no soporto ver a todos sintiendo pena por la pobre Clairee mancillada. Déjame en paz. Solo quiero olvidar lo que una vez fui, lo que sentí.

Clairee se cubrió el rostro dejando escapar sollozos lastimeros.

Angelo decidió intervenir.

—Leo, será mejor que te vayas...

—No me pienso ir de aquí sin ella, Angelo. No me pidas que me vaya porque no lo voy a hacer.

—¿Es que no ves cómo está?

—No soy ciego. Pero ella no puede dejarme aquí. Lo que yo sentí por Bianca no es una décima parte de lo que siento ahora mismo. Estoy dispuesto a dejarlo todo. Clairee... —Leo agarró las manos de la policía para apartarlas—. Tienes que creerme, te amo.

Tomó la cara de ella entre las manos para limpiarle las lágrimas con los pulgares mostrando una leve sonrisa antes de acercarse a ella y besarla dejando al descubierto todo lo que sentía. Si



con eso no la convencía no sabía qué más hacer.

Ella se agarró con fuerza a la camiseta que él llevaba mientras notaba los cálidos labios de Leo sobre los suyos, queriendo adentrarse para mostrarle todo lo que necesitaba saber.

Se permitió ser débil por un momento y saborearlo hasta que él se apartó y apoyó su frente en la de ella agarrándola de las manos.

—Clairee, no me dejes.

—No soy la mujer que tienes idealizada en tu mente.

—Yo tampoco soy perfecto. Morí una vez por una mujer y reviví por otra que me ha robado el corazón sin haberlo pretendido.

—¿Qué pasará cuando te canses de mí? ¿Cuando odies mis cicatrices?

—Eso nunca va a pasar. Te quiero tal y como eres, ya te dije que las cicatrices no me importan, eres mi guerrera, eso nadie lo va a cambiar.

Clairee escondió la cabeza en su pecho.

—Tengo miedo.

—Yo también. Jamás había vivido algo semejante y es que estos días han sido un infierno sin ti, me comporté como un imbécil al no tener en cuenta tus miedos, pero eso va a cambiar si decides quedarte a mi lado.

Hubo unos minutos de silencio que le parecieron horas, pero al menos ella no rehuía de su contacto. Por fin sintió que elevaba la cabeza para mirarlo a los ojos con una sonrisa que, aunque leve, pareció iluminar aquella estación.

—Intentémoslo, solo te pido que me tengas paciencia.

—Toda la que quieras —dijo él sonriendo antes de volver a besarla mientras la atraía hacia sí sintiendo su corazón latir al mismo ritmo que el suyo propio.

Solo la paciencia podría dar los mejores frutos al igual que en esa relación que comenzaba.

Fin.

## Agradecimientos.

En este momento siempre me acuerdo de todas las personas que me han apoyado en esta aventura y que continúo con gran emoción y, para empezar, siempre, siempre está mi madre, uno de mis pilares en este recorrido.

Mi familia es otro de esos pilares fundamentales y que debo incluir aquí o no me lo perdonaría.

También quiero agradecer a mi mejor amiga, Abigail, por estar siempre ahí, a golpe de Whatsapp y esas conversaciones interminables cuando nos vemos.

A mis lectoras beta: Laura Duque, Tania Lighling y Aurora Salas, gracias por aguantar mis inseguridades. A Jossy Loes por sus consejos.

A mis chicas, a mis Románticanarias que son un gran apoyo.

A esas nuevas personas que han entrado en mi vida y también a las que aún permanecen. Ese grupo de whatsapp de escritoras que tanto compartimos, gracias por estar ahí.

A mi Eve Romu por esos pedazos de booktrailers, ese enorme apoyo y ese acoso para seguir conociendo a mi mafia.

A RachelRP por su inestimable ayuda con la portada.

A todos mis lectores que, a pesar de todo, está ahí entusiasmados esperando por esta novela a la que le he puesto todo el cariño del mundo y que tantos sentimientos me ha arrancado, tanto risas como lágrimas. Espero que te haga sentir lo mismo que yo al escribirlo.

Gracias por ser paciente y espero que Leo y Clairee hayan llegado a tu corazón.

---

<sup>[1]</sup> *El amo ha llegado* en ruso.

<sup>[2]</sup> *Hijo de puta* en ruso.

<sup>[3]</sup> *Hola* en ruso.